Havelock Ellis

EL ALMA DE ESPAÑA

CLÁSICOS DE HISTORIA 540

HAVELOCK ELLIS

EL ALMA DE ESPAÑA

The Soul of Spain
London, 1908

Traducción de Juan Gutiérrez Gili
Barcelona 1928
https://archive.org/details/el-alma-de-espana-havelock-ellis
Revisada con el original inglés

“The Genius of Spain”
The Genius of Europe. London 1950. Pág. 186-217.
https://ia803402.us.archive.org/9/items/in.ernet.dli.2015.209752/2015.209752.The-Genius_text.pdf
Traducción propia.

CLÁSICOS DE HISTORIA 540

ÍNDICE

ANEXO

PRÓLOGO

de Juan Gutiérrez Gili[1]

Tantas veces se ha enmascarado a España para la exhibición mediocre, en libros como barraca de feria, que la traducción de una obra inglesa sobre un pueblo tan extendido por el mundo como el nuestro, y tan inédito, no obstante, suscitaría legítimos recelos a quien no conociera la personalidad del autor de los ensayos sobre psicología sexual, anteriores a la divulgación de Freud.

Havelock Ellis: objetividad analista, frialdad estética, esfuerzo —a veces contraproducente— por lo imparcial y equidistante. Ello no fuerza a una absoluta adhesión, pues las perspectivas alteran las visiones, y la vida española ha cambiado mucho de situación en el panorama mundial, desde que el presente volumen fue escrito. No importa que algunas sutilezas y puntos de mira del autor estén pidiendo en nuestro fuero interno anotaciones conciliatorias —algunas salvedades se han impuesto al pie de las páginas— ni que nos sirva de guía en nuestra propia casa el que llamó a sus puertas para conocerla, siempre que por encima de todo surja la observación imprevista y el asentimiento a nuestra independiente resurrección —independencia un tanto olvidada en el presente afán de progreso—. Havelock Ellis tiene palabras de prevención contra el imitacionismo que podría atentar contra nuestra fisonomía racial; pero ello confirma la exaltación, que también él subraya, con que el alma de España se entrega, por índole, a todas sus empresas.

Nos ha parecido respetuoso no modificar el tono general del estilo, porque si, por una parte, hace que parezca especialmente dirigido al lector extranjero, por otra, tiene la ventaja de conciliar ciertas discrepancias de criterio, en atención a esa trayectoria distinta en que está enfocada la obra. Si desde Gautier, el sentir de nuestros “espectadores” no se puede identificar en absoluto con el nuestro, de esta divergencia se desprende la eficacia confrontadora que deben brindar las obras de este género. El lector español no espera que le inciensen sus sentimientos patrios; gusta, en cambio, de los sabores ácimos. Y al lector —cada día más numeroso— extranjero de libros españoles, le será grato seguir el tono de los siguientes capítulos, un poco como en oculto diálogo con él.

Ello no obstante, séanos lícito coincidir en que España hoy está menos desgajada que nunca del fruto de los tiempos. Se halla vinculada a todos los aspectos de la vida moderna. Así se manifiesta en el orden material y en el intelectual; pero la tendencia a generalizar aisladas observaciones, lleva a muchos que nos estudian a conclusiones pintorescas. Si algún pueblo se resiste al turismo superficial, es el nuestro, donde todo tiene honda raíz. Así lo apunta en varios pasajes el autor de este libro. ¡Y qué curioso contrasentido el de la morosidad vital de España junto al hecho de que los gritos más avanzados del espíritu hayan sido lanzados al mundo frecuentemente por españoles! Desde los Lulios, y mucho antes, la historia de nuestra cultura está llena de esta experiencia: España se adelantó a Francia en su siglo de oro; las ciencias han tenido en todo tiempo entre nosotros perseverantes y eminentes cultivadores; la ética europea le debe mucho a España; y sobre todo, en donde vemos la incesante iniciativa hispánica es en la historia de la pintura. Salvando las justas admiraciones al caso sin igual de Velázquez, citemos a los pintores que en todo tiempo han ido abriendo los horizontes de la plástica, fuera del renacimiento, que termina en sí mismo: Rivera, el Greco, Goya. Propulsores como Manet y Cezanne, supieron ver bien esas figuras. Y no es raro el caso de artistas actuales españoles tenidos por muchos por parisienses, como Juan Gris y Ruiz Picasso. Hoy día nuestra música cuenta con compositores como Falla, Pahissa y Oscar Esplá. Los Ramón y Cajal, Barraquer, Turró, Gaudí, Marañón, Torres Quevedo, Menéndez Pidal, Peral y

1 Juan Gutiérrez Gili nació en Irún en 1894, de padre castellano y madre catalana, y murió en 1939 por tuberculosis. Fue poeta, dramaturgo, traductor y periodista. En esta edición repondremos algunas notas y breves pasajes omitidos en la traducción española de 1928. (Nota del editor digital.)

Monturiol, citados al azar, revelan algo más que un pueblo agotado y de temperamento selvático. Y en el terreno de la especulación literaria y filosófica, la "élite" española, en la que figuran mentalidades como Ortega Gasset, estilistas como Valle Inclán, Miró y Azorín, poetas como Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, puede parangonarse con los grupos de selección intelectual más refinados del mundo.

A propósito de la palabra "salvaje", se impone una aclaración inicial: al usarla el autor en el capitulo "El Pueblo Español", no puede en manera alguna darle el sentido que para nosotros tiene en rigor. Así creemos entenderlo, y la traducimos por "selvático", en el criterio de que el autor se refiere a cierta condición de pueblo virgen en sus elementos básicos.

Un prejuicio, que entre nosotros es más bien modalidad política, se entrevé en algunos párrafos alusivos a los problemas religiosos. Lo fomenta el punto de vista de otra confesión, y consiste en asociar toda contumacia arcaica, toda rémora del progreso al catolicismo, más bien al clericalismo. No ya desde un punto de vista católico, sino desde la afiliación más liberal, estos problemas, tan de la época galdosiana, apenas apasionan a nadie interesado en los asuntos universales de la vida moderna. Hay regiones, como Cataluña, cuyo clero es una verdadera avanzada —ortodoxa— intelectual.

Más nos interesa Havelock Ellis allí donde nos revela sus personales observaciones, que donde alega opiniones de anteriores viajeros relevantes. Siempre es preferible el comentario que no compromete, a la opinión definidora. Los autores extranjeros no son los más certeros guías, a nuestro entender. En esta obra adquiere mayor relieve lo que es fruto de la personalidad de Havelock Ellis, que los apoyos que busca en otras autoridades, porque cuando éstas son ilustres, como en el caso de Gautier, resultan desplazadas de nuestra realidad presente.

Otra cosa es la producción literaria de alta especulación o de especializaciones, es decir, de estudios, no sobre pintoresco hispanismo, sino sobre temas y materias concretos, en la cual tantos prestigios universales han tomado parte, ayudando a reivindicar y a esclarecer valores y aspectos de nuestra alma. Basta recordar los estudios sobre Santa Teresa, por Cuninghame, Craham, Cecil Chesterton y Luis Bertrand; sobre Góngora, por Thomas; sobre Fray Luis de León, por Bell; sobre literatura española, por Fitzmaurice Kelly y Ticknor, y el reciente libro de Waldo Frank, *España Virgen*.

Los aspectos expansivos de nuestra vida y usos suelen alucinar al ávido estudioso. Deben tenerse en cuenta las siguientes palabras del prefacio: "Estoy persuadido de que no se puede llegar a conocer a un pueblo de tan vigoroso carácter como España, sin visitarlo en sucesivas ocasiones." Y luego: "España es interesante, aleccionadora y posee un gran atractivo para quienes sean capaces de comprenderla; pero no dudaría en afirmar que éstos siempre serán, relativamente, muy contados. Ahora bien, encuentran en ella un perpetuo encanto que los atrae irresistiblemente. Este misterioso fervor que despierta, no es difícil de justificar."

Sería impertinente definir, para presentarlo, a un autor que tan agudamente procura analizarnos, ya que no definirnos, presentándose por de contado él, definidamente en este aspecto de su obra. Debemos, en cambio, rendir homenaje a su postura reverente y curiosa. Mucho de lo que deja glosado en estas páginas, nos revela el salto que en muy pocos años ha dado nuestro país. No hay más que tener en cuenta que ideológicamente sus preferencias se detienen en Valera, autor que no ha llegado a influir en la actual generación, y que sus citas y observaciones, en algunos casos, lejos de ser directos, emanan de viajeros anteriores.

Estas iniciaciones no tienen pretensión preventiva, sino predispositiva. El todo lo dirá, con sus mil sugerencias, el presente libro, que, con sus más y sus menos, es un poco espejo de todos y de cada uno de los que a este y al otro lado de los mares sentimos el aleteo resurgente de un alma colectiva inextinguible.

J. Gutiérrez Gili

PREFACIO

Hace muchos años, siendo yo un niño de seis, mi padre me llevó de Callao a Lima, para pasar el día en la capital del Perú. Era la primera ciudad extranjera que visitaba y el aspecto de unas calles tan distintas de las que estaba acostumbrado a ver en otras partes —amplios zaguanes, deleitosos patios vislumbrados a través de las cancelas— hubo de impresionar de una manera perdurable mi imaginación.

Siempre he considerado sumamente significativo el hecho de que la primera ciudad, ajena al mundo anglosajón, que se mostrase a mis ojos fuera precisamente una urbe cimentada sobre esas tradiciones españolas que han ejercido sobre mí, desde entonces, tan poderoso atractivo, y me han causado tan vivas y hondas emociones.

Mis conocimientos directos de España no datan más que de veinte años a lo sumo. Durante este tiempo he visitado el país cinco veces, recorriéndolo en todas direcciones, entrando y saliendo por sus más importantes umbrales: Port Bou, Algeciras, Irún. Estoy persuadido de que no se puede llegar a conocer un pueblo de tan vigoroso carácter como España, sin visitarle en sucesivas ocasiones. Es necesario reflexionar detenidamente sobre las impresiones recibidas una vez, para reemprender el estudio, libre, cada vez el ánimo de un nuevo prejuicio, y con una visión más clara de los hechos esenciales. Este proceso es difícil de seguirse en una sola visita, por larga y detenida que sea.

Con todo y haber procurado llegar en esta forma a una verdadera aproximación, observando con la mejor voluntad diversos aspectos de lo más importante del espíritu español, no dejo de reconocer que aquellos de entre nosotros, que hayan consagrado su vida al conocimiento de España, han de encontrar mi intento osado y superficial. La actividad peculiar de mi vida me lleva a actuar en distintos campos literarios; por consiguiente, no tengo derecho a lamentarme de que otros espíritus más profundos puedan hallar endeble este intento de interpretaciones del espíritu español.

Ante todo, permítaseme decir que no trato de ganar o convertir turistas entre mis lectores, ya que no deseo redactar una recomendación al turismo ibérico. No es España país fácil de comprender, aun para visitantes intelectuales, y, en términos generales, puede afirmarse que no se trata de una tierra que pueda agradar en absoluto a quienes concedan capital importancia al confort y a las cómodas diversiones[2]. El concepto generalizado de que España es una segunda Italia es gratuito y engañoso. Ponerse en contacto con Italia es, por cierto, la peor de las preparaciones para llegarse a España: todo lo descubierto en Italia debe olvidársenos en cruzando los Pirineos. España no es siquiera un equivalente de Italia. Todos aquellos que participen de la herencia de la civilización europea, han de considerar siempre a Italia como el principal y más abundante museo de antigüedades, tierra sagrada de peregrinación. España es interesante, aleccionadora y posee un gran atractivo para quienes sean capaces de comprenderlo; pero no dudaría en afirmar que éstos siempre serán, relativamente, muy contados. Ahora bien, encuentran en ella un perpetuo encanto que los atrae irresistiblemente. Este misterioso fervor que despierta no es difícil de justificar.

Se verá que apenas tienen lugar en estas páginas los aspectos político, industrial y mercantil de España. Teniendo en cuenta que son materia con frecuencia estudiada por escritores más autorizados y competentes que yo, sólo advertiré que tales formas de la vitalidad del pueblo español van adquiriendo de día en día una importancia de que carecieron durante un largo período histórico.

2 Esto se escribía en 1908. Hoy España, sobre todo en los centros de alguna importancia, brinda toda suerte de comodidades al viajero. (Nota del traductor.)

Pero a menos que no nos remontemos a edades muy lejanas, forzoso es reconocer que no son precisamente estos aspectos los que se hallan en el plano donde el genio de España se manifiesta de una manera franca. España representa, ante todo, la suprema actitud de una manifestación primitiva y eterna del espíritu humano, una actitud de energía heroica, de exaltación espiritual, no ya encaminada a fines de comodidad o de medro, sino a los hechos fundamentales de la existencia humana. Esta es la España esencial que me he esforzado por penetrar en mis rebuscas.

Havelock Ellis

I
Introducción

La idea vulgar de que España sea un país estrictamente conservador, que no evoluciona ni evolucionara jamás, tiene cierta explicación, aunque no legítima. Se advierte un fuste de tenacidad en la gente de esta tierra, templado, en el transcurso de incontables generaciones, al fuego y al hielo juntos, del penetrante clima de Castilla, lo cual permite reconocer con facilidad en el español de hoy al ibero de hace dos mil años, descrito por Estrabón. Ahora bien, la tenacidad del temple español es como la de las famosas y clásicas espadas de Toledo: tiene un alto grado de flexibilidad. Entre todos los grandes países europeos que ostentan un brillante pasado, España es el que ha ido quedando más a la retaguardia. Es, con todo, un gran error suponer que España haya permanecido nunca en estado de inacción.

Da una gran luz sobre la realidad de este país leer actualmente el libro de viajes de Gautier. Este *Voyage en Espagne* rebasa en mucho los límites de una mera creación literaria impresionista; es una sólida realización intelectual. Viajando por una tierra, apenas visitada por nadie, con escasísimos medios de locomoción y sin la ayuda del Baedeker (no hace más que unos diez años que el Baedeker registra la existencia de España), Gautier, en breves semanas se apoderó de todos los rasgos característicos más notables del pueblo y de la tierra, y los describió de manera clara y perdurable. Nunca dejará de tener este libro un positivo valor, pues representa un estado de cosas que ha ido en gran parte modificándose. Nadie se verá hoy en el caso de viajar en diligencia, y a ningún turista se le permitiría, a buen seguro, como a Gautier, tender su colchón, en los patios de la Alhambra, para pasar la noche. El puro romanticismo de una España magnífica en su abandono, tal como lo sorprendiera Gautier, ha desaparecido casi tan por completo, como la Roma espléndidamente ruinosa en que Goethe hizo entrar su carruaje ha sido hoy devorada por la moderna capital de Italia. España no ha llegado seguramente al estado de exuberante renovación desfiguradora de Italia (difieren demasiado los habitantes de uno y otro país para que les sea factible correr parejas en estas manifestaciones de la vida colectiva); pero el contraste que se observa entre la España de Gautier, de hace más de medio siglo, y la España de hoy, es lo bastante considerable para desvanecer definitivamente el concepto de que se trata de un país caído, privado de toda esperanza, al margen de la civilización.

He tenido ocasión de comprobar este cambio del estado de la vida española, por mis observaciones personales en esa tierra, desde hace, como digo, veinte años. Y nunca se me ha revelado este cambio tan intensamente como ahora, al regresar por quinta vez de un suelo que viene pareciéndome el más sugestivo entre los países del antiguo y el nuevo continente que me son conocidos. Al comparar la España que acabo de dejar, con la primera España que vi entrando por Portbou hará veinte años, la magnitud de las transformaciones realizadas en tan breve espacio de tiempo me parece extraordinaria. En cuanto se deja la línea férrea, se entra en verdad, al punto, en lo que pudiera llamarse la España perpetua, la España “sub species aeternitatis”, que Cervantes inmortalizó. Donde la transformación se ha llevado a cabo ha sido, sobre todo, en las capitales y principales poblaciones. España está experimentando la moderna tendencia Europea que aglomera la población en las urbes, por más que ésta no sea la primera vez que semejante fenómeno se presenta desde hace un siglo. Todas las informaciones consulares, tanto del norte, como del sur (de Barcelona y Bilbao, de Málaga y Granada), insisten en la monótona información de que las ciudades se están sobrepoblando, y de que se eleva continuamente el coste de la vida. Ello no obstante, la población de España, según el censo, no aumenta en un grado extraordinario; antes el movimiento emigratorio es sumamente activo.

Lo que ocurre es que la vida urbana se desarrolla y este desenvolvimiento aumenta la fuerza de atracción ciudadana sobre los campesinos que afluyen cada vez más a estos núcleos. Los hermanos Quintero, dos de los más altos prestigios de la comediografía Española contemporánea, en una de sus más importantes obras, *El Amor que pasa*, hacen una deliciosa pintura de un pueblo andaluz muy a la antigua, cuya población ha decrecido mucho, dejando escasos varones y haciendo que sean raros los forasteros que la visitan, y en el cual toda la vida y toda la inteligencia se concentran en unas cuantas muchachas a quien nadie hará promesas de amor. No estuvo en el deseo de los dramaturgos dar soluciones al problema de la preponderancia del urbanismo; pero fácilmente se desprende de su pintura costumbrista lo mucho que los pueblos se empobrecen y la nostalgia de la ciudad que ello despierta en los pocos que continúan viviendo en las poblaciones rurales.

Las ciudades españolas más florecientes están actualmente llenas de animación y vitalidad. No sólo se ven rebosantes de público los grandes y lujosos cafés —cosa que no es novedad en el país—, sino que se levantan aquí y allá grandes fábricas, abundan las muestras de la actividad industrial y mercantil, y en las calles resuena el tráfico de los tranvías eléctricos y toda suerte de vehículos. Por lo que hace al uso de la electricidad, España se halla, por cierto, a la delantera, más bien que a la retaguardia de los países europeos. La luz eléctrica se ha generalizado de manera que hasta los más olvidados lugares están cruzados por la red de las instalaciones alámbricas, y en tanto que las macizas estructuras de los grandes templos son objeto de especial cuidado, los más lindos y pintorescos lugares y edificaciones se están destruyendo o desfigurando en todas partes, con harto pesar del viajero enamorado de lo típico[3]. La brillantez, la animación y la actividad modernas de una gran ciudad española, tienen cierto cariz de colorismo oriental, y hacen pensar que los españoles toman como modelo el desenvolvimiento de los húngaros de Budapest, ciudad ésta que, a decir de algunos, representa el más alto grado de desarrollo ciudadano que se haya operado en Europa.

Hay que reconocer que el conservadurismo y el tradicionalismo del español, no excluye la aptitud para evolucionar, ni el entusiasmo vehemente por todo lo nuevo, acompañado de cierta contrición por lo pasado. Es innegable que una de las características de la España de hoy es un exceso de admiración por todo lo extranjero. Hace más de un siglo se viene diciendo que todo español culto habla mal de su tierra[4], y recientemente un anarquista, en Barcelona, ha escrito que “en ningún país del mundo el obrero ha sacudido los prejuicios y la tradición de una manera tan absoluta como en España”. Sería, por cierto, sorprendente que los españoles, que en otro tiempo sintieron el estimulo del espíritu de aventura y de empresa, hasta llevarles a ofrecer al mundo conocido el continente americano, mientras los portugueses, hombres de la misma raza, descubrían la India y el extremo Oriente, hubieran dejado morir esta energía al extinguirse sus grandes días de epopeya. El español, aun de la clase humilde, siente ansias de renovación. El republicanismo, más o menos filosófico, tan corriente en España, como el anarquismo —un anarquismo humanitario y pacífico por lo general— que cunde bastante en la Península, son prueba de este anhelo. La prensa diaria española — especialmente la representada por el *Heraldo de Madrid* y el nuevo y reciente periódico *La España Nueva*, se siente inspirada en el más amplio espíritu liberal. El descontento en ciertos sectores de opinión, en materia monástica y clerical, es otro signo de la misma insatisfacción. El estreno de la obra de Galdós *Electra*, puso de manifiesto la importancia que tienen para los españoles de esta época tales cuestiones, pues desató una polémica general en la que todas las opiniones reclamaban su derecho a prevalecer, y en tal ocasión, no fue sólo la gente culta la que intervino, sino que se exteriorizaron algunos de los sentimientos populares que pugnan en toda España[5]. No se trata precisamente de un movimiento hostil a la Iglesia del que Galdós sea representante, sino de una demanda de purificación y humanización religiosa en armonía con las

3 Conste, no obstante, que nunca se había tenido la veneración y el cuidado que hoy se tiene con las reliquias y monumentos históricos. Véase por ejemplo: el capitulo “Las Fuentes de Granada”. (Nota del traductor.)

4 Nótese el descontento general, convertido en pesimismo, de la mayoría de los intelectuales, en el capitulo: “Los Ideales Españoles de Hoy”. (Nota del traductor.)

exigencias del utilitarismo práctico del tiempo. Las mismas corridas de toros, espectáculo nacional —tanto tiempo señalado con oprobio por las gentes de habla inglesa, predispuestas siempre a ver la viga en el ojo ajeno— no cuentan ya con la simpatía de todos los españoles, y recientemente, con la aprobación de varios toreros sobresalientes, se ha iniciado una tendencia a tomar medidas mitigadoras del aspecto más cruento de la lidia.

Por lo que hace a la vida y al trabajo domésticos, por más que el instinto español sea dado a una austera complicidad, han comenzado a adoptarse las medidas útiles de los países más avanzados, tanto que por su limpieza y decoro una ciudad española puede generalmente compararse con ventaja con una población provenzal[6].

El español es honrado, a veces un poco lento de comprensión[7]; es proverbial su orgullo por las pasadas glorias, pero a la vez está profundamente convencido de que España ha quedado retrasada en la carrera de la civilización, y siente el anhelo de ver otra vez a la patria a la cabeza de los pueblos. Creo haber encontrado al español típico de hoy día en un campesino aragonés, entrado en años, pero lleno de agilidad, al cual vi no hace mucho apearse del tren en una estación rural para ir a examinar una complicada máquina agrícola francesa que había sido dejada en el camino, junto a la vía férrea; la miró de arriba abajo frunciendo las cejas, con ojos escrutadores; dio la vuelta en torno a ella; no acababa de comprenderla, pero no demostraba ligereza ni indiferencia al adoptar semejante actitud ante aquella cosa nueva y extraña para él. Dijérase que no estaba dispuesto a dejarla sin desentrañar su secreto. Ejemplo elocuente. Tanto es así, que muchos extranjeros lamentamos que el español en su ansiosa sed de novedades deje de lado no pocas de las cosas que precisamente constituyen el principal atractivo de España para nosotros.

No cabe duda de que esta actitud del español contemporáneo, inevitable en toda circunstancia, ha sido grandemente estimulada desde la guerra de Cuba. Varios pensadores, atentos a los grandes movimientos humanos han comprendido que el antiguo grito de "¡Væ victis!" exige serias, radicales transformaciones. Calderón había expresado este sentir en *El Mágico Prodigioso*:

"Y más
debió importar la batalla
al que la perdió el perderla,
que al que la ganó el ganarla."

En muchas guerras, el derrotado y no el vencedor ha sacado las mayores ventajas. Cuba y Filipinas estuvieron siendo llagas del flanco de España, que le impedían avanzar por el camino del progreso[8]. Estuvieron manando sangre de la vitalidad española y entorpeciendo la actividad nacional. Solamente una enérgica operación quirúrgica podía extirpar esta quebrantadora dolencia; de suerte que los mismos españoles son los primeros en reconocer que por dolorosa que haya sido la operación, sus consecuencias no podían ser más beneficiosas. Ni el más patriota de los españoles sueña en la reconquista de sus idas posesiones. Se registró, en efecto, un pasajero movimiento de enojo contra Cristóbal Colón por haber descubierto el Nuevo Mundo. En cierta ocasión el

---

5 Tales manifestaciones y problemas no tienen ya el carácter ni la actualidad de cuando estos párrafos se escribieron. (Nota del traductor.)

6 En 1777 Peyrón trazó una descripción muy poco atractiva de las "posadas" que casi eran el único género de hostería de todo el país; eran caras, pues tenían que pagar altas contribuciones; la ley les prohibía servir ninguna clase de alimentos, y era corriente que careciesen de camas, y los colchones se tendían en el suelo.

7 Tal apreciación podría justificarse —en todo país— en casos concretos. No obstante, en España hay una cualidad popular, el repentismo y el ingenio castizo, que podría dar pie a una legítima controversia sobre el tema. Si por una parte se ha hablado de España como del país del letargo, asimismo se la considera como el país del improvisacionismo, y ésta es una facultad de presteza en la concepción mental. (Nota del traductor.)

8 No todos los españoles opinan igualmente sobre la pérdida de las colonias. ¿No habrá fomentado España este criterio, por una necesidad de la propia estimación, por un impulso del estoicismo y la altivez tradicionales? "To make the best of things" (sacar el mayor partido de las cosas, o de los males el menor), es un dicho inglés que viene a cuento. En el fondo de todo ello se adivina la oscura fe española en las propias energías. (Nota del traductor.)

populacho apedreó el monumento a Colón en Barcelona —y a este estado de opinión responde aquel famoso encuentro entre Robinsón Crusoe y D. Quijote de la Mancha, en medio de una isla, narrado por Unamuno— a raíz de terminada la guerra Colonial. Esta ha sido beneficiosa por lo menos en dos aspectos distintos. Ha tenido en primer lugar una consecuencia de saneamiento económico, porque además de encauzar la actividad española por más austeras vías industriales, ha conducido a levantar trabas y cargas artificiosas que entorpecían la senda de la actividad comercial. Y también ha sido ventajosa moralmente, porque ha obligado, aun a los españoles más cerrados y refractarios, a afrontar las realidades actuales del mundo moderno.

Cuesta creer que el amante de España vea con franca satisfacción este nuevo movimiento de reformas y progreso. Claro que ningún forastero se lamentará de que los hoteleros españoles empiecen a suministrarse en Inglaterra de todo lo necesario para las instalaciones sanitarias, ni de que tanto las autoridades eclesiásticas como las civiles combatan el vicio inveterado de escupir. Pero el viajero curioso no puede sentir el mismo entusiasmo cuando advierte que se pone el mismo celo en ir suprimiendo, con los más triviales pretextos, las danzas españolas, únicas en Europa por su gracia, su encanto y su remoto origen, o cuando se tiende a la supresión de los trajes típicos regionales. Es un poco deprimente ver que se levanta un cinematógrafo en la plaza del más oscuro de los pueblos, u oír la estridencia del gramófono allí donde antes se elevara el reiterado suspirar de las "malagueñas", lo mismo que haber de transigir con que el organillo pretenda suplantar a la guitarra. Buena es la civilización, y necesario el progreso de los pueblos; pero la "civilización" y el "progreso" son algo muy superior al mero afán de adoptar novedades y de aumentar las riquezas económicas; tanto es así que debe permitírsenos reconocer que, si saludables son las lecciones que los países prósperos están dando a España, no son menos elocuentes las enseñanzas que tales países pueden recibir de ella en el arte de vivir. Es doloroso haber de temer que España, en sus esfuerzos por sanear su tesoro, arroje parte de su oro con la escoria.

Una nación que se sienta viva necesita del empréstito. Ello es un proceso de actividad vital beneficioso a la postre, con tal que los elementos de las deudas se subordinen al desarrollo del genio nacional. Una nación que en su afán por nivelarse con otras que llevan una vida más próspera, se somete servilmente al molde que éstas le suministran, descuidando la posesión activa de sus tradiciones, se condena a sí misma a una mediocridad sin esperanza. Para llegar a ser potencia grande y fecunda, una nación ha de empezar por ser fiel al imperativo de su instinto, y aquí es oportuno recordar que en el español, tenemos un pueblo de fuste sumamente tenaz e independiente, abrumado, mas no destruido, por el desgobierno en que ha vivido durante varios siglos, y por el debilitamiento de las aptitudes de política autónoma que antaño poseyera.

Puede reconocerse, en verdad, que el español —excepción hecha del catalán— tiene un espíritu por esencia anticomercial, al contrario de los anglosajones que descuellan mercantilmente. Entrar en una tienda española, es lo mismo que pasar de largo, pues no es de esperar que se apresure a salir nadie en seguida para preguntarnos solícitamente lo que deseamos; si penetramos en un café nos costará un poco llamar la atención de los dos camareros que se hallarán demasiado sumidos en sus jugadas de dominó o de ajedrez para caer en la cuenta de lo que pase alrededor[9]. Nunca parece que hayan sido los negocios el sumo ideal del español. "Las más insignes empresas —según Ganivet hace decir a Hernán Cortés para justificar a los grandes exploradores españoles— son aquellas en las cuales el dinero no toma parte, y cuyo valor radica completamente en el cerebro y en el corazón." El español es temperamentalmente incapaz de aceptar el sofisma de que las mejores cosas de la tierra se puedan adquirir por medio del dinero, ni de que la riqueza de un hombre

9 Esto puede pasar en los villorrios. Hoy día empieza a ser proverbial la solicitud y la llana cortesía de las gentes, en especial en las urbes, donde la actividad de patronos y obreros causa extrañeza al visitante. Recientemente una alta personalidad de una compañía de comunicaciones norteamericana ha declarado que sólo el personal de teléfonos español debiera tener entrada en las empresas de los Estados Unidos, tales son su diligencia y pericia. Valga de ejemplo. (Nota del traductor.)

consista en lo copioso de sus haberes[10]. Esta es la razón de que el español, desde el punto de mira de una fase circunstancial de la historia de la civilización, parezca un ser perteneciente a lo pretérito; en tanto que, a juzgar por ciertos observadores, más bien parece anticiparse a lo porvenir.

La primera vez que pisé el suelo de España me dije: “he aquí una tierra donde sobreviven los modales y las costumbres de la Europa medieval”[11]. En ciertos aspectos España parece hallarse a trescientos años lo menos en retrospectiva de nuestra edad. Ahora que todas mis impresiones se han serenado, me es grato ver que este juicio no reclama ser desvanecido ni rectificado, del todo. España es todavía el más democrático de los pueblos. La relación íntima y familiar que en las antiguas comedias europeas vemos que existía entre señores y siervos, entre caballeros y rústicos, es todavía general en este suelo. El portero, aun en el hotel en que podáis alejaros, a dos pasos de la Puerta del Sol[12], es capaz de daros una palmadita en la espalda con amistosa intimidad, al encaminaros al ascensor al día siguiente de vuestra llegada, y en general las gentes de las bajas esferas sociales, como la cosa más corriente, esperan ser tratados siempre como iguales[13]. No desconocemos esta actitud del pueblo aun en países más avanzados, pero el español muestra su derecho a la cortesía, sabedor de cómo ha de corresponder a ella, y esto constituye un fenómeno al que no estábamos tan acostumbrados. Se nota entre la gente de España una gran confianza en todo, aun en los extranjeros y los pasajeros raudos, confianza que proviene de una época en que no era preciso el miedo; el hombre de las civilizaciones progresivas, tiende naturalmente al recelo; escudriña al prójimo y medita cautamente cómo debe conducirse con él. Esta realidad traída por el progreso moderno, parece serle del todo desconocida al español de ambos sexos. Suele sobreentenderse que la actitud de uno es amistosa, y con la fortaleza que da tal confianza en el prójimo, el mismo sentimiento instintivo de la modestia y el no menos instintivo del ridículo, parecen haber sufrido en España escasa alteración.

Comprobamos cuán lejos nos hallamos de la época presente al penetrar en una iglesia española. La actitud estática en que se abstraen los fieles, sin cuidar de si son, o no, observados, dista tanto de la gracia elegante del feligrés de Francia, como de la rígida compostura que observa el devoto inglés. Y si se trata de una gran ceremonia, las mujeres se agrupan y hasta se sientan en el suelo, al pie de las columnas, agitando sus abanicos y aun los niños se entretienen silenciosamente en los rincones, con inocente y natural libertad. No gozan de menor licencia los perros y los gatos: yo he visto en Tudela un perro acomodado como un ovillo en el sitial más confortable del presbiterio, y probablemente lo dejaban allí para que vigilase la iglesia, pues levantaba la cabeza como un guardián siempre que entraba un desconocido; y en la catedral de Gerona vi un gato que paseaba por delante del altar mayor mientras se celebraba la misa, y las personas que cruzaban le

10 “Diré de los españoles, escribe Borrow en *The Biblie in Spain*, que ningún pueblo muestra en sus relaciones sociales un sentimiento más justo de lo que constituye la dignidad de la naturaleza humana, ni que entienda de mejor manera cuál debe ser la actitud de cada uno con relación a sus semejantes. España es una de las pocas tierras de Europa donde la pobreza no es tratada con menosprecio, y, puede añadirse, donde el poderoso no está ciegamente erigido en ídolo.”

11 Stendhal hizo la misma observación hace casi un siglo: “Considero al pueblo español, dice en *De l’Amour*, cap. X-VII, como al representante vivo de la edad media. Desconoce muchas pequeñas realidades por las cuales sus vecinos sienten una vanidad pueril; pero poseen de una manera profunda las grandes verdades de la vida y tienen suficiente carácter e inteligencia para llevarlas a sus últimas consecuencias. El carácter español da un bello contraste con la dúctil inteligencia francesa. Es duro, brusco, poco elegante; está lleno de orgullo salvaje y no se preocupa por la opinión de los demás: es exactamente el contraste que ofrecen el siglo quince y el dieciocho en Francia.”

12 Hoy es dudoso que así sucediera. Los buenos hoteles funcionan en España con etiqueta y rigor. (Nota del traductor.)

13 En 1821 Pecchio hizo este relato en sus interesantes cartas desde España: “Cuando el español se presenta a un personaje jarárquico, no se dobla como una caña, ni tartamudea embarazadamente; le saluda y se comporta como un camarada. Viajando por España con el ministro Bardaxi, los jefes de posta y los alcaldes de los ínfimos lugarejos, después de saludarle con natural franqueza, se sentaban a su lado, le dirigían preguntas, encendían su cigarro con el ministro, y, con frecuencia, en el entusiasmo de la conversación le daban una palmadita en el hombro.”

iban acariciando. Sería un grave error ver en ello falta de respeto religioso; al contrario, esta sencilla familiaridad con las cosas sagradas es simplemente la actitud de aquellos que, según frase de Wordsworth, “descansan en el seno de Abraham todo el año” y que no entran, como a veces pasa entre nosotros, en la iglesia una vez por semana, para demostrar, por el qué dirán, cuán severamente graves saben conducirse cuando es caso. Como ellos se conducirían nuestros mayores, cuya fe era por cierto menos capaz de ser puesta en tela de juicio, bajo las naves de nuestra antigua catedral de San Pablo.

Fácil nos sería enumerar distintos detalles de la vida de España que nos trasladan a unos tiempos que nosotros hace mucho dejamos atrás. En el Londres del siglo diecisiete, podía verse a los que iban a una taberna donde desayunarse, y su desayuno consistía con frecuencia en chocolate; pues bien, todavía existe esa costumbre en los hoteles modestos de Andalucía, donde suponen que uno también la tiene. Nuestros antepasados, en tiempos de Shakespeare solían decir que “el buen vino no necesita rama”, y no podemos dejar de recordarlo cuando en Tarragona vemos aquí y allá grandes manojos de verdes arbustos, y generalmente ramas de pino, con piñas y todo, colgados del dintel de los establecimientos humildes de bebidas. La Inglaterra del poeta Chaucer y de las baladas, conocía bien la figura del peregrino que lleva la esclavina adornada de conchas. Una vez, en llegando a Zamora, me encontré con que iba andando detrás de un hombre sombrío, silencioso y barbudo que evidentemente debía de llegar de Compostela, el cual llevaba varias conchas grandes colgadas a la espalda del tabardo, y dos o tres conchas rizadas y pequeñas atadas al extremo del tradicional cayado de palma que empuñaba[14]. Diríase que se trataba de una figura que hubiese cruzado por el mundo hace cinco siglos y que llegara a las calles de una ciudad moderna, sin llamar siquiera la atención de los confiados y campantes chicuelos de Zamora.

Es grato percibir la sensación de que la evidente convivencia de la vieja España con un mundo —excelente por muchos conceptos— del cual hemos surgido nosotros, sea todavía una realidad. Y este hecho se observa en casi todas partes, en cuanto uno se aparta de las trilladas vías de comunicación españolas. No hay procedimiento para que un extranjero vea la verdadera y antigua España, como acostumbrarse a viajar en tercera. Cierto que los asientos son duros, pero la compañía suele ser excelente, de amables modales y en manera alguna molesta. En estos vagones aparecen constantes fragmentos de pinturas novelescas a los ojos del viajero, el cual cómodamente puede estudiarlos. Acaso sean una docena de alegres muchachas que se dirigen a una fiesta apretujadas entre sí y abrumadas de paquetes; algunas, las más graves llevan mantilla, otras vistosos pañuelos en la cabeza, o bien lucen el pelo al aire; pero vistan como vistan y cualquiera que sea la clase social a que pertenezcan, todas ellas son pulcras y dulces. Colocan cuidadosamente en la redecilla los ramilletes de claveles que traían —la mujer española trata siempre con ternura a los claveles— y se entregan a un incesante chalar y reír. Su voz es un tanto aguda, vibrante y metálica pero grato de contemplar su esparcimiento; las más jovencitas, en el entusiasmo del regocijo se levantan a lo mejor y mueven los brazos como alas, y si se halla entre ellas alguna mujer de edad, no dejará de intervenir, si bien con un poco más de contención.

Otras veces se entra en un vagón no tan lleno; dos españoles de la clase media y un grupo campesino de tres personas, un hombre rollizo, jocundo, de mediana edad, vestido a la usanza rural, pero limpio y nuevo, casi estilizado, una mujer de parecida edad, que es una de esas mujeres despejadas, robustas y amables que con tanta frecuencia se dan en España, y una linda niña que lleva la cabeza al descubierto, indudablemente hija suya, mientras el hombre parece un amigo o un pariente que las acompaña en el viaje. De vez en cuando, luego de unas horas de marcha, levanta de la silla que tiene delante un grande, pesado y bordado saco —que no es otro sino la alforja que Sancho Panza apetecía llevar siempre bien repuesta—; lo abre, extrae de él una de esas deliciosas hogazas planas —“libretas”— españolas, y la echa a la falda de la mujer. Aparece luego una cacerola de carne estofada, y el pan cortado en rebanadas que hacen las veces de platos. Pero antes

14 Adviértase que el autor no generaliza esta visión en una tierra por donde él tanto anduvo, y en la que se sorprende de ver al pintoresco peregrino. (Nota del traductor.)

de comenzar la colación el campesino se vuelve para deciros cordialmente: “¿Usted gusta?”[15] Esta es la invitación a participar en la comida que todo español bien educado hace a los presentes, aun a los extraños, la cual suele por supuesto rehusarse cortésmente diciendo: “Muchas gracias”. No tarda en aparecer también la bota de vino, y luego la comida empieza. El último manjar suele ser algún dulce, y una parte será ofrecida a los dos caballeros de clase media; también el campesino se volverá ligeramente hacia el extranjero y le ofrecerá, con un gesto comedido, como temiendo brindar un obsequio poco grato. Esta vez no es incorrección aceptar un poco. Entonces la bota de vino dará una vuelta, y los dos españoles de la clase media beberán a trago con cierta dificultad, como quien no está acostumbrado, pues beber con gracia en alto es cosa que requiere habilidad[16]. Se dobla con cuidado la bolsa que forma la bota hasta allí donde el líquido contenido lo permite, y acercando el pitorro a los labios, sin tocarlo, se levantan los ojos al cenit. Ambos españoles se dicen que el vino es de primera clase, y aun sin tal observación, no le hubiera sido a uno muy difícil suponer que el campesino no debía de beber nunca nada que no fuese “extra”.

Otra vez entramos en un departamento de segunda, y acertamos por ejemplo a encontrar allí a una encantadora dama española que viaja con sus nenes, a los cuales un caballero que ocupa el sitio de enfrente, procura hacer alguna fiesta para poder entablar conversación con la dama, pero en vano. Entran luego dos religiosos, de negro. No dan muestras de advertir la presencia de la mujer, y sólo el de más edad, que es un hombre de rostro amable y refinado, nos da los buenos días. El otro usa gafas de oro; más corpulento, procede de una manera más cerrada e impasible, y es evidentemente de inferior jerarquía. Cambian muy pocas palabras durante las tres horas de su trayecto, y siempre es el de más edad, que parece más inteligente, quien inicia la parca conversación. Está sentado con las manos cruzadas, guardando silencio, pero sin perder el menor detalle de lo que pasa en torno, en tanto que el más joven, que se ha quitado las gafas y las coloca a su lado en el asiento, se recuesta en el respaldo, impasible, vegetativamente, con las manos metidas en las mangas. Al cabo de un rato, el otro, con suaves dedos femeninos le toca en el brazo, sin decirle una palabra. Éste lo comprende y saca un bulto envuelto en un pañolón azul anudado. Al pronto creo que los santos varones se disponen a compartir un almuerzo frugal; pero entre las cosas que hay en el fardelillo sale un gran libro de rezos, en el que el de más edad lee durante un rato. Luego lo vuelve al pañuelo y empuja ligeramente a su compañero, como si fuera su vigilante. Ha entrado una muchachita en el vagón; el clérigo más respetable la mira con simpatía, y cuando ella pasa por delante de él para apearse en la estación siguiente, corresponde con un “¡adiós!” a las palabras que le ha dirigido con fina sonrisa. Creo ver en esta escena típicamente representadas las dos variedades de religiosos que produce el molde de las disciplinas monásticas: el femeninamente sensitivo, y el impasiblemente vegetativo. Toda la vida de esas formas de existencia se ha exteriorizado en ellos. Compruebo la verdad de las palabras del doctor que dijo que para el que tiene ojos para ver y oídos para oír, ninguna criatura mortal puede esconder sus secretos; aquel que no habla, mueve en cambio los dedos y se traiciona por todos sus poros.

Si se me dijese que diera una síntesis de la impresión que causan en el ánimo las supervivencias medievales de España, diría que ésta es la tierra del romanticismo en su verdadero sentido. El carácter peculiar del temperamento español y de las manifestaciones españolas en la literatura y en el arte, no se distinguen por trascendencias clásicas —por más que España diera tanto a la antigua Roma, y ésta a España—, sino que es una mezcla de lo misterioso y lo grandioso con lo graciosamente grotesco, de los ideales elevados con la cruel realidad, amasijo que hoy día tiene para

---

15 Es sumamente curioso el origen de la costumbre de tal invitación, que sólo en España, entre los pueblos de Europa, perdura. En su obra *The Origin and Development of the Moral Ideas*, vol. I, pág. 561, Westermarch observa: “En Marruecos nadie osaría comer en presencia de otras personas sin compartir con ellas las viandas; de lo contrario podrían envenenarle la comida con una mala mirada”. Ideas parecidas se dan entre gentes primitivas de todas las tierras.

16 Uno de los más notables fragmentos de la obra de Ford, *Gatheringo from Spain* (cap. IX), trata de la *bota*, o botella de cuero, que es la botella originaria.

nosotros el atractivo del arte, pero que en el fondo es la manifestación armonizada de los sentimientos y los conocimientos de los hombres que lo produjeron. Semejante espíritu romántico dominó un tiempo a toda la cristiandad; pero al español, su índole lo llevó insensiblemente, de un modo especial, a mantener su romántica actitud, y hoy día sólo en España podemos sorprender aún los últimos ecos de ese espíritu, casi desvanecido. No es detalle de poca monta el que Víctor Hugo, patriarca de la escuela literaria romántica francesa, fuera a España y hallase en ella su inspiración. Es corriente decir —no sin verdad— que Victor Hugo apenas conocía a España: había vivido en este país únicamente de niño, cuando sólo contaba diez años. Pero un muchacho como aquel, de temperamento genial, tenía que recibir muy tempranas e intensas impresiones, y las que por entonces recibiera habían de germinar en el tiempo de plenitud. La totalidad de su producción primera, que fue la más fecunda, puede decirse que está tocada del estimulo de aquellas impresiones españolas.

Hoy día en España, como sucede en todos los pueblos, el baluarte más fuerte de la tradición es la Iglesia, y en ella puede el forastero comprender como en ninguna parte cuán bien se ha conservado el sentimiento romántico. A pesar de las invasiones del extranjero y de las revoluciones interiores, sobre todo durante los primeros años del siglo pasado, España continúa siendo el país en donde el espíritu medieval de la devoción romántica encarna de una manera más plena y perseverante. Al forastero inglés —cuyos templos, donde los restos de las expoliaciones reales fueron rematados por enemigos todavía más puritanos— se le figura un milagro perpetuo el encontrar en las iglesias de España tantas obras inestimables de tiempos remotos, que han sido salvadas de las manos revolucionarias y de las manos restauradoras. Por otra parte, no hay estilo arquitectónico que tan admirablemente asuma el espíritu romántico, como el de las catedrales góticas españolas; dicho sea sin menoscabo de la suprema arquitectura gótica francesa. Es que las mismas cualidades de armonía y equilibrio, de razón bellamente geometrizada, que hicieron tan grato y exquisito el gótico francés, debilitan un poco la combinación del esplendor y el misterio de lo grandioso con el detalle realista, en lo cual estriba la esencia del gótico como manifestación del espíritu romántico. El estilo gótico español, que reúne lo macizo de las proporciones y lo extravagante, con una naturalidad realista, representa con mucha más virtud el latido de la vida del medioevo. Será inferior en cierto aspecto estético, pero es más romántico. En la catedral de León, España, posee uno de los modelos más puros y genuinos del estilo gótico francés, tanto que puede decirse que es el ideal del edificio de cristalería delicada bellamente sostenido por contrafuertes; pero no hay nada verdaderamente español en ello. Para conocer lo gótico típicamente español hay que ir a Toledo y a Burgos, a Tarragona y a Barcelona. En estos sitios encontramos los elementos de las estupendas proporciones, de la misteriosa penumbra, de la energía realista del humorismo, que son los caracteres predominantes de la arquitectura española y del romanticismo medieval. Y los mismos rasgos descubrimos en todos los objetos que sirven para el culto y el rito. El español carece de verdadero sentido estético[17], pero en el plano de la aplicación religiosa, su instintivo romanticismo siempre es acertado. La penumbra que invade las iglesias españolas —que tanto contrasta con las francesas que son una eclosión de luminosidad— tiene su origen en la necesidad de tamizar el deslumbramiento del sol del sur. Esta penumbra está perfectamente ajustada a los fines de la devoción, y no sólo está exquisitamente graduada por la claridad que se cierne a través de los rasgados ventanales, sino por la iluminación interior, que es exclusivamente de cirios. Aunque de vez en cuando, como en la catedral de Toledo, encontramos la forma francesa de la bujía eléctrica que remeda desagradablemente la de cera, los españoles siguen comprendiendo que no sólo es el cirio la iluminación que mejor responde al simbolismo tradicional en el cristianismo, sino que una iluminación de plena claridad como para revelar todos los secretos de una estructura clásica, para el arte gótico español es más que contraproducente, pues el misterio de este arte estriba en la intensidad de las perspectivas, por medio de los cortados contrastes de luz y sombra[18].

17 Consideramos este aserto sólo en relación con otra sensibilidad étnica. (Nota del traductor.)

La propensión del espíritu español al romanticismo, en el sentido corriente de la palabra, dista mucho de ser una sentimentalidad superficial. La caballería andante encarnada en España de una manera peculiar —la caballería personificada en el Cid Campeador—, por fantástica y extravagante que llegara a ser a veces, no dejaba de mantenerse muy firme en sus ideales y de manifestarse sumamente práctica en sus consecuencias. Tanto en su aspecto fantástico como en el material, era muy especialmente congénita a la naturaleza española. Cuando Ignacio de Loyola —caballero de una nueva forma de caballería— velaba las armas de su espiritual arnés, durante su larga vigilia en Montserrat, no es que estuviera esforzándose por simular a los caballeros de las arcaicas órdenes andantes, sino que daba cumplimiento a un instinto de verdadero español.

Entretejida con la manifestación de su espíritu romántico, tiene España, en verdad, una parte de su trama informada por una constante insistencia en los temas del sufrimiento y de la muerte. En la antigüedad, ya Estrabón notó, como distintivo de los iberos, cierta indiferencia ante el dolor, aun cierto placer positivo en él. La tenaz preocupación de la muerte, congénita al temple ético de este pueblo, hasta el extremo de que ha podido decirse que el español tiene una natural propensión al suicidio, ha constituido siempre un aspecto principal del romanticismo. Mientras el concepto favorito de la danza de la muerte de la edad media[19], tan dominante en España, ha desaparecido por completo como tradición viva en los otros países europeos, en éste, la descarnada lección de la muerte constituye todavía parte de los hechos de la vida cotidiana. "Hic jacet pulvis, cinis, nihil": esta inscripción que en grandes caracteres delata la sepultura de un gran arzobispo, sobre una losa del pavimento de la catedral de Toledo, puede tomarse como expresión de la altiva humildad española. El Escorial también podría llamarse templo real levantado a la muerte, y es una estructura única en el mundo por su aspecto impresionante. Los monarcas españoles pueden aquí, en vida, descender por la oscura escalera de mármol a la pequeña nave que está debajo del altar mostrándoles en el panteón el sarcófago que les está preparado desde varios siglos antes de que vinieran al mundo. No hay en la misma España nada tan impresionante como este ingente edificio del Escorial, gris y sombrío palacio de la muerte, hecho construir por Felipe II en este lugar expresamente escogido, en una solitaria ciudad pequeña, rodeada de pardas y sombrías montañas. En medio de este enorme y magnífico conjunto, lo más imponente y esencialmente español es esta sucesión de pequeñas y oscuras últimas moradas, libres de ornato, que el más grande y poderoso de los monarcas mandó construir para yacer en su último lecho mirando al altar mayor y señalando la misma cruz que contemplara su padre, el emperador, más poderoso aún si cabe, Carlos V, al morir a la manera española, de cara también al altar del monasterio de Yuste.

Hoy día por el inmenso templo discurre un incesante desfile de turistas un tanto desconcertante. Es una corriente cosmopolita: mujeres gentilmente ataviadas de todos los lugares de la tierra, los pacientes trotamundos —"globe-trotters"— yankees, algún empacado clérigo inglés, el caballero francés que no puede contenerse cuando en medio de la nave contempla las tumbas reales, donde yacen los monarcas, y exclama resumiendo en esta frase sus impresiones: "C'est joli, ca!"... mas sin conseguir ahuyentar la letal solemnidad de este Escorial obsesionante.

El español fomenta y vuelve enfática la majestad monda de la muerte. Nada tan lejos de él como el dicho meridional y sereno del israelita Espinoza, de que nada perturba menos al hombre

---

18 Como ha dicho muy bien un escritor, el cirio, por Navidad, y la Presentación o Purificación (*Gentleman's Magazine* diciembre 1906), es el verdadero símbolo del enlace entre el alma, el cuerpo y lo desconocido. Siempre se ha señalado España por su predilección por los cirios, tanto que "no sólo es la tierra del sol, sino también la tierra de la luz de cera." En ninguna parte ha sido tan general el uso de candelas y blandones en el culto como en España. Hace más de quince siglos el sínodo de Elvira condenó la costumbre española de encender cirios en los cementerios, por considerarlo, al parecer, como un rastro de brujería, pero dicha costumbre ha perdurado y aun se practica sobre todo el día de Difuntos.

19 Se cree que la leyenda más antigua sobre la danza macabra es la *Danza de la muerte* española del siglo XIV, a pesar de que Emilio Male, en un estudio muy interesante sobre *La danza de la muerte* y la sugestión que ejercía este tema sobre la imaginación medieval, después del siglo XIII (*Revue des Duex Mondes*, abril, 1906), opina que la danza de la muerte es de concepción originariamente francesa, siquiera responda a influencias franciscanas y dominicanas.

prudente que la idea de la muerte. En la catedral de Barcelona, que es el modelo más solemne e imponente de la arquitectura catalana, la amplia entrada de la cripta, mansión de la muerte, se abre precisamente entre el pie del altar mayor y el coro que ocupa el centro de la nave. Parece que los sacristanes españoles disponen de una calavera bien pulida y de dos tibias simbólicas para rematar con ellas el ornato de los túmulos que algunas veces se les ve levantar en la iglesia solitaria, al ocaso, para los funerales que han de celebrarse al día siguiente. En una iglesia céntrica de Zamora observé una vez que había sobre un pedestal en sitio visible, un proporcionado esqueleto que mostraba en una mano un reloj de arena y la otra empuñaba una guadaña; y en el muro interior de la catedral de Salamanca se distingue, en lo alto, un esqueleto de más reducidas proporciones que todavía sostiene la colgante piel sobre los huesos[20].

La edad de la caballería andante ha pasado al reino de la historia y su espíritu romántico, arraigado en las ideas de la vida y de la muerte, no puede ya florecer en el suelo de nuestra modernidad. Inevitablemente, por arraigados que estos conceptos hayan estado en España están llamados, si no a acabar de desaparecer de momento, a atenuarse o a adoptar modalidades muy transformadas. Pero una tierra que un tiempo dirigió los designios del mundo y que ha demostrado en todo momento ser fecunda en grandes personalidades, no puede ser calificada con precipitación de decadente y de incapaz para ejercer influencia alguna en los acontecimientos del porvenir. El pueblo español —que es todavía sano en la entraña, de suerte que ha demostrado sacar energías de sus propios fracasos—, reveló un tiempo, al menos una vez en su historia, desde la reconquista de Toledo hasta la rendición de los moros andaluces, incomparables virtudes de energía, espíritu de independencia y propia vitalidad; más tarde, España tuvo fuerzas para descubrir y colonizar un nuevo hemisferio; y aun posteriormente ha sido capaz de aportar al acervo común de la humanidad, obras espirituales de valor imperecedero. Al mismo tiempo el genio plástico de España ha modelado una de las formas de expresión verbal más vigorosas y más bellas, de las que se hallan más difundidas por el mundo todavía. La fibra del espíritu español está intrincadamente mezclada al tejido de los grandes designios humanos. Tiene, por otra parte, un sello peculiar, los rasgos de una personalidad elevada y exclusiva, a la cual no nos es posible dedicar un estudio lo bastante paciente y fervoroso que sería necesario para ir descubriendo los variados aspectos que encierra, ya que apenas empezamos ahora a apresurarnos ir viendo la luz que España puede infundirnos.

---

20 Después de escritos estos párrafos, leo el libro del gran poeta belga Emilio Verhaeren *La España Negra*, traducido al español, anotado e ilustrado por Dario de Regoyos, el pintor que acompañó al poeta durante su viaje. Ningún visitante ha sorprendido como Verhaeren el violento y sombrío carácter español que se manifiesta hasta en los lugares al parecer más inadecuados, como en las mismas canciones amorosas de Andalucía. Escasos visitantes de España advierten esta realidad. El mismo Ford, cuyo libro *Gatherings from Spain* es tan selecto y tan personal y que en general está tan cuidado en su parte documental, como cuadro descriptivo de las costumbres españolas, no da la menor idea del trágico y sombrío aspecto de la España intensa. El temperamento sensible de Verhaeren le hace, en cambio, percibir agudamente este aspecto fundamental del alma española, aunque *La España Negra* no se pueda tomar en manera alguna como un cuadro vivo y completo de la realidad actual de España.

II
El pueblo español
(Visión retrospectiva)

I

Se ha dicho que el español parece hijo de padre europeo y madre abisinia. Prescindiendo de su exactitud, estas palabras pueden aceptarse como interpretación o símil que responde a las noticias que se tienen de los principales elementos de España y su población. Así como Rusia es el nexo entre Europa y Asia, España lo es entre Europa y África, a la cual estuvo un tiempo unida. Ello explica lo que en el cálido suelo de Iberia encontramos de primitivo y violento, constituyendo la característica más notable del temperamento autónomo español, cualidad selvática en su raíz étnica. España es un gran fragmento separado de África, y el español es el primer producto del antiguo poblador blanco del Norte africano, considerado hoy día como padre del elemento más extendido de la población de Europa. Así es que el pueblo español está más directamente relacionado con el tipo facial aborigen de Europa, como muy bien observa Ripley[21], que la población de ningún otro país del continente europeo.

Los bereberes y las cábilas escondidas entre las montañas de Marruecos y de Argelia, aparecen a los ojos del que ha vivido en el Norte de África con mayor derecho que ninguna otra raza a representar la primitiva población europea. No es raro el tipo de aspecto francamente europeo; siendo con frecuencia tan morenos como los gaditanos, a veces podrían pasar como gentes del condado escocés de Aberdeen. Físicamente son delgados y vigorosos, y de una equilibrada y robusta esbeltez. Su carácter es serio al par que animado, belicoso y respetuoso en grado sumo para con la mujer; profesan un grande amor a su independencia, y prefieren vivir en pequeñas comunidades reducidas en forma de clan, envidiosos y hostiles para con los otros grupos. Constituyen un elemento material humano admirable, si bien muy difícil de domeñar y de atraer hacia un alto grado de civilización. En general, el español parece revelar en todo rasgos que lo relacionan con este tipo humano del Norte del África, por ser entre todos los pueblos europeos el que más se le parece.

Es hoy día creencia general que los vascos con su misterioso idioma, representan a los primitivos iberos de raza berebere. Según se desprende de algunos nombres de lugares, esta lengua se habló en la mayor parte de las tierras de España, pero hoy día se limita de una manera derivada a un rincón Nordeste de la Península y a su lindante tierra francesa. Los mismos vascos, como ha dicho Telesforo de Aranzadi en un detallado estudio antropológico, pertenecen a los primitivos iberos de afinidad bereber, pero han sufrido modificaciones, según cree, por cruces con el hombre de tipo Lapp y Find, por un lado, y por otro, con los címricos o germánicos. Su aislamiento en los flancos pirenaicos, ha permitido a los vascos conservar su lengua y algunas de sus primitivas instituciones —por ejemplo el privilegio hereditario de la hija mayor, en algunos pueblos, sobre los demás hijos—, y acaso sean ellos todavía los iberos, o sea el primer elemento étnico que se extendiera por toda la península. Es además sumamente significativo que todas las invasiones que han dejado alguna huella hayan sido de gentes procedentes del norte de África o aliados de estas regiones, cuando no la misma raza bereber. Los cartagineses, que tan importante papel desempeñaron en la primitiva historia de España, era una raza que se debió mezclar a los bereberes. Los musulmanes que ocupan la parte de mayor importancia en las invasiones de la península,

21 William Z. Ripley: *The races of Europe. A sociological study*. New York 1899. Véanse algunos fragmentos en *Las razas europeas en la antropología racista*. (Nota del editor digital.)

llegaron a España a través de Marruecos; y, aunque sus jefes vinieran a veces del lejano Oriente, los moros invasores estaban compuestos por la población berebere marroquí, como su mismo nombre indica. Y durante la larga lucha entre moros y cristianos, a pesar de todo, se cruzaron de tal manera la sangre cristiana y la islamita, que ambos pueblos llegaron a una íntima compenetración[22].

Dos excepciones importantes hay que señalar de esta regla general. Los visigodos —población germánica de cultura bizantina, todavía no identificada con los verdaderos teutones— dominaron en España durante varios siglos, y se fundieron, en mayor o menor grado, con la ya compleja derivación ibérica. En época mucho más remota —antes del siglo V de la antigua era, según Jubainville— se verificó la invasión de los celtas asiáticos y centroeuropeos, que todavía son fáciles de distinguir en la Península, por tener el cráneo más corto que los procedentes con mayor pureza de los iberos, a pesar de la fusión a que llegaron con ellos. Probablemente entraron por Francia, donde aun hoy día se perpetúan tenazmente en las montañas de Auvernia, pero encontrando resistencia entonces en las altas tierras pirenaicas avanzaron hasta hallar más cómodo asiento en el noroeste, en las regiones asturiana y gallega, pues dondequiera que vaya este pueblo ensoñador v reservado busca lo montañoso, atraído por ello psicológicamente. Sus descendientes se extendieron a lo largo de la franja portuguesa, y puede decirse que los celtas han influido menos en la formación del tipo español que del portugués, a cuya familia en realidad pertenece Galicia, por la situación y el clima, por la raza y la lengua. En las cordilleras del norte y noroeste, celtas e iberos se mezclaron para florecer en ese producto humano vigoroso y tenaz llamado celtíbero. No aportaron grandes rasgos característicos los celtas a la índole española; más bien se inclinaban a las labores humildes[23]. Todavía el gallego-español y el Auvernés-francés se consagran con predilección a labrar la tierra y a los menesteres serviles.

En parte a causa del predominio del primordial elemento básico que es el ibérico, y en parte también porque se fundieron en una afinidad racial todos los elementos extraños posteriores, la población de España revela hoy día una singular uniformidad antropológica[24]. Es muy cierto, no obstante, que aun los habitantes de una misma región de España se diferencian por marcadas características de aspecto, de costumbres, de facultades. Comparada en este sentido la población francesa con la española, diríamos que difieren más unas provincias de otras en España de lo que ya hace un siglo diferían en Francia. Y no obstante este fenómeno externo, los habitantes de Francia se distinguen entre sí, en muchos casos, por características opuestamente raciales, en tanto que la población española, antropológicamente es tan uniforme como pueda serlo actualmente la británica. La aparente diversidad de la población española creo que tiene una causa en la inclinación de esta gente a la vida de clan, de zoco, de grupo, al patriotismo del terruño —patria chica— que los españoles han heredado sin duda de sus abuelos los bereberes.

La mayor parte de la población está compuesta por lo que Deniker llama la raza “ibero-insular” y que a veces es llamada del “homo mediterraneus”[25]. La misma raza es la que puebla las grandes islas del Mediterráneo occidental, el sur de Italia y algunas regiones de la Francia

---

22 La rapidez con que una raza tan obstinada y hostil como la española recibió a los musulmanes invasores y ellos, hasta el extremo de pasarse muchos al islamismo —muladíes— demuestra que la misma raza se sentía menos alejada de los moros que de los visigodos. Aun los mozárabes, españoles que hacían vida con los invasores, llegaban a ser designados para relevantes cargos, y llegaron a dirigir las tropas muslimes. A comienzos del siglo XII apareció el espíritu fanático, pero aun así y todo la estrecha relación y mezcla entre cristianos y moros no desapareció hasta la expulsión. (Véase la *History of the Inquisicion in Spain*, de Lea, vol. I, págs. 52 y siguientes).

23 El traductor omite otra curiosa característica que Ellis atribuye a los celtas: “probablemente hicieron disminuir la agresividad española, ya que los crímenes de sangre son relativamente poco frecuentes en las regiones celtas de España.” Y apoya su afirmación con la siguiente nota: “Bernaldo de Quirós, *Criminología*, p. 52.” (Nota del editor digital.)

24 La misma uniformidad debió existir desde el principio, pues ya Herodoto, en un fragmento de la Historia de Grecia alude que los Iberos son la misma gente en todas partes, a pesar de que, divididos en tribus, se denominen de diferente manera. Pierre Paris, en su estudio sobre el arte y la industria primitivos de España dice que entre los diversos objetos de arte descubiertos por toda la extensión peninsular, se observa una innegable uniformidad.

meridional, especialmente el Limousin y el Périgord. Las principales características de este tipo humano que lo distinguen del resto de los europeos, son: corta talla, color moreno, cráneo largo. La estatura de los españoles oscila entre los mismos límites que la de los italianos, y así como en Italia el tipo más bajo abunda en el sur, en España es más bien en parte del norte y en el centro. El color de los españoles es en un promedio algo más oscuro que el de los italianos, y aunque son muchas las regiones de esta tierra donde se dan bastantes individuos rubios y muchos castaños, no creo que pueda asegurarse que haya gran extensión alguna en la cual, según indica la carta de pigmentación de Deniker, la proporción de los morenos baje de un treinta por ciento. Ya Tácito hubo de decir algo del español de cabeza ensortijada y sobre la tez teñida de los españoles. Parece una señal característica de la raza ibérica la riqueza de pigmentación, aun en los individuos de la rama extendida hacia la parte peninsular sudoeste de Inglaterra, tanto que Silio Itálico comparó el matiz del rostro de los españoles con el color del oro de sus minas, color que en su más delicada matización constituye esa áurea palidez que tanta admiración causó a Teófilo Gautier en las malagueñas. Por lo que hace a la estructura craneal, el español, contra lo que podría suponerse, se diferencia bastante del berebere, aunque dentro de sus características propias, conserve el alargamiento craneal. La uniformidad en que ha dado el cruce de tantas influencias, aparece de una manera convincente en el pequeño margen de diferencia que ofrece la abertura del ángulo facial. Los individuos de cráneo más alargado son los de levante y del sudoeste. Los de cráneo más voluminoso son los del noroeste. Los retratos de hombre y de mujer que vemos en los cuadros de Murillo, y hasta cierto punto en Zurbarán, representan admirablemente los principales prototipos antropológicos de España.

II

La tierra de España y los rasgos peculiares de la población española nos llevan al África. Si nos esforzamos en ahondar un poco más veremos que hay mucho en el carácter del español que podemos derivar de África. Creo, no obstante, que el verdadero carácter español, no es meramente africano, sino primitivo, y —dicho sea sin el menor asomo despectivo, sino en cierto sentido vibrante de la palabra— tiene en el fondo una pureza salvaje[26]. Suele decirse que todo pueblo pasa por los tres grados siguientes: de salvajismo, de barbarie y de civilización, y sin duda es cierto. Pero siempre me ha parecido que, aparte la teoría, cada pueblo tiene una tendencia particular a uno de estos tres estados, dentro de su mayor o menor grado de desarrollo, a causa de encontrar en él el germen más directo de su índole temperamental. Así, pues, Francia no sólo es hoy la tierra de la civilización, sino que entraña el principio civilizador que ya observó Estrabón en los galos de hace dos mil años. Tanto es así que la causa de que cayeran tan fácilmente presa de los romanos fue sin duda su mismo instinto precoz para la civilización. En cambio Rusia ha sido siempre bárbara, no en mal sentido, sino más bien como elogio. Y el español fue, es y seguirá siendo, en la más valiosa significación de la palabra, un pueblo de índole selvática.

Su infantil simplicidad y su intensidad de sentimientos, su dureza, su austeridad unidas al desdén por lo superfluo, su inclinación a la holganza contrapesada por su predisposición a la acción violenta, su indiferencia por las personas y los intereses que se hallan al margen del círculo de su propia vida, éstas y otras son características que determinan ciertos aspectos del español y que distinguen de una manera más rudimentaria al salvaje. El entregarse a la indolencia por ejemplo, como reverso de la manifestación de la energía impetuosa, siempre ha sido muy pronunciada en el español, que carece de gran aptitud para los trabajos sistemáticos, sostenidos y detallados; aun los mayores esfuerzos del genio español revelan escasa capacidad para tenaces sacrificios continuados; así podría decirse que ninguna de las obras maestras literarias ofrece mayor descuido en los pormenores que la novela de D. Quijote, por más que algunas autoridades en la materia afirmen que

25 Deniker, *Journal of the Antropological Institute*, julio y diciembre de 1904. [Véase *Las razas europeas en la antropología racista*.—Nota del editor digital.]

26 Nótese lo que se observa en el prólogo sobre este concepto de lo “salvaje”. (Nota del traductor.)

está compuesta con sumo escrúpulo. Fuera de Cataluña, Galicia y las provincias Vascongadas[27], el trabajo no se sintió siempre como un impulso natural. El tendero —hortera— y el trabajador manual, aun son mirados, tradicionalmente, por muchos con cierto menosprecio. El mismo barquero pobre de una novela de Blasco Ibáñez no sentía sino menosprecio por el destripaterrones: "eran labradores, y esta palabra le sonaba a insulto". El español de otros tiempos encomendaba el trabajo de la tierra a los esclavos, y más tarde a los mudéjares, musulmanes vasallos de los cristianos que gozaban de ciertas libertades, y a los conversos o moriscos, aunque unos y otros superasen en cultura y habilidad a sus señores. Siendo la principal ocupación de los castellanos la guerra, confiaron su comercio, su industria, sus artes manuales a sus siervos, y tales actividades llegaron a parecer serviles. De aquí que hasta el mendigo pueda en España permitirse tener orgullo —en realidad sólo el mendigo de hoy día conserva el aire altivo que se atribuye al español de antaño— y mantener el parasitismo social, que dio origen a la novela picaresca, todavía tiene realidad, bajo distintos aspectos y apariencias[28].

Debe advertirse que una afirmación absoluta sobre este aspecto, ha de producir sin duda una falsa impresión. A los mismos españoles les molesta, y con razón, que muchos turistas crean ver toda la población de España simbolizada en los gitanos que bailan o echan la buena ventura, y en los rapaces mendicantes que se tumban al sol a comer naranjas. No es España la tierra del gitano que no suelta la guitarra, pues hay en esta tierra, como dice Emilia Pardo Bazán, una España muscular y juvenil, bañada en sudor, que viste blusa azul y que se ennegrece el rostro con el humo de la fragua. Así es en efecto, y no obstante, el temperamento, la individualidad, las tradiciones del español, el mismo clima en que vive, parecen darse cita para hacer que en este país el trabajo por amor al mismo resulte una cosa impuesta, en contraste con lo que ocurre en otros pueblos que necesitan estar inventando necesidades y justificaciones para desarrollar su apetencia de trabajo. Para el español el trabajo, antes que un bien, es un mal impuesto, y prefiere limitar sus necesidades a aumentar su producción. Según una tradición de Libia, o bereber, transmitida hasta nosotros en un fragmento de Píndaro, era creencia entre la raza de la cual el español proviene, que su primer antepasado, Iarbas, surgió a la vida directamente del caliente suelo africano. Era una creencia natural. También las extensiones de la meseta castellana son reacias al cultivo y arden de sol, una vez ido el invierno que las hiela; y el natural producto de la coincidencia del sol, del hielo, del hambre, ha sido un pueblo tenaz y seco, sumamente sobrio, de contenidos apetitos sensuales, demasiado hecho a la lucha del trabajo para entretenerse en idealizarla. La pobreza del suelo español en la Meseta ha hecho de su hombre, como observa Unamuno, el hijo de Abel, más bien que de Caín, el labrador, fratricida. Prefiere pastorear llevando sus rebaños a los prados y entre las colinas. De estas regiones agrias, antes que de las tierras bajas, fértiles y cultivadas, salieron con el tiempo los conquistadores a la manera de los Pizarros y los Cortés, y muchos de los más recios hijos de España. Así es que puede decirse que el español es nómada, aventurero de nacimiento, tanto por su índole como por imperativo circundante[29].

---

27 Las provincias Vascongadas no figuran en esta frase en la primera edición inglesa de la obra. (Nota del editor digital.)

28 Es digno de ser notado que las obras maestras de la literatura picaresca se deben a hombres que vivieron en medio del ambiente nómada que les es grato describir. Por más que el *Lazarillo de Tormes*, sea de autor anónimo, puede muy bien creerse, como observa Butler Clarke, "que sea obra concebida y redactada en una taberna o figón, en un cubil de estudiantes, o acaso en un calabozo". Mateo Alemán era un soldado pobre; Espinel, un vagabundo, soldado, marinero, y posiblemente, como Cervantes, fue cautivo en Argel; Quevedo buceó en todos los ambientes sociales.

29 Véase la obra del autor de este libro *Affirmations*, en que hace un estudio de Casanova relacionado con estos conceptos. (Nota del traductor.)*

* El traductor omite esta nota del autor: "A menudo me ha parecido una curiosa prueba de la persistencia de las influencias hereditarias el hecho de que Casanova fuera en última instancia de ascendencia española; no resulta fantasioso encontrar en él una afinidad especial con los mallorquines, entre quienes el nombre Casanova ha sido común y famoso desde hace mucho tiempo, ya que es el de su santa principal. Casanova es el pícaro español por

Puede decirse, por consiguiente, que si el español no es amigo de un trabajo sistematizado y constante, posee en cambio una enorme reserva de energías, y la sapiencia de soportar toda penalidad, cuando considera que sería sacrificio mayor el esfuerzo que exigiría la conquista del confort. Por una parte, el amor a la inacción, el desdén por todo trabajo de práctica utilidad y, entre la población de las esferas humildes, la predisposición al parasitismo; por otra parte, sobre todo en algunos prototipos eminentes, un arrebato, casi un éxtasis de extravagante, desinteresada e infatigable energía. Esta sugestión de la energía es lo que, a decir de Norman Macoll, hizo que Calderón sintiese predilección por los tipos de carácter demoníaco, de índole llena de inquieta potencialidad y ávida de acción, acuciados por un impulso del que ellos no sabrían dar cuenta y que consideran ajeno a sí mismos. Aun, el reciente poeta, Rubén Darío, por más que se hallara calado del cosmopolitismo del nuevo mundo y de la fragancia beaudeleriana y verlainiana del viejo continente, se mantiene hijo verdadero de España por su admiración a la energía individual, y canta:

“Yo soy el caballero de la humana energía.”

Observa atinadamente Salillas que el español en sus fiestas gusta de prodigar una cantidad enorme de esfuerzo que, si bien no produce trabajo útil, puede ser encaminado a ello, porque implica todo el vigor del esfuerzo productivo —hoy día se está experimentando esta transformación en España—, y esta observación es muy justa en cuanto a las corridas de toros, fiesta nacional que requiere un grado sumo de valor, resistencia, agilidad, inteligencia y gracia[30].

Esta actitud del español, su dureza, su indiferencia ante los sufrimientos, interpretada a veces como una crueldad, es otro contacto con el selvatismo[31]. La acción emotiva que late bajo esta actitud vital, es en absoluto ajena a la ternura, tan francamente egoísta como altruista, que caracteriza la civilización y que es del todo incomprensible para la mentalidad de raíz salvaje. Los españoles han practicado todas las formas del ascetismo; y el ascetismo, contrapesado a veces por la incontinencia[32], es siempre fácil de manifestarse, cuando no necesario, en condiciones de vida selvática. Solamente de esta manera nos es posible concebir una característica tan extraña a la suavidad o halago de lo que entendemos por civilización.

Con frecuencia los españoles rebaten con enojo el cargo de su crueldad, y la acusación, en efecto incomprensiva, si no gratuita, de que el funcionamiento de la Inquisición significase un especial deleite en la persecución religiosa. Valera, como tantos escritores, intervino en esta defensa haciendo notar en algún pasaje que solamente la ciudad de Salem es culpable de mayor número de torturas que las que puedan achacarse al Santo Oficio, desde California hasta el Estrecho de Magallanes. Además, en una edad en que la tortura era admitida como procedimiento judicial casi en todas partes[33], el uso de tal práctica no basta para censurar a la Inquisición, como no se demuestre que sus ministros no fueran en la aplicación de la tortura más allá que los otros jueces de su tiempo. Pero los hechos demuestran lo contrario. En Aragón, aunque la Inquisición estaba en vigor, los tormentos se consideraban ilegales, y sólo por mandato especial de Clemente V, se aplicó en 1311 a los templarios. Más tarde, cuando la tortura se admitía ya corrientemente en Castilla, no sólo para uso del tribunal religioso, sino también en la legislación civil, Aragón siguió rechazándola, por más que la Inquisición la practicase fuera.

Los sistemas de tortura usados por la Inquisición para arrancar las confesiones no diferían de los puestos en práctica casi universalmente. Su aplicación se vigilaba celosamente, y sólo algunos

---

excelencia. (Me he ocupado de Casanova en mi libro *Affirmations*).—Nota del editor digital.

30 Salillas, *Hampa*, págs. 86 y siguientes, 114 y siguientes.

31 El autor parece querer templar con este vocablo el original *salvajismo* que emplea el autor. (Nota del editor digital.)

32 Como el carácter español es paradójico, en el capitulo “La Primavera en Sevilla” se hace mención de la digna sobriedad, observada en la continencia con que el andaluz celebra sus solemnidades, cualidad que contrasta con la licencia, y aun desenfreno, que en países del norte suelen seguir a una observancia rigorosa. (Nota del traductor.)

33 Aun en el siglo XVII, un genio de tan profundo sentimiento humano y de tanta ponderación como Bacon, admitía en Inglaterra la tortura como elemento natural en los procedimientos judiciales.

de los medios elementales de la edad media se ponían en función, y por lo general no se hacia de una manera extremada. La creencia de que los medios de tortura empleados por la Inquisición española fuesen de una excepcional crueldad, dice Lea, se debe a escritores sensacionalistas que han jugado con la credulidad de los lectores. "Malo era el sistema en principio y en la práctica —escribe —, pero a la Inquisición española le queda al menos la atenuante de que no fue ella la que lo introdujo en el mundo, y hay que confesar que, por lo común, era más benigna que la justicia civil, y se limitaba a la práctica de un número limitado de procedimientos. La comparación de las inquisiciones española y romana, es sumamente favorable a la primera"[34].

Y a pesar de todo, observando el carácter del español, no podemos menos de reconocer que éste tiene algo de impasible ante la crueldad, y que halla un extraño morbo en ella. Los primitivos iberos, invencibles en espíritu, aun clavados en la cruz entonaban sus himnos patrióticos, causando el asombro de los conquistadores romanos; y las madres iberas antes estrellaban a sus infantes contra el suelo que resignarse a que hubieran de vivir en esclavitud. No hará mucho más de un siglo que todavía las iglesias españolas eran salpicadas de sangre de penitentes que durante la cuaresma se flagelaban, así como en Gibraltar puede verse aún hoy día a los más fanáticos sectarios del Islam bailar por las plazas durante la pascua mora en junio, abriéndose tajos hasta que su sangre riega el suelo[35]. Todavía parece que hay resabios de algo parecido en algunos lugares de España, Regoyos ha visto en San Vicente de la Sonsierra —cerca de Haro— una hermandad que todavía suelen flagelarse hasta hacerse saltar la sangre; supervivencia medieval, entre luces eléctricas. Así como los toros son castigados en el ruedo, así también estos hombres usan para disciplinarse unas puntas hirientes de vidrio. No todos se sienten atraídos por el "picao", pero los que a tanto llegan, son objeto de general admiración, sobre todo entre las mujeres, que los prefieren como esposos. Los que una vez se han sometido a esta penitencia, practicada en Viernes Santo, todas las primaveras la renuevan, como una necesidad, de modo que las autoridades nada han logrado con sus prohibiciones, pues lo hacen a escondidas[36]. Hace dos siglos era costumbre en algunos sitios que los pretendientes a la mano de una moza se torturasen en esta forma durante la Semana Santa, en la calle, a fin de ganar la compasión de sus dueñas[37].

Barrés hace esta observación: "Sospecho que el español halla una especie de deleite en la contemplación de los sufrimientos de Cristo". Los artistas españoles siempre han procurado tallar las imágenes de Cristo en la pasión de la manera más lacerante y angustiosa, y que los fieles españoles han mostrado especial complacencia en rodearlas de elegantes y costosos ornatos. Recuerdo haber visto no hace mucho cruzando por delante de un altar lateral de la catedral de Palencia, un Cristo doloroso, una talla de grandes proporciones al estilo realista y muscular español, ostentando una linda camisilla bordada que le rodeaba el tórax, y por cuyo borde asomaba una especie de saya de delicado encaje, disfraz de extraña coquetería, más bien dispuesto para subrayar que para dulcificar el realismo agónico. La dolorida faz de la imagen se vuelve más patética cuando aparece mirándose un indumento de "ballet" como el descrito.

El interés que parece sentir el español por la sangre, y la sensación que pueda causarle la efusión de la misma, no se ha manifestado únicamente en el arte, sino, como apunta Ganivet, está

---

34 H. C. Lea, *History of the Inquisition in Spain*, vol. III, cap. 1.°, "Tortura".*

* N. del T: Véase el concepto general de Chesterton sobre la Inquisición, en *San Francisco de Asís.* (Ed. francesa Plon, cap. II.)

35 El aspecto de ciertas prácticas de mortificación cristiana, tiene, a pesar de este patetismo plástico, muy distinto principio, y forma que los extremos fanáticos.

36 Emilio Verhaeren y Dario de Regoyos, *La España Negra*, 1890, pág. 72.

37 En 1692 la condesa de Aulnoy en su *Relation du Voyage d'Espagne* (vol. I, págs, 158-164) describe con pormenores estas escenas de flagelación y habla de la admiración que despertaban en el ánimo de los corazones femeninos. Había momentos en que llegaban a salpicar las gotas de sangre a la dama ante la cual pasaba un flagelante. Ella tenia en mucho semejante honor. En todo ello hay que sorprender con prudente cautela la forma pintoresca con que sin duda está visto.

patente en la medicina. La participación de Miguel Servet en el descubrimiento de la circulación de la sangre es una de las aportaciones más valiosas de España a la ciencia médica, y España sola presenta una bibliografía sobre la sangre, más extensa y mejor que todos los otros pueblos juntos. El más conspicuo médico español es el "doctor Sangrado".

El estoicismo, instintiva filosofía del salvaje, es la filosofía fundamental y casi religiosa de España. Séneca, el típico estoico español, tiene para España, según se ha dicho, el prestigio de un padre de la Iglesia. El español Marco Aurelio lleva la huella de su tierra natal; y el cordobés Lucano fue el primero de una larga estirpe española. Contribuyeron tanto a infundir al estoicismo su último carácter, porque instintivamente esta filosofía germinaba ya en su sangre. Aun cuando el español se haya mostrado sobre todo cristiano, ha sido antes que asceta, estoico. Torquemada vivía en un palacio custodiado por centinelas montados, como un magnate, pero hubiera rehusado la dignidad arzobispal, se abstenía de usar prendas de hilo, aun para dormir; no comía carne, y se resistió a proporcionar un partido a su pobre hermana soltera. Se recuerda la anécdota de Fray Luis de León que, después de cinco años de sufrimiento en la cárcel, al ocupar de nuevo su cátedra en la universidad de Salamanca —en la pequeña y oscura aula que todavía existe— comenzó diciendo, según antigua costumbre suya: "Decíamos ayer…"

Esta actitud mental se compadece con el énfasis del carácter, de la ética, de la conducta. Nunca ha florecido en España la afición al cientifismo puro. Los españoles no han tomado una parte muy activa en el desarrollo de las matemáticas o de la geometría, de la astronomía o de la física, si bien se han mostrado eminentes en algunos aspectos de la ciencia aplicada y en la biología; así hoy día el sabio Ramón y Cajal es un histólogo de fama universal. Se han entregado en gran manera a la metafísica, pero en España la metafísica se vincula, de una manera práctica, a la teología[38].

Sería erróneo suponer que la "crueldad" y el instintivo estoicismo de los españoles impliquen carencia de predisposición a la verdadera ternura y a la práctica de las acciones humanas más emotivas y delicadas. Semejante resultado no se da ni entre los salvajes; cuánto menos en España, donde los tiernos sentimientos humanos tienen un alto grado de expresión. Cervantes, el más representativo de los españoles, es de una dulzura humana tan grande como la de Chaucer[39]. Lo que parece vedar las tiernas emociones del español es la dificultad de ciertas efusiones sensibles en sus más graves manifestaciones formales y la costumbre de limitar sus mejores sentimientos al mundo de sus familiares, en vez de prodigarse entre los ajenos. Estrabón dice que los iberos estaban siempre dispuestos a sacrificar su vida por los amigos. De todo ello se deduce una explicación para el aparente antagonismo, muchas veces señalado, que muestra España ante el resto del mundo. Por una parte se complace en un rígido y duro formalismo, en una moral y una religión severas y abstractas, capaces de destrozar sin piedad su propio espíritu y el de los otros. Pero, por otra parte, es individualmente para con el que ha faltado, lo mismo que para la amistad y toda otra relación personal, de una inagotable indulgencia[40], cualidad que fue desarrollada en el plano de la teología por muchos casuistas españoles[41]. La Iglesia española, aunque se mostró intransigente con la herejía, tuvo siempre ternura para sus hijos. España produjo el impasible Torquemada, pero también engendró al pío fraile valenciano que fundó, hace seiscientos años, el primer hospital para

38 Menéndez y Pelayo, que sostiene esta opinión en su Ciencia Española (3.ª edición, 1887, vol. 1.°, pág. 94), habla del "triste caso de que nuestras Facultades de ciencias se ven desiertas". Con todo, Menéndez y Pelayo era un gran espíritu insaciable, y desde que escribiera estas palabras se nota cada día más amor a los estudios científicos y de orden práctico.

39 La piedad española es la causa que dificulta la su presión absoluta de la mendicidad (mal que se ha aminorado ya considerablemente, hasta extirparse casi en todo el país), pues el español suele sentir inhumano el negar la limosna.

40 Es digno de tenerse en cuenta que la costumbre, relativamente reciente en Inglaterra de permitir que los presos por delitos criminales se aconsejen, es antiquísima en España, donde el pobre puede defenderse en los pleitos, sin que le cueste nada. (Lea, *History of the Inquisition in Spain*, vol. III, pág. 43).

41 Caramuel, a quien por sus teorías de indulgencia moral se llamó "enfant terrible" de la teología, era castellano. Su ciencia era vasta, grande su influencia, y tenía una formidable energía práctica.

dementes. "Sufrimos un estado anormal de cosas —dice un pensador español—, en relación con nuestro carácter: castigamos con solemnidad y rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia, y luego, sin ruido ni aparato, perdonamos para satisfacer nuestra necesidad de compasión"[42]. Esta dualidad moral ha sido considerada como un producto del sentimiento cristiano en España, y de la filosofía de Séneca en un punto de convergencia. Pero tal tendencia es sin duda más radical e instintiva de lo que esta observación pueda dar a suponer.

Puede encontrarse una mezcla similar de fuertes nociones de la justicia en abstracto con una piadosa indulgencia hacia los delincuentes, entre los campesinos de Irlanda, que es una tierra según antiquísimas tradiciones que los modernos estudios tienden a confirmar, donde hay un primitivo elemento ibérico muy marcado. Respecto al comportamiento del campesino español para con sus semejantes, encuentro un caso muy significativo, narrado por un magistrado español en un periódico aragonés hace algunos años, y que ocurrió en una época en que el país atravesaba una aguda crisis. Un labrador que estaba sin trabajo, salió a la carretera decidido a robar al primero que acertase a pasar. Este fue un hombre que guiaba un carro. El labrador le dio el alto y le exigió el dinero que llevase. "Ahí van esos treinta duros, que es lo único que poseo", contestó el asaltado. "No me quedaba más remedio que robar, porque mi familia está muriéndose de hambre", le dijo justificándose el agresor, y se metió el dinero en el bolsillo. Pero no bien lo había hecho, cambió de parecer: "Toma esto, chico —le dijo devolviéndole veintinueve duros—, con uno me arreglaré." "¿Quieres algo de lo que llevo en el carro?" le preguntó el carretero, impresionado ante tal generosidad. "Sí —dijo el labrador—; toma también este duro, prefiero un poco de arroz y unas judías". El carretero bajó un saco de comestibles y además le ofreció cinco duros, que no obstante el labrador rehusó. "Tómalos para que te traigan suerte —insistió el carretero—, te lo ruego". Y esto fue lo único que logró aceptase el frustrado ladrón. Esta verídica historia demuestra la mezcla de impulsos que caracteriza al temperamento español. No es raro encontrar un caudal de sentimientos humanos y de cortesía encubriendo un fondo de violencia y de dureza, pero en el temperamento español son estos últimos los sentimientos que están más cerca de la superficie, y desaparecen en cuanto se traba relación con cualquiera.

Tal cualidad del campesino español, juntamente con su tendencia a las leyes abstractas adaptables a los casos concretos, su individualismo, su amor a la independencia y su preferencia por las pequeñas agrupaciones de clan, pueden ayudar a explicar por qué el campesino y el obrero españoles se sienten atraídos por los ideales anarquistas. En ningún país ha avanzado el socialismo colectivista de Marx tan poco como en España, al paso que en ella se ha abierto tan fácilmente paso el anarquismo. Así ha sucedido lo menos durante cuarenta años[43]. En 1868, Fanelli, un miembro italiano de la Alianza Bakunista (la sección anarquista de la Internacional), fue a España, y dos años

---

42 En el espíritu religioso español hay una intransigente intolerancia al lado de una tolerancia amplísima, El austero espíritu intolerante prevaleció durante las postrimerías de la edad media, lo mismo que el espíritu puritano dominó más tarde en Inglaterra, pero no es que éste sea el valor más genuino y natural de la raza. Los visigodos eran muy tolerantes. "No ha habido pueblo que se hiciera menos acreedor al calificativo de fanatismo e intolerancia que los visigodos españoles". (H Bradley, *The Goths*, pág. 329). Fue un godo español el que llenó de sorpresa a Gregorio de Tours al decirle que el deber de un cristiano consiste en mirar con respeto lo que los demás reverencian, aunque se trate de idólatras. Más adelante Castilla fue el único pueblo que se resistió, entre los países latinos, a adoptar los métodos de persecución, a pesar de las prescripciones de la Iglesia. Aragón, aunque poseía altas y justas leyes, fue más sumiso a los Papas, así es que el mismo Jaime el Conquistador transigió con que se quemara algunos herejes obstinados. (Lea, *Historia de la Inquisición en la Edad Media*, vol. II, página 180 y siguientes). A principios del siglo XIV el espíritu de intransigencia fue extendido por los prelados de Castilla, después de asistir al Concilio de Viena; y en el concilio de Zamora, fueron más lejos que los franceses en sus rigurosas medidas para combatir el judaísmo y a todo infiel, por más que el pueblo estuviese muy lejos de participar en tales sentimientos. La Inquisición, que en el fondo era un instrumento más que religioso, político, fue la institución que dio su gran impulso a la intolerancia, recurso del genio político del rey Fernando, en su deseo de realizar la unidad ibérica y de fortalecer vigorosamente la corona en el gobierno.

43 En la *Contemporary Review* de mayo de 1902 se publicó un breve esquema de la historia del anarquismo español, firmado por Stoddard Dewey.

más tarde, al celebrarse en Barcelona un Congreso anarquista, el movimiento había comenzado ya a tomar carácter definido y concreto. Desde entonces el anarquismo ha progresado firmemente en España[44]. Tiene gran vitalidad en Cataluña, donde promueve frecuentes huelgas en Barcelona; en Andalucía encuentra un terreno abonado por ser allí muy notable el contraste entre la riqueza y la pobreza; asimismo están considerablemente influidas de anarquismo las comarcas del litoral mediterráneo, especialmente la industriosa región de Valencia. En el norte del país también muestra, aunque en grado inferior, paralelo desarrollo, pero en la costa atlántica el anarquismo no halla tan favorable campo como en la mediterránea y cantábrica. En Bilbao, que es el segundo gran centro industrial de España, el partido obrero se ha mostrado con frecuencia hostil al anarquismo, pero en muchas regiones de España los ideales del partido obrero son en gran parte los mismos ideales del anarquismo[45].

Existe otra característica española, que lo es también de una actitud selvática ante la vida: el amor al formulismo, al ritual, a la ceremonia. Indudablemente, en todos los planos de la cultura humana existe y debe existir este elemento ceremonial y ritualista, pero en las tierras vírgenes, lo mismo que en las civilizaciones muy remotas, como la de China, ello constituye la externa corporeidad de toda filosofía, religión y organización social. Lejos de ser libre, el salvaje se halla envuelto en un ceremonialismo que en manera alguna es meramente convencional, antes puede ser de una trágica realidad. También para el español la parte ceremonial de las cosas es algo muy serio y verdadero, y se extiende a todas las manifestaciones de la vida, con no menor gravedad y rigor en la plaza de toros que en el templo. Siglos atrás, el concepto de la ceremonia como suma expresión de los más altos privilegios religiosos, culminó en el fastuoso espectáculo de los autos de fe, que eran una gran fiesta donde el júbilo popular realzaba el acto religioso, en el cual la Inquisición dictaba la sentencia final de la condenación o reconciliación de los herejes antes de entregarlos al brazo del poder secular, ya que la ejecución de los reos era de competencia exclusiva de éste y no incumbía a la Iglesia. Hasta comienzos del siglo XVIII no cayó en desuso el auto de fe[46].

También la danza española en sus aspectos antiguos y más nobles constituye un rito de solemnidad. “¡Qué majestad, qué decoro, que distinción!” exclama Valera ya anciano, recordando las danzas de Ruiz y de su hermana Conchita, y “¡qué gracia cuando ambos bailaban juntos el bolero! No hay danza más aristocrática. Parecen príncipes o grandes personajes”.

Para los anglo-sajones, las funciones ceremoniosas son en su mayor parte una cosa irreal e impuesta, que ellos realizan lo mejor que pueden, con grave y majestuosa solemnidad. Para el español la ceremonia es algo tan real y verdadero que en sus manos se convierte en una cosa graciosa, sencilla, natural y casi doméstica. “Toda la vida me he conducido con gracia”, dijo el marqués de Siete Iglesias en el patíbulo, resumiendo en estas palabras la apología del caballero español. Esta tendencia al ritual implica ciertamente una fe en lo externo, rayana en fetichismo. Parece ser que un español, San Raimundo de Peñafort, fue el primero que habló del perdón de los pecados veniales por medio de la aspersión del agua bendita, y en una de las comedias de Calderón, *La Devoción de la Cruz* un personaje, a pesar de cometer toda suerte de delitos, conserva un

---

44 Después de las evoluciones del obrerismo catalán debidas al sindicalismo, el anarquismo terrorista ha dejado de manifestarse. (Nota del traductor.)

45 Los ideales del anarquismo no están, ni mucho menos, confinados al campesino y al hombre rural en España, En su novela *Doña Luz*, Valera hace decir a su personaje don Juan Fresco, que suele hallarse en el fondo de algunas de sus obras, en una carta —cap. XI— que supone escrita por el mismo, las siguientes palabras, que bien pueden tomarse como expresivas del criterio del autor: “Yo, en cambio, lo confieso, tengo un ideal, que, al paso que vamos, no se realizará, si se realiza, hasta dentro de diez o doce siglos; pero, amigo, es menester ir encaminándose hacia él, aunque sea a paso de tortuga. Mi ideal es el menos gobierno posible; casi la negación del gobierno; una anarquía mansa y compatible con el orden nacido armónicamente del seno de la sociedad y no de los mandones.” Tales conceptos son genuinamente españoles.

46 Lea, *History of the Inquisition in Spain*, Vol. III, libro VII, cap. V.

profundo respeto por la cruz, el símbolo de la Redención, y gracias a su fe, por fin se salva; no ha ultrajado su símbolo[47].

III

Cuando consideramos así en conjunto los distintos aspectos del temperamento español revelados en su vida cotidiana, en su historia, en su religión, en su literatura y en su política, encontramos que constituye un panorama mucho más armonioso de lo que con frecuencia se presume. Son todas manifestaciones de una raza aborigen y primitiva que, sometida a una tierra y a un clima especialmente estimulantes y endurecedores, ha conservado en todos los grados de su desenvolvimiento un desusado vigor de fresca juventud, del inicial salvajismo prehistórico. Puedo decir que el preeminente autor del *Idearium español*, expresa la misma opinión, de una manera distinta, al observar que existe una profunda razón para que España haya proclamado y defendido siempre el dogma de la Inmaculada: ha pasado todos los trances de la maternidad, y ha llegado a una larga vida, conservando joven el espíritu íntegramente virginal en su naturaleza.

Con su historia y sus puntos de vista comprendemos cuán profundamente arraigados tiene el pueblo español sus virtudes y sus defectos, sobre todo en cuanto se relacionan con la energía improvisadora, desprovista de perseverancia, que es donde Menéndez y Pelayo ve el sello del genio español. Comprendemos por qué el punto del honor ha jugado siempre tan importante papel en las ideas de España, aun en el período más brillante y fecundo de la historia española, y comprendemos también por qué el Cid Campeador, según la concepción popular, con su fisonomía francamente democrática, su ruda y decidida acción de justicia, casi como la de un glorificado Robin Hood, ha sido el gran héroe español[48]. Y también nos explicamos que la principal virtud del español haya sido siempre la primitiva del valor. Dice, con verdad, Pascual Santacruz: "Nuestra cualidad más relevante es el valor", aunque reconoce que este valor tiene mucho de infantil impetuosidad y salvajismo. Todo lo que se pueda llevar a cabo por el valor puro, elevado a los grados del heroísmo, ha sido realizado ya por los españoles. Es curioso observar cómo sorprendieron las cualidades del español para la guerra a Brantôme, que, a decir de Morel Fatio, es el francés que mejor ha visto a España. Vio a las tropas españolas marchar hacia Flandes, por tierras de Francia, en tiempos en que España era todavía una primera potencia. "Les habríais llamado príncipes por lo apuestos, por su arrogante andar, por su aire gentil[49]. Eran casi indiferentes a todo lo que no fuese su valor. "Mandan los libros al diablo, añade, a excepción de una minoría que se entregan al estudio de un modo raro y con aprovechamiento, siendo dignos de admiración por lo profundos y lo sutiles, según he podido comprobar".

Pero aun cuando encaminan sus energías por otros derroteros, es curioso observar la frecuencia con que los españoles conservan el espíritu del valor caballeresco en la misma forma belicosa. Ello aun en la esfera de la religión. Raimundo Lulio ha sido felizmente calificado por Menéndez y Pelayo, "el caballero errante de las filosofías", santa Teresa comenzó su carrera

---

47 La fe por lo meramente formal se confunde aquí sutilmente con la fe "numinosa", con la esencia de la religión. El español no ve en la imagen un mero icono sagrado. Está más allá el centro de esa fe, que no es precisamente un símbolo lo que la salvaguarda, sino la substancia misma de la conciencia religiosa; se salva a sí propia. Es mucho más subjetiva de lo que parece esa actitud del fervor español. Todas las grandes conciencias religiosas, nuestros místicos, son a la par, como David, poetas. (Nota del traductor.)

48 Para estudiar el carácter del Cid, véase la obra de H. Butler Clarke *The Cid Campeador*, en *Heroes of the Nations Series*.

49 Parece que el tipo bravucón que tanto abunda en las literaturas francesa e inglesa, pretende caracterizar al soldado español, según este concepto formado alrededor de él. En Shakespeare, Pistol parece referirse a este tipo. Semejante concepto es erróneo, pues la altanería española no es hueca vanidad, ni es incompatible con la discreción, virtud en la que con suma frecuencia hace hincapié Cervantes. Dice Martin Hume, en un curioso estudio que hace de las influencias españolas en la literatura inglesa, que el fanfarrón extravagante, aceptado en la literatura francesa con frecuencia como representativo del español, nunca tuvo realidad a no ser, en todo caso, en el soldado de fortuna del siglo XVI.

escribiendo un romance caballeresco. La orden militante de los dominicos fue organizada por un español, en tanto que la pacifica y escolar orden benedictina, a excepción de algunos casos notables, pronto dejó de florecer en el pueblo español. Al genio militar de otro español, Ignacio de Loyola debe la Iglesia, según hace notar el protestante Macaulay, la reorganización de las fuerzas de la Contra Reforma y la verdadera muralla que el Catolicismo pudo levantar ante el progreso del movimiento iniciado por Lutero. Loyola era un soldado y con espíritu de soldado organizó la orden; todo en ella está basado en una implícita obediencia y militar disciplina; las reglas y su nomenclatura eran asimismo militares[50]; la orden constituyó una "compañía", tenían una insignia —el corazón sangrante coronado de espinas— y los mandaba un general. Lo que en todas partes era un símbolo (el soldado de Cristo) llegó a ser en España, por la Compañía de Jesús, una realidad auténtica.

Añádase que la literatura, actividad tan ajena en todas partes a la profesión militar, fue en España casi monopolizada por soldados[51]. Cervantes, suprema figura literaria de España; Camoens, la más eminente personalidad literaria de Portugal, fueron hombres que invirtieron la mayor parte de su vida en guerrear y en aventuras. Sir Philip Sidney, figura que en Inglaterra es única, corresponde al tipo corriente del literato de los anales de la literatura española. Los poetas españoles, lo mismo que los dramaturgos y los novelistas, han sido hombres luchadores que han compuesto sus obras en los descansos que les permitía su activísima vida en medio de los negocios de la corte y de las campañas. El castellano Álvaro de Luna, que era el mejor caballero, jinete, bailarín y diplomático de la España de su tiempo, representa el antiguo ideal español. Y en época reciente, el novelista Alarcón fue un aventurero, periodista, soldado y hombre de mundo. Hasta hace poco era casi desconocido en España el hombre que se dedica exclusivamente al cultivo de las letras, el escritor, que no tiene otra profesión más que el cultivo intelectual. Ayer mismo, como quien dice, el literato más conspicuo de España, Valera, era diplomático y hombre cosmopolita, así como Blasco Ibáñez, el más conocido de los novelistas de la última generación es un político revolucionario, cuya vida ha pasado por distintas arriesgadas aventuras.

Las cualidades especiales del genio español, encontraron su ocasión propicia en una época de la historia del mundo que, al menos en su aspecto material ha desaparecido por completo. España ha caído en medio de una época que se conforma con exigir y compensar los esfuerzos industriales y mercantiles que requieren iniciativas menos brillantes. Aunque sea cuantiosa la riqueza natural del país, apenas podemos conformarnos con llegar a ver a España invirtiendo su poderosa energía en actividades que no sobrepasen el nivel de la competencia, en un plano de segunda categoría, con Inglaterra y Alemania, aceptando los menguados negocios que los primeros que llegaron al campo no se dignaron aprovechar. Por fin España se está preocupando por normalizar su situación económica y política. Pero más allá, y juntamente con esta labor se presentan ciertos problemas de progreso al género humano, que en lo porvenir quisiéramos ver afrontados por España, pues nos da derecho a esperar que aporte su iniciativa independiente, tal como lo hiciera en otros tiempos con los problemas del desarrollo material del mundo. Estamos seguros de que ateniéndose a sus prístinos y autóctonos ideales, es como España será capaz de ejercer su verdadera actuación en las aportaciones espirituales al porvenir del mundo.

50 Ello nos demuestra también, por si fuera poco, la persistencia de las inclinaciones primitivas de España, pues la religión en sus primeros tiempos tenía simbolismos militares. En el bautismo hacía promesa solemne de alianza y lealtad el soldado y siervo de la fe, a su gran Capitán, Jesucristo, Y el primitivo símbolo o contraseña del cristiano, su credo, según decía, era una palabra tomada del vocabulario militar.

51 Así lo expone Fitzmaurice-Kelly, en su notable *Historia de la Literatura Española*, tan documentada y llena de penetración que ha merecido traducirse, como una de las mejores obras de su género.

III
La mujer española

Se diría que hay tierras que producen perfectos prototipos masculinos, y otras donde florece, sobre todo la belleza de la mujer. Todo aquél que haya visitado diferentes países lo ha podido comprobar. Por lo que hace a la inteligencia, cabe decir lo mismo. Ciñéndome a Inglaterra he tenido ocasión de observar que en tanto que en Escocia la principal aportación a las conquistas intelectuales se debe al hombre, en Irlanda, no es así, antes se observa el fenómeno inverso. Si se estudia a la mujer de esas tierras se comprueba que la irlandesa ha superado a la mujer de Escocia[52].

Considerando en conjunto la historia de España, resulta que ha dominado en ella la acción de un pueblo viril; pero en las circunstancias actuales, cabe llegar a sospechar que acaso la mujer rinda un término medio de superior mentalidad. Los españoles de otros siglos se distinguieron por cualidades del más personal relieve. En el español de estos tiempos es muchas veces difícil reconocer esa herencia del carácter personal. Se nota con frecuencia un algo de cansancio en los españoles de hoy, que se traduce en falta de voluntades aventureras y de personalidades extraordinarias. Ello se evidencia al ser comparados con sus antepasados de los siglos prósperos. No se puede atribuir a degeneración racial, porque entonces se notaria asimismo en la mujer, que en España suele conservar su energía y fortaleza hasta avanzada edad. Los españoles son, por otra parte, un pueblo sano, y no es raro encontrar centenarios en la Península[53].

Tratándose de un problema algo complejo, iremos por partes en busca de una explicación satisfactoria. No podían acumularse más circunstancias adversas para extirpar el germen de independencia varonil y militante de ese pueblo. Las guerras por sí solas bastan, si son muy continuadas, para despojar a un pueblo de sus reservas vitales más vigorosas. Palabras del presidente Jordan son las siguientes: "La nación batalladora de hoy, es la nación decadente de mañana"[54]. El brío material y los éxitos de España duraron más de mil años; a costa de inmensos sacrificios y esfuerzos llegaron los romanos a dominar a los iberos, y todavía en el siglo XVI los españoles eran estupendos soldados. En las luchas de Flandes, España malversó sus últimas energías, y con el contratiempo de Rocroy, sus huestes, las más famosas de Europa, dejaron, por fin, de mantener el esplendor militar español[55].

---

52 Havelock Ellis, *A Study of British Genius*, página 28.

53 Olóriz, que ha hecho un estudio especial de la distribución y de las causas de la longevidad en España (resumido en el *British Medical Journal*, diciembre 24 de 1898, pág. 1898), declara que en la Península e islas adyacentes la proporción de personas centenarias es de 25 por millón, y que durante el siglo pasado, esta proporción fue, en conjunto, mayor. Las provincias andaluzas, especialmente Málaga, ocupan el primer lugar; luego se clasifica la región gallega, en tanto que la región vasca y el noroeste ocupan el último lugar. Tampoco dan una gran proporción las regiones del centro. Por lo general la máxima longevidad coincide con los casos corrientes de senectud bastante prolongada; aunque no es así en Andalucía, que parece tierra donde se suele desgastar mucho la naturaleza, pero donde al mismo tiempo la extraordinaria vejez se siente propiciamente aclimatada. Es menos frecuente en España la longevidad en la mujer que en el hombre.

54 Este escritor ha expuesto de una manera muy profunda sus argumentos para demostrar que la guerra permanente acaba por privar a un pueblo de guerreros, que los pueblos que alcanzan una gran virtud heroica y que obtienen las grandes victorias, suelen ser los que han vivido muchos años en paz. El espíritu belicoso tiende a extirparse a si mismo. ("La Sangre de la Nación", *Popular Science Monthly*, mayo y junio de 1901).

55 No obstante la reclusión femenina de influencia mora, en tiempos remotos hasta la mujer española daba muestras de rara energía combativa, Una figura típica del siglo XVI es la de doña María de Monroy, viuda, de noble familia, con dos hijos. Uno de los muchachos fue muerto por discordias del juego, por unos amigos íntimos, los cuales mataron también al otro, para librarse de su venganza. Luego huyeron a Portugal. Pero la madre, en guisa de caballero y acompañada de veinte hombres de armas, los persiguió y no tardó en dar con ellos en una casa donde habían

No fueron sólo las guerras lo que contribuyó a debilitar la energía española. Hay quien también achaca a la Inquisición, por más que en principio, tuviera su razón de ser, cierto desgaste por lo que implicaba de lucha de sentimientos o de ideas. Pero lo que no deja lugar a dudas es que otra causa del decaimiento del temple español, y de gran alcance por cierto, hay que buscarla en aquel vastísimo imperio, donde "nunca se ponía el sol". Todos los inflamados aventureros que iban en busca de oro o fama, o que llevaban el ideal de la conversión de los impíos, contribuían a que el viejo solar fuese empobreciéndose. Cuando Fernando e Isabel conquistaron Granada e instituyeron la Inquisición, Colón regresaba de su primera expedición a las Indias occidentales: era el momento culminante de la grandeza de España, pero al mismo tiempo, ya la nación se preparaba a deslizarse por un abismo.

Tanto es así que bien puede asentirse con el que dijo, resumiendo la historia de España en una simple sentencia: "Esta es Castilla, que produce hombres y los malgasta". Pero la mujer española no se siente gastada todavía. Las guerras, las persecuciones, la emigración nunca pesaron sobre ella tan duramente. No ha sufrido extirpaciones de personalidades y ello puede ser la causa de que en la mujer de España se reúnan hoy día tan estimables cualidades.

Sea como quiera —pues tanto la teoría como la realidad que haya en lo apuntado son bien dudosas— lo indiscutible es la existencia de esas cualidades en la mujer. Su gracia y hermosura son temas de alabanza para el forastero. Y no ya el mero turista, sino la misma ciencia antropológica, representada por el sabio italiano Mantegazza, que ha visitado diferentes tierras, lo observa. Según esta autoridad, para quien el estudio de la belleza humana es un deber del antropólogo, la mujer más bella, tanto del viejo como del nuevo continente es la de las razas española y británica, y entre las mujeres hermosas, las que dan tipos más perfectos son ellas también[56]; y huelga tal afirmación para convencer a un inglés que se sienta interesado por España. Si alguien quiere discutir esta afirmación de la belleza de la española, no tiene sino ir a la feria de Sevilla. Puede decirse que se trata de una fiesta eminentemente femenina, y las mujeres bonitas de Andalucía y de otros puntos de toda la Península concurren durante los tres días de feria. Ventura sería para alguien haber podido contemplar en otro lugar de la tierra tanta mujer hermosa y elegantemente ataviada como en el Prado de San Sebastián.

Los trajes típicos van cayendo en rápido desuso. En las grandes ciudades no se ve rastro de ellos. Pero en ciertas ocasiones, como en la citada feria sevillana, la mujer no se cura ya de las modas parisinas, y hace un gentil alarde de mantillas y mantones. Es de celebrar esta actitud, y lo lamentable es que no sea mantenida de una manera más persistente y generalizada, porque si bien la española con gracia sabe llevar —aunque no siempre— cualquier indumento, nunca le sienta la modistería de París como su ropa tradicional, con la cual adquiere una suprema distinción. La índole sevillana une por el indumento a la aristócrata con la hija del pueblo (con ciertas salvedades de calidad). La sencillez y la afición al negro —que tan bien subraya la belleza— son distintivos de esa manera de vestir que da una elegancia al alcance de todas las esferas sociales. Ello hace que al forastero le sea, al momento, difícil distinguir en muchas ocasiones el grado social de las mujeres que encuentra[57].

---

buscado refugio. Se apeó y entró en el escondite con solo dos hombres. No tardó la dama en volver a su caballo con dos cabezas recién cortadas en la mano izquierda, y no hizo alto hasta Salamanca, donde fuese a la tumba de sus hijos sobre la cual depositó aquella sangrienta ofrenda. He aquí un prototipo de la mujer varonil de la época, a decir de Lea, "Tan capaz como un hombre de lanzarse al campo de batalla y de mantenerse firme en una facción intrigante", (H. C. Lea, *History of the Inquisition in Spain*, vol. I, pág. 57).

56 "Cuando una andaluza alcanza la estatura de una inglesa, y cuando una inglesa tiene las manos y los pies pequeños, se logran dos prototipos maravillosos, las dos estructuras sumas de la especie humana, las criaturas más hermosas del mundo." (Mantegazza, *Fisiología della Donna*, cap. IV).

57 Siempre ha sido así; en 1623, Howell escribía desde España; "Es difícil distinguir a veces entre una condesa y la mujer de un zapatero."

Las mujeres jóvenes, sobre todo, las del pueblo, se hacen el tocado de una manera curiosa, con el moño en lo alto y varias peinetillas como ya se estilaba hace doscientos años en esa región[58], y se adornan además con una rosa o un clavel. Llevan mantón de Manila, y ello es general en la española, pero la sevillana tiene un garbo especial para lucirlo, al igual que la *manola* madrileña. Mas, en vez de doblar el pañolón oblicuamente, formando un triángulo, lo hace en forma apaisada, de manera que le queda sin pico en la espalda, y le cae igualmente sobre los brazos. Llevar así el mantón requiere mayor habilidad, y la prenda resulta más importante y distinguida. La feria es una magnifica exposición de los más variados y hermosos mantones, que siempre son costosos, aun los de las mujeres modestas, y por lo general se llevan en esa forma. Esta regla tiene excepciones. Los mantones pequeños y muy bordados no se prestan para llevarlos de esa manera, y las damas de alguna edad tampoco lo doblan a lo largo, sino en punta, como tampoco se hacen el peinado alto, sino que se recogen el pelo detrás de la cabeza[59]. El moño alto, las flores en la cabeza, ese estilo de llevar el mantón de Manila son atributos de la coquetería retadora, privilegio de juventud y vigor, y hay cierto dramatismo en la resignación con que a cierta edad la mujer adopta la forma del mantón doblado diagonalmente para que el pico caiga largo por la espalda, con lenta monotonía.

Fuera de Sevilla no se observa esta diferencia de estilos en el llevar el mantón de Manila, sino que en los demás sitios es corriente llevarlo en pico. Así se observa en Córdoba, y más aún en Granada. En Aragón domina un vestuario completamente distinto; el figurín femenino aragonés es por lo general más sobrio, conveniente a la austera gravedad del tipo de esta región. Las telas son de colores lisos y opacos, a lo sumo la mujer se pone una sola flor blanca en la cabeza, y su tocado consiste en un moño sobre la nuca y las crenchas lisas sobre las sienes. Blancos refajos, con pliegues como de crinolina fruncida; pañuelo oscuro, más bien como manteleta cruzada sobre los hombros que como mantón, y media preferentemente negra y uniforme: en esta guisa tan primaria y sobria, la mujer de Aragón, tan distinta de la andaluza, hace pensar en una moda arcaica, con algo del figurín de la mujer de la primera época llamada era victoriana.

El encanto del traje más típico, que es el de la sevillana, estriba en la misma gracia de la persona que cubre. Es evidente que el sentido ritual que tiene España de todas las cosas, se manifiesta también en el vestido de la mujer, sobre todo en la de la clase media, sin duda la más abundante y representativa de la vida española, pues es enorme la diferencia que se observa entre esa misma mujer cuando se halla en su casa y cuando sale a la calle, ataviada pensando en ello. Y no obstante este sentido por la forma, hay que reconocer que la mujer española tiene en mucho ese voluntario desdén por el mero artificio en el vestir. Sobre todo es exacto que la sevillana viste en rigor sin rebasar el limite de su expresión personal. En este aspecto la mantilla es una prenda eminentemente significativa, pues por sí sola nada dice, y en cambio se adapta perfectamente a cada mujer y adquiere de ella la peculiar gracia que su carácter y ritmo le imprimen.

Se habla de la española como de una mujer morena —“brunette”—, cetrina u olivácea. Mujeres de esas coloraciones se encuentran con frecuencia no sólo en España, sino en Italia y en algunas regiones de Francia, por no citar otros países, de manera que ese distintivo no es suficiente para calificar a la mujer de la península ibérica. A los ojos de un inglés, la española es por lo general de una estatura media baja, y sus manos y pies son pequeños, fuertes y bien formados. De jóvenes suelen ser delgadas y de busto y caderas acusados, pero con los años engordan generalmente. Esta tendencia se observa sobre todo en Cataluña, donde la mujer suele ser más recia, pero hay regiones donde ocurre otro tanto. A ello hay que atribuir el que exista una palabra muy expresiva para

---

58 Ya en el siglo IV antes de Jesucristo, Artemidoro describió la extravagancia del peinado de la mujer ibera. La gran peineta de la *manola*, cubierta por la mantilla, es una supervivencia de aquellos tocados empinados que se ven en las estatuas prehistóricas, como las del Cerro de los Santos. De ellas se ocupa Engel, en la reseña de su misión arqueológica a España (*Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, 1892, vol. III, pág. 180).

59 Para el lector español sería superfluo decir que la moda del pelo corto ha llegado a todas las esferas y regiones de España. (Nota del traductor.)

designar a la mujer algo entrada en años y metida en carnes[60]. Sin embargo, la española no pierde con la esbeltez la agilidad. Las que en edad avanzada no acaban excesivamente gruesas, tienen una energía física y una actividad verdaderamente notables.

Aparte estos rasgos característicos, la mujer española reúne otras modalidades peculiares. Tiene por ejemplo, la caja torácica menos larga en relación con la anchura de su base, que la mujer francesa y del norte. Las caderas son en la española asimismo más acentuadas que en el tipo medio de las mujeres de Europa. Estas particularidades se notan fácilmente por medio de una comparación entre la bella danzarina belga Cleo de Merode y el prototipo español de la Maja Desnuda, de Goya[61].

Como Duchene hizo notar en 1866, la española típica presenta otra modalidad muy peculiar, consistente en cierta depresión de los extremos de la espina dorsal, así es que la espina dorsal de la mujer de España tiene sus terminales muy curvadas, y, en efecto, se ha atribuido a causas físicas de presión por costumbre de llevar pesos. Spalikowski, que ha notado que la espalda de "ensellure", o sea la de espina dorsal muy curvada en los extremos, abunda entre las más hermosas mujeres del campo y de la costa de Boulogne y de Dieppe, afirma que ello se debe a que esas mujeres hacen un trabajo de carga. "También dice que se da juntamente con manos y pies pequeños, nuca bien torneada, busto gracioso y cuerpo esbelto, por lo general en mujeres de ojos pardos. Este cúmulo de detalles coincidentes y generalizados demuestra que no se trata de una modalidad aislada, sino de fundamento racial, y no es arriesgado suponer que el elemento primitivo ibero, que ha dejado abundante población en el sudoeste de Francia y aun en el sudoeste de la Gran Bretaña, debió subir hacia el norte por la costa francesa. Lagneau y otros opinan de otra suerte, y no creen que esa forma de espalda sea una característica distintivamente ibérica[62]. Pero, no parece andar muy desencaminada la anterior deducción, ya que la gracia y el porte de la española tiene gran asociación con la espalda de "ensellure". Ello imprime un aire peculiar a su continente y ritmo, lo cual se acentúa extraordinariamente en las danzas.[63]

Sin duda hay que atribuir a causas anatómicas la gracia especial de la española al andar. Ese modo de pisar, que se observa en todas partes donde la mujer acostumbra llevar pesos a la cabeza, como en Roma, las colinas albanas e Irlanda[64], es el porte erguido y lleno de dignidad, con movimiento mesurado, que hace pensar en las vestales, en las sacerdotisas que conducían las ánforas sagradas. Al mismo tiempo la española tiene en su andar, juntamente con esa dignidad altiva, un algo de felino y mimoso, pero lleno de contención natural. La gracia de un bello andar es distintivo de razas que producen tipos de hermosura humana, y el que en Inglaterra y los Estados

---

60 *Jamona*. El traductor la omite. (Nota del editor digital.)

61 En realidad, Ellis compara la Maja con "la estatua que Falguiere realizó con Cleo de Merode como modelo." (Nota del editor digital.)

62 Bernaldo de Quirós observa (en una carta particular) que esas espaldas llamadas "de silla" no se dan entre las mujeres del norte de la Península, donde acostumbran a llevar peso en la cabeza, sobre todo las mujeres de la costa, y que en cambio son frecuentes entre las del centro, que suelen llevar la carga apoyada sobre las caderas.

63 El traductor elimina este párrafo: "En casos extremos, puede implicar a veces una ligera semejanza, de forma más hermosa, de la típica Venus hotentote, y entonces la joven española del pueblo puede, si así lo desea, adoptar, como la mujer ogowe del África tropical, ese movimiento de balanceo lateral que era familiar para el autor de la antigua novela del siglo XVI, *La Lozana Andaluza*, y lo denominaba "culeando". Pues es un hecho curioso y significativo que la *saddle-back* ibérica no solo haya sido identificada en cierta medida por Hartmann entre las mujeres cabilas del norte de África, sino que se ha comprobado mediante mediciones precisas que caracteriza a muchas de las tribus negras." Y en nota a pie de página: "G. Fritsch ha estudiado cuidadosamente la lordosis natural del cuerpo africano (*Zeitschrift für Ethnologie*, 1891, parte IV, pág. 470)."—Nota del editor digital.

64 Entre los métodos de ejercicio gimnástico fomentados hoy día para beneficiar o atormentar a la mujer, este procedimiento no se ha puesto en práctica, a buen seguro, porque no proporcionaría beneficio alguno a los profesores de cultura física, a causa de su simplicidad al alcance de todo el mundo. Pero es un excelente procedimiento, no sólo para dar un distinguido continente en la marcha, sino para tonificar y regular muchos músculos que accionan al dar los pasos.

Unidos sea tan rara esta cualidad, levanta algunas dudas acerca de la pretendida primacía de la belleza de nuestras mujeres. Como la diosa virgiliana, la mujer española es única en el arte de andar.

Pero acaso más sorprendente que el bien andar sea el bien sentarse. Una sevillana del pueblo, sentada de frente, con las rodillas ligeramente separadas y las manos descansadas sobre la falda, llena de serenidad, más que melancolía, obliga a pensar, como me hizo ver un amigo, en la hierática postura de una madonna bizantina. El rostro de la española siempre ha causado admiración por la coloración y los ojos. En estas dos cualidades se reconoce universalmente su superioridad sobre las demás mujeres del mundo. El óvalo de la cara varía extraordinariamente; no es raro encontrar la línea clásica alargada, con cejas bien trazadas. Donde no es tan frecuente la belleza, es en la parte inferior de la cara, que suele formar sotabarba, si bien no puede afirmarse en absoluto. También la nariz es muchas veces defectuosa; la nariz en España es en pocos casos perfecta de proporción y de línea, y abundan las mujeres que tienen la nariz llamada en Inglaterra de Wellington. El pelo, aunque es tenido por uno de los mejores atributos de la belleza de la mujer española, no me parece a mí así. No suele ser como la cabellera extraordinaria de las polacas, que se ve en las calles de Varsovia. Las mujeres, sobre todo en el sur (no así en el nordeste) no tienen matizaciones en el cabello, sino que éste es negro con reflejos, más bien acerados que llameantes, y se lo peinan recogido, demasiado prieto; pero sirve de espléndido fondo al blanco o al rojo —jazmín o clavel— que suele ser la mejor nota de color del atavío de la española.

Es corriente aludir a los ojos de estas mujeres, por lo grandes, negros y penetrantes. Tal es la primera impresión que asalta al forastero procedente de países norteños, al percatarse de que en efecto se halla entre gentes de distinta pigmentación, y cuyos ojos tienen una reposada fijeza que habla de reminiscencias sanguíneas orientales, en la población húngara más evidentes todavía, mirada un tanto desconcertante para el viajero inglés, francés o alemán. La impresión que los ojos de las españolas causan al ciudadano español o al extranjero que haya vivido largo tiempo en el país, es muy distinta de la que se experimenta el que llega a la Península por vez primera, como turista casual. En España, ya Mateo Alemán lo escribió hace cuatro siglos, una mirada femenina se considera como premio y alto favor. En verdad, es más expresiva la mirada de los ojos oscuros que la de los ojos azules —los fisiólogos han buscado explicaciones satisfactorias— y queda fuera de duda que los ojos absolutamente negros ocupan el primer lugar. Y no obstante la pupila negra no es aristocrática, antes se asocia a un tipo de belleza popular.

El español de todas las regiones casi siempre ha admirado los ojos de coloración mixta, a la que —como el hombre de la antigua Francia que sentía igual admiración— califica de verdes. Calderón atribuía a la belleza de sus heroínas ojos negros, pero en *La Celestina* aparece como suprema belleza la mujer de ojos verdes y largas pestañas. Don Quijote decía que estaba persuadido de que los ojos de Dulcinea debían ser verdes esmeraldas muy abiertos y suaves, con dos arcos iris por cejas. También a la gitanilla Preciosa atribuye Cervantes párpados de oro y ojos que suelen parecer esmeraldas. La misma predilección se nota hoy día, como puede comprobarse en los principales novelistas. En *Morsamor*, Valera al describir los encantos y seducciones de Olimpia, alude a la fuerza magnética de sus ojos verdes y glaucos como los de Minerva, Circe y Medea, comparables a dos esmeraldas ardientes. También Blasco Ibáñez en *Cañas y Barro* dice de Neleta, la linda muchacha de la Albufera, que tenía los ojos verdes y claros y luminosos como gotas de valenciana absenta.

No puede omitirse algo sobre la pigmentación, que tanta importancia tiene en la belleza española. Sabido es que el color de los españoles tiende al moreno, o como dijo Gautier con más acierto es de “una palidez áurea”. Pero sea dorado o no, lo que no admite discusión es que no hay en Europa ningún pueblo que aventaje al español en la coloración de la piel. Pero sea o no cierto lo de que tiene algo de dorado, el hecho es que la mujer de España es la que tiene el cutis más bello, y que no hay razón para que se cubra la cara de polvos, como no la había antaño para que se tiñera de arrebol. El cutis inglés perfecto es incomparable; pero en los raros casos en que se da, dura

poquísimo. En un clima un poco cálido se destruye en seguida. Así pasa con las inglesas que se trasladan a Australia. Pero España es un país de clima cálido y muy seco, y no obstante, aun entre las campesinas que andan continuamente expuestas a la intemperie, suelen verse caras de una belleza de pigmentación extraordinaria, muchas veces pálida, muy clara. La epidermis de estas mujeres une a la belleza, gran consistencia, pues no se daña, quiebra su color, ni se congestiona fácilmente. Es una piel que tanto al extranjero como al español se le antoja fina como el mejor metal forjado. No dejó de verlo la fina pupila de Cervantes, pues pone en boca de una dueña, que hace notar a Don Quijote la belleza de la duquesa, la comparación de su cutis con la finura de una espada bruñida. Blasco Ibáñez habla de los reflejos metálicos de la cara de Neleta, y Valera, en *Las Ilusiones del doctor Faustino* dice que Rosita estaba a los veintiocho años tan llena de salud y pureza que "parecía una estatua de bronce; el tiempo no había tarado sus manos ni su rostro, los cuales habían tomado algo de la pátina que el sol de Andalucía da a las columnas y objetos de arte." Nada podía dar una idea más exacta que estas palabras, de la impresión que causa la mujer española, especialmente la andaluza.

Mucho se ha hablado sobre la proporción de mujeres de pigmentación clara en España, abundan, no sólo en los puertos, donde el mar contribuye al color rubio, sino que también las hay en Madrid y en todo el país. La proporción de mujeres que tienden al rubio es en España superior que en el sur de Francia, por ejemplo Toulouse o Arlés. Ahora bien, el extranjero que llega por Francia y se encuentra en España con estos tipos mucho más morenos, puede pasar por alto que abundan y dominan los de coloración clara, y entonces su impresión es falsa. Hace más de sesenta años que Gautier observó que en Madrid abundaban las rubias. Medio siglo después parecióle a Mr. Finck que era todo lo contrario, y que las morenas están superando a las de color castaño y rubio. Doña Emilia Pardo Bazán no es de este parecer y cree que el tenido por tipo de belleza nacional, mujer de mediana estatura, delgada, pero de formas algo redondeadas, movimientos ondulantes, ligera y graciosa, de cabello y ojos negros y tez olivácea, empezaba a dejar lugar a otro tipo, el de la mujer más blanca y carnosa, algo como los modelos de Rubens. Respetando tan dispares opiniones, puede asegurarse que no ha habido en realidad gran cambio. Mi opinión coincide del todo con la de Gautier. Realmente, en muchas regiones de España son frecuentes los ojos azules y el pelo claro, y casi podría decirse que abunda más la piel pálida que la tez oscura o morena. En la literatura española se evidencia que el tipo de coloración rubia se ha dado en España antiguamente como se da hoy día. No hay más que ver el *Quijote* y las *Novelas Ejemplares*, donde aparece una hermosa mujer de cabeza como el oro y ojos de esmeralda; Luscinda, es una variedad, de trenzas rubias. La mujer rubia desempeña en verdad en la literatura española un papel mucho más importante del que parece debiera concedérsele; no sólo el color rubio es considerado como parte de belleza ideal sino como distintivo de noble nacimiento[65]. Los ojos y el color de la piel son elementos de la belleza española reconocidos por los naturales y por los extranjeros.

Otra característica he observado en la mujer española, sobre la cual no recuerdo se haya hecho alusión alguna, y que me parece fundamental pues delata una especial y significativa cualidad de la complexión y el temple. Tal es la relativa inmovilidad de su rostro, al que no asoman por lo general gestos ni movimientos superfluos. En las ciudades inglesas se observa que el rostro de las mujeres sino en su mayoría, en gran número se mantiene en un constante movimiento sin valor expresivo: fruncimiento de la frente, parpadeo e inquietud en los ojos, la boca trémula, el conjunto de la expresión revelador muchas veces de oculto malestar fisiológico. Entre la gente de las esferas elevadas los movimientos inconscientes se hacen menos notorios, mas los sustituye un esfuerzo,

---

65 La expresión "blue blood" para indicar la nobleza de condición, tiene su origen en las palabras españolas "sangre azul". Lo mismo que en otros países, en España las personas de la nobleza tienden a ser más rubias que el pueblo, y bien ha observado Sir Lauder Brunton (*British Medical Journal,* 21 de marzo de 1896) que a la gente morena no le traslucen fácilmente las líneas azules de las venas, por lo cual ser de sangre azul significa ser rubio o claro. En mi obra *Studies in the Psychology of Sex*, vol. IV, cap. "Sexual Selection in Man", trato sobre el ideal de la belleza en Europa y las variantes nacionales.

igualmente doloroso, de impasibilidad. Ahora bien, la mujer española únicamente revela un mínimo de estos cambios de tensión muscular. Tanto si se la observa como si nadie repara en ella, se halla serena, inmóvil, dueña de sí misma. Su mirada sostendrá la vuestra, con gracia, es cierto, pero fría y firmemente, como una estatua de mármol. He oído con frecuencia que la coloración viva de la inglesa no sostiene comparación con el matiz de la tez femenina española, y me inclino a creer que este matiz protege la expresión de una manera especial. Es indudable que la serena inmovilidad facial unida a ese matiz hace que el mirar a una española no parezca un acto ofensivo y que no cause turbación. Constituye una forma de alabanza muy propia de una raza intensamente concentrada, silenciosa y digna, tanto es así, que en los poemas y las novelas españolas la mirada, la detenida contemplación juega un importantísimo papel.

La justa aplicación de la energía nerviosa al movimiento de los músculos faciales es, en el buen sentido de la palabra, una función o cualidad fisiológica, la misma que da a los animales, a todo lo que vive en la naturaleza el módulo de su gracia. En el norte de Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos las influencias de la civilización han llegado a producir una excesiva energía de irritabilidad nerviosa, siempre inexpresiva y por consiguiente falta de verdadera gracia. En ello radican en gran manera las cualidades del temperamento moderno, y acaso eso sea lo que más nos aparta de los españoles. La existencia de una diferencia general es tan evidente al español como al extranjero. Con frecuencia sorprende al inglés en España el ver que se le supone, de buenas a primeras, francés, o como a mí me definió cierto español del pueblo, “caballero francés o inglés”. Al tipo medio español se le hace difícil distinguir entre unos extranjeros y otros, así me ocurrió que en una excursión en la que iban varias señoras catalanas, éstas hicieron uso de su relativo conocimiento del francés para hablar conmigo, aunque sabían que yo era inglés. Encontrándome más tarde en París me hice cargo de cuán explicable es esta confusión, ya que me sentía mucho más cerca de la vida parisién que de la manera de ser de los españoles, hasta el punto de pensar que, si bien podía en algún momento considerarme como francés, nunca podría sentirme español. En efecto, grandes son las diferencias existentes entre la Gran Bretaña y el norte de Francia, pero, en el fondo, tales diferencias son insignificantes y casi no existen comparadas con las que nos separan de un país tan poco conocido y tan lleno de tradiciones moras y medioevales como España.

Y a propósito de esa cualidad del temperamento femenino español, vale la pena decir algo acerca de la actitud de la mujer española ante el hombre. En Inglaterra, sobre todo en grandes centros urbanos, la mujer, en general la mujer pobre, del pueblo, cuando habla con un hombre en la calle, vemos que, aunque trate con él de un tema indiferente, se ve en su rostro la sensación de su feminidad, es decir que no deja por un momento de tener despierta su conciencia de mujer que se halla ante el hombre; diríase que esta sensación afecta a todo su sistema nervioso. También en Francia, aunque no con tanta intensidad, se observa este fenómeno. No así en España, donde la mujer, sin mengua de su encanto y de su gracia, se mantiene fría y sin perder su dominio; mira al hombre, pero sin la turbadora sensación de ver al posible enamorado. Observa la Pardo Bazán que es un error creer que la española tiene en alto grado lo que en francés se llama “temperément”. Seguramente tiene razón. Es indudable que la española es capaz de grandes apasionamientos —las cualidades españolas de misticismo, fervor y tenacidad abogan en este sentido— y aun de llegar a consecuencias trágicas; pero la misma intensidad de estos sentimientos la libra de las emociones fáciles. La tradición española demuestra que la mujer de esta raza exige una gran tenacidad para corresponder. Corre parejas con la gran sobriedad de este pueblo, cierta castidad temperamental que entraña[66].

La altiva contención de la española, su resistencia a corresponder a un fácil requerimiento, es sin duda la causa de su superioridad instintiva, el origen del dominio que ejerce sobre las pasiones, que con frecuencia se hace resaltar como una característica española y que tiene su máxima

66 Es proverbial la discreción con que la española hace que la traten, Según Howell “el español es un gran servidor de las damas, pero nunca se vanagloria ni hace pública ostentación de sus asuntos sentimentales, antes se muestra en extremo celoso de la reputación de la mujer, caballerosidad que bien se echa de menos en Inglaterra.”

expresión religiosa en la veneración de la Virgen. Es probablemente una condición originaria. Tal vez un poco exageradamente Estrabón llega a hablar de la "ginecocracia", o gobierno de la mujer entre los antiguos íberos, y Bloch considera que un vestigio de la primitiva era matriarcal fue transformado por el libro de caballerías, que tiene acaso su máxima expresión en el *Amadís de Gaula*[67]. Cuando en *La Celestina* preguntan a Calixto si es cristiano, éste contesta: "yo soy melibeo; yo adoro a Melibea, creo en Melibea, amo a Melibea". Un profundo observador alemán dijo a fines del siglo XVIII que la aparente inmodestia de la mujer en el hablar y en el mirar, así como su "audacia masculina" no puede sin gran error ser tomada como falta de recato, ya que el orgullo le impide a la española acatar el menor atrevimiento del hombre. "Les gusta a ellas escoger y no ser escogidas; desempeñan en cierto modo el papel del hombre, ya que a éste suele tocarle la conformidad. Por ello el hombre contenido, tímido e impasible suele llevar la mejor parte."[68] Esta afirmación puede considerarse exagerada, pero responde indudablemente a una realidad que todavía persiste.

No se puede por menos de relacionar esta actitud de la mujer de la antigua España con el reconocimiento que en muchas circunstancias se hacía de las madres no casadas, y con la supresión frecuente del estigma social que en otros países recae sobre los hijos ilegítimos. Se trata a no dudar de una supervivencia del primitivo estado matriarcal, al cual el español se adhiere de una manera muy tenaz, y lo mismo cabe decir de la costumbre frecuente de los hijos legítimos que preferían adoptar el nombre de su madre, mostrando con ello una absoluta indiferencia por la superioridad paterna. Este es un notable aspecto de la vida familiar de la España medieval, que ha dejado huellas indelebles en las leyes vigentes. Tanto es así que sorprende ver como en el país tenido por el más profundamente católico, la mujer mantuvo una libertad de que no gozó nunca en los mismos países protestantes, y que únicamente hoy día ha comenzado a conquistarse en Inglaterra[69].

Actualmente, según afirmación de la Pardo Bazán, la caballerosidad hacia la mujer ha pasado en España a ser un mero código de fórmulas anticuadas y vacías, y la posición social de la española ha empeorado con las modernas instituciones. En la antigua España la mujer se hallaba a un nivel más próximo al del hombre; lo que le interesaba a él le interesaba a ella; era capaz de emprender toda suerte de trabajos y de ocupar los más elevados cargos del Estado, lo mismo que en la esfera religiosa hombre y mujer rivalizaban en santidad. Pero el estado de cosas actuales ha dado lugar a un sistema político desprovisto de igual entusiasmo patriótico y religioso, en el cual todos los derechos son del hombre para dejar a la mujer únicamente sus deberes. Con ello la actuación de la mujer en el orden intelectual y de las iniciativas personales ha sufrido gran merma[70].

Cabe creer que se trata de una fase transitoria que pasará gracias a la inevitable expansión de los modernos sistemas políticos. No hay actualmente entusiasmo alguno por conceder a la mujer en España el sufragio. Dice Posada que "el sufragio en España apenas puede llamarse tal; existe como ley, pero en la práctica es una farsa indigna y vana. ¿Cómo puede el hombre sentir deseo alguno de concedérselo a la mujer, ni que interés puede tener ésta en llegar a ser como la mayoría de los españoles, un mero votante honorario?"[71] España adoptó el sistema parlamentario inglés que no era una consecuencia tradicional en el país y de la que éste no ha sabido hacer una perfecta asimilación. Al paso que el desarrollo político y social vaya adquiriendo vigor, es indudable que la mujer

---

67 Iwan Bloch, *Beiträge zur Aetiologie der Psychopathia Sexualis*, vol. II. pág. 150.

68 C. A. Fischer, *Reise Von Amsterdam über Madrid*, 1799, pág. 195 y siguientes.

69 Véase Burke, *History of Spain*, vol. I, apéndice II: "En el concubinato acostumbrado, la concubina reconocida se llama barragana. Inocencio XI tuvo que condenar una sugestión al teólogo Sánchez, que pretendía no fuesen arrojadas las concubinas bajo ningún concepto."

70 Emilia Pardo Bazán "La Femme espagnole", *Revue des Revues*, 1 de febrero de 1896. Concepción Arenal, una de las mujeres españolas más eminentes de los últimos tiempos había sido nombrada inspector de prisiones por la reina Isabel, mas fue desposeída de su cargo por el gobierno revolucionario, por la sola razón de ser mujer.

71 Posada, *Feminismo*, pág. 222.

española tomará natural e inevitablemente, en el gobierno de la vida nacional, la parte para la cual se halla tan bien capacitada.

El sociólogo Salillas, que ha estudiado con claridad la psicología de su propio pueblo, observa en alguna parte que la española tiene cierto salvajismo dulcificado. Semejante generalización encierra tanta verdad como deseo de reducir los fenómenos complejos a la simplicidad. Puede decirse que la española típica, vista por los españoles, se distingue especialmente por una mezcla de dulzura y de fortaleza. Así como la italiana típica parece sugerir ideas de ternura y maternidad, y la teutónica habla de pureza y recato, así también la española ideal es a la vez independiente, reservada, gentil y llena de gracia. Bien dice Valera que es angélica y robusta.

En las obras extranjeras la española aparece generalmente como una criatura despreocupada y vistosa, apasionada y cruel, como hecha a propósito para ser heroína de creaciones artísticas, cuyo aspecto desfavorable sea el de la falta de ilustración, el abandono, la intransigencia y el poco aseo. La *Carmen* de Mérimée y Bizet, la cigarrera que le cruza el rostro a otra cigarrera y que ejerce sobre el hombre un dominio enajenador, del que se vale para perderlo, simboliza de una amplia manera lo más pintoresco de esos elementos populares, y a esa heroína es debida la difusión que ha alcanzado ese prototipo femenino. Cierto que Mérimée representó a su Carmen con algo de gitana. Pero claramente vio él mismo que en muchas cosas esa Carmen no era ni podía ser gitana. También Louys nos presenta en *La Femme et le Pantin* el tipo de la cigarrera sevillana maligna y atrevida, y se complace en describir la fábrica de tabacos de una manera que coincide con la del Baedeker, como un lugar desagradable y de atmósfera viciada, nada grato de visitar.

Con estos antecedentes he visitado yo juntamente con otras personas esa fábrica de tabacos, y he comprobado que lejos de ser desagradable, es uno de los lugares más deliciosos de esa deliciosa ciudad, y no hay que decir que es también uno de sus sitios más pintorescos. Las salas de trabajo son amplias naves con grandes columnas que tienen algo de cripta de catedral, que están aireadas de modo que apenas se nota ni el olor del tabaco, y donde trabajan numerosas mujeres y jovencitas cuya ropa de calle aparece colgada en las paredes, mientras ellas vestidas de variada manera se entregan atentamente al trabajo; y sólo algunas lo dejan cuando les llevan a sus hijos de pecho; es un lugar, en suma, donde el rumor de las conversaciones está casi ahogado, ya que nadie se distrae, hasta el punto de que raras son las que levantan la cabeza cuando pasa un visitante. Cada sala tiene dispuesto un altar y, aquí y allá brilla la mancha roja de algunos claveles que las obreras dejan en agua mientras trabajan. Huelga negar que la vida en estas fábricas como algunos hechos mismos lo demuestran, al igual que en las fábricas de todas partes donde se reúnen muchas mujeres para finalidades distintas de las domésticas, hace fácil el desarrollo de ciertas pasiones y antagonismos que en circunstancias determinadas pueden tener fatal desenlace. Pero no es posible encontrar un ambiente de trabajo más encantador y más típicamente español que éste.

Unos días después de mi visita a la fábrica de tabacos se celebraba la típica fiesta anual de las cigarreras sevillanas, una *kermesse* en los jardines de Eslava. Creyendo poder ver allí en medio del esparcimiento a la típica cigarrera convencional, más espontáneamente que en sus horas de trabajo, no dejé de acudir. Nada más distinto del concepto de una *kermesse* flamenca. Era, es cierto, una especie de bazar a beneficio de las obreras pero que en nada se parecía a la vulgaridad de un bazar inglés. Cada "stand" estaba al cuidado de un grupo de lindas y ruborosas cigarreras —evidentemente las más escogidas de la fábrica—, vestidas con sus mejores ropas regionales. En España no se tiene sentido chamarilero, y así pude ver que ni una sola vez aquellas muchachas importunaban al visitante con la oferta de sus mercancías, y no obstante el resultado de la venta fue considerable. En un departamento un grupo de mujeres ocupaban varias sillas puestas en semicírculo y de vez en cuando bailaban las sevillanas y otros bailes de una manera sencilla, sin afectación, en fácil esparcimiento. Esta vez mi impresión fue la misma que en la fábrica. Aquellas mujeres distaban mucho de lo que es la obrera inglesa, pero no menos distaba de ser el tipo de cigarrera convencional y literario que las falsea.

Y por si temiera equivocarme en mis observaciones personales recurro a la visión que los mismos españoles tienen de las mujeres de su país. La Pardo Bazán escogió una cigarrera como protagonista de su novela *La Tribuna*[72]. Este personaje es Amparo, hija de otra cigarrera, y habiéndose entregado a las ideas republicanas aprendidas en los periódicos, toma parte muy importante en el movimiento de 1868, viniendo a ser tribuna viviente del pueblo, mujer "cuyo corazón era tan suave como la seda, incapaz de matar una mosca, y que no obstante era capaz de pedir las cien mil cabezas de aquellos que viven absorbiendo la sangre del pueblo"[73]. Al mismo tiempo se enamora de un hombre de elevada posición social, que la seduce con promesas de matrimonio. Cuando, por fin, la revolución termina, Amparo se encuentra abandonada y con un hijo, pero no vencida.

Aunque Amparo tiene un temperamento impetuoso y meridional, es hija del Norte, de La Coruña. Si estudiamos los tipos femeninos de las novelas de Valera que tanta preponderancia tienen en la obra novelística de este autor andaluz, nos encontramos con que la andaluza revela idénticas cualidades de energía, individualidad y ánimo —firmeza en seguir por sí misma la vida, en ser la dueña de sus potencias— que me parecen el distintivo principal de la mujer española. En *Juanita la Larga*, libro que más que novela es, a decir del autor espejo o reproducción fotográfica del pueblo y las cosas de su provincia, Valera nos ofrece el retrato minucioso de una heroína de igual fortaleza y de espíritu tan independiente como Amparo, si bien en Juanita la Larga estas cualidades van unidas a un firme sentido común y sólo se manifiestan en el radio de las acciones cotidianas más íntimas. Siendo hija ilegítima, por la fuerza de sus virtudes personales, llega a conquistarse el aprecio y la consideración de todos, y hasta se casa con una persona principal, hombre de mucha más edad que ella, a quien ha aprendido, con constancia, a amar y respetar. La energía y fortaleza de Juanita son tanto de orden físico como espiritual. A los diecisiete años corría como un gamo, arrojaba piedras con tal destreza que mataba los gorriones, y subía al lomo de las caballerías más indómitas. Más adelante, a cierto caballero de gran posición que osó propasarse, lo arrojó al suelo e hizo de él su más humilde esclavo[74].

Asimismo Blasco Ibáñez, buen conocedor del pueblo, en su *Flor de Mayo* crea un tipo de mujer capaz de hacer frente a todas las audacias, con los mayores menosprecios, de contestar a un pellizco con un puñetazo, y a un abrazo hurtado, con un soberbio puntapié, procedimiento por el cual en más de una ocasión había derribado algún mocetón más fuerte que el mástil de su barca. Esta manera de ser que encontramos en ciertos tipos populares de la novela moderna es en esencia la justificación de los caracteres femeninos españoles a través de toda la literatura española.

Llama la atención literaria de Cervantes en el *Quijote* y en las *Novelas Ejemplares*. La misma *Ilustre fregona*, presentada como una beldad cuyas mejillas son de rosa y jazmín tiene un gran parentesco con las protagonistas de Valera, pues es dura como el mármol. La hija de Sancho era alta

72 La novelista declara que para realizar esta obra estuvo dos meses seguidos yendo mañana y tarde a la fábrica de tabacos de La Coruña.

73 En algunas ocasiones las cigarreras han participado en las opiniones políticas. Con motivo de la boda de la infanta, princesa de Asturias, que se casó contra las simpatías del pueblo, las cigarreras manifestaron su oposición devolviendo unas invitaciones con que habían sido obsequiadas para una fiesta en celebración de tal acontecimiento.

74 En su ensayo sobre la mujer cordobesa, Valera hace algunas valiosas observaciones en este sentido. Luego de dar una idea calderoniana sobre el honor de la mujer, dice: "Cuando esto no basta, ni chilla, ni alborota, ni escandaliza, pero se defiende cual una Pentesilea, lucha como el ángel luchó con Jacob, en las tinieblas de la noche: y robusta, aunque angélica, suele echarle la zancadilla, derribarle, y hasta darle una soba, todo con muda elocuencia y en silencio maravilloso. Y no se extrañe esto, porque en la clase de muchachas pobres, y aún en algunas acaudaladas labradoras, es notable la robustez. Son más duras que el mármol, no sólo en el corazón, no sólo en el centro, sino por toda la periferia." Y luego de narrar una anécdota de observación personal, Valera añade: "No se entienda, por lo dicho, nada que amengüe o desfigure en lo más mínimo la esbeltez y gentileza de mis paisanas. Una cosa es la densidad y la firmeza, y otra el desaforado volumen. La moza que desde niña trabaja, anda mucho y va a la fuente que está en el ejido, volviendo de allí con el cántaro lleno, apoyando en la cadera o con la ropa lavada por ella en el arroyo; es fuerte, pero no gorda."

como una lanza, fresca como una mañana de abril y fuerte como un labriego. "Bien la conozco —dijo Sancho de la campesina a quien Don Quijote identificara con su Dulcinea—, y sé decir que tira tan bien la barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora. ¡Oh..., qué rejo que tiene, y que voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar a unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla y de todo hace mueca y donaire".

Esa destreza en el lanzamiento de la barra parece conservarse en juegos y ejercicios similares. No hace mucho que pasé un domingo en Palencia y vi varias mujeres, unas ya maduras, otras jóvenes, que se entretenían jugando a los bolos, y arrojaban las grandes y pesadas bolas por la hierba sin dar muestras de cansancio durante toda una tarde en la que no se dieron tregua, mientras algunos chiquillos las miraban. Nunca he visto que la mujer inglesa ni de otro pueblo se entregase a un juego tan vigoroso y saludable, al par que tan inocente, y ahora pienso que una raza cuyas madres muestran tan sana energía, no puede ser considerado como exhausto ni decadente.

Son muy interesantes los móviles de la mujer española, así en la vida como en la literatura, por lo que la distingue de la inglesa. A veces Shakespeare gustaba de presentar a sus heroínas vestidas de hombre pero nunca llegó a presentarlas como Cervantes a propósito de *Las dos doncellas* que iban armadas de espadas y así salían al mundo en busca de sus amantes, y que eran tan osadas como virtuosas. En Cervantes las mujeres por mucho que se disfracen nunca dejan de ser tipos ultrafemeninos, y el escritor se complace en manejar su gentileza, su sumisión, su debilidad. Lo mismo se observa en menor grado entre los personajes de los otros dramaturgos de la época isabelina y jacobita; y para encontrar el original de la *Roaring Girl*, que tiene ciertas afinidades españolas, Middleton y Dekker tuvieron que buscar en las bajas esferas londinenses[75]. Las heroínas de la parte más robusta de la literatura ochocentista son mucho más dadas a las elegancias que a la fortaleza. Dickens y Thackeray, los más populares y admirados novelistas del siglo XIX, se afanaban por idealizar lo más oculto de la fragilidad y de la indefensión femenina. Meredith, con sus ideales de humanidad recia e independiente, y Hardy con sus autónomas y espontáneas heroínas, representan un espíritu mucho más moderno. Es digno de notarse que los conceptos más sólidos sostenidos hoy día sobre la posición social de la mujer, han sido siempre tenidos en alto honor en la literatura española[76].

En este aspecto la literatura española responde fielmente a la realidad. No cabe la menor duda de que los rasgos de energía e individualidad que se observan en los tipos españoles más femeninos de hoy día, rasgos que con tanta insistencia trascienden a la creación literaria de ese país, son características raciales que arrancan de muy remotos tiempos y en manera alguna se deben al debilitamiento varonil de la raza. En el siglo IV las españolas se resistían a perder su propio apellido en el matrimonio, según se deduce del concilio de Elvira, que trató de limitar esta libertad[77]. Y por muchos años el hombre siguió teniendo opción a usar el nombre de su madre. El más grande de los

---

75 *The Roaring Girl* se publicó en 1611, después de haberse representado en los años inmediatamente anteriores. La obra se basa en un personaje real, Mary Frith (c. 1584-1659), famosa por vestirse como varón en los bajos fondos londinenses. Puede resultar interesante comparar su desaforada vida con su contemporánea Catalina de Erauso (c. 1585-1650), la conocida Monja Alférez, de la que junto a su retrato, también conservamos su vida más o menos literaturizada. (Nota del editor digital.)

76 Tirso de Molina, que posiblemente trató el carácter y la vida de los españoles con mayor veracidad que ningún otro escritor, a decir de su apologista Blanca de los Ríos, no es cierto, como alguien ha pretendido, que acentuara toda la energía racial en los tipos femeninos, dejando a los caracteres de hombre las cualidades más débiles; pero no obstante consideraba la virilidad como una condición aparte del sexo, y tanto la atribuye al varón como a la mujer.

77 A. W. W. Dale, *The Synod of Elvira*, pág. 172.

pintores españoles es conocido por el segundo apellido, el de su madre, Velázquez, y aun hoy día no es raro ver que los españoles usan con frecuencia de sus dos apellidos unidos.

Hasta ahora me he referido a las cualidades físicas o más externas de la mujer española; pero en honor a la verdad tales cualidades tienen sus equivalentes de inteligencia y voluntad. La española puede ser retraída y hermética por lo que hace a lo más íntimo de su personalidad, pero en sus manifestaciones externas más características es despierta, resuelta y avisada, como Altisidora, en quien vemos un antecedente de las muchachas animadas en la escena por el ingenio de los hermanos Quintero, las cuales se distinguen por lo francas, dueñas de su voluntad, fáciles de palabra y siempre encantadoras. Aun en las situaciones más dudosas de la vida, las cualidades de la española han sido altamente vindicadas.

En una de las primeras y más genuinas novelas españolas, *La lozana andaluza*, su autor Francisco Delicado, sacerdote cordobés que la compuso por el año 1524 para solaz en sus sufrimientos, nos ofrece la historia detallada e instructiva de una mujer coterránea de Séneca y muy afín a éste por su experiencia, inteligencia y juicio, según su mismo nombre indica, ya que “Lozana” tiene un sentido global de hermosura, elegancia, vivacidad y llaneza. No obstante era una cortesana. En Carmona cerca de Sevilla donde aprendió el manejo de un telar, se hizo notar por su belleza y gracia; al mismo tiempo era una criatura atlética, pues ocasionalmente aparece en la novela saltando vallas, y, sobre todo, estaba llena de ingenio. Aldonza era joven todavía cuando se enamoró de un apuesto y joven comerciante genovés y huyó con él; viajaron mucho tiempo por levante y otras tierras y tuvieron varios hijos. Él quiso casarse con ella, pero su padre se interpuso, los separó y dispuso que la ahogaran; pero ella consiguió escaparse llevándose un valioso anillo en la boca y llegó a Roma en los días de León X, en que privaban las formas paganas de la galantería, Aldonza se enamora entonces de un paje, Rampin, que es su amante y su criado, pero que nunca se siente celoso, y ella comienza su carrera de cortesana. Delicado no se cansa de presentar a su heroína llena de gracia, de ánimo definido, de palabras sensatas. Es capaz de serlo todo según sea su compañía: cristiana con los cristianos, judía con los judíos, turca con los turcos, noble con los hidalgos, genovesa con los genoveses y con los franceses francesa. Al mismo tiempo estaba adornada de virtudes domésticas; era una excelente cocinera. Pero en medio de todo, Aldonza se mantiene muy española en el ambiente romano. Alguien dice en la novela que no hay mujer comparable a la española aun en la galantería, y Aldonza asiente porque no conoce rival. Por fin sale de Roma con su enamorado Rampin, con rumbo a la isla de Lipari, donde luego cambia su nombre por el de Vellida, y acaba sus días en apariencia de santidad, pues como el autor se encarga de hacer notar al final de la obra, su heroína no dejó nunca de trabajar durante su última etapa para su sustento, sin ofender a Dios ni molestar al prójimo.

En este personaje de hace cuatro siglos vemos claramente un anticipo, en líneas generales, del tipo que Valera ha animado en su *Rafaela la generosa*. Tanto si *La lozana andaluza* está tomada de la realidad como si es una pura invención, responde al favor de que a la sazón gozaban las españolas en la sociedad cortesana de Roma. Tullia d’Aragona, la cortesana más encumbrada del renacimiento romano, figura en cierto modo austera que se hacía respetar de lo mejor de la sociedad, se dice que procedía de España, hija del cardenal d’Aragona[78], de ilegítima rama de la familia real española[79]. Otra famosa cortesana de la Roma del Renacimiento, Isabel de Luna, era también española. Lo mismo que Aldonza, había viajado mucho hasta por el norte de África, y siguió a la corte imperial a Flandes. De sus encantos e inteligencia hace altos elogios Bandello[80].

Es tan corriente entre los escritores españoles ocuparse con exclusividad de las figuras femeninas de la historia de España que se han encumbrado en el trono o en el claustro, y

78 El napolitano Luis de Aragón (1475-1519). Pedro Mártir de Angleria le dedicó los libros III al IX de la Primera de las *Décadas del Nuevo Mundo*. (Nota del editor digital.)

79 G. Biagi “Un Etera romana”, *Nuova Antologia*, 1886, páginas 655 a 711.

80 A. Graf, *Attraverso il Cinquecento*, pág. 234.

actualmente en las modernas instituciones, que me parece de justicia hablar también de las españolas que han sabido realzar su figura y rodearse de consideración y alabanza en los dudosos y difíciles caminos al margen de la normalidad social. Doña Emilia Pardo Bazán observa que las famosas cortesanas del siglo XVI y aun las de hoy, tuvieron y tienen su auge en el extranjero y son escasamente conocidas en su país.

La mujer española ha sido pionera en el teatro. Según Devrient en España desempeñó por primera vez la mujer papeles de actriz en la escena, y poco después aparecieron mujeres en el teatro de Venecia. En una disposición de Carlos V fechada en 1534 se hace alusión a las actrices españolas[81]. Shakespeare se veía obligado a confiar sus papeles de mujer a jovenzuelos; pero su contemporáneo español Lope de Vega veía encarnadas sus heroínas en actrices como Antonia Granada, la "divina".

Las mujeres españolas[82] a menudo han buscado voluntariamente el convento y han alcanzado allí la mayor fama; Santa Teresa, aunque a veces considerada víctima de la histeria[83], es merecidamente considerada la mujer más grande que jamás haya vivido en un claustro. Pero si bien las mujeres españolas a menudo han ingresado voluntariamente en el convento, a veces lo han abandonado voluntariamente, temporal o definitivamente, por otras ocupaciones menos espirituales, incluso la carrera militar o la plaza de toros, alcanzando allí también éxito y fama[84].

No es de creer que Calderón traicionara la realidad al darnos a conocer en *La devoción de la Cruz* a una monja que se escapa del claustro para hacerse capitana de bandidos. Y la actitud de la heroína de la Pardo Bazán, Amparo, al intervenir en un movimiento popular, responde fielmente a la vida. Parece ser que en Barcelona durante una huelga general, a causa de la cual se proclamó la ley marcial y se produjeron algunos choques sangrientos, una joven obrera tomó parte en la dirección de las masas obreras, animando a los agitadores y haciendo que se alistaran muchos al movimiento. Finalmente desapareció y aún permanece en la obscuridad de la que misteriosamente había surgido.

---

81 Devrient, *Geschichte der deutschen Schauspielkunst*, 1848, vol. I.

82 Restituimos este párrafo a su estado original, junto con la siguiente nota, omitidos por el traductor. Se expresan en ellos los presupuestos ideológicos del autor, y quizás sus prejuicios. (Nota del editor digital.)

83 Los graves trastornos* que comenzaron a afligir a Santa Teresa a los dieciséis años y que nunca la abandonaron por completo durante los cincuenta años restantes de su vida, estando sin duda también íntimamente relacionados con todas sus actividades y formas de sentir y pensar, se denominan vagamente "histéricos", pero no existe un consenso exacto ni siquiera entre las autoridades médicas más competentes que han estudiado su *Vida*. Así, mientras Georges Dumas la considera estrictamente histérica, Pierre Janet considera que era una psicasténica que, por así decirlo, aspira a la histeria, es decir, busca un automatismo de acción que nunca logra alcanzar. (Discusión en la Société de Psychologic, *Revue Scientifique*, 12 de mayo de 1906). Pero cuando las manifestaciones nerviosas y psíquicas mórbidas se combinan con la genialidad, los resultados desafían incluso el análisis más sutil. Cabe añadir que la biografía de la Sra. Gabrielle Cunninghame Grahan, *Santa Teresa*, presenta un panorama interesante de las actividades prácticas de Santa Teresa.

* Es interesante la obsesión por un cierto "histerismo femenino" entre la intelectualidad progresista y radical. En la discusión sobre el voto femenino en las Cortes españolas de 1931, fue el argumento de un sector de los republicanos de izquierda para rechazar la concesión del voto a las mujeres: "El histerismo no es una enfermedad, es la propia estructura de la mujer; la mujer es eso: histerismo; y por ello es voluble, versátil, es sensibilidad de espíritu y emoción. Esto es la mujer. Y yo pregunto: ¿en qué despeñadero nos hubiéramos metido si en un momento próximo hubiéramos concedido el voto a la mujer?" (Roberto Novoa Santos, de la Federación Republicana Gallega).—Nota del editor digital.

84 Doña María de Gaucin según Mme. Dieulafoy (*Aragón et Valencia*, 1901, pág. 21), dejó el convento para dedicarse a torear y se distinguió por su valor, hermosura y virtud, pero después de algunos años de actuar en España con éxito, volvió serenamente a la paz conventual, sin que por ello fuese, al parecer, objeto de reproche alguno por parte de las religiosas, que más bien celebraban los ecos que hasta ellas habían llegado de su fama en las plazas. Uno de los apuntes de Goya sobre el arte de lidiar, representa el "valor varonil" de "la célebre Pajuelera" en la plaza de toros de Zaragoza.

No es sólo en la dirección de los movimientos revolucionarios donde han intervenido las mujeres de España. Concepción Arenal es uno de los más ilustres ejemplos que descuellan en el siglo XIX. Empezó a darse a conocer como poetisa y novelista; trabajó luego en colaboración con su esposo, notable jurisconsulto, y fue iniciadora de varias reformas morales y sociales oportunas sobre todo por lo que afectaban a España, mereciendo un puesto de honor por su juicio y su sagacidad. Doña Emilia Pardo Bazán —de origen aristocrático y oriunda, como Concepción Arenal, de Galicia— es hoy día el cerebro de mujer más sobresaliente de España, y de ella, puede decirse, sin miedo a equivocarse, que es la escritora más notable de las literaturas europeas contemporáneas. Sobre todo se califica como novelista, dentro de la tradición realista española e influida por tendencias naturalistas francesas; pero con la diversidad de talento propia de los escritores de su tierra, también ella ha cultivado la crítica, la sociología y otros géneros, siempre con brillantez, penetración y pleno conocimiento. Lo mismo que Concepción Arenal, se interesa vivamente por los destinos de su país y por todas las cuestiones relacionadas con el progreso del mismo[85].

Las mujeres españolas no son muy ilustradas en general; hasta hay una relativa proporción de ellas que no saben leer[86]. Pero en ningún país de Europa echa uno de ver cuán poco significa eso. Una mujer del pueblo que se verá en un compromiso si tiene que escribir su nombre, puede a pesar de ello, desplegar el más agudo tacto y criterio en todas las cuestiones esenciales del vivir. Hace más de un siglo que Casanova advirtió la superioridad de la inteligencia femenina española. Ahora la Pardo Bazán confirma esta opinión, otorgando a la mujer ventaja mental sobre el hombre; y si ella se refiere en particular a las mujeres de las clases elevadas, no es menos cierto que lo mismo puede opinarse de las que pertenecen a las clases trabajadoras. Bien observa Posada[87] que estas mujeres, tanto en la ciudad como en el campo, no están menos preparadas que el hombre para la lucha de la vida; con ellos cooperan y su trabajo es con frecuencia idéntico, y lo cumplen con no menor perfección. La mujer de la clase media lleva una vida de evidente inferioridad, que le hace difícil revelar sus auténticas cualidades. En esta esfera social es donde se ve más incapacitada, pues carece del privilegio de la fortuna y de las ventajas de la libertad, con lo cual se le hace punto menos que imposible dar aplicación a su trabajo, mas se ve reducida a una vida de nulidad y reclusión. He aquí algo que no es una supervivencia de la España mora, pues los moros no sólo otorgaban alto honor a la mujer sino que la adornaban de una perfecta educación. Es cierto que la educación no está vedada a la mujer en España, que las Universidades se le han abierto, que puede ejercer la profesión de médico, aunque son muy contadas las que se han prevalido de tal privilegio. En cambio son escasas las ocasiones que se le ofrecen para el trabajo, y entre la clase media perdura el prejuicio oriental de limitar a la mujer en la estrechez del hogar. Supone un esforzado ánimo y gran resolución el que una mujer en España se abra camino por sí misma. Ello hace más meritorio y significativo el que la mujer en España haya desempeñado siempre un importante papel, a pesar de tener que vencer valerosamente dificultades mayores que las que hubiera encontrado en otro país; así el caso de Concepción Arenal, que tuvo que adoptar un traje masculino para poder cursar en la Universidad, en un tiempo en que no se daba aún entrada en ella a la mujer[88].

---

85 La Pardo Bazán ha trazado una extensa e interesante introducción autobiográfica en su novela *Los pazos de Ulloa*.

86 En esto no es España una rara excepción, pues son muchos los países adelantados que tienen una alta proporción de analfabetismo. En las ciudades españolas puede afirmarse que ninguna mujer deja de instruirse. Cabe hacer mucho aún en materia pedagógica, y actualmente aún entre los campesinos cunde el anhelo de la modernidad. Véase la obra de Luis Bello sobre *Las Escuelas de España*. (Nota del traductor.)

87 Posada, *Feminismo*, pág. 312.

88 La adopción del traje masculino por la mujer es cosa de todos los países si bien en España adquiere mayor importancia por las mismas dificultades con que la mujer tropieza en sus empresas. Se dice que no hace mucho (1906) las autoridades de Sevilla tuvieron gran sorpresa al ser revelado que su más eficaz jefe de policía era, en realidad, una mujer. Hace unos trescientos años doña Feliciana Enríquez de Guzmán, distinguida dama sevillana a quien se debe un poema dramático y una apasionada defensa de la más rigurosa escuela clásica poética, cursó en la Universidad de Salamanca, usando indumento masculino; su vida dio pie a varias comedias y en ella está inspirado uno de los episodios del *Gil Blas*.

Cabe destacar que, a pesar de los esfuerzos de la Iglesia, las mujeres han participado con entusiasmo en los movimientos religiosos progresistas, simbolizados hace unos años en la obra *Electra* de Pérez Galdós; mientras que en política siempre han estado dispuestas a tomar un partido avanzado[89]. No puede dudarse de que al paso que las circunstancias vayan siendo más favorables para ella, acabará por determinar en su patria la orientación de las corrientes progresivas del siglo XX. En el mismo contraste que ofrece la mujer española con el carácter de la anglosajona, que ha desempeñado asimismo tan importante papel en el desarrollo de la civilización, se ve el amplio margen que se ofrece a sus actividades y que las avalora. Es indudable la función de la mujer española en el porvenir, si se tiene en cuenta el menosprecio que siente por ese afán de impersonalizarse y de masculinizarse manifestado por las mujeres avanzadas de otros países. Ella cuenta con su energía y ponderado entendimiento para defender su vigorosa personalidad del atentado de las artificiosas afinidades masculinas.

89 En 1821 Pecchio escribió que todas las muchachas bonitas eran liberales y partidarias de la nueva Constitución, y ofrece una encantadora descripción de una de ellas, “una Corinne española”, que está comprometida con un joven oficial, y ama la libertad tanto como ama a su novio.

IV
El arte de España

España no es una tierra de grandes pintores[90]. Es cierto que no vemos claro este hecho al principio. Al llegar de Italia a la patria de Velázquez, acaso espere el viajero encontrarse con otro paraíso pictórico, y esta creencia es robustecida por la circunstancia de que aun hoy día España produce brillantes artistas que figuran entre los más sobresalientes pintores europeos. Pero no es así. España no ha sido nunca un paraíso de manifestaciones pictóricas. Velázquez, uno de los más grandes propulsores del arte, pertenecía a una raza que ha demostrado escaso interés concreto por las iniciativas artísticas, y los artistas vigorosos y característicos de hoy día, salieron todos ellos de ambientes de empresa mercantil, que los hubiera anulado si no da la casualidad de que su propio impulso los condujese a consagrarse al arte. En ninguna época, en realidad, ha podido compararse España con lo que, en un tiempo u otro, han significado la pintura flamenca, la toscana, la veneciana, la holandesa o la francesa. La nota dominante del temperamento español, aun cuando España era una gran potencia, ha sido siempre el *carácter*. La "sensibilidad estética" —excepción hecha de Velázquez— no es fácil hallarla en España. La influencia del arte llegó muchas veces a España del extranjero. Por ser extraordinariamente sensible a los misterios religiosos, el español desdeñó casi siempre los refinamientos de la delicadeza meramente estética. Instintivamente ha preferido siempre una visión de las cosas, aun de las espirituales, vigorosa, masculina, realista. No es España un país de arte grande, sino de grandes personalidades. Velázquez descuella sobre los demás pintores de su país, como Cervantes entre los novelistas[91].

En la esfera de las artes plásticas, el arte español ha mostrado siempre mayor predilección por la arquitectura y la escultura que por la pintura. El carácter español se ha impreso en su arquitectura con una fuerza mucho más imponente que en manifestación artística alguna, a pesar de que las ideas fundamentales de esta arquitectura son de adopción. En casi todos los países, por nacional que haya llegado a ser la arquitectura, siempre ha sido expresión de reducidas selecciones espirituales. Debemos retrotraernos hasta la antigua Roma, casi hasta el Egipto para encontrar otro pueblo que se haya definido de una manera tan vigorosa en su arquitectura como España. También el gusto nacional tiene una tendencia arraigadísima hacia la escultura. Ya los visigodos propendían a la escultura. Es más, los remotos iberos constituyen una vigorosa escuela de escultura, fundada sobre orígenes griegos y asiáticos en persecución de una fisonomía propia e individual, si bien la escultura originaria de estas fuentes se encuentra también en Etruria y en Chipre[92]. Las mejores de estas esculturas ibéricas son del todo distintivas y originales, si bien producto de combinados elementos. El profesor Pierre Paris, de Burdeos, que es quien ha estudiado más a conciencia esta rama del arte

---

90 Se comprende, por la posición estética que supone el presente articulo, que semejante aserto sólo responde a personales conceptos del autor, por más que sean interesantes y razonados. Un cambio de definiciones sobre pintura daría mucha luz a todo lo que suele escribirse actualmente sobre artes plásticas. Con ello se aclararían o condicionarían ciertos juicios que es arriesgado emitir como definiciones rigurosas. (Nota del traductor.)

91 La gran boga en que la escuela española ha estado tanto en Inglaterra como en Francia se debe a una porción de continuadas circunstancias. En el siglo XVIII se hermanó, no sin motivos, a las escuelas italianas, y se le concedió la misma alta importancia que a éstas. El movimiento romántico que floreció impetuosamente con Víctor Hugo y en pintura con Delacroix, se sintió instintivamente atraído, y aun hasta cierto punto inspirado, por España, que es el último hogar romántico, y la pintura española fue mirada entonces con nuevo interés, desde un extraño punto de vista. Y cuando mucho después aparecieron con Manet nuevos procedimientos técnicos —este pintor francés se había inspirado grandemente en España, ya antes de su rápido viaje por la Península—, los nuevos problemas que abordaban la luz y la sombra determinaron el triunfo de Velázquez, que apareció como el orientador, anticipándose en tres siglos al entonces más moderno movimiento hacia el dominio de la naturaleza por la pintura.

92 Engel, *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, 1892, tomo III, pág. 180.

prehistórico, dice que las figuras de hombre son en ella simples y varoniles y que las de mujer se distinguen por la dignidad de su actitud y por la nobleza de su rostro, lleno de profunda y religiosa gravedad. En los pliegues de sus ropas, de un lujo regio, en sus hieráticos tocados y en su porte como de castas sacerdotisas, se libran de las influencias caldeas, transmitidas por conductos egipcios y obedecen a conceptos en general griegos. La Dama de Elche, busto que se halla actualmente en el Louvre, es situada por Pierre Paris, de acuerdo con Reinach, hacia el 440 antes de nuestra era. Es una muestra suma de la escultura ibérica primitiva, una obra sumamente atractiva por su curiosa originalidad, y parece haber nacido en las manos de un escultor compatriota de la cautivadora española a quien de tal suerte inmortalizara[93]. De lo esencialmente española que es la Dama de Elche podemos convencernos comparándola con *La Mujer del Abanico*, de Velázquez, la cual sigue siendo la misma, aunque más avanzada en edad, fatigada y perdida su lozanía.

En tiempos modernos no se cuentan artistas españoles entre los grandes escultores universales, pero la cantidad de tallas y esculturas hermosas o impresionantes que se encuentran por las iglesias y los claustros españoles es extraordinaria. Son —en esto sucede como con la pintura— raras veces de una calidad exquisita, pues España no cuenta con un Donatello; pero su variedad, su vigor, su romanticismo alcanzan un grado sumo. Los sepulcros maravillosamente conservados en templos como las catedrales de Toledo, Zamora y León, difícilmente admitirían comparación con los de ningún otro sitio, por su bella concepción y por el interés que ofrecen sus detalles. Las tallas en madera españolas no son menos atractivas, y en cambio tienen en su favor el ser mucho más genuinamente españolas, a pesar de que su primera inspiración pudo haber nacido de Flandes u Holanda[94]. Este material permitió a los españoles llegar a la plena realización de la bella y expresiva tendencia realista que les es propia[95], y en este género de arte, no sólo encontró el genio español margen para desplegar su fantasía, extravagante a veces, y su naturalismo, sino que alcanzó una gran delicadeza y un encanto que por lo general echamos de menos en el arte español. Casi todas las grandes iglesias españolas tienen sillerías de coro de nogal que son tesoros de tallas deliciosas, cada una de carácter distinto. Parece que la libertad y la facilidad que brinda la madera para ser trabajada es lo que permitía a los artistas españoles alcanzar su propósito de la expresión escultórica en esta materia. Por una razón de orden diverso lograron asimismo trabajar con fortuna el hierro; también en este arte lo extravagante y el realismo grotesco contrastan, y gracias a la combinación de la audacia mesurada y con la armonía de la obra, las rejas de hierro de las iglesias españolas, especialmente en Sevilla, Toledo y Granada, son insuperables.

El pueblo español, con su carácter predominantemente grave y su querencia a la expresión vigorosa en todo, es por naturaleza dramático. De él han salido muchos consumados dramaturgos y extraordinarios actores, como puede comprobarse aun hoy día. Son dramáticos por instinto, aun en los gestos y en la conversación. En ninguna parte se nota esto como en Aragón, y Aragón es el foco

93 “En su enigmático rostro —escribe Pierre Paris—, a un tiempo ideal y real, en sus ojos vivientes, en sus labios voluptuosos, en su tranquila y severa frente, se halla cifrada toda la nobleza y la austeridad, toda la promesa y la reserva, todo el encanto y el misterio de la feminidad. Es asiática por sus lujosos aderezos y por cierta vaga técnica tradicional, que el artista ha conservado en el modelado; es también helena y aun ática, gracias a una indecible gracia genial de flor que le presta el mismo aroma de sus hermanas de la Acrópolis, y es sobre todo española, no sólo por el tocado y las dos grandes ruedas que enmarcan su delicada cabeza, sino por la turbadora rareza de su hermosura. Es más que española, si cabe, España misma, Iberia resurgiendo aun radiante de juventud de la tumba en que ha estado sepultada durante más de veinte siglos.” (Pierre Paris, *Essai sur l’Art et l’Industrie de l’Espagne primitive*, 1903-4 vol. II, pág. 308).

94 Valladolid abunda en esculturas talladas en madera. “Se ve en ellas —como muy bien observa doña Emilia Pardo Bazán al describir este aspecto de dicha ciudad— una mezcla de clasicismo en el tallado de las carnes y de los ropajes, de romanticismo en la expresión, de realismo en la policromía y en los detalles, que hace de esta escultura de madera el sello y el símbolo de nuestro genio nacional y de nuestro ideal religioso.”

95 La tendencia naturalista de la escultura y la talla española han sido siempre reconocidas. En un interesante folleto (del que da un resumen el número del 2 de noviembre de 1899 *Nature* en la pág. 15) el Dr. E. S. Fatigati, muestra, de una manera evidente, que desde el siglo VI se observa en la escultura española el estudio directo de la vida de la fauna y de la flora.

principal de la escultura española. Creo que no es posible dudar que la predilección española por la escultura —madera tallada, piedra cincelada y hierro forjado— y que el alto grado de perfección alcanzado en ella, no tengan la misma tendencia en la literatura y en la vida españolas. Estas manifestaciones son el resultado natural de las cualidades predominantes del carácter español.

La grave predisposición de España a lo realista y lo dramático ha de sorprender, sin duda, a quienes en nuestro país asocian vagamente la España artística a Italia, bajo la denominación de "el Sur". Acostumbramos ver a Italia —con gran inexactitud, pues que esta es la tierra que produce figuras sombrías como Lucrecio y el Dante— tal como a una tierra de pereza soleada y de fácil regocijo, donde los campesinos indolentes y pintorescos huelgan al sol, a la orilla del mar, a punto de convertirse en personajes de teatro. No esperemos encontrar en España semejante espectáculo, no ya en los aspectos de su paisaje actual, mas ni siquiera en sus antiguas obras pictóricas. Con frecuencia he pensado que los extremados efectos meteorológicos en la meseta central han ejercido una influencia, no meramente indirecta, sino ligadísima a lo más típico de la pintura española. Los cambios bruscos y violentos, los contrastes más agudos, la intensidad cromática, los nublados teñidos y sombríos, como empapados en pigmentos, bien han podido ejercer alguna influencia en la imaginación de los pintores, tanto que una puesta de sol castellana, por ejemplo, tiene una analogía directa con ciertos cuadros de los artistas españoles más representativos. Sea como quiera, encontramos en España el contacto de un extremo sur con un extremo norte, que nunca puede mostrarnos Italia. Y así como en el clima de España puede decirse que se encuentran la Escandinavia y el África, y en su población los visigodos y los moros, así también Flandes y Nápoles se saludan en la pintura española.

La base de la pintura española es norteña y flamenca; las mismas influencias italianas llegaron a España, como ha sido observado, por conductos del arte flamenco; el espíritu del arte flamenco, su realismo, su verismo dramático, su hondo y grave sentimiento eran en conjunto cualidades hermanables al genio español. Sabemos que Juan Van Eyck viajó por la Península; las obras de Roger van der Weyden evidentemente eran muy admiradas en España, pues aun hoy encontramos en este país algunas de las más bellas, y la intensidad dramática y su vivo sentimiento religioso no podían por menos de llamar grandemente la curiosidad del espíritu español; Gerardo David que también tiene grandes afinidades con este espíritu, puede ser admirado en sus obras esparcidas por la Península.

Sobre los fundamentos de la pintura flamenca florecieron algunos pintores de nombre escasamente conocido, y a veces olvidado; han sido injustamente tratados por sus compatriotas, pues, aunque flamencos de inspiración, representan un verdadero desarrollo en España, que, de no ser arrollado por otras influencias, hubiera llegado a dar hermosos resultados en la trayectoria del genio nacional. Los dos principales representantes de este movimiento son Luis Dalmau, de Barcelona y Alejo Fernández, de Córdoba. La obra maestra de Dalmau, que es el retablo de altar que se halla actualmente en el Museo Municipal de Barcelona, fue pintada poco después de realizar su gran obra maestra van Eyck en Gante, a la cual recuerda en algunos aspectos, y que conserva en general un marcado sabor flamenco, con sus figuras de mujer de pelo rubio y ojos de topacio, y de hombres morenos, tal como aparecen con frecuencia en la pintura flamenca. Aunque esta obra de Dalmau sea un poco rígida a causa del rigor impuesto, no deja de tener una gran belleza de armoniosa pintura decorativa. Fernández, que pintó algo más tarde, a comienzos del siglo XVI, es un artista más encantador y personal. Su *Madonna con ángeles*, de Triana, es la obra más deliciosa que se conoce de los primeros pintores españoles. En conjunto, y por bastantes de sus detalles es de estilo flamenco, pero se salva de la rigidez y del despego que por la belleza siente esta escuela, pues tiene una gracia y soltura casi italianas, tanto que los ángeles hacen pensar en Filippo Lippi.

Pero este desarrollo metódico partiendo de una base flamenca para orientarse hacia un concepto español, fue bruscamente destruido por la irrupción que hizo en toda Europa el nuevo género de arte que floreció en Italia. El arte español precursor, se fundió al contacto de este

poderoso disolvente con tanta facilidad como el flamenco, del cual había surgido. Los italianos, en su espléndido clima, donde cualquier pared es un llamamiento a la pintura, tenían una gran experiencia, y su sensibilidad estética y su talento para el dibujo, les permitieron valerse con absoluta maestría de los medios de propia expresión que ellos habían hecho evolucionar. Pero al liberarse lentamente y trascender, causó el efecto de un inmediato veneno en los artistas educados y preparados en las normas sobrias y realistas de la tradición de la escuela flamenca. Liberados de los lazos de la tradición y perdido por de contado su amor y respeto a la naturaleza, no fueron capaces, como los toscanos, de fiarse a la propia y feliz inspiración. Se volvieron licenciosos en la técnica, su sentimiento tuvo poco vuelo, su composición y dibujo resultaron insípidos y extravagantes. Es, en verdad, difícil encontrar una personalidad artística que irradie belleza detrás del ropaje abundoso de los lienzos fáciles y superficiales de estos pintores. Su arte no llega a interesarnos más que el de Vasari. Siendo muy grande la influencia ejercida por las libertades que traía el arte italiano, había de servirle de poco al querer expresar su verdadero espíritu. En la escultura adivinamos aquí y allá algunos aspectos de lo mismo; así el gran retablo del siglo XVI de la iglesia de San Jerónimo en Granada es una bella y armoniosa obra a la manera italiana, aunque no se descubra en ella nada de imitación. En la pintura, el sevillano Roelas tiene un dulce y grato encanto más italiano que español. Según se desprende de sus obras, que pueden verse en las iglesias de Sevilla, combinó algo del espíritu de Venecia, de Tiziano, con el alma andaluza que llegó a su ápice en Murillo, manteniendo no obstante una sugestiva y propia personalidad.

Otro artista que, no sólo fue veneciano por su formación artística, sino también de origen extranjero de cuna y raza, es Domenico Theotococopuli, generalmente llamado El Greco; figura entre los más altos orientadores de la pintura española, y cronológicamente ha sido siempre considerado el primero de los maestros que determinaron las características pictóricas de España. Llegó de Venecia, y sus primeras manifestaciones fueron más que nada a lo Tintoreto. Era ya un acabado pintor de la escuela veneciana, pero una vez fijada su residencia en Toledo, fue poco a poco adquiriendo un estilo propio, de extraordinaria originalidad, hasta parecer morbosamente excéntrico, a la vez que en gran parte genuinamente español. Por haber sido casi postergado en los últimos años, se ha formado una reacción radicalmente opuesta, tanto que para muchos españoles de hoy el Greco está casi a la misma altura de Velázquez con un estilo opuesto[96]. Su acusada individualidad, la sinceridad con que siguió su propia inventiva hasta sus últimas consecuencias, hasta el punto de que cualquier fragmento de lienzo del Greco es en seguida reconocido como del maestro, a duras penas son cualidades bastantes para hacer de él un pintor de primer orden en el concepto clásico.

El libérrimo y delirante esfuerzo de su inspiración carece de la genialidad que únicamente podría justificarlo. “Bien pudiera —dice Mr. Ricketts— gran parte de su obra haber sido pintada en

---

96 Cuando en 1906 se habló de que la obra más famosa del Greco, *El Entierro del Conde de Orgaz*, iba a ser vendida y exportada, se levantó un clamor en todo el país en protesta de semejante “Sacrilegio y profanación”. Entonces se pidió que todas las obras de arte que se conservan en iglesias y monasterios fuesen declaradas de propiedad nacional, y en consecuencia se dictó una ley, a ejemplo de la italiana, si bien menos rigurosa, a fin de conservarlas en el territorio. Siendo Ruiz Zorrilla ministro de Obras Públicas, en el gabinete revolucionario de 1868, dio un decreto concediendo al Estado el derecho de incautarse en propiedad las colecciones de arte y de ciencia que se hallaban en posesión de las comunidades e instituciones monásticas o religiosas, para evitar que el público se viese privado de ellas y para que no pudieran ser vendidas. Pero el clero se agitó extraordinariamente e influyó en los funcionarios encargados de hacer cumplir esta disposición, a la que nunca se dio cumplimiento. También se ha presentado otro conflicto a propósito de los grandes tesoros que se guardan en los templos por toda España. Ahora que se está reconociendo su valor, se les hace difícil a los actuales poseedores de los mismos mantenerlos a salvo aun de los ladrones vulgares, y muchos son ya los casos que se han dado de audaces robos (como recientemente el de la Catedral de Santiago de Compostela), en tanto que el lento y creciente antagonismo entre la Iglesia y el pueblo hará mayor el peligro de expoliaciones y destrucciones como las que se dieron en Inglaterra en el siglo XVI, y en el XVIII en Francia. Por esta parte la Iglesia mantendrá celosamente sus derechos en esto como en todo, y hay que reconocer que la pérdida del valor artístico de España sería condenable, si los tesoros que se custodian en los templos fueran llevados a los museos, de la manera que se ha hecho en otros países.

un calabozo inquisitorial, a la luz de una antorcha". Se siente flagelado, atormentado por su visión, pero raras veces es capaz de plasmarlas plenamente. Aun su obra más generalmente reconocida como maestra, *El entierro del Conde de Orgaz*, que se halla en Toledo, por más que se vea en ella una relativa moderación y abunde en fragmentos e ideas, y aparezca como la obra pictórica española más grande de su época[97], difícil sería afirmar que sea una de las más grandes pinturas del mundo. La composición general del dibujo —figuras inclinadas en torno al cuerpo yacente, bajo la región sobrenatural de figuras entre nubes— es una manera usual ya entre los pintores bizantinos de algunos siglos antes[98], como más tarde quedó demostrado en la misma forma en *Funerales de un Obispo*, de Zurbarán, actualmente en el Louvre. Aun tratándose de una obra formidable e impresionante, hay en ella un choque producido por el contraste entre la individualidad de los retratos de las figuras que aparecen en la parte inferior con el detalle realista de sus vestidos, y el sentido religioso que el artista quiso infundir a la obra. Por una parte la significación religiosa no está lograda, y por otra, el episodio representado y el elemento sobrenatural que lo acompaña, no están sentidos en forma que entone debidamente con la bella fila de retratos, de cabezas detalladas que salen de las blancas golas, llamándonos la atención sobre todo lo otro. En sus escenas más puramente religiosas y sobrenaturales el Greco era con frecuencia muy imaginativo, pero aun era más atrevido en el dibujo y desconcertante en sus coloraciones, a menudo de un blanco caloso, con sombras violetas tras la palidez de los rostros, y con predilección por ciertos verdes[99]. Y no obstante los coloridos son sus principales hallazgos y aportaciones. Su violenta fiebre de movimiento —cuerpos inclinados y retorcidos, brazos convulsos, amaneramiento en las piernas que se adelgazan hacia unos dedos puntiagudos— por lo general no nos convence. Pero con la audacia de sus coloraciones reveló la posibilidad de nuevas armonías, de expresiones cromáticas más altas, más intensas, más cálidas que las hasta entonces usadas, y con estos elementos estaba destinado a inspirar a otro artista más consumado que él.

Donde mejor se manifiesta el Greco es en los retratos[100]. En este género alcanzó un alto grado de distinción, apurando los métodos del Tintoreto, tomando el encanto de sus mujeres sentadas y la presencia aristocrática de sus figuras de hombre, e infundiéndoles algo de la consumidora energía febril y neurótica que es la verdadera característica de su arte, su indudable muestra de personalidad —acaso de aquí la leyenda de su demencia— que tan de acuerdo está con su ciudad de adopción. Esta altiva y aristocrática cualidad del Greco —sumamente española, por más que muchos pintores españoles hayan revelado en su arte su origen plebeyo— le impulsó a seguir sus propias inquietudes, con menosprecio por cuanto le rodeaba, y con todo, con algunas de sus coloraciones dio inspiración a Velázquez, el cual parece haber aprendido en el Greco, pero cuyo sereno y robusto genio le hizo rechazar instintivamente los elementos audaces de la obra de su predecesor. Llevando

97 Justi, que suele ser moderado en sus juicios, declara que esta obra pertenece al "peor estilo del Greco", afirmación que sería difícil mantener.

98 Véase, el *Tránsito de la Madre de Dios*, fresco bizantino del siglo catorce, de la iglesia de Santa María di Cerrati, cerca de Lecce, en Otranto, reproducido en la espléndida obra de Betraux, *El Arte en la Italia Meridional*, vol. I, y compárese con un dibujo a la pluma de un benedictino del siglo once, en la pág. 201 del mismo volumen.

99 La predilección por el color verde es muy de considerar, pues en esto el Greco fue un predecesor, ya que las tonalidades verdes intervienen luego mucho en la pintura española, persistiendo hasta ahora y llegando a ser muy insistente en la paleta de Fortuny.*

* De Fortuny para acá algunas tendencias plásticas modernas, tras la decadencia impresionista, inician una reacción favorable a la desrealización grequiana. En esto el cretense-español fue también precursor a través de los siglos. (Nota del traductor.)

100 En un interesante estudio de el Greco ("Un estudio de Toledo", *Monthly Revue*, marzo de 1901) Mr. Arthur Symons ha definido con acierto estos retratos en esta forma: "tienen una especie de éxtasis contenido, puramente ascético y puramente temperamental en su ascetismo, así como una hoja de acero toledano que se reviste de la vaina, ocultando su filo en inacción... Sus rostros son todo vigor, distinguida energía, reprimida por un esfuerzo voluntario, tal son los rostros de los soñadores en meditación; suya es toda el alma fecunda de España, con su altiva sobriedad." Las características generales del arte del Greco están muy juiciosamente reveladas en el libro *El Prado* (págs. 23-31), de Mr. Ricketts.

la expresión de su personalidad a los límites más extremos, el Greco constituye una fuerza verdaderamente liberadora en la historia del arte español.

En la mayoría de los casos, hemos observado que el temperamento español, duro, de hondo sentimiento, individualista, a veces violento, no podía conciliarse con el espíritu italiano. Pero al fin cayó una feliz semilla de Italia en tierra española. Era no obstante de carácter primitivo y venía de la Italia del Sur, región relacionada con España, porque Nápoles y Sicilia, al contrario de la Italia del norte, tienen afinidades africanas; estuvieron durante largos años bajo influencias moras y no en vano llegaron a ser parte de los vastos dominios españoles[101].

El rudo, agrio, realista arte de Nápoles, veraz y dramático, pero revelador de escasa delicadeza y sensibilidad estética —a nuestro entender encarnado principalmente en la obra de Caravaggio y Salvator Rosa— fue una violenta reacción contra el manso arte de la última época del norte de Italia, y contra la insipidez y la falta de vibración en que al fin había caído[102]. Pero es preciso observar que la escuela napolitana estaba formada sólo en una minoría por artistas italianos; casi todos sus orientadores llegaron a Nápoles de otros sitios. Hay que advertir también que la escuela valenciana había salido de la escuela bolonesa con las mismas tendencias que la escuela napolitana, y que el valenciano Ribalta —con su intenso luminismo y vigoroso modelado— fue maestro de Ribera. La circunstancia decisiva para la revolución hacia el realismo del arte decadente de Italia en Nápoles, parece ser el haber estado durante mucho tiempo este territorio bajo dominio español, ya que a los españoles esta tendencia les era tan connatural, como extraña a los italianos. Así es que los artistas napolitanos formaban por doble camino una rama de la escuela española. De este modo se comprende que el valenciano Ribera —el *Spagnoletto*, según se le llamó en Italia— siendo un encauzador del arte napolitano, no solamente fuera español de nacimiento[103], sino que además en todo sentido se le considera con justicia una de las glorias del arte en España.

Las mejores obras de Ribera están diseminadas —una sala especial se le ha reservado, no obstante en el museo del Prado—, pero cualquiera que haya tenido ocasión de contemplar una parte de su obra suficiente para comprenderle, no dejará de reconocer que se trata de la figura más considerable de la pintura española, después de Velázquez. Puede concederse que Ribera sea muy desigual, y que no se distingue precisamente por el encanto de una obra fácil. Acaso nos retiremos al pronto ante muchas de sus pinturas con la impresión de dejar algo sombrío, agrio, violento, cuando no en verdad cruel. Pero no debemos olvidar que Velázquez le sucedió, y que Murillo comenzó imitándole abiertamente. La profunda originalidad de Ribera estriba en la manera acabada que tiene de expresar y evidenciar el genio de su raza, a pesar de las influencias extranjeras que le inspiraron. Hemos dicho que la calidad eminente del genio español es el carácter. El arte de Ribera es la manifestación de esta manera de sentir, vehemente, profundamente emotiva, casi exclusivamente religiosa, y no obstante casi siempre realista e invariablemente dramática. Tan dramático es este artista, y tan deseoso se sentía de traer sus figuras al máximo grado de corporeidad por medio de todos los resortes de su técnica, que bien podemos considerarle como un temperamento de escultor. Su cuna se halla cerca de los lindes de Aragón, solar del arte escultórico, la más nacional de las manifestaciones plásticas de España, y no hay otro pintor español que con tanta insistencia conciba las escenas abiertas a sus ojos, tan desde un punto de vista propio de un

101 “Y en verdad, a mi juicio —escribía Howell desde Nápoles en 1621— la grandeza del rey de España se revela aquí más grandemente aún que en la misma Península.”

102 Esta tendencia, no obstante, no apareció a última hora. Los mosaicos del sur de Italia (según reproducciones del volumen de Bertaux titulado *L’Art dans l’Italie Meridionale*), al contrario que los del arte bizantino en general, tienen muchos de ellos un vigor y un dramatismo singulares, con figuras en relieve, sobre fondo oscuro-

103 Según ha demostrado definitivamente Salazar (“La Patria e la famiglia dello Spagnoletto”, *Atti del Congreso Internazionale di Scienze Storiche*, 1903, vol. VII, sezione IV), Ribera nació en Játiva-Valencia, de padres españoles, aunque la familia, poco más tarde emigrara a Nápoles, donde el pintor se casó con una italiana y murió, probablemente en Posilippo, en 1652. Játiva, que es una fortaleza en medio de un paraíso de flores y árboles frutales, fue también hogar de los Borgias, y un tiempo centro importante de revolución. Modernamente también tuvo alguna vibración anarquista. En el siglo XI tuvo la primera fábrica española de papel.

escultor; es decir, según ha sido entendida la escultura partiendo del concepto dramático realista español, como en el caso de un Montañés, cuyas son algunas de esas imágenes llenas de nobleza y de sorprendente vitalidad que todavía son sacadas procesionalmente en Sevilla por Semana Santa. La vigorosa robustez del arte de Ribera está compensada por una ternura substancial que lo completa. En cuanto a la virtud de despertar una amorosa devoción, un tierno abandono asociado a un sentimiento eminentemente piadoso, no sólo es Ribera el primer artista de España, sino que fuera de ella apenas hay quien le supere. En su *Magdalena* del Museo del Prado, que acaricia una calavera, logró infundir natural sinceridad, verdadero sentimiento a un asunto que en sí mismo era ya un tópico, que raras veces ha conseguido el arte realizar de una manera convincente, venciendo las dificultades que opone. En la National Gallery (Londres) hay un *Enterramiento* donde la figura de San Juan deteniéndose a los pies del Salvador, inclinada hacia adelante su cabeza ornada de un ondulante cabello de oro, es singularmente característica de Ribera; y no está menos justamente representado en una conocida pintura del Louvre, *Cristo muerto*, cuya masa de cabello castaño casi negro, se mezcla de sombras de igual color. En obras como las citadas vemos las tintas profundas y emotivas y las ricas armonías en penumbra que han llegado hasta Gándara y Zuloaga, pero ninguno las ha llevado a un logro tan acabado como Ribera. Se mantiene siendo el más extraordinario colorista español, un veneciano desviado, cuyo tono emotivo es aún completamente español. La prueba que corona el esfuerzo y la capacidad de Ribera para transmitir a la obra una emoción estática, es la gran *Concepción* que se halla sobre el altar mayor de las Agustinas recoletas de Salamanca. La hermosa mezcla de modestia y de dignidad del rostro de la Virgen y de su cuerpo erguido, está vencida en esta obra magistralmente. En este esfuerzo creador, no sólo triunfó Ribera en donde Murillo en vano estuvo afanándose, sino que sostiene muy bien el ser comparado al Tiziano[104].

No fue sólo en el pintar Vírgenes en éxtasis sobre nubes en lo que Murillo siguió las huellas de Ribera, sino que en gran parte de sus obras de la primera época se iba formando en todo a la manera de Ribera. Ante la *Adoración de los Pastores* de Murillo que se halla en su sala del Prado, nos cuesta creer que no nos encontramos en presencia de una obra característica del maestro anterior. Vemos las mismas coloraciones, el mismo realismo, la misma expresión en la cara de la Virgen; hasta el ángel que por tan propio de Murillo tenemos, nos encontramos con que es un desarrollo acabado del mismo ángel de alas blancas, envuelto en oro, ocre y púrpura, que podemos contemplar en el cuadro de *San Pedro in Vinculis* de la sala de Ribera. Verdad es que Murillo salvó la crudeza de Ribera; pero no lo es menos que con ello perdió en vigor, sinceridad y verismo dramático.

La superioridad de Velázquez —cuya labor primera delata asimismo, aunque en menor grado, cierta influencia de Ribera— entre todos los pintores de España está hoy día unánimemente puesta fuera de duda, ni es menos cierto que mantiene el primer lugar, por lo que hace a ciertos aspectos del arte pictórico, después de él insuperados e insuperables, entre los pintores del mundo entero. Pero Murillo, tenido un tiempo en más que el mismo Velázquez, ha caído ya de su alta posición de estimación crítica, por más que entre la masa y fuera de España continúe su popularidad al margen de las opiniones de los críticos. Creemos acertar diciendo que su verdadera posición ni es tan elevada, ni tan baja como unos y otros sectores de opinión han querido sostener, y no estamos en desacuerdo con quienes lo sitúan a corta distancia de Andrea del Sarto. Se ha resentido de su fama popular y de la reacción que de la misma ha nacido. Pero lo mismo que en el caso de su contemporáneo Van Dyck, en cierto sentido[105], más gran artista que él, hay que reconocer que

104 Siempre fue más afortunado Ribera que los demás pintores españoles en el difícil empeño de dar a las Vírgenes una armonía de nobleza y de fresca dulzura humana. Se comprueba claramente en la deliciosa *Sagrada Familia* que es la obra más interesante que hay en el por demás olvidado Museo Provincial de Toledo.

105 No obstante esta verdad, las evoluciones de la crítica y la estética hacen en ocasiones radicar la alta expresión artística en otras cualidades. (Nota del traductor.)

poseía la cualidad de dar a sus obras verdadero encanto y realización acabada, cualidades poco comunes y que son indispensables al arte en su más elevada expresión.

Murillo tenía escaso poder de originalidad: los métodos, las aspiraciones, aun muchos de sus temas predilectos durante su primera época se los debe al poderoso genio de Ribera. Y las modificaciones que se obraron en su estilo más adelante, no es seguro que tengan mayor originalidad, pero sí lo es que carecen de verdadera importancia artística. Era un pintor de talento femenino, receptivo; realista, es cierto, pero sin energía viril; incapaz de dar expresión a las vigorosas cualidades dramáticas que suelen hallar forma genuina en el arte español. Pero tenía una mano muy privilegiada, y en sus gustos mostraba una sensibilidad más aguda de lo corriente en España. Era muy sensible a la belleza, sobre todo a la belleza bucólica de las escenas domésticas y campestres (en esto era en gran manera seguidor de Bassano), y al encanto humilde de los campesinos españoles. Su rápido golpe de vista y segura ejecución le hicieron adaptarse forzosamente a las exigencias del ambiente de una ciudad en que todas las manifestaciones de la belleza se consagraban casi por completo a la religión. Esta circunstancia, si por una parte ha contribuido a la fama de Murillo, por otra ha sido un obstáculo para que llegase al más alto grado de la gloria creadora. Entre todos los pintores españoles, sólo Murillo —hijo genuino de Andalucía— puede tenerse como representante de lo que llamamos el espíritu del “Sur”. Acaso por lo mismo no es Murillo un artista tan esencialmente español como Ribera. Carecía de las aptitudes dramáticas españolas, de intensidad de sentimiento religioso sincero. Las Vírgenes de Murillo entre nubes, a la manera de la *Concepción* de Ribera de Salamanca, aunque se hallan envueltas en un delicioso halo de luz, por lo general no son otra cosa sino lindas campesinas, ataviadas con pomposas vestiduras que nos les sientan legítimamente, y que adoptan actitudes extáticas, que nunca concibieron. Las demás obras pictóricas religiosas de Murillo tienen el mismo encanto, pero son tan poco convincentes como las *Purisimas*.

Cuando acertamos a olvidar que estamos en presencia de motivos religiosos, y, sobre todo, cuando el artista se libera y puede consagrarse a temas profanos o indiferentes, es cuando nos sentimos capaces de deleitarnos en las buenas cualidades de su arte. Es cierto que sus rapaces mendigos son de un realismo tan convencional, tan deliberadamente pintoresco como en conciencia es antes deliberada que inevitable la unción de sus Santos. Y no obstante ningún otro pintor español ha acertado a interpretar con tal encanto la vida campesina de España, o para ser más exactos, de Andalucía, en aquellos aspectos en que coincide su manera con los usos y amaneramientos de este pueblo; en esta modalidad con frecuencia resulta ser sensible y sincero, lleno de aptitud para representar la vida en la forma que más vale. La misma ausencia de instinto dramático le favorece en este sentido. Su amor a la belleza y a lo exquisito, cuando se muestran sobre todo en una apariencia plebeya, su sentido idílico de la gracia de la calma pastoril en una edad patriarcal —demostrado en muchas de las obras del Hermitage de San Petersburgo—, sus coloraciones de suave fulgor y de gran luminosidad, su habilidad para realizar los pequeños detalles realistas, todo ello hace de Murillo una figura muy singular y atractiva en la pintura española, aunque no nos permita ponerlo al lado y en la misma línea de Velázquez y Ribera.

Su verdadero lugar se halla cerca de Zurbarán, no obstante la diferente personalidad de estas dos figuras, pues Murillo, como artista de fecha posterior alcanzó mayor perfección técnica y habilidad y dominio de la forma plástica, en tanto que Zurbarán se manifiesta más de acuerdo con el dramatismo realista de su raza, y posee un sentimiento religioso mucho más sincero y profundo, hasta el punto de ser el caso más notable de pintor realista, como visionario religioso[106]. Pero ambos

106 Hasta hace pocos años no se ha concedido a Zurbarán su verdadera importancia. La aclaradora exposición de sus obras, celebrada en Madrid en 1905 (no pude, por desgracia, verla, aunque me hallaba en España entonces), contribuyó en gran manera a este legítimo reconocimiento, No obstante, Lord Ehgton, un crítico muy bien informado y con frecuencia justo en sus apreciaciones sobre la pintura española, había escrito casi veinte años antes acerca de Zurbarán: “Un hombre del cual tenemos en este país escasa noticia, un pintor de vigorosa personalidad que asume en mayor grado que ningún contemporáneo suyo las distintas características esenciales de su raza:

se hermanan en su refinamiento de espíritu, en la delicadeza de su realismo, en su amor innato a lo plebeyo de la naturaleza humana, si bien Zurbarán mantiene una visión más directa con menos afectación ejecutiva, pues era un alma humildísima, demasiado humilde sin duda para ser un gran artista, que se avenía a vivir en la tierra, y con preferencia en un claustro, por contraste con Murillo que ambicionaba remontarse en una nube de gloria.

Zurbarán era natural de Extremadura, reino lindante al norte con el de León y al sur con Andalucía, situación que parece bien indicada para fomentar semejante actitud espiritual. Participaba de gran manera de la dulzura y de la gozosa conformidad andaluza; pero al mismo tiempo su fuerza dramática, su intenso fervor, su innata preocupación religiosa lo relacionaban íntimamente con Castilla. En el aspecto técnico su pintura suele carecer de interés pues casi siempre se ve dominada por el instinto de Zurbarán a resolver de la manera más simple y más sincera sus sentimientos religiosos. Murillo es un pintor religioso porque el ambiente de la época no le hubiera permitido lo contrario. Pero Zurbarán se hallaba en armonía con el espíritu religioso de su tiempo. Viene a ser un Fra Angélico español, es decir un Angélico muy realista, cuyas rodillas no pierden el contacto de la tierra.

El gran período de la pintura española está contenido en la primera mitad del siglo XVII; murió de una manera más absoluta y rápida aun que el florecimiento dramático español y casi al mismo tiempo que él. Velázquez murió en 1660 y Calderón, que sobrevivió a casi todos sus compañeros dramaturgos, en 1681. La antigua y vigorosa escuela veneciana, con la cual los españoles estuvieron tan a menudo en contacto, aunque en forma moderada, siguió manteniendo sus facultades despiertas a todo nuevo desarrollo, y en Guardi se prolongó hacia el arte moderno; pero el arte pictórico español perdió en absoluto su vitalidad. No encontramos una sola figura sobresaliente hasta Goya, a fines del siglo XVIII.

En este hijo de unos pobres labradores de Aragón[107] cuyo retrato revela el tipo retador y agresivo del campesino aragonés, nos hallamos ante el espíritu de un genuino y enérgico renacimiento artístico español. Goya ofrece, en verdad, ciertas sugestiones de influencia francesa, pues no es difícil, percibir en su obra, de vez en cuando, si bien con diferencias fundamentales, la dureza y el pseudoclasicismo de David, al mismo tiempo que echamos de menos la solidez estructural y el instinto de la elegancia propios de los antiguos maestros. Pero en conjunto, con sus diversas facultades y la amplitud de interés que abarca, Goya representa el temperamento español y los valores de interés de España, de una manera mucho más evidente que ningún otro pintor ibérico. Se sintió libre por fin de la mirada de la inquisición, que había vigilado a sus predecesores, y esta libertad le tenía hasta un poco envenenado. La religión, que es el primordial interés de la vieja España, en el arte de Goya es un elemento olvidado. Es un hecho que no debe pasarse por alto, para formarse una idea general de España, que desde Zurbarán no se haya dado ni un solo caso de pintor español religioso.

Goya trató vívida y sagazmente todos los aspectos de la sociedad española; tiene la fantástica energía de España, y algunas de sus obras entrañan un acre intención política y panfletaria. Interpretó todos los aspectos de la vida festiva y popular de su pueblo, de una manera variada y ensayística, de una manera sumamente interesante siempre, en cuanto a la técnica, si bien puede decirse que tan sólo en algunos bocetos y apuntes circunstanciales alcanza un alto grado de perfección. Algunos de su dibujos, con su trazo soberbio y feliz, son posiblemente comparables con los apuntes de Rubens, aunque nuevamente nos encontramos con que en los *Caprichos*, y en otros

---

temple afrontador, inclinación hogareña, indiferencia por la belleza, amor a los hechos, poder imaginativo, penumbroso fervor, poesía, en suma, y prosa. Murillo era verdaderamente español, es indudable, pero no tenía la imaginación ni la robustez continua del estilo peculiar del hijo del campesino extremeño, el pintor más representativo en conjunto, a mi entender, del genio de su raza.” No obstante esta elocuente apreciación creemos que podría aplicarse con mayor exactitud a Ribera.

107 Su padre era, en realidad, maestro dorador. Y poco más adelante, como en otras ocasiones, Ellis se deja llevar por una fogosa imaginación. (Nota del editor digital.)

esquemas, la belleza y el espíritu, el vigor de la línea y la fuerza expresiva tienden a la caricatura y a menudo caen en ella. En su vida particular Goya demostró el mismo carácter vario y audaz que le tenía a punto siempre de un desafío, interviniendo en las corridas de toros, raptando a una monja del convento, manteniendo en otra ocasión, públicamente, relaciones con una duquesa de la corte y, según es fama, retratándola en su célebre cuadro *La Maja desnuda*, como más tarde Manet hubo de pintar la no tan distinguida *Olympia* del Louvre. Y al par que afectiva y prácticamente fue Goya en todo momento un caso típico de personaje español, en el arte se manifestó inquieto e insatisfecho de modernidad, hasta el punto de poderse afirmar que Goya es el primero de todos los pintores modernos.

Goya imprimió un movimiento de renacimiento a la pintura española, que se ha venido desarrollando hasta nuestros días, en los que, a excepción de Zuloaga[108] no existe un pintor que se sitúe en la primera línea de los creadores. En su mayoría han promiscuado con las tendencias francesas y en París han buscado maestría y renombre. Esta aproximación es natural y era inevitable, aun descontando que París ha sido siempre el foco universal del arte y las reputaciones. Francia ha sido la última de las naciones europeas en poseer completa conciencia de su producción pictórica, y desde que este movimiento se iniciara, los franceses del sudoeste, con frecuencia han manifestado características de colorido y de dibujo que recuerdan las españolas. La influencia francesa no ha podido, no obstante, destruir las cualidades específicamente nacionales de la pintura de los artistas españoles, ni aun en casos en que casualmente nacieran en suelo francés. Así por ejemplo, Díaz, que tan principal papel desempeñó durante el movimiento romántico francés, conservó siempre los efectos varoniles de lo mejor de su producción, y se mantuvo en la peculiar ausencia de violentos colores, que es la insistente nota distintiva de los pintores de España.

En la actualidad todos los grandes pintores españoles, al contrario que en épocas anteriores, son vascos o catalanes[109]; es decir, hijos de las dos regiones de la Península que en todos los órdenes de la vida se manifiestan más prósperas y vigorosas. El principal pintor representativo de los vascongados es Zuloaga, y a la vez el más sobresaliente de todos los pintores de la España de hoy, el más alto exponente de las tradiciones estéticas españolas. Entre los catalanes hay que citar en primer lugar a Anglada Camarasa, gran maestro de coloraciones suntuosas y refinadas: la violencia española, moderada armoniosamente por la sobriedad también de España. Sorolla, otro artista de reputación europea, es asimismo levantino, de Valencia, y se muestra eminente español en su arte de amplios y enérgicos efectos.

El Luxemburgo posee una notable colección de pintores españoles modernos, y en los salones de exposición parisienses, de continuo se ven abundantes obras españolas, que por lo general son francamente características, en especial por la factura de audaz y ostentoso empaste y pincelada, cualidad que exaltó Velázquez y que sirvió de mucho a Hals, pero que desde entonces se ha convertido en una manera siempre en boga, que ya puede considerarse más como un recurso adquirido, que como una manifestación natural y necesaria al temperamento. No obstante, en su origen, esta manera debe considerarse como una pugna nacida de una índole combativa, luchadora, es decir, como manifestación de arrojo transformado en substancia y categoría artística, cualidad tan fundamentalmente española, que ante ella uno piensa fácilmente, con Brantome, el cual, viendo pasar a los españoles a caballo, camino de Flandes que ardía en guerra, se le antojaba que todos ellos encubrían a un príncipe, con su garbo y su gracia insolente y arrogante.

---

108 Se hace forzoso recordar a los Mir, Anglada Camarasa, Romero de Torres, Gutiérrez Solana, Vázquez Díaz, Nonell, Echevarría, Sunyer, por hacer justicia con algunos nombres recordados al azar. (Nota del traductor.)

109 Desde que estas líneas fueron escritas, la pintura moderna ha pasado por grandes crisis y fenómenos. Hoy día, el malagueño Picasso da la pauta universal de la nueva inquietud. (Nota del traductor.)

V
Velázquez

I

En un saloncito del museo del Prado, construido a propósito para este fin, se halla el gran cuadro, corrientemente conocido por el nombre de *Las Meninas*, doncellicas de honor.

Consiste en una simple escena en el estudio del artista, visto desde el mismo sitio desde donde se supone que lo miraban los reyes que aparecen reflejados en el espejo del fondo, en un momento de descanso, durante una sesión de "pose" real. En el centro hay una pequeña princesa a punto de tomar un refresco que le ofrece una de sus encantadoras damitas de honor; también hay dos bufoncillos de la corte, que están con el perrazo que reposa impasiblemente. A la izquierda está el mismo pintor, de pie ante el caballete con un gran lienzo, de frente al observador y por tanto a donde se supone que se hallaría la pareja real. Es en verdad un cuadro típicamente español; la representación más noble que existe de la vida de Felipe IV. Se trata de una escena natural y espontánea, entendida pictóricamente sin preocupación ni amaneramiento, a amplias y luminosas y en apariencia descuidadas pinceladas, pero sin dar la sensación del empastado, de suerte que ya a corta distancia la superficie aparece lisa, unificada. Noble, reposadamente ni como dueño ni como esclavo, sino a la manera de la corte española, vemos al pintor ante la naturaleza como frente a un igual. Más que pintura realizada por medio de una cantidad de pigmentos parécenos una visión evocada misteriosamente, cuya realidad flota a nuestros ojos envuelta en su propia atmósfera. Si por milagro entendiéramos un hecho cuyos efectos rebasasen los límites de la aparente simplicidad casual, bien podríamos decir que de entre todas las obras pictóricas del mundo, ésta es la que con mayor aproximación podría llamarse "milagrosa".

No es fácil precisar si los contemporáneos de Velázquez se percataron de la realización de tal "milagro"; lo más presumible es que creyeran que el "excelente" pintor de la corte había cumplido debidamente con su deber, como cualquier funcionario de la misma, pintor, barbero o bufón, pues oficialmente estaban clasificados todos en junto. El primer comentario justo que se hizo de este cuadro y del cual se tiene noticias es una frase que revela espléndidamente el sentido de su grandeza; pero no se hizo hasta treinta años después de la muerte de Velázquez, y aún ello se debe a un extranjero. Se cuenta que cuando Luca Giordano (pintor consumado, pero hombre de temperamento sensitivo y receptivo, que era una fatal condición para vivir en una época de decadencia artística) fue a Madrid, dijo a Carlos II: "¡Señor, esto es la teología de la pintura!". Pero ésta afirmación queda en olvido. Por aquel entonces y durante mucho tiempo después Velázquez no ejerce su influencia profunda y positiva sobre ningún artista. En verdad, Frans Hals viviendo en la tierra que políticamente se había liberado de España, aunque siempre poseyó algo del enérgico espíritu independiente español, había estudiado las tendencias técnicas, la manera del pintor a lo largo de determinadas líneas, para seguir espontáneamente la evolución de Velázquez, de quien fue casi contemporáneo.

Vemos en él algo que responde a las mismas cualidades de empastados, mas sin las superiores cualidades de Velázquez, y en la maravillosa pintura del Stadthuis de Haarlem, que realizara a los noventa años, último ciclo del desarrollo de su arte, consigue por fin Hals elevarse hacia Velázquez. Encontramos que el pintor está físicamente débil y viejo; algunas de sus coloraciones se descomponen; sólo aquí y allá acertamos a ver masas de tonalidades, pero su mentalidad continúa siendo vibrante y clara; al artista achacoso le tiembla la mano; pero por fin ha llegado a concebir como Velázquez. Hals, lo mismo que Velázquez, se mantiene solitario.

Cuando hoy día vemos que casi todos los movimientos pictóricos habían sido como anticipados por Velázquez, cuando tan eminentes y tan distintos iniciadores como Corot y Manet, cuya originalidad no puede discutirse, puede decirse que tienen puntos de contacto, consciente o casual, en la pintura velazqueña, se hace difícil creer que en el siglo XVIII, cuando Rafael Mengs lo reveló a Europa, calificando a Velázquez, casi un siglo después de su muerte, de “el primer pintor naturalista”, fuera tenido aún como una cosa sin trascendencia. Bien es verdad que Reynolds gustaba de un cuadro de Velázquez; se dice que pronunció ante el retrato de *Inocencio X* las siguientes palabras: “He aquí el cuadro más bello que hay en Roma”. Tanto es así que hizo una copia de él. Otra obra copió en Roma; el *San Miguel* de Guido Reni. No creo que hiciera una sola alusión a la obra de Velázquez en sus *Discursos* ni en sus *Notas de Viaje*, pues es posible que lo considerase como un brillante discípulo en el extranjero de la escuela Veneciana, y que por tanto no exigía comentario aparte sobre sus características. En 1828 Wilkie volvió a descubrir a Velázquez (pero sólo estudió su labor de la primera época), y veinte años después, Sir William Stirling-Maxwell escribió una notable biografía del artista, que es la primera que apareció[110]. Medio siglo más tarde, en 1899, se cumplía el tercer centenario de Velázquez, desde entonces convertido casi en conmemoración nacional e internacional, y se celebró instalando en una nueva sala del Prado las principales obras de Velázquez, y un lugar especial para *Las Meninas*, tela que por fin se puede contemplar en buenas condiciones de luz y disposición[111].

Así como en tiempos remotos acudían santiaguistas de todas partes a visitar el sepulcro del apóstol Santiago, ahora discurre un constante peregrinaje de visitantes de todo el mundo por esta sala. Aquí acuden los artistas de todas las especialidades, y a ellos síguelos la muchedumbre profana. Por una parte, por ejemplo, pudo verse aquí un tiempo a la famosa actriz Eleonora Duse, pasando el tiempo, un día y otro, mientras estuvo actuando en Madrid, ante *Las Meninas*; y en su última visita, la más larga de todas, se la hubiera sorprendido alguna vez acercarse a un visitante lerdo y estupefacto para decirle: “¡Eso, eso es un teatro real!”, Pero al mismo tiempo, también se ve en esta sala a los grupos de turistas norteamericanos que en masa son conducidos por las escalinatas del museo y penetrar en él dirigidos precipitadamente por un guía que chapurreando el inglés les va nombrando las telas maestras ante las cuales van desfilando. El ruido de sus pisadas de trotamundos despierta ecos que se pierden a lo lejos de las salas, y a lo mejor dos damas se sientan cansadas en el diván que hay frente a las *Hilanderas*, uno de los cuadros más admirables, y una de ellas dirá, por ejemplo, con forzada amabilidad a la otra:

—¡Qué interesante es todo!

Su compañera se apresura a confirmar tal opinión, pero en seguida la sigue, cuando la primera vuelve a levantarse y le interroga a su vez, reanudando el tema:

—¿Dígame, le gusta a usted eso?

Con lo cual se confían ciegamente al guía de metálica y alta voz, que sin detenerse, continúa haciéndose oír, lejos ya. Y eso es la fama. El artista y el profano, a la una, aunque por diverso móvil, acuden a atestiguar con su presencia el renombre universal de Velázquez.

II

Como Cervantes y toda figura de una tierra que se distingue por la fuerza del carácter, por la acción bizarra de las energías espontáneas, Velázquez se mantiene sólo en su posición, hasta cierto punto desligado de toda influencia de precursores, maestros y compañeros. No obstante, un artista, por dócil que sea a los impulsos de su aislada y característica personalidad, tiene forzosamente que dejarse influir algo por el ambiente y por la tradición. Velázquez en este sentido, siendo como era

110 Años después, R. A. M. Stevenson, ha hecho indudablemente mucho porque se conociera a Velázquez, hasta hacerlo un pintor popular en Inglaterra, por medio de su espontáneo y notable estudio del artista (1895).

111 Nuevas e importantes reformas han mejorado aún la disposición de las obras de Velázquez, como las de el Greco, que también se hallan reunidas en una sala exclusiva. (Nota del traductor.)

sumamente refractario a toda influencia ajena a sí mismo, acertó a aprovechar aquellos aspectos más tiránicos y más seductores de su época, para valerse de ellos en la evolución de su propio desarrollo.

Debemos tener presente que Velázquez era de Sevilla, metrópolis comercial española, que prácticamente puede considerarse puerto de mar. Los otros dos grandes focos de arte pictórico a la sazón, Venecia y Amberes —como antes Brujas y más tarde Amsterdam— eran asimismo importantes puertos de mar, unidos por vía marítima con todo lo que constituía la riqueza, el exotismo y la belleza del extremo Oriente y el remoto Occidente. Tales centros eran naturalmente excelentes escuelas de pintura; su ambiente cosmopolita era propicio a una actitud de desprendimiento artístico. La actividad de su navegación aportaba los productos más extraños, estimulantes y desarrolladores de la potencialidad estética, y la riqueza que el tráfico producía permitía que hubiese artistas que se consagraran a llevar al último grado la manifestación de sus energías latentes. Todos los grandes artistas ponen en su obra el espíritu de su raza —los flamencos su excesiva energía, su predilección por la vistosidad del color; los venecianos la serena y material satisfacción que hallaban en la belleza humana, y en el gozo que buscaban en el descanso del ensueño—; pero únicamente el esplendor y la riqueza de los grandes centros marítimos eran capaces de estimular el espíritu racial hasta hacerlo encarnar en una visión personal del mundo por medio del color y la plástica.

Sevilla se hallaba entonces en el apogeo de su esplendor. De lo que un tiempo fue, podemos juzgar por la vitalidad y el encanto que todavía conserva. No sólo fue la ciudad más importante de España, sino que en un período determinado, llegó a ser la más prestigiosa de toda Europa, pues era la metrópoli comercial del Nuevo Mundo, el puerto de destino de los galeones, cuyos cargamentos constituían una riqueza casi fabulosa que impresionaba poderosamente al carácter británico, a un tiempo en sus dos aspectos, el poético y el piratesco, hasta llegar a constituir en la imaginación insular británica, parte del reino de las leyendas. Durante un breve tiempo Sevilla fue el centro del comercio mundial, y en una raza tan poco mercantil como la española, tan pronta a dar las riquezas y los productos a trueque de las cosas de la devoción o del orgullo más próximos a su corazón, esta circunstancia suponía un inmediato provecho en favor del arte, sobre todo del arte religioso. La reposada vista y las laboriosas manos de los artífices de Brujas y de Amsterdam se consagraban en gran manera a reproducir minuciosamente los bellos y extraños objetos que los barcos llevaban a sus muelles. Indolentes y orgullosos los españoles, no se preocupaban así. El arte de Sevilla fue esencialmente arte religioso; ya se veneraba, lo mismo que hoy día, a la Virgen, con especial fervor. Las obras pictóricas de la época no revelan el más leve indicio de la grandeza española de su vasto imperio colonial: puede en gran parte a que los españoles no estuvieron en contacto con las regiones orientales de mayor refinamiento; pero la razón principal estriba en la peculiar manera de ser de ellos. Sin embargo, en las influencias que ejerció el ambiente de semejante centro de vitalidad, sobre la retina y el poderoso talento de Velázquez, cabe encontrar la principal causa del desprendimiento en que el artista se hallaba del ambiente que con tanta sagacidad estudiaba.

Y, no obstante, para comprender a Velázquez, no podemos olvidar las cualidades de su raza. Por parte de su madre era español, hidalgo andaluz, nacido en Sevilla, un Velázquez[112]. Esta ascendencia española tiene una importancia primordial en su genialidad pictórica, pues los portugueses, aunque no han carecido de algún sentido pictórico, raras veces han manifestado cualidades sobresalientes para la pintura. Nada de eso, no obstante, puede tenerse en cuenta como influyente en el carácter de la obra de Velázquez. Esta tiene cualidades que apenas podemos

112 Adopto yo, no sin algún escrúpulo, la forma usual española de este nombre, en vez de la tradicional inglesa de *Velasquez*; pero no me aventuraría a rebatir esta segunda costumbre. El mismo Velázquez la usaba, lo cual responde evidentemente a su pronunciación andaluza. Pero aun considerándola como una derivación inglesa, hallaríamos justificación para ella en otros casos semejantes. Nada importa que la manera de escribir, por ejemplo “Don Quijote”, en Inglaterra sea “Don Quixote”. pues aunque no sea la forma actual española, así lo escribía el mismo Cervantes.

encontrar, mejor dicho, que nos es imposible encontrar en la de los demás pintores españoles, y en cambio, algunos de los rasgos de arte puramente español, no es posible hallarlos en los cuadros de este genial pintor. En verdad, todos los artistas españoles son realistas, pero ninguno entre ellos es tan absoluta y constantemente realista como Velázquez. En todos los otros hay algún elemento distinto que interviene, generalmente causando un conflicto estético opuesto, sobre todo el excesivo fervor religioso, y la nota plebeya —popular—. Desde el principio hasta el último momento de su carrera, Velázquez se vio inmune de la contaminación de estos rasgos, y lo mismo sus camaradas y discípulos, a pesar de vivir en un ambiente tan propicio a ellos. Con absoluta serenidad se mantuvo en una actitud francamente independiente, y desarrolló con firme tenacidad y con suma sobriedad sus conceptos y su propensión estética al naturalismo.

El padre de Velázquez fue un Silva, perteneciente a una noble y rancia familia de Oporto. Los portugueses del norte son una raza robusta y de tipos corpulentos y vigorosos, digna de la belleza de sus mujeres y notables por su espíritu valeroso y decididamente amante de la independencia. Oporto se levantó antes que otra ciudad portuguesa contra el yugo de los moros invasores, y el hombre del norte:de Portugal sigue siendo el mismo, representante de una raza de broncos y prósperos agricultores, de intrépidos navegantes que se anticiparon a los ingleses en surcar los mares desconocidos y hacer suyas las tierras que descubrían. El ser hijo de un portugués, de raza opuesta a la indolente, grave y sensual raza andaluza, constituye indudablemente un factor determinante del carácter peculiar de la obra de Velázquez.

De muy joven emprendió el estudio del latín y de la filosofía, y demostró natural disposición para las ciencias. Pero eligió el ser pintor, y como quiera que sus padres ocupasen una posición bastante holgada, hay que suponer que tal voluntad era verdadera vocación. Mozo ya, fue puesto bajo la dirección de Herrera, pintor vigoroso, pero demasiado individualista para ser un buen maestro, y Velázquez no tardó muchos meses en dejarlo para irse con Pacheco, el cual, si bien no era un verdadero pintor, sino un simple retratista —en este sentido interesante—, era en cambio un excelente maestro, un gran amante del arte en que tan poco lograba brillar. Pacheco, muy partidario de la llamada y anticuada escuela de los "manieristas", veneraba a Rafael, poseía una vasta cultura, era un sugerente crítico y gozaba de la estimación de toda Sevilla, donde su influencia era grande, y en la cual su casa llegó a ser el más notable centro intelectual, que constituyó un tiempo casi una academia. Pronto comprendió tanto el talento personal como los méritos temperamentales de Velázquez para la pintura; le dio a su hija por esposa, y nunca dejó de hablar con alabanza de él, comparándolo con Caravaggio y con Ribera, a quienes consideraba Pacheco como los más grandes coloristas de la época.

En verdad que se siente uno tentado de creer que en la primera época de Velázquez, éste fue influido por Ribera. Así, por ejemplo, en *El Aguador*, de Apsley House, la más bella de sus obras de esa primera época, que inmediatamente recuerda la técnica y los procedimientos de Ribera, por más que tenga ya esa serena dignidad tan propia del arte velazqueño. Ahora bien, se afirma que en Sevilla no había una sola obra de Ribera a la sazón, y de ser esto cierto, habría que encontrar las causas de esta semejanza en que Velázquez comenzó su carrera dentro de las tradiciones estéticas de que Ribera era el más sobresaliente representante. No tardó en empezar a desprenderse de tales tradiciones, si bien gradualmente, nunca con bruscos cambios que pudieran llevarle a equivocadas tendencias. Fue avanzando constantemente sin precipitaciones por el directo camino que su temperamento y su genio le abrían. Ni las más vigorosas personalidades a quienes conoció determinaron en él la menor salida de este camino propio. Casi todos los cuadros de Velázquez tienen una individualidad propia y alguna novedad sobre los anteriores, pero siempre todo obedece en ellos a la manifestación natural de su genialidad. Pasados los primeros años de aprendizaje sólo un pintor ejerció una influencia evidente en el proceso de su técnica, éste fue el Greco; y aun esta influencia, que se manifestó bastante tarde, una vez establecido el pintor en Castilla, se produjo sin desviaciones, en el mismo sentido de su desenvolvimiento personal. El Greco había fallecido antes del nacimiento de Velázquez; su maestro, Pacheco, había conocido al extraño pintor de Toledo en

avanzada edad, y habla de él como de un “gran filósofo”; pero hasta que Velázquez no se hubo trasladado al lugar en donde la obra del Greco podía ejercer el influjo de su ejemplo, no se manifestó tal aproximación.

Sus primeros lienzos están pintados sobre un fondo previo de tono oscuro rojizo, como hacían generalmente los artistas de la escuela de Bolonia; semejantes colores se oscurecen más con el tiempo y salen luego a la superficie; así es que las primeras obras de Velázquez han perdido en calidad. Empezó a rechazar este procedimiento, y sin duda fue después de pintar los cuadros de *La Fragua de Vulcano* y *Jesús atado a la Columna*, cuando, en la cercanía ya de los cuarenta años, se entregó, evidentemente, a estudiar con seriedad al Greco. Empezó a usar los fondos blancos o grises, de la misma manera que lo hicieran los primitivos flamencos; aprendió a usar delicados tonos grises en los pigmentos de la carne; adoptó algo de la libertad grequiana del plegado de las ropas; enriqueció sus gamas con nuevos colores, en especial el carmín, que veía muy usado en las telas del Greco, y los tonos plata sucedieron a los tonos tostados, más duros y secos de su primera obra. Y al fin (después de su segunda visita a Italia), sus figuras empezaron a estar envueltas en la perspectiva aérea.

Más adelante, al acercarse a los cincuenta, adquirió su despejada amplitud de pincelada, en lo cual tuvo mucho que ver, a no dudarlo, la natural presbicia de la edad que le obligaba a situarse más distante del caballete al pintar. Además, es indudable que entonces trabajó más y con mayor rapidez. El preparado de un gris uniforme iba siendo cada vez más ligero y en ocasiones no llegaba a cubrir bien la superficie lienzo, pues no es difícil descubrir en algunos sitios el tejido, por lo general fino; últimamente se valió de colores tan fluidos que a veces logran la calidad de la acuarela. A estos procedimientos técnicos se debe en gran parte la consistencia y frescura con que se conservan sus cuadros de esta época. Pero los tres periodos de la evolución artística de Velázquez se desarrollan de una manera muy gradual. Con Beruete podemos decir que el primero culmina en *Los Borrachos*, el segundo en *La rendición de Breda* —cuadro de *Las lanzas*—; e iniciando el tercero, puede citarse el *Retrato de Inocencio X*, pintado durante su segunda estancia en Italia.

Si faltaba alguna circunstancia para completar el destino de Velázquez, era sin duda el ser el súbdito predilecto y el pintor oficial del Rey de España. Con frecuencia los reyes han sido admirables catadores del arte, pues pocas situaciones pueden dar mayor experiencia de ver, que la de un rey. Siempre se dio este hecho a causa de que a los reyes llegaba el tributo de los botines más exquisitos, y de un modo especial en el período del renacimiento. Un alcázar real del siglo XVII era siempre un paraíso de objetos encantadores y refinados. El estimulo del arte y el patronazgo de los artistas habían llegado a ser uno de los principales deberes de la realeza, desde Hampton Court hasta Moscú, y la efervescencia postrimera del renacimiento, extendida a todos los países europeos, dio amplia ocasión de cultivar este deber. Por otra parte, la vida de un rey se aprecia en gran manera por el resultado de los efectos espectaculares. Durante toda su vida es el testigo central, a veces y durante largos años, testigo meramente pasivo, de los más variados y resaltantes fenómenos y hechos que una época lega a la posteridad. Por tanto se halla en una postura sumamente propicia para fomentar y elevar en su espíritu las facultades perceptivas de la estética, y para saber repudiar lo que no pasa de la ostentación y la vulgaridad. Es dudoso que ningún ciudadano inglés durante el reinado de Carlos I, tuviera mayores conocimientos sobre pintura que su soberano, como tampoco es arriesgado suponer que Felipe IV fuese el español de más depurada percepción estética de su época. No podía dar en verdad una prueba más clara de buen gusto que el brindar constantemente su predilección al genio de Velázquez. Le ha costado al mundo tres siglos llegar a un convencimiento que este monarca tuvo en seguida, sin vacilaciones.

Se cedió a Velázquez un departamento de la antigua residencia real, el Alcázar, como estudio, y allí pasó la mayor parte de sus días y pintó sus más famosos cuadros. El Alcázar —que ocupaba el mismo lugar donde hoy se levanta el palacio— era un vasto y sombrío edificio que databa de tiempos moros, y en él no sólo se hallaba la casa real, sino todas las dependencias del gobierno del

Imperio Español. Tenemos entendido que las salas eran amplias y penumbrosas, muy resguardadoras del cegador sol de los veranos, y de las sutiles ráfagas del vientecillo de esta alta meseta, cuyo clima era tan grato a Carlos V, pero que tan poco recomendable se hace para la mayoría de las gentes. Aun si desconociéramos en qué lugar acostumbró a pasar su vida de trabajo Velázquez, nos inclinaríamos a suponer que en encumbradas y rancios salones y entre largos corredores terminados en otras habitaciones, en un continuo estrechamiento y agrandamiento de las superficies en la distancia. He insistido ya en el peculiar solitarismo e independencia de Velázquez, en su refracción a todo lo ajeno a su personalidad.

Nunca imitó a sus primeros maestros. Vivía en estrecha relación con Rubens, el pintor más atrayente y magistral de su época, y esto le fue provechoso para su adelanto; pero nunca se le ocurrió ponerse a pintar a la manera de él. Fue a Venecia, ciudad que consideraba probablemente como el máximo hogar del arte, y no sólo estudió al Ticiano, sino también al Tintoreto, en el cual encontró ya comprendidos algunos de los aspectos que más le interesaban, y siguió avanzando por ellos, sin apartarse de su propia trayectoria. Vivió y pintó en Roma, la ciudad que con su voz tiránica ha ahogado las condiciones naturales de tantos artistas, y en esta ciudad ejecutó algunas de sus obras más modernas, sin dar, en medio de todo, la menor señal de subordinación.

Por fin, el sombrío Alcázar tuvo que impresionar hondamente al menos impresionable de los pintores. Nunca le había preocupado, antes de regresar a Madrid la idea de pintar una habitación plena de espacio. En el Alcázar este problema fue preocupándole cada vez más, y sus cuadros más logrados, pertenecientes al llamado su tercer periodo, fueron el triunfo final de su genio sobre los problemas que con tanta insistencia le presentaba de continuo el ambiente del inmenso y sombrío palacio, donde transcurrieron los más de sus días. La mayor parte de lo mejor de su producción total, deja adivinar, en verdad, esta influencia. Las desnudas y graves habitaciones llenas de una penumbra luminosa, donde la figura humana juega un papel tan secundario, como la de De Hoogh envuelta en claridad solar, si bien en un espacio menos denso, y otras muchas características de la obra de Velázquez, deben atribuirse a la estructura interior de aquel Alcázar de origen moro. Las largas líneas verticales que con tanta frecuencia aparecen en sus representaciones de interiores, están inevitablemente impuestas por las perspectivas de las altas habitaciones, llenas de penumbra. Velázquez se deleitaba en pintar esas puertas estrechas y altas, de muchos cuarterones, iguales a las que pueden verse todavía por toda España y que dan a veces a las habitaciones más pequeñas de las casas antiguas, que responden al gusto español de antaño, que las trazaba más de acuerdo con la altura de su orgullo que en relación a su estricta estatura. Tales puertas han determinado el esquema de algunas de las obras más características de este pintor.

La extraordinaria insistencia de las exquisitas coloraciones velazqueñas ha de buscarse en algo más hondo que el mismo ambiente que la estimulaba. En sentido general, el arte español cuenta con escasos grandes coloristas, si hacemos salvedad del Greco y de Ribera que trabajó fuera de España. En verdad que el genio español tiene limitado sentido colorístico, hecho que sorprende más todavía si pensamos en el instinto colorista, no debilitado aún que revelan los moros en sus preferencias y en muchas de sus artes industriales. Existe, es cierto, en la vida española una embriaguez de color, pero generalmente es de gran crudeza y violencia, y en su resplandor parecen resonar tambores y castañuelas.

El genio de Velázquez, puede también decirse que estuvo favorablemente estimulado por el noble carácter de los regios personajes a quienes tenía como principal obligación el retratar. Su brillante y consumado contemporáneo, Van Dyck, vivió en Inglaterra y retrató a los bizarros y bellos caballeros jóvenes de un mundo renacentista que pronto tenía que ser sofocado, viéndolos con ojos acostumbrados a una civilización exótica, y pintándolos con un ritmo de idealismo, gracias al cual aquellos bárbaros aparecen amables a nuestros ojos. Velázquez pintó los escenarios de aquella casa de los Habsburgo y a los extraños seres que en ella moraban. Los Habsburgo presentaron siempre unos trazos faciales más marcados que ninguna otra dinastía, expresión

fisonómica que data, a decir del Conde Zichy, que lo ha estudiado, por lo menos desde dos bisabuelas antes de Carlos V, ambas pertenecientes a la casa real portuguesa, y que todavía perdura.

En tiempo de Velázquez los Habsburgo habían descendido a un bajo nivel de anormalidad o decadencia, tanto física como moral. El mismo Felipe, que conservaba bien sus facultades, debió lograrlo a costa de indecibles cuidados y esfuerzos, a juzgar por la expresión con que Velázquez nos presenta inmortalizado a su rey, sin contrastes anímicos, con un aspecto de dominante y profunda melancolía y desesperanza. Por lo menos hay un algo de distinción en este aspecto decadente. En cambio su sobrina y consorte Mariana era en verdad vulgar, con una nariz gruesa, ojos infantiles que nada dicen, labios altivamente pronunciados y un cuerpecillo, en fin, de pequeña imbécil, rodeado de los aros de hierro del miriñaque impuesto por la etiqueta de la corte. El fruto de tal unión puede verse en el retrato de Carlos II pintado por el discípulo de Velázquez, Carreño, que se conserva en Viena. Es un jovencito de rostro caído y débil, de nariz carnosa y más grande que la de sus antepasados, la mandíbula y el labio inferiores, protuberantes, en suma un conjunto patético, imagen de idiotez imperial. En tales modelos tenía que ejercitar Velázquez su agudo talento, su retina fiel y su genialidad armonizadora de la verdad objetiva con el logro de una labor que resultase eminentemente pictórica, sin alejarse del modelo y proporcionando a la vez un espectáculo de belleza artística. Estos rostros horribles, estas fisonomías feas y un poco siniestras, parecían destinadas a que un temperamento como el de Velázquez les hiciera dar de sí los efectos más exquisitos a que el arte de la pintura puede aspirar.

Velázquez idealizaba tales figuras de la única manera que podía hacerse con ellas, no por medio de atenuaciones o veladuras de los rasgos desagradables y sin vitalidad, sino interpretándolas en toda su realidad, sensible y sinceramente, equilibrando la obra con sagaz comprensión intelectual. La dignidad de la más lograda realización, nunca forzada hasta el grado caricaturesco y que nunca admite el lucimiento de la inteligencia del pintor a costa del modelo, lo cual llega a dar cierto ennoblecimiento hasta a los enanos y bufones que con frecuencia tomaba por modelo. Los vemos a todos ellos, cada cual con propia fisonomía, sin pérdida de ademán o gesto; es una afirmación triunfadora de la gravedad de España. Hace notar Beruete que Velázquez pasó una gran parte de su vida entonando himnos a la fealdad. Pero su reverente y serena imparcialidad ante todas las maneras de manifestarse a sus ojos la naturaleza, está lejos de implicar predilección por lo feo. Llega uno a dudar si Velázquez concebiría nunca lo que es la fealdad. No era lo bello ni lo feo lo que él veía, sino la vida y el carácter, o sea el espíritu vivificando todos y cada uno de los movimientos y de las líneas de los cuerpos. Hace el retrato del inspirado escultor Montañés con la misma técnica delicada con que retrata a un estúpido bufón o al Papa; y lo mismo se expresa por medio de su arte ante una graciosa o noble dama.

Unicamente cuando tiene que desenvolverse en un ambiente ajeno a la naturaleza y a la vida objetiva, vemos que su talento inagotable, que parecía no tener barreras, y su técnica portentosa hallan limitaciones. Pintaba la vida prodigiosamente, pero cuando intentaba interpretar los prodigios de lo que por antonomasia gustamos de llamar divino —lo alegórico, lo místico, lo sobrenatural—, el resultado no es ya el mismo prodigio. Nada habla tan claro de esta limitación metafórica de Velázquez como su cuadro *La Coronación de la Virgen*; aquí aparece la barrera contra la cual tropieza en vano el genial pintor. No hay artista, salvo Leonardo, que en sus cuadros dé tan claramente la impresión de su actividad intelectual; pero es la inteligencia sola la que labora en sus ojos. Con los ojos cerrados no le era posible vislumbrar nada, así es que ese mundo que solemos llamar ideal, y que con frecuencia tenemos por tan importante, para él era una superficie rasa. En esta situación se encontraba tan desamparado, tan artificioso como un artista de tercera fila. Su inteligencia se asomaba a los ojos y poseía un espejo propio ante toda escena y todo aspecto vital, depurado en su más categórica expresión. El convencionalismo y el tradicionalismo de la técnica, recursos de estudio que ni los más grandes artistas han podido desechar, para él no existían, pero tampoco los substituía por amaneramientos de su invención. Cada asunto, cada motivo le exigía un estudio, una preparación adecuados.

Esta es la razón por la cual todos los esfuerzos de los artistas posteriores encaminados a levantar una manera convencional tomando por base el arte velazqueño, son y serán inevitables fracasos. En uno de sus cuadros más conocidos, nuestro pintor Whistler, coloca a una niña anglosajona con el mentón levantado, como el de la reina Mariana, en un ambiente que vagamente sugiere los sombríos recintos españoles, y ante esa obra exclamamos: "¡Cómo se parece a Velázquez!". No obstante, nada está más lejos del espíritu del sumo pintor español.

En otro sentido del indicado fomentó la maestría de Velázquez el tener que retratar modelos de personas reales, sobre todo a un monarca, tan afanado siempre por los negocios del Estado y por mil ocupaciones: los procedimientos rápidos y sencillos, las delgadas capas de empastado, los audaces contrastes, la impresionante manera a que llegó Velázquez en su metódica evolución, acaso no habrían en otra forma logrado tan franco desarrollo como en las circunstancias de premura inherentes al servicio de un monarca a quien había que retratar siempre con rapidez, a causa de lo reclamado que estaba por los negocios del gobierno y los esparcimientos cortesanos. Y aun es posible que hubiese otro factor importante. Velázquez era un caballero de gran atractivo personal; pero su temperamento era de una melancólica pasividad —apatía flemática, según el mismo Felipe IV—, que en el fondo constituía una extremada manifestación de la grave indolencia que, en todo y sobre todo, distingue al andaluz ya en el arte, ya en la vida. Y si bien esta indolencia toma en los andaluces forma superficial o crudeza pictórica, en Velázquez, no obstante, se hallaba contrapesada por el elemento de veracidad y de profunda conciencia artística que despertaba su energía de raíz portuguesa. Velázquez invertía una enorme energía en adquirir el arte de poner el menor esfuerzo en su obra. El adelanto en la práctica de las artes como en las teorías científicas bien puede realizarse por eliminación por simplificación, pero pocas cosas exigen tanto esfuerzo como el aprendizaje de lo que se debe omitir. Apenas habrá pintor de categoría universal que haya legado tan corto número de obras como Velázquez. Cada una de las telas que pintó este artista puede decirse que constituye un experimento, y en todas ellas el principal problema técnico consiste en alcanzar una representación del mundo visible con la mayor economía de color y con pupila rápida y certera.

He procurado expresar brevemente las fuentes que creo originarias de los principales elementos que determinaron esta forma del arte pictórico: racialismo, herencias, cuna y cuantas circunstancias de aprendizaje, ambiente y ocupación concurrieron en la formación de Velázquez, el artista que al cabo de tres siglos empieza a ser estimado en su legítimo y significativo valor. Este conjunto de circunstancias hubo de culminar en esa especial cualidad de distinción, de mesura aristocrática, de contención que vela todo esfuerzo, y que gradualmente va dominando toda la obra de Velázquez, y que deja una impresión definitiva en el ánimo del contemplador.

III

Unicamente en el Museo del Prado se puede comprender de una manera completa el genio de Velázquez. No habrá muchos grandes pintores cuya obra se haya mantenido tan recogida y a salvo de las vicisitudes del tiempo que todo lo dispersan. Velázquez pintó para los reyes de España y sus cuadros continúan en la galería Real. También, es cierto, hay en Viena algunas obras suyas, y muchas que le han sido erróneamente atribuidas. Pero fuera de Madrid, sólo puede decirse que posea alguna riqueza en obras de Velázquez, Inglaterra y ello es debido en gran parte a la admiración que entre nosotros se siente por el insigne maestro ya desde el siglo XVIII y también a la intima relación que hubo entre Inglaterra y España durante las luchas de la Independencia. Si, como Justi indica, se reunieran en Londres todas las obras de Velázquez que están esparcidas por Inglaterra, nuestra capital contaría con una colección digna de ser comparada aun con la del Museo del Prado[113]. Y no obstante, cabe decir que la National Gallery conserva la colección a todas luces

113 En la exposición de arte español celebrada en la New Gallery en 1895 se reunieron 47 lienzos de Velázquez, o a él atribuidos, y en la exposición de pintura española celebrada en el Guilhall en 1901 se reunieron 41 obras, muchas de las cuales no habían figurado en la anterior. Además Willamsom hace referencia a más de cien obras atribuidas a Velázquez, aparte las que se conservan en la National Gallery.

más variada e interesante que existe después de la del Museo del Prado, y en ella se halla el cuadro de *Venus y Cupido* o *Venus del Espejo*, la obra más considerable de Velázquez que ha salido de España.

Así, pues, Londres es, después de Madrid, el único sitio donde es posible realizar un estudio serio de Velázquez. Tratándose de un pintor cuyas obras exigen tanta atención para ir descubriendo sus bellezas, es ésta una circunstancia que bien vale la pena de subrayar. Todo el mundo es capaz de convencerse al punto de que los pintores italianos, aun los primitivos, le gustan. Los pintores del norte revelan con mayor dificultad sus secretos; acaso sea comparable con el proceso de una conversión religiosa el que hay que realizar hasta compenetrarse con la grandeza de Rubens. Pero Velázquez es el más reservado con los encantos de su obra; ante él nos es preciso recordar una fórmula muy especial de Schopenhauer cuando dijo que en presencia de un gran artista, lo mismo que ante un gran monarca, debemos guardar silencio hasta que él hable. Como quiera que no todo el mundo puede trasladarse a Madrid, y los que lo hacen apenas permanecen, muchas veces, el tiempo necesario, para hacerse cargo de cuanto ven, merece algún comentario la sala española de la National Gallery, ya que además ofrece algunos problemas, oscuros pero sugestivos, sobre los cuales vale siquiera la pena decir algo. Hay tres lienzos en esta sala que figuran entre lo más valioso de la obra de Velázquez: El magnífico de *Venus y Cupido*, *La caza del jabalí* (si bien esta obra, a pesar de estar restaurada, ha perdido mucho de su originaria frescura y belleza al quemarse y oscurecerse cuando el desastroso incendio del Alcázar)[114] y el retrato de medio cuerpo de Felipe IV, delicioso ejemplo de las cualidades técnicas de la última época de Velázquez, como retratista.

Entre las otras hay algunas que no ofrecen duda ni dificultad, por ejemplo la curiosísima de *Jesús en casa de Marta*; esta es una de las obras que se salvan de la primera época de Velázquez, Beruete la incluye, a la cabeza, en su lista de obras auténticas, y Rickettes observa que se ve en ella la influencia de Pacheco; el mismo modelo parece haber servido para otro cuadro, de fecha aproximada, que también se halla en Inglaterra y que representa una mujer cocinando. Durante mucho tiempo el hermoso cuadro de *La Adoración*, que es de amplias proporciones y por muchos conceptos bello y valioso, fue atribuido sobre todo en Inglaterra, a Velázquez en su primera época. Armstrong lo considera un cuadro de Velázquez al estilo de Ribera. Lo mismo opina Justi, el cual dice que sólo la Madonna revela la mano de Velázquez. Sin embargo, en España ya en la primera mitad del siglo pasado, este cuadro era tenido por un primitivo Zurbarán; Viardot apoya esta creencia. Beruete afirma que la figura de la Virgen, la del Niño Jesús y la de la mujer joven que se halla en primer término demuestran que se trata de una obra de Zurbarán, clasificable entre lo mejor de su producción. Poynter, que fue director de la National Gallery, después de estudiar a conciencia la producción de Zurbarán dedujo también que este cuadro debe atribuírsele; a Poynter, pues, se debe el que hoy sea ya así generalmente reconocido. Hay que conceder que este hermoso e interesante cuadro nos recuerda el estilo típico de Zurbarán en su labor más personal, según puede verse en el Museo de Sevilla, y simplemente en los dos cuadros tan característicos que cuelgan en esta Sala a los lados de la *Adoración*. Podría ser que al comienzo de su carrera Zurbarán siguiera la influencia de Ribera, de Velázquez, y de los artistas boloneses como Domenichino, en la composición; el último de los cuales adoptó el convencional tipo clásico para la figura, y así se ve en este cuadro de Zurbarán en la muchacha que se halla al fondo y a la derecha trayendo una cesta.

El *Guerrero muerto* obra bella y sobriamente realizada, atribuida por la dirección de la National Gallery a Velázquez, también lo es por Amstrong y por otros muchos que han reconocido las cualidades señeras e impresionantes de la obra, que hacen que ésta no pueda atribuirse a otro. Es, con todo, difícil en verdad dar por definitiva tal opinión, aunque no lo sería menos adscribirla a otro artista. Algunos han citado el nombre de Valdés Leal, aunque el procedimiento nervioso y enérgico de Valdés Leal, manifestado en su primera obra en Córdoba, y la voluble inquietud de sus cuadros más conocidos, conservados en la Caridad de Sevilla, son características que distan mucho

114 *La caza del jabalí* fue restaurada en Inglaterra por Lance y por otros, y ha sido materia muy debatida el determinar hasta qué punto y en qué fragmentos intervino la mano de los retocadores.

de la armonía solemne de esta obra, como de la pintura esquemática y suelta del mismo maestro a quien se atribuye y que pende al lado de ella. Ricketts, haciendo notar que el suelo de este cuadro responde a un procedimiento que difiere totalmente de la técnica velazqueña, se lo atribuye a Zurbarán. Por otra parte, Beruete, convencido igualmente de que el *Guerrero Muerto* no es de Velázquez, opina que es posible que su autor no sea ni siquiera español. No es una garantía negar que un cuadro sea de Velázquez por la sencilla razón de que no se parezca a las otras obras suyas, ya que raras veces repetía la técnica de un cuadro. En cada uno de sus cuadros tiene, por así decirlo, individualidad propia y vitalidad intelectual. Ahora bien, el *Guerrero Muerto* no sólo es de una modalidad distinta de todas sus obras, sino que entra de lleno en una esfera de arte que nunca interesó al genio de Velázquez. Se trata de una obra de carácter absolutamente romántico. Con frecuencia pintó Velázquez asuntos mitológicos e introdujo en ellos emblemáticos motivos, pero siempre lo hizo de una manera violenta y forzada, y con instintiva tendencia a darles forma realista. Pero este cuadro del *Guerrero Muerto*, con la delicada lámpara que pende de una rama, y con el cráneo y las tibias junto al cuerpo, está armoniosamente concebido y realizado con un espíritu innatural y romántico, al cual no creemos posible que se entregara Velázquez, y menos, con acierto. Podría ser una obra napolitana influida por Ribera; mas, como quiera que sea, creo que debe rechazarse de plano su atribución a Velázquez.

El *Almirante Pulido Pareja*, primeramente conservado en el castillo de Longford y trasladado a muy alto precio hace algunos años a la National Gallery, es considerado como un cuadro legítimo y muy bello de Velázquez. Palomino dijo, en verdad, sesenta años después de su muerte, que había pintado un importante retrato del almirante en 1639 — probablemente hacia la fecha en que pintaría su “Crucifixión” — y en el lienzo de este cuadro hay una inscripción que dice que es de Velázquez, si bien la tal inscripción por ser completamente distinta de la manera que tuvo siempre de firmar Velázquez, es una garantía muy dudosa de semejante autenticidad. Es una obra que está muy dentro de la manera peculiar de pintar del maestro, y en conjunto es tan hermosa que cuesta trabajo pensar que sea de otro artista, español de la época. No obstante, después de estudiar durante algunos años los retratos de Velázquez, surge realmente la duda de si éste es un retrato acabado por él, o en el que haya intervenido su mano siquiera. La solidez y el vigor con que está realizada parte de la obra contrasta de una manera evidente con la técnica forzada de otros fragmentos. No acostumbraba Velázquez a dejar que la cabeza, aunque firmemente modelada como ésta, quedara así, y todo en un plano tan postergado del resto del lienzo, en una forma que, aunque los miembros estuvieran realizados espléndidamente, no quedaría compensada debidamente. Echamos de menos aquí el penetrante intelecto, el delicado y simpático realismo de Velázquez que nunca faltan en sus obras, sobre todo en la época, avanzada de su vida, del año 1637. Sería vano achacarlo a falta de condiciones plásticas del modelo, pues Velázquez, aun a los bufones les sacaba esta cualidad. Y si examinamos más detalladamente la obra, iremos más lejos en las dudas de que sea de Velázquez. Si la obra es de éste, no puede decirse que sea de su primera época, a la cual pertenece el retrato de cuerpo entero del rey que está colgado cerca de ella. La pincelada, como se ve especialmente en las mangas, es mucho más suelta y amplia, como en la segunda época de Velázquez, pero en cambio se nota aquí mucho de irreflexivo, no muy bello e inseguro, defectos imposibles de hallar en nada de Velázquez.

Ya había yo formado mi juicio sobre esta obra antes de leer la vida de *Velázquez* de Beruete, y me agradó encontrar en la misma igual opinión manifestada de una manera muy segura. Beruete, cuyas opiniones responden generalmente a una previa reflexión y a una consciente documentación, discute la autenticidad de esta obra con mayor tenacidad que la de ninguna otra de las obras dudosas. Y si bien deduce que no es en manera alguna obra de Velázquez, tampoco acierta a darle otra paternidad, y en atención a la general creencia de que se trata de un cuadro de Velázquez, busca una explicación y supone que pueda ser copia de un auténtico cuadro desaparecido del gran

artista[115]. El *Almirante* es un tipo de retrato simple y directo, como muchos pintores españoles de la época lo hacían con bastante acierto. Por ejemplo, en el Prado hay un excelente retrato de don Tiburcio Revin —erguido, con espuelas y sosteniendo su sombrero lo mismo que el Almirante—, que fue atribuido a Mazo, pero que ahora se tiene por obra de Juan Rizi. También en la National Gallery, frente por frente al Almirante, hay un retrato más pequeño, sin duda alguna de Mazo; es del mismo tipo que el del "Almirante", pero dista mucho de estar tan bellamente pintado. Aunque se puede, con razón, vacilar antes de suponer que Mazo sea el autor del Almirante, debe tenerse presente que con frecuencia hay verdadero motivo para dudar entre Velázquez y Mazo, y que la reciente tendencia atribuida al segundo a algunas obras que anteriormente se creían del primero, lejos de ser una mera moda como alguien supone, tiene fundamento en un conocimiento mayor de la labor de Mazo y en una distinción más consciente de las relaciones que se observan entre ambos artistas.

Mazo fue discípulo de Velázquez y aprendió de éste todos los procedimientos que un artista despejado aunque de escasos vuelos podía hacer suyos; casó con la hija de su maestro; trabajó junto a él en su estudio, y le sucedió como pintor de la corte. La intima asociación de un discípulo tan aprovechado con un pintor tan cordial y valioso en la vida como es fácil de presumir que fuera Velázquez, no puede dejar de traducirse hoy en causa de muchas dudas sobre ciertos cuadros, tanto más cuanto que ambos pusieron, a veces, la mano en un mismo lienzo. Los fragmentos debidos a Velázquez y los pintados por Mazo en la hermosa *Vista de Zaragoza*, conservada en el museo del Prado, han suscitado opiniones muy diversas entre excelentes críticos; iguales dificultades ofrece el cuadro de *La Caza del jabalí* que tenemos en Londres: Armstrong por ejemplo atribuye el paisaje del fondo, tan noblemente pintado, a Mazo, mientras que Beruete opina que es de Velázquez. No hay posibilidad de determinar si el retrato del Almirante Pulido Parejo es una buena copia de un original desaparecido, o si se trata de un cuadro en el cual Velázquez colaborase, o bien si significa un bello y extraordinario esfuerzo realizado por un artista disciplinado en el aprendizaje del aspecto externo de las cualidades velazqueñas.

Jesús atado a la Columna es otra hermosa obra, pero un tanto enigmática. Era absolutamente desconocida hasta hace pocos años, y algunos suelen decir que Velázquez no puso la mano en ella. A mí me parece, empero, que en este cuadro es tan evidente esa mano, que no es necesario buscar otra garantía de legitimidad. Las coloraciones, el leve empastado, el sostenido neutralismo con que Velázquez abordaba los temas sagrados y mitológicos, son características que en conjunto tienen fuerza decisiva. La figura de Cristo está concebida con impresionante originalidad, cosa extraña en Velázquez, cuando entra en la esfera de la imaginación, mas por otra parte, todo su verismo directo se halla en el ángel, cuyas alas artificiales, como Beruete hace notar, están sujetas al cuerpo por medio de tiras de tela cruzadas. Y si según afirma Beruete, con indudable veracidad, el modelo que sirvió para dicho ángel es la mujer del artista, a juzgar por el retrato que se conserva en el museo del Prado y que se supone ser la esposa del pintor, retratada hacia 1630, tenemos una prueba de peso que añadir a las anteriores, para aquellos que no se sientan bastante convencidos por las cualidades peculiares de este cuadro en conjunto.

También se halla en esta sala otro grande e interesante cuadro atribuido a Velázquez, y acaso sea el que se presta a más complejas dudas. *El Desposorio* es una obra que hace años está en la National Gallery, y que antes yo aceptaba como un Velázquez característico del estilo de la tercera época, aunque hay en él algún rasgo excesivo, que se aparta de lo típico del autor. Pero entonces no estaba enterado de unas palabras de Beruete en la vida de *Velázquez*, que, a merecer crédito, demuestran en absoluto que nada tiene que ver Velázquez con esta obra. Dicho testimonio da razones suficientes para atribuírsela al italiano Luca Giordano. Hay que recordar que Giordano

115 Unos años después Aureliano de Beruete y Moret, hijo del autor y pintor antes citado, publica *Retratos de Pulido Pareja. Datos para un problema pictórico (Velázquez y Mazo)*. Madrid, 1916. Según él, el cuadro de la National Gallery sería obra del yerno de Velázquez, Martínez del Mazo, mientras que el original de Velázquez sería el de la colección del Duque de Bedford, en Woburn Abbey (Bedfordshire).—Nota del editor digital.

llegó a España treinta años después de la muerte de Velázquez, y que él fue sin duda la primera autoridad artística que reconoció el inmenso valor de la producción de Velázquez, y sobre todo el que supo ver el máximo desarrollo del pintor en el espléndido cuadro de *Las Meninas*. Esto basta por sí solo para demostrar que Giordano era hombre de exquisito gusto, y que, si bien su obra, recargada y artificiosa a la manera italiana de la época, hoy día carece para nosotros de interés, supone que no sólo se trataba de un temperamento refinado, sino que además tenía talento receptivo y una ejecución sensible y muy cumplida. Imitó con éxito el estilo de Ribera, tanto que en la Pinacoteca de Munich hay un cuadro de *Séneca* suyo, que pasó durante mucho tiempo por un Ribera auténtico. Beruete cree que Giordano es el autor de ese *Desposorio*, y para demostrarlo hace notar —y sirva también de prueba el elogio sincero de Giordano a un pintor más grande que él— que la figura con gafas que está en primer término a la derecha del cuadro, es un autorretrato del mismo Giordano, en actitud de mostrarnos la escena, retrato que también puede verse en el fresco pintado por el mismo artista en el techo de la sacristía de la catedral de Toledo. No puedo confirmarlo con propia observación, pues no interesándome grandemente Giordano, no reparé en dicho fresco de la sacristía cuando visité a Toledo; pero de ser cierta esta afirmación, por sí sola aclara el asunto. Lo que añadiré de propia cuenta es que la manera conjunta de concebir la composición de la escena, puede decirse que es característicamente velazqueña, y ello hace suponer que Giordano estudió previamente el cuadro *Las Hilanderas*, pues ésta es la única obra de Velázquez que podría recordar el *Desposorio*.

Nada más dentro del estilo de Velázquez que este cuadro, ya que además las bellas gamas de colores matizados de algunos fragmentos son absolutamente suyos, aunque hay que reconocer que Giordano extremó un poco la manera propia de Velázquez. Este reproducía escenas de la realidad, pero a duras penas fragmentos de un segundo, como sucede aquí, por ejemplo, en el perro que salta y está en el aire. La distinción aristocrática de Velázquez se halla encarnada en una o dos de estas figuras, pero en parte resulta de una lánguida afectación que nunca se pudo señalar en las obras indiscutibles del gran maestro; y la misma composición y agrupamiento de las figuras, si bien es completamente de su estilo, cae en una heterogeneidad y en un artificio que no se ve tampoco en sus obras indiscutiblemente auténticas[116]. Con todo, es una obra excelentísima; principalmente el niño, que es la figura central, está ejecutado de una manera muy diestra, al estilo último de Velázquez; y si Giordano es realmente su autor, podemos ver en el cuadro un ejemplo del valor artístico de Velázquez, señalado por un artista sumamente sugestivo y hábil, puesto que él mismo se sitúa en primer término del grupo, como maestro que nos da una lección de honradez, diciéndonos: “Así se pinta como Velázquez”, pero aquí no hay fraude.

Y ya sólo nos queda por repasar un apunte titulado *Un Duelo en El Prado*. No es muy importante y parece haber llamado poco la atención, pero su misma ligereza no deja de tener interés, y revela la técnica que Velázquez, desde su segunda época, fue apurando más cada día. También este apunte es un poco intrigante. Está colocado junto a *La Caza del Jabalí*, y no sólo ofrece cierto parentesco con esta obra de grandes dimensiones, sino que el grupo de tres personas que tiene en primer término, es el mismo que se repite en *La Caza del Jabalí*. Probablemente es un boceto de Velázquez al pintar la otra obra.

Para que la colección de obras de Velázquez del museo de Londres —National Gallery—, fuese completamente representativa del pintor, convendría la presencia de alguno de sus magníficos retratos de mujer. En esto el Louvre ha tenido mejor fortuna; pero en Londres se compensa de una manera bien prestigiosa este defecto de la National Gallery, gracias a *La Dama del abanico* que posee la Vallace Gallery, y que constituye uno de los mejores retratos femeninos del artista, del cual el Duque de Devonshire posee una reproducción con variantes de interés.

---

116 No es un cuadro del todo comprensible. Un artista muy inteligente me ha dicho que a pesar de que tal como está la obra, su composición es admisible, tiene el aspecto de haber sido cortada por su parte inferior, de un lienzo más amplio, pues seria extremadamente difícil pintar una manga tan detallada como la que hay a la derecha, cortada en esa forma.

Me ha parecido que valía la pena dedicarle un comentario especial a Velázquez, en el estudio del arte español y entre las manifestaciones del espíritu de España, ciñéndome a este grupo de obras, legítimas en absoluto unas, de discutida autenticidad otras, y que se hallan reunidas en un lugar más accesible al lector británico, que los lienzos, aludidos también, del Museo del Prado. Para conocer a Velázquez hay que hacerlo muy de cerca, y en verdad, que apenas hay artista más digno de ser estudiado íntimamente; a ninguno lo encontramos más educador en el terreno de la estética y del intelectualismo y estoy por decir que en el de la ética. El estudio detenido de este reducido grupo de obras suyas y la indagación sobre la autenticidad de otras, no son medio bastante de perfecto conocimiento de un artista que más que otro alguno de los grandes maestros se resiste a una fácil revelación; pero puede, en cambio, ayudarnos a juzgar y a estimar rectamente lo que tenga alguna importancia, distinguiéndolo de lo insignificante, en las manifestaciones de la pintura moderna.

VI
La danza

A los españoles no suele gustarles que los extranjeros consideren la danza como un elemento peculiar e importante de la psicología española. Ni el mismo Valera, a pesar de su vasta cultura, pudo librarse de este sentir; lo demuestra el que le molestase un poco el siguiente título: *La Tierra de las castañuelas*, de un libro sobre España[117], del cual no obstante en la crítica que hizo dijo que está lleno de acertadas apreciaciones sobre su país[118]. Esto es, según Valera, como si un libro sobre los Estados Unidos se titulase *La Tierra del Jamón*[119]. No es preciso hacer notar que no existe entre ambos ejemplos la más remota analogía. No sólo las danzas españolas se recuerdan siempre con agrado, sino que el estudio de las mismas es sumamente interesante por la luz que vierten en las apreciaciones sobre la manera de ser del pueblo español, sus costumbres y su espíritu. No es sorprendente ver en otro lugar cómo el mismo Valera opina de distinto modo —último volumen de ensayos—, al lamentarse de que haya desaparecido la costumbre de dar un número de danza española en los teatros al final de las representaciones, y apelando por la restauración del "por demás importante y serio arte de la danza".

Todavía, no obstante, lo que se conserva de los bailes españoles es característico, imposible de verse en otra parte. Ni siquiera se prestan estos bailes a ser exportados; los bailarines españoles que salen al extranjero suelen modificar su repertorio y su técnica adoptando y asimilándose formas tradicionales de Francia o de otros países, del todo ajenas a ellos. Tanto es así, que un baile regional español no puede cuajar en una provincia distinta de la propia.

Si bien las danzas de España, en especial las andaluzas, desde hace ya tiempo se distinguen claramente de los bailes de otros sitios, no siempre fueron exclusivas. Así, pues, las castañuelas se usaban ya en Grecia para la danza, según testimonian algunas pinturas sobre vasijas, figurines y textos literarios[120]. También en Italia se usaron las castañuelas, pero se asocia esto con España, más que con Grecia, pues ya en Marcial se encuentran las palabras "Betica crusmata". Macrobio, en el

---

117 H. C. Chatfield-Taylor, *The Land of the Castanet. Spanish Sketches*, Chicago 1896. El artículo de Juan Valera *El país de la castañeta* fue incluido en su *A vuela pluma. Artículos literarios y políticos*. Madrid 1897. (Nota del editor digital.)

118 Si bien a los danzarines y en general los artistas españoles, se les admira y distingue en el extranjero, en su país se les mira con cierto desdén, y se les considera como a nómadas vagabundos —trotacalles—. Sin embargo ellos siempre se acuerdan con vivo sentimiento de su patria, La cantante y danzarina Rosario Guerrero, que casualmente trabajaba en Viena cuando el rey Alfonso visitó dicha ciudad, gastó, según se cuenta, quinientos florines en violetas para esparcirlas al paso del monarca, y con tanto entusiasmo vitoreó al rey y a España, que aquella noche no pudo trabajar de ronca que se puso. De la Otero se cuenta una anécdota parecida, durante la visita del rey a Berlín; y la Tortajada canta:

"¡Patria mía, yo te adoro,
Y no te olvido un instante!"

119 Ellis atribuye a Valera la expresión *The land of Bacon*. Lo que realmente escribe Valera: "Confieso que el título del libro me desagradó bastante. El libro se titula *El país de la castañeta* (The Land of the Castanet). Ya en el título hay una ofensa. Es como si un español escribiese un libro sobre los Estados Unidos, y sin acordarse de Washington, de Franklin, de Lincoln, de Grant, de Emerson, de Poe, de Edison, de Chaning, de Whittier y de otros muchos ilustres personajes; de sus nobles y hermosas mujeres, de sus grandes ciudades, de sus monumentos, de su riqueza, de su prosperidad, de las bellezas naturales de su territorio, de la anchura del Hudson y del Misisipí, y del salto del Niágara, recordase sólo la abundancia de cerdos que se crían y se matan en Chicago y titulase su libro *El país del cerdo*." Naturalmente, estamos en vísperas del 98… (Nota del editor digital.)

120 Ateneo, (libro XIV, cap. XI) habla de los crótalos, diciendo que Dicæarchus los menciona en su ensayo sobre *Usos y costumbres de Grecia*. En este país los crótalos fueron de uso frecuente en remotos tiempos, para acompañar las danzas femeninas y los cantos, como se ve en un himno a Diana, en el que se habla de no dejar de cantar hasta que

siglo IV[121], dice que antes aun las damas nobles bailaban con castañuelas, pero que a la sazón, ya ni en los festines había jóvenes danzantes; y hace notar (como hacemos siempre que se trata de derrocar usos de nuestros antepasados, por decadente que sea nuestra época) que ello es un síntoma de mejora.

El movimiento de los brazos y las manos, las vueltas a un lado y otro, el echar hacia atrás el cuerpo y la cabeza, son todos movimientos propiamente españoles, y son no obstante movimientos de la danza griega[122]. La misma participación activa de los espectadores en el baile, consistente en llevar el compás dando palmadas, simplicísimo aspecto del baile español, aparece como una supervivencia de las danzas griegas. En esta tierra maravillosamente conservadora, se mantiene viva cierta paridad hasta en el indumento. Uno de los modelos más corrientes de figurín griego, que representa por cierto el tipo medio de la dama griega, puede suponerse lo mismo que representa a una española, tanto se le parecen el abanico, el vestido, el tocado a manera de mantilla, y asimismo en el porte, dignamente erguido, evocador de la moderna mujer de España.

Las afinidades de los bailes españoles no se limitan a Grecia; son más amplias. Tiene que ver con el África del norte, importante en otros aspectos. En los monumentos egipcios se ve que las danzas españolas tienen movimientos como los que se estilaban en las danzas del antiguo Egipto, y Marcial llegó a comprobar las canciones gaditanas para baile, con las tonadas de las orillas del Nilo. Los instrumentos de cuerdas del norte de África se parecen a los de España, y otro ejemplo curioso son los cencerros atados a una cuerda —usados por los moros campesinos en las serenatas de bodas —, como unos que tuve ocasión de adquirir en una parada de mercado, a la orilla exhausta del río, en Málaga, del todo parecidos al címbalo que usaba hace dos mil años Ankh-Hapi, músico de un templo de Tebas, que fue enterrado con su instrumento, según se conserva en una vitrina del British Museum, último lugar de reposo de sus restos momificados[123].

Así como existen razones para creer que los bailes al estilo de como se practican todavía en España estaban generalizados en todas las riberas del Mediterráneo hace dos mil años, puede también creerse que España era ya entonces el país más característico de la danza. Los romanos acudieron a España de un modo muy especial por las muchachas, sobre todo gaditanas, a las que admiraban por su destreza en el baile. La famosa estatua llamada de la Ninfa Calíope, que representa una mujer que vuelve la cabeza y tiene el torso inclinado hacia atrás, no es seguramente, como su nombre hace suponer, una imagen o simbolo abstracto de la propia contemplación, sino copia de una muchacha gaditana en un momento característico de danza española[124].

“el compañero agite con viva mano
las bien doradas castañuelas que suenan a latón.”

Agrega Ateneo que también Hermipo en su comedia *Los dioses* hace alusión al repiqueteo de las castañuelas:

“Y derribando pedruscos desde las rocas,
hacían un ruido de castañuelas.”

Y entre otros testimonios, citemos por fin el de Dídimo, que dice que algunos preparan conchas de ostras o de almejas, para sacudirlas unas contra otras y acompañar con los golpes el ritmo de las canciones que se bailan, lo cual aparece confirmado por Aristóteles en *Las Ranas.*

121 Macrobio, *Saturnalia*, III, 13, 9.

122 Véase: Becker, *Der Tanz*, págs. 49-53 y el valioso y detallado estudio de Emanuel titulado *La Danse Greque Antique*. En un resumen excelente de las características de la danza griega, Marcelle Hinks dice que era de pantomima. “The Dance in Ancient Greece”, *Ninteen Century*, marzo de 1906. “Es la expresión de las palabras por gestos y ademanes sustitutivos, la exteriorización corporal de los sentimientos; abarca toda gama de acciones, lentas o rápidas; responde a toda suerte de temas, graves o alegres, religiosos o profanos, decorosos o procaces; no hay nada en la naturaleza demasiado alto ni demasiado bajo para no entrar en su dominio: abarca toda la escala de las pasiones: humanas.”

123 Aún más hacia el sur, en el África negra, encontramos igualmente ciertas afinidades: las danzas de las mujeres de Swahili, recuerdan en cierto modo el baile flamenco, y los Fang del Congo, se atan conchas de moluscos con cuerdas alrededor de los tobillos para que suenen, algo a la manera de las castañuelas.

124 La mujer de Cádiz ha conservado su fama de “bailaora” hasta los tiempos modernos. A fines del siglo dieciocho, Peyrón encontró que eran famosas por sus danzas voluptuosas y seductoras; al principio del mismo siglo, Martí

Natural es preguntarse cuál sería la causa de que las antiguas danzas mediterráneas arraigaran de manera tan insistente en la Península Ibérica, sobre todo en Andalucía. La contestación se sobrentiende: débese en gran parte a un don natural y a la tenacidad y al conservadurismo característico del temperamento español. Hay también otra razón, que es la aclimatación de los gitanos en España. El baile, y sobre todo el llamado baile flamenco[125], es practicado con gran frecuencia por la gitanería en España, y ello ha motivado la confusión de creer que los bailes españoles sean en realidad bailes gitanos. Es un error. Los gitanos no trajeron de la India bailes ni música. Los llamados bailes gitanos son en el fondo danzas españolas, que los naturales fueron abandonando, en tanto que los aclimatados gitanos fueron asimilándoselas con entusiasmo y destreza. Y hemos llegado a rozar el tema de un curiosísimo fenómeno: el de la preponderancia que los gitanos han llegado a tener en cierto modo en España.

Siendo los gitanos una raza extraña a Europa, se mantienen por lo general al margen de la vida de los países donde llevan su existencia nómada y exótica. Así sucede en Inglaterra y en Francia. Pero hay pueblos europeos que tienen algún aspecto temperamental con el que, por razón de una común índole nerviosa, los gitanos pueden compenetrarse por simpatía o afinidad. Así sucede en Rusia, y Liszt pudo hacer notar en una página con frecuencia citada, la obsesión de la música gitana en una fiesta rusa; lo mismo acontece en Hungría, cuya música gitana se ha hecho célebre. Y otro tanto cabe decir de España, donde el gitano se ha apoderado de los bailes antiguos con verdadero celo y los ejecuta con maestría y ardor, por más que los descomponga un poco en caricatura, hasta el extremo de que muchos creen que esos bailes no son españoles, sino gitanos. Los gitanos se han sentido atraídos en todos esos países por algunos aspectos de su vida, de los que se adueñaron para desarrollarlos, por lo cual, en este sentido, constituyen un elemento digno de tenerse en cuenta en la vida popular de los mismos.

En España, conforme observa Salillas, hay afinidad especial entre el modo de ser del gitano y el andaluz, por la tendencia de éste —el bajo pueblo— a la vida nómada, su parasitismo social, su gusto por la música y el movimiento[126]. Así, pues, el gitano coincide con el andaluz de las esferas inferiores, al límite de la escala social, y al paso que las más ancestrales costumbres van cayendo en desprestigio y desuso, los gitanos las recogen y las cultivan con intensa vitalidad, puesto que ellos no sienten rubores propios de las razas capaces de tener conciencia de los ideales europeos de propia estimación, aun en sus ínfimos sectores sociales. Es evidente que la danza, en sus formas más arcaicas y características, ha caído en descrédito; no puede entrar en las modas de hoy; casi sólo la conservan las clases indigentes; los mejores cafés cantantes están recogidos en barrios apartados. Los bailes más notables, no se descubren a lo mejor, sino al cabo de muchos meses, porque nadie se preocupa de ellos, ni de orientarle a uno.

Así me pasó a mí, por ejemplo, en Málaga con “Las Chinitas”, hace unos años. En efecto, oculta en una calle mal aireada, próxima a la Plaza, encontraba uno, después de subir unas escaleras, el refugio de un bello viejo mundo, representación de un cuadro holandés del siglo diecisiete, donde en el más reducido tablado imaginable, ante un grave concurso genuinamente nacional, algunas de las mejores bailadoras españolas, envueltas en hermosos mantones de Manila, ejecutaban ciclos inacabables de característicos bailes españoles, en tanto que las madres y las tías,

---

atestigua que las damas más recatadas y de más alta alcurnia no se abstendrían de bailar el fandango en una reunión, en medio del aplauso general. En 1770, Baretti describe el entusiasmo con que los españoles se entregan a la danza, y añade que el mismo clero estimulaba los bailes, como moralmente beneficiosos.

125 No es fácil de comprender por qué haya venido a llamarse “flamenco” al gitano, cuando este nombre es propio de los soldados que regresaban de Flandes. Salillas (*Hampa*, pág. 54), dice que en la última época de las guerras en los Países Bajos que fue la menos brillante, los soldados generalmente acabaron siendo tipos granujas, jactanciosos y disipados, y siendo llamados flamencos, esta palabra sirvió para designar a los fanfarrones hueros, confundidos al fin con los pícaros y los gitanos. Y ahora puede advertirse que si en su propio país el soldado español causaba esta impresión, no es mucho que en las literaturas inglesa y francesa desempeñe un papel muy parecido.

126 La cuestión de los gitanos españoles ha sido muy bien estudiada por el sociólogo Salillas (*Hampa*, pp. 90-111, 307).

carabinas de las artistas, ocupaban unas sillas en torno de ellas. Luego me he enterado de que el baile de “Las Chinitas” ha sido clausurado y extinguido con algún pretexto, por los españoles celosos, anhelantes de unirse al ritmo de la civilización, porque es sin duda más fácil destruir que levantar. Acaso “Las Chinitas” haya sido la última institución de su género en España.

El español actual se siente más atraído por los lugares de espectáculo que se mantienen entre el “café chantant” francés y el “music hall” inglés; abundan en Madrid, y se reproducen con exuberancia en Barcelona, mas en Bilbao no dan señales de vida. En todos ellos, entre programas cosmopolitas, se encuentran frecuentes números de bailadores españoles, algunas veces estimables, muchas regulares e insignificantes, de más o menos carácter; los mejores se encuentran en Sevilla, en “Novedades”, que es uno de los locales más antiguos de esparcimiento de España.

Las características especiales de los bailes españoles no se pueden explicar mejor que describiendo algunos de sus aspectos más generales. Considerando el baile en toda su amplitud, conforme se entiende generalmente en todas partes, puede decirse que existen tres clases de baile, según la parte del cuerpo que juegue en el mismo. Hay un baile en el que las piernas lo hacen casi todo, y es el generalmente practicado en Europa y en otras partes del mundo; de él puede decirse que es la única forma de baile reconocida en Inglaterra y en Francia. Su manifestación más notable la ofrece el clásico *ballet*. Hay otra manera de bailar, y consiste en mover preponderantemente las manos y los brazos; este género de danza lo llevan a una gran perfección los javaneses, y prevalece también en el Japón. Finalmente existe el baile en que los músculos del tronco juegan un papel principal. Este género se practica en África y en el Asia occidental.

No puede decirse que la danza española pertenezca a ninguno de esos tres grupos, porque, en realidad, participa de todos ellos. Ante un buen bailador español se ve en algunos momentos que todas las fibras de su cuerpo entran en acción. La cabeza, las manos, los brazos, todo el torso intervienen en la danza. En algunos bailes las piernas juegan una parte intensa; pero en general no es así. Los pies son los que menos parte toman, y puede decirse que los bailes italianos complementan en esto a los españoles, pues un danzarín italiano suele parecernos un maniquí de madera sostenido por unos pies que tienen una maravillosa agilidad. En un arte en que así interviene todo el cuerpo, con tan grande amplitud de expresión, se comprende que lo estrictamente artístico, fácilmente puede desviarse y dar en obscenidad. No es que no ocurra así por acaso, pero no es frecuente, si bien cuando el bailarín es un gitano, la danza toma caracteres de feroz intensidad. Los bailes españoles se salvan gracias a la índole del español, sobre todo en el caso de los sevillanos, que mantienen su sensibilidad estética. La dignidad instintiva y el respeto a sí mismos, el profundo amor al decoro y a la belleza del ritual que en España se manifiestan en las ceremonias religiosas y aun en las corridas de toros, se hacen ostensibles también en la danza. Cabe decir que muchos de estos bailes son símbolos e interpretaciones del drama del amor, pero la gravedad sostenida y el decoro del símbolo hacen que los bailarines se salven de la vulgaridad —cosa que difícilmente pasaría en otro pueblo—, aun en los momentos más próximos a la sensualidad.

Otra característica de la danza española, en algunas de sus formas de baile más típico llamado flamenco, estriba en el acompañamiento, sobre todo en la intervención de los espectadores, que jalean y a su vez son también, por turno, ejecutantes. En el baile flamenco, entre un concurso popular, todo el mundo toma parte dando palmadas o golpeando con los pies, y jaleando con *olés* y otros gritos que animan y premian la labor del que baila. De esta manera el baile no es un espectáculo de lánguida pasividad para el espectador como entre nosotros. Es más bien la encarnación visible de unas emociones en las que todos los espectadores tienen activa y necesaria participación; es como si se tratara de una visión conjurada por los mismos espectadores acompañantes y que se desarrolla al compás de los ritmos que ellos mismos originan. Así es que al final de un baile, suele suceder que todos permanecen sumidos en un gran silencio, y no hay quien aplauda: ha desaparecido la diferencia entre público y ejecutante. Tan íntimamente particular es esta manera de danzar, que no es posible su franca manifestación si no existe una gran compenetración

de sentimiento entre todos los presentes. El más bello acaso de los bailes españoles resulta destruido o maltrecho por la sola presencia de alguno que se mantenga en medio indiferente o no simpatice, y en ello estriba sin duda el que este baile no se preste a ser trasplantado y permanezca siendo una costumbre local.

La variedad de los bailes españoles es grande, y la lista de sus nombres es larga e intrincada. Es difícil explicar muchos de ellos y sus variedades. La danza en España es una materia en la que casi nadie entiende una palabra, y es porque cada cual da por supuesto que ya está enterado de ello y no se preocupa; de suerte que para todas las preguntas tienen al punto una respuesta, pero la exactitud de la misma es muy dudosa. Tampoco se puede decir que haya nada escrito para suplir por medio de la bibliografía la falta de divulgación a viva voz[127]. De todos modos, sería ciertamente excesivo hablar aquí de las características de los distintos bailes españoles, en su aspecto técnico. Algunos tienen una tradición meramente local y provienen de la más remota antigüedad; muchos deben en gran parte su carácter a influencias orientales recibidas a través de los moros y otras son invención de los siglos XVI, XVII y XVIII, aunque se trata en casi todos los casos de modificaciones de bailes ya conocidos, como la zarabanda del siglo XVI, que tenía un viejo aire gaditano, y que por fin se transformó en el *olé*; las hay originarias de las colonias de las Indias Occidentales, que revelan influencias negras, pero éstas no se introdujeron definitivamente hasta que tomaron el aire característico de la sobria y garbosa manera sevillana, que las depuró de lo excesivo haciéndolas netamente nacionales.

Por más que algunos bailes individuales españoles ofrezcan gran vaguedad, porque han sufrido alteraciones, y están en decadencia, hay otros que se mantienen bien definidos y claros. Sobre todo puede asegurarse de la jota, el baile más importante y típico aparte los de Andalucía. Lo bailan un hombre y una mujer y es una especie de combate que libra la pareja; casi todo el rato están frente por frente y tocan las castañuelas avanzando y retrocediendo de una manera aparentemente agresiva, ya alzando los brazos ya bajándolos y moviendo las piernas como si fueran a pisarse, levantando los pies alternativamente un poco hacia los lados, de modo que los bailarines se sostienen sucesivamente sobre el izquierdo y el derecho. Es un baile monótono, pero que tiene una gran rapidez y vivacidad dentro de su monotonía y en cambio carece de la gracia y del encanto intencionados, de las felices salidas de las danzas de Andalucía. No tiene en verdad la sugestión voluptuosa de éstas, pero bien puede decirse con un moderno poeta, Salvador Rueda, que “la jota agita cascos, plumas, lanzas y banderas, y en ella suena el fragor del cañón, el relincho de los caballos, el choque de las espadas.”[128]

Muy distinto de la jota aragonesa que fatiga por lo monótono del ritmo de los movimientos sostenidos de los brazos y las piernas y por lo uniforme del indumento aragonés, existe un baile andaluz que suele llamarse también jota; es un baile largo con muchas variaciones en un trayecto y lo ejecuta una mujer sola al son de una música reposada, sencilla a manera de marcha, que no obstante resulta un acompañamiento de gran efecto, pues sugiere una especie de contenido ímpetu sometido a la apasionada intensidad de la danza. El cuerpo a veces se echa hacia atrás en tensión

---

127 No me ha sido posible ver las *Reglas Útiles* publicadas por Ferriol y Boxeraus en 1745. En la *Historia de la Música Española* de Soriano Fuentes, hay notas interesantes sobre los bailes (vol. V. cap. IV.) El Manual para ver España (*Handbook*) de Ford —1845, vol I, páginas 186-193— trae también abundancia de datos, que en su resumen popular (G*atherings*) están abreviados. En las *Escenas Andaluzas* de Estébanez Calderón —1847— (escritor de agudo estilo nacional y de entusiástico interés por lo de su país), se encuentran algunos bosquejos en que describe y comenta los bailes españoles. Por lo que hace al sentido profundo de la danza española, nada más recomendable que el análisis psicológico de Salillas en *Hampa* (1898).

128 Salillas (*Hampa,* p. 96) considera que la jota aragonesa es la traducción íntima de la personalidad aragonesa. El andar aragonés, dice, se caracteriza por su exagerada verticalidad, su rectitud resuelta y bastante rígida, con la cabeza correctamente alineada con el tronco, y una relativa ausencia de todos esos movimientos laterales de hombros, columna y caderas que dan gracia a la figura. “Y esto se traduce en la danza. Bailan como caminan, caminan como cantan, cantan como piensan.”*

* El traductor omite esta nota. (Nota del editor digital.)

sobre el eje de los tacones. A veces la bailarina, combando la espalda, echa la cabeza atrás, completamente doblada. Hay un momento en que el baile se vuelve rápido y desesperado, y entonces la bailarina levanta las piernas vertiginosa y locamente. No obstante tiene el baile en todos los momentos cierta gravedad y energía que se manifiesta en una progresión dramática en que es posible desarrollar un carácter personal e independiente que lo hace el más interesante por la parte que en él toman las castañuelas.

No son las danzas menos interesantes las del arte flamenco, llamadas bailes gitanos, que son en realidad los más primitivos y africanos, cuando son ejecutados diestramente; aunque al extranjero puedan parecerle meras contorsiones y retorcimientos. En estos bailes las castañuelas se substituyen por el rítmico palmoteo o el taconeo del concurso, por las notas de una guitarra o la voz de un “cantaor”, hombre o mujer, cuyo papel en la fiesta se reduce a cantar el acompañamiento. La música es la que comienza, con el rítmico palmoteo; pasados unos momentos en que los sonidos adquieren intensidad, uno de los bailadores que están sentados en semicírculo como poseído súbitamente de una especie de furor danzante, se levanta y de un salto avanza al centro, y comienza a bailar. Este baile que en general es lento da amplio margen a la improvisación personal con variantes de expresión de suerte que no hay dos bailadores que se muevan lo mismo. Ellas visten ropa larga, levantan poco los pies, y todos los movimientos normales del cuerpo van sucediéndose en el desarrollo de la danza. A veces el bailarín da la cara a los espectadores, otras se ladea o se vuelve de espalda, a fin de desarrollar plenamente el ritmo de todo el cuerpo, piernas, brazos, manos, cabeza, y aun intervienen los movimientos faciales en un conjunto que las mujeres acompañan de los revuelos con que dominan el vistoso mantón de Manila, usado casi siempre.

De esta suerte el baile alcanza, para los bailarines más diestros el movimiento rítmico de varios músculos del cuerpo, pero estos ritmos son muy fugaces y raros, y al ejecutarlos el artista se sonríe de una manera amable y deprecatoria, como diciendo: “Bien sé que vais a perdonarme el que os revele que conozco estos pequeños secretos del baile castizo”, e inmediatamente el bailarín pasa a la siguiente fase de la danza, de suerte que estos momentos no pueden dejar de considerarse perfectamente correctos, como elementos armoniosos de un baile que, sin ellos, quedaría incompleto, pues requiere la acción de una bella rítmica de todo el cuerpo. Mientras dura el baile, el ejecutante está como en medio de un oleaje de palmas, taconeos, voces y sonidos de instrumentos —la guitarra—, promovido por la concurrencia que de esta manera premia y enardece a la persona que baila, la cual también, de vez en cuando, da palmas rítmicas, taconea o hace chascar el dedo corazón con el pulgar. Este baile consta de dos partes divididas por una pausa, que no supone interrupción verdadera. No son muy distintas las dos partes, y el final suele ser pausado sin extremos apoteósicos.

A los españoles les atraen de un modo particular los sonidos, especialmente los sonidos duros, pero rítmicos, que podría decirse que son la transición entre el ruido y la música. Es un tóxico al que se entregan con mayor libertad que a la embriaguez del vino. Los ruidos violentos suelen ejercer esta influencia sobre las gentes de una raza grave y silenciosa por excelencia, y las hacen salir de si mismas. Es una afinidad que muestran con lo salvaje. Las castañuelas no son otra cosa que un primitivo sistema de instrumento para producir bruscos y rítmicos sonidos. Estos son los que tanto atraen a los españoles. La carraca —que antaño se ponía en manos de nuestros vigilantes nocturnos— a juzgar por la frecuencia con que la he visto vender en Madrid, en las mismas calles, es un instrumento de uso frecuente. Puede que los españoles sean los únicos espectadores que forman auditorios que hablan en alta voz durante la ejecución de un concierto, como si la melodía fuera un estimulante de su actividad, sumamente deleitosa, tal vez, por esta razón. Esta particular característica de la afición de los españoles a los ruidos secos y rítmicos, explica la intervención de los sonidos de esta índole en los bailes, como elemento esencial de los mismos.

No he hablado de los bailes españoles tal como el pueblo, en el campo pueda conservarlos por mera afición, sino de la manera virtuosa que tienen de cultivarlo, en sus más bellos aspectos, los

escasos profesionales de la danza que quedan, y que por acaso pueden ser vistos a veces en las grandes ciudades como Sevilla, Málaga, Granada o Madrid. Fue en Málaga donde yo tuve más fortuna, aunque los bailadores que allí conocí eran en su mayoría procedentes de Sevilla. También Cádiz produce danzarines, pero no tienen hoy la fama de las ancestrales muchachas gaditanas —hace dos mil años—; hoy, ni siquiera funciona un local de baile abierto al público.

Mientras los bailarines conservan los estilos tradicionales, la mujer española conserva por mero instinto la gracia del baile[129]. Como ejemplo, recuerdo que en la calle, vi un día en Madrid a una muchachita, que llevando a su hermanito en brazos, se las arreglaba para bailar al mismo tiempo, con violentos movimientos, y aun podía manejar las castañuelas con las dos manos. La gran feria anual de Sevilla es una verdadera eclosión de bailes. En acercándose la noche, durante esos días, se oye en todas partes el castañeteo y se ve doquiera el bello ritmo de las seguidillas que son como una institución popular, en la que se adiestra a los niños, que saben mantenerla muchas veces de jóvenes y hasta de viejos. Un escritor español hace notar: "quitad el encanto de este baile andaluz de la feria sevillana, y privaréis a la fiesta de Sevilla de ese algo esencial y típico que le da vida." Me contaron que una chiquilla, tanto danzó durante esos días, que contrajo el baile de San Vito, y no podía dejar de bailar. Pero no es necesario que se celebre una fiesta para que el español baile. Al apartarnos de las ciudades vamos observando cómo el baile impera también en el campo, y no sólo entre los aldeanos de Andalucía.

Pero la predisposición natural del español a la danza, y cuán seria y profunda prueba es del temperamento de este pueblo, se ve de la más elocuente manera en la existencia en España de bailes religiosos. En 1321 un obispo de Lérida se lamentaba de que se practicaran ciertos bailes en algunas iglesias y en los cementerios. Hasta en el santuario de la Virgen de Montserrat parece que hubo una época en que los visitantes devotos cantaban y bailaban, durante sus vigilias. En el tiempo de Santo Tomás de Villanueva, obispo de Valencia, era todavía costumbre bailar ante los sagrados símbolos en los templos de Sevilla, Toledo, Jerez y Valencia, y parece que el Santo estimuló esta práctica que el Papa a la sazón prohibió. Siguieron siendo populares los bailes religiosos, sobre todo en Cataluña y en el Rosellón (la más española de las regiones francesas), hasta el siglo XVII. Cuando regresó la Gitanilla de Cervantes, entró en Madrid el día de Santa Ana, y lo primero que hizo fue dirigirse a la iglesia de Santa Maria con un tamboril, para bailar y entonar un himno a los pies de la imagen de la Santa. Todavía se cantan hoy día los villancicos — equivalentes en cierto modo a los "Christmas carols"— en torno al Belén con tonadas de seguidillas. Pero la única muestra que sobrevive de la danza religiosa (mantenida seguramente en virtud de una bula concedida por Eugenio IV en 1439, autorizándola) es la de los seises de la catedral de Sevilla, donde en algunas solemnidades los niños del coro, luciendo trajes como los que llevaran hace tres siglos, interpretan un baile, acompañados de castañuelas, en el espacio que hay entre el altar mayor y el coro[130].

Con frecuencia el baile constituye algo más que una diversión en España. Forma parte del ritual conjunto de la vida del pueblo. Manifiesta lo más verdadero de su espíritu. Sólo así se comprende que una vez alejados de España, al recontar los recuerdos que nos ha dejado esa tierra, el baile, que hemos presenciado alguna que otra vez durante nuestra estancia en ella, sigue ocupando con mayor insistencia un lugar preeminente entre esas memorias, y es el aspecto popular que con mayor placer se evoca.

---

129 Española era la famosa e histórica figura del ballet en Europa, Ana de Camargo, a la cual parece deberse la adopción de la falda corta y el "entrechat".

130 Una explicación completa de lo que son los seises (que en realidad son diez) se encuentra en *Los españoles pintados por sí mismos* (1851, pp. 287-291), obra que contiene numerosos detalles sobre instituciones españolas. Este baile se celebra el día de la Concepción, por Corpus y durante el carnaval, y consiste en varios movimientos sencillos ejecutados siguiendo lineas ondulantes, con paso de vals.

VII
Raimundo Lulio en Palma

I

Es de suponer que, para muchos, el nombre de Raimundo Lulio no tenga sino un significado meramente romántico. Con él parece evocarse una remota figura medieval en la que se unen el trovador, el alquimista y el santo, o bien se sugiere una de esas leyendas que con tanta facilidad y persistencia florecen en torno a una personalidad perdida en la lejanía del tiempo.

Sin embargo, hace pocos años que, después de permanecer seis siglos casi en olvido, la figura de Raimundo Lulio ha comenzado a tomar relieve y personalidad real y definida. En una moderna edición crítica se están dando sus obras auténticas, separadas de todas las espurias y la extraordinaria significación del hombre y su obra va apareciendo claramente, gracias al estudio de los intelectuales y eruditos. Empieza actualmente a aparecérsenos la figura de Raimundo Lulio como la de un extraordinario orientador en distintas ramas del saber, tanto que bien comprendemos el entusiasmo con que por muchos es juzgado como la personalidad más notable de la edad media[131].

Para los filólogos es el primero de los poetas catalanes. En el terreno de la filosofía se le señala como a gran maestro e iniciador de original y arriesgado pensamiento. Religiosamente se le toma como a sembrador espiritual de la semilla mística española, precursor de los místicos ibéricos y de otros eminentes místicos europeos; y en un sentido práctico se le considera como un prototipo para el moderno misionero ya que él admiraba a los mismos a quienes procuraba convertir, y aun aprendía de ellos, no obstante llegar al sacrificio de su vida por la fe. Pero más allá y a través de todos esos aspectos era un español por excelencia. En este sentido, pues, procuraré estudiarlo, al fin de ver si logro penetrar algo de su carácter, lo cual equivaldría a llegar a la misma esencia del genio español, para ver luego la parte que este genio ha tomado en la historia de la civilización.

II

Durante muchos años me había obsesionado la visión de las Islas Baleares, de las que me habían dicho que eran un paraíso terrenal que aun para el visitante español tiene algo de exótico y raro. El pensar que aquella había sido la tierra de Raimundo Lulio no era lo que menos contribuía a la sugestión que sobre mi ánimo ejercía Mallorca, y cuando, por fin, en Barcelona me embarqué para Palma, dio la casualidad de que el buque que había de conducirme a la capital del Archipiélago balear era el “Lulio”, que con tal nombre da testimonio de la fama de que todavía goza entre sus compatriotas de hoy la romántica figura del sabio del medioevo. Al zarpar del puerto de Barcelona las palmeras del Paseo de Colón comenzaron a agitarse y a desvanecerse como nunca; aquella noche hizo un viento frío, y a nuestra llegada al muelle de Palma de Mallorca, todo el panorama estaba velado por una llovizna pertinaz.

La primera, y acaso más duradera impresión que causa la ciudad de Palma es su aspecto moro. Y este carácter no se lo da la supervivencia de monumentos de la civilización mora como a Granada y Sevilla, tanto es así que acaso no pueda percatarse de ella el forastero que no conozca

131 No es sólo intelectualmente como interesan a los españoles los estudios sobre Raimundo Lulio, pues entre los catalanes, deseosos de hacer resaltar todos los aspectos pretéritos de una vitalidad nacional, se nota un retorno a los conceptos lulianos. Hallamos una prueba del retorno a la filosofía de Lulio en “El Lulismo exagerado” de Palacios —*Cultura Española*, 1906, II, pág. 533— y vemos que tiene una entusiástica manifestación en el libro catalán *Homenatge al Beat Ramon Llull* (1901), en el que han colaborado varios escritores catalanes contemporáneos.

Marruecos. Y no se trata de una apariencia irreal, pues ello penetra sutilmente en muchos detalles de la vida. No conozco ciudad cristiana que evoque de tal suerte la influencia mora. En Granada, que es la ciudad que posee el más extraordinario monumento del arte moro, uno se percata en seguida de una brusca transición de la Historia. No se puede allí dejar de ver en todas partes la evidencia de la violenta transformación causada por el triunfo de las armas cristianas, la expulsión de los moros y el abatimiento que sufrieron bajo el menosprecio de los conquistadores todas las cosas que para el infiel habían sido sagradas. En Palma no se advierte este cambio: las viejas tradiciones moras parecen haberse ido mezclando insensiblemente a las costumbres cristianas. Vemos, por ejemplo, de una manera muy general y significativa cierta influencia mora en la forma de las techumbres, bajas y como azoteas donde las mujeres se reúnen terminadas las faenas, en las galerías enrejadas de las iglesias, en el uso del azulejo en las escaleras y dondequiera que resulte adecuado.

De una manera más clara se adivina algo moro en los mismos naturales del país. Los tipos baleares que se ven en Palma son muy definidos y variados. Siempre se estudian mejor los tipos raciales en la mujer que en el hombre; por consiguiente bien merece la pena estudiar a la mallorquina. No es difícil, como en todas partes, descubrir mujeres de todos los grados de belleza o fealdad en Palma; pero se me antoja que predominan las que tienen una dulce belleza o un encanto especial, respetando la opinión de George Sand, que tenía, por supuesto, motivos de prejuicio contra el país. No se puede señalar un solo tipo de belleza como en Arlés, y no obstante senota entre muchas mujeres de Palma algo de común y peculiar que permite establecer una característica: me refiero a la curiosa expresión de la mirada, de estas mujeres, que las distingue de las de la Península; son sus ojos más bien oscuros y tienden a hundirse un poco entre sombras; al parecer miran sin ver, algo así como si estuvieran siempre acabando de llorar, pero llenos de dulce ternura. Tal expresión de la mirada se deberá principalmente a las pobladas y negras pestañas. Y así aquí es también frecuente el tipo de mujer que recuerda la norteafricana de faz alargada; en cambio como en otras regiones de España de más al sur, no es raro encontrar mujeres de cabeza rubia y cabello áureo. Las mallorquinas suelen llevar, sobre todo en el campo, largas trenzas, que les caen sobre la espalda por debajo del rebocillo.

Más que en el resto de España abunda aquí la mujer de coloración rosada como la inglesa; pero no suelen verse ojos azules, sino que predominan los grises y pardos. Tampoco se dejan de ver rostros bien delineados, de belleza clásica y a un tiempo de sensitiva movilidad. Tales caras no suelen ser ni las muy pálidas, ni las morenas, sino más bien las de matiz intermedio. Con frecuencia las mujeres más lindas y delicadas se encuentran entre el mujerío popular de los mercados, y es esta una observación que hice también, anteriormente, en Polonia. El que entre la gente baja florezca este tipo de noble hermosura es evidente prueba de que el país tiene una larga tradición aristocrática y social. Contrariamente a lo que sucede en Cataluña, en Mallorca las mujeres son por lo general esbeltas, más parecidas al tipo provenzal.

Son de movimientos vivos y rápidos. El ir y venir agitado y nervioso de las mujeres que acuden al paseo de la tarde en la Plaza de la Constitución, es de sabor inglés. Y entre ellas vense también las enmantilladas y conservadoras de los rasgos más españoles, que se mueven con gracia y suavidad exquisita.

Se me figura que todas las cualidades de la población balear, tan mezclada y a la vez tan definida, se resume en esta doble característica observada en las mujeres de Palma. Mallorca, una de las más preclaras joyas del Mediterráneo, se halla lo bastante cerca del continente para haber sido asequible a invasores de distinta procedencia; pero a la vez se halla lo bastante aislada para seguir dentro de su propio desarrollo, independiente y característico. Los fenicios y los cartagineses, los griegos y los romanos, los vándalos (los godos no) y el imperio oriental fueron turnándose la conquista de la isla; al final del siglo VIII llegaron los moros y realizaron la obra del máximo florecimiento mallorquín que había de dejar en el país una huella imborrable en los hombres y en sus costumbres. Lo mismo que en la Península desarrollaron su acción progresiva, su sentido de

humanidad, su amor a las artes, sus conocimientos sanitarios, su habilidad agrícola. Cultivaron muchas plantas y árboles útiles, cultivos que ni aun hoy día se han vuelto a procurar. Así la palma datilífera, que en el siglo XVII le valió el nombre a la capital que aun conserva (en su principio se denominaba lo mismo que la isla), y que hoy día está abandonada.

Bajo el dominio de los moros consiguió tener Mallorca vida autónoma de estados poderosos, durante cuatro siglos. Al principio estuvo gobernada por un valí de Córdoba, y más adelante constituyó un reino moro, que gracias a la energía de la población y a la propicia situación de la isla, hizo de Mallorca una potencia mediterránea. Tomó parte con sus buques en las expediciones moras por este mar, y las hazañas de piratería que realizaba tenían atemorizados a los próximos pueblos cristianos. Se ha llegado a decir que en cierta ocasión la flota mallorquina destruyó a Barcelona. Por fin las armadas cristianas del Mediterráneo occidental llegaron a tener importancia, a costa de gran esfuerzo. A comienzos del siglo doce, los catalanes a las órdenes del Conde de Barcelona, con la alianza de los pisanos y los florentinos, llegaron a reunir una armada y un ejército con que tomaron la capital balear, infligiendo un golpe que quebrantó al prestigio de la Mallorca musulmana. La conquista decisiva de las Islas se cumplió un siglo más tarde, cuando don Jaime I, rey de Aragón y conde de Barcelona, con una gran flota de ciento cincuenta galeones, a bordo de los cuales iba un nutrido ejército, venció la última resistencia de los moros y agregó la corona de las Baleares a la corona de Aragón. El hijo segundo de don Jaime reinó en el Archipiélago como vasallo; pero bajo Pedro II fueron unidas las Islas a Aragón, Valencia y Barcelona, para entrar a ser más adelante parte territorial de la gran unidad hispana.

Vale la pena de detenerse un poco a estudiar ligeramente la antigua unión de Mallorca con Valencia. Si al momento la aparición del panorama de Palma sugiere las reminiscencias moras, luego de observar más detenidamente se van descubriendo —al menos así me parece— muy curiosas características valencianas. Esto es algo con que no se podía contar de antemano, pues la proximidad de Cataluña y el tráfico con el gran centro de actividad barcelonesa, hacían suponer que Mallorca tuviese un parentesco más íntimo con Cataluña que con Valencia.

La civilización mallorquina es, no obstante, distintivamente valenciana, antes que catalana, y en ello se ve la afinidad mora —aunque remota— de los valencianos con los mallorquines. Los mallorquines tienen la vitalidad personal y la animación de los valencianos, entre los cuales también creo haber encontrado esa mezcla de tipos, ya morenos, ya tirando a rubio con ojos grises y pardos. Unos y otros gustan, con sensibilidad oriental, de las coloraciones intensas y claras. En ambas tierras los hombres del campo han conservado en su indumento el calzón largo y abullonado, recogido por encima del tobillo[132], lo cual es una reminiscencia del pantalón oriental femenino, si bien actualmente el traje regional está cayendo en desuso. La jarra de agua mallorquina, el ánfora griega de doble asa y sin esmaltar que suele llevarse sobre el hombro derecho, sostenida por la mano izquierda, es la jarra valenciana, no de otra región de España, bien distinta de la cántara catalana, mucho más práctica. Y si bien la arquitectura religiosa de Mallorca se emparenta con la de Cataluña, la antigua Lonja, que es una joya de Palma, sólo tiene por rival la Lonja de la Seda de Valencia, que no la alcanza en perfección[133].

Indudablemente los conquistadores aragoneses de Mallorca dejaron su huella perdurable en las islas, si bien este rastro es difícil de señalar a causa de lo muy mezclados que andan los usos y costumbres de los aragoneses y los valencianos en muchos puntos. Ahora bien, no puede buscarse en la historia de la Mallorca cristiana lo que constituye los rasgos fundamentales de la índole aragonesa, como son intensa energía, altanería independiente, absorbente fervor religioso. Nunca

132 Indumento no muy distinto es, sin embargo, el de los bretones, y el de los campesinos de otras tierras. (Nota del traductor.)

133 El arquitecto de Perpiñán, Guillermo Sagrera, según se desprende de un documento en la obra *Gothic Archithecture in Spain*, emprendió en 1426 la construcción de la Lonja de Palma para terminarla en doce años por su cuenta y riesgo. Éste es el mismo alarife que llegó a persuadir al cabildo gerundense para que aceptara el trazado insólito de la catedral con una sola y vasta nave.

olvidaré la impresión que me causó el pueblo aragonés en mi primera visita a Zaragoza, pues lo vi como un pueblo separado de todo el mundo y de un temple extrañamente duro y tenaz, aferrado a su sola independencia e impasible al criterio ajeno. La mujer aragonesa concentrada en la oración con gesto abstraído y dramático y la pareja de bailadores de la jota que ponen una estática violencia en la acción muscular, de una manera del todo distinta a como se baila en Andalucía, dan, por igual, testimonio de un temperamento de peculiar vigor y originalidad. Al pensar lo que esto significa, no nos extraña que los aragoneses, alentados por algunos sacerdotes, campesinos y mujeres, defendieran con tanto tesón la ciudad de Zaragoza contra las huestes acampadas de los generales de Napoleón. Indudablemente, Aragón influyó en la formación de muchos de los rasgos más aristocráticos del espíritu mallorquín[134].

Para que surja poco a poco ante los ojos de uno la visión clara del carácter mallorquín, es necesario mezclarse con el pueblo al tiempo en que se estudian los vestigios que ha ido dejando en su capital, a lo largo de los siglos. Se siente uno inclinado a llamarles raza casi excéntrica por lo original y desrelacionada; pero no son altivamente molestos, antes concentrados en sí mismos, y respetan, con la misma energía la libertad de los demás que la propia a la que tanto aman. Pronto se ve que se trata de un pueblo activo y aun comercial. En las páginas de muchos que han escrito sobre Mallorca aparece ésta como un viejo edén. Cuando Chopin y Jorge Sand llegaron a Mallorca, no encontraron hotel, y nadie quiso o pudo ceder una habitación a un enfermo. Actualmente no es ya un problema el alojarse; la ciudad es limpísima, está bien conservada y no se notan en ella malos olores —cosa que no puede decirse de algunas ciudades de la misma Cataluña— los periódicos son voceados por las calles y el modesto ciudadano puede oír el canto zumbador del gramófono mientras toma el café o el aperitivo. La próspera vitalidad de Mallorca se manifiesta en el ardor, casi manía, que pone en restaurar sus edificios. La casa consistorial, obra del siglo XVI, con sus salientes y característicos aleros, está en manos de los obreros, y la famosa catedral hace años que viene siendo restaurada. La actividad religiosa de Palma es muy notable, pues son numerosas las congregaciones de religiosos y de religiosas que han establecido residencias en la Isla. En ninguna parte de España he visto tantos sacerdotes y, por cierto, tampoco tan inteligentes y distinguidos: a cada momento parece que pasa un clérigo; ello es así aun en el preciso momento en que trazo estas líneas.

Los mallorquines tienen un aspecto muy notable: el de ser genuinos artistas. Participan del mismo amor a la música que distingue a Cataluña y Valencia del resto de la Península. Siempre han contado con buenos poetas en su catalán peculiar, que es de una gran pureza, tanto, que son varios los “maestros en gay saber” que han ganado la “Flor Natural” en los Juegos Florales donde los vates catalanes compiten en la ciencia del bien decir. Pero ante todo, los mallorquines son arquitectos y escultores. Y no obstante estas aptitudes tan evidentes, su oculta y reprimida energía temperamental —persistencia de cierta fibra africana— entraña un obstáculo para la sensibilidad estética. Nunca había oído tan chillones y ruidosos órganos como los de las iglesias de Palma, ni había sospechado que hubiese vitrales de tan estridentes coloraciones amarillas y rojas, ni de dibujo más desacertado, lo cual da una desagradable sensación de caleidoscopio, en contraste con las bellas cristalerías de los penumbrosos templos de Cataluña, que son los que causan más grata impresión del mundo. La atrevida originalidad de los mallorquines, casi excéntrica, se comprueba sobre todo en la escultura, ya que sus artistas siempre han despuntado en este arte con gracia. En la puerta norte de Santa Eulalia se ve un ejemplo raro y original en unas mayúsculas unidas a unos alados monstruos esculpidos con enorme relieve. Este pueblo es original y resuelto, pero no siempre se inspira en el buen gusto que pregona su catedral, considerada como una de los más espléndidos monumentos de la arquitectura catalana.

134 No obstante, esta influencia hubo de ser más bien catalana, ya que, a pesar del nombre la preponderancia activa e influyente era ejercida por la política de los condes de Barcelona (Nota del traductor.)

III

Raimundo Lulio nació pocos años después de la conquista de Mallorca por los cristianos. Fue una conquista llevada a cabo humanamente. La ferocidad fanática que había de manifestarse en una edad próxima no se había exteriorizado aún. Cuando los mahometanos tomaron la Isla, fueron tolerantes y permitieron que el obispo de Barcelona ejerciera su jurisdicción sobre los cristianos mallorquines. Por la otra parte no se había establecido todavía la institución inquisitorial, que con el tiempo había de ser el arma más eficazmente manejada contra el islamismo. Es necesario tener esto en cuenta para comprender por qué Raimundo Lulio, natural de la ciudad más musulmana de la cristiandad, en su vida como en sus actos externos, estuviese tan penetrado de influencias árabes y moras. Su padre era uno de los caballeros que habían acompañado a don Jaime en su gran empresa a Mallorca. Así es que Raimundo Lulio creció y se formó en el ambiente de una corte aragonesa, en donde los trovadores rivalizaban en sus hazañas guerreras y en sus canciones y empresas de amor. El joven Raimundo se entregó a este género de vida con todo el ímpetu y la energía de sus ascendientes aragoneses y con todo el entusiasmo intelectual de su índole[135]. Llegó a ser el primer poeta catalán; se perfeccionó en el manejo de la cítara, y se mostró no menos diestro en las artes de la navegación, de la hípica y de la guerra. Nombrado senescal en la corte de Palma, se casó y tuvo hijos. Se mostró toda la vida tiernamente paternal, y uno de sus libros más notables, el *Liber de Miraculis Coeli et Mundi*, especie de novela en el curso de la cual un padre conduce a su hijo por montañas y bosques y a lo largo de las llanuras, visitando ciudades, castillos y aldeas para mostrarle en todo las maravillas de Dios, se supone que lo escribió para un hijo suyo.

Mas por entonces no se había despertado todavía el corazón de Lulio a una esfera espiritual. Los únicos datos autorizados sobre su persona son palabras suyas con que se califica a sí mismo de “lascivus et mundanus”. En verdad, la historia de su conversión y las anécdotas por las cuales muchos conocen a Raimundo Lulio, son cosas de dudosa autenticidad, ya que no se narraron durante su vida. Según las versiones popularizadas, Raimundo Lulio lleno de pasión y de lirismo en sus poesías, se dirigió con insistencia a una dama mallorquina de extraordinaria hermosura, la cual se mostró siempre sumamente desdeñosa con él. En cierta ocasión, es fama que la siguió a caballo y penetró detrás de ella en el templo de Santa Eulalia, con gran escándalo de los fieles. Por fin, un día, no sabiendo ya de que medio valerse la dama, para disuadir al fogoso galán, le recibió y le mostró un terrible cáncer que le devoraba el pecho. Desde este momento, se dice, fue tal el cambio de sentimientos que experimentó Raimundo Lulio, que nunca más puso el corazón en los bienes y goces de la tierra. Sea cierta esta historia, o trátese tan sólo de una leyenda que interprete la transición sufrida por aquella vida al oír una íntima voz interior a la manera de San Francisco de Asís —con el cual Lulio tiene indudables puntos de contacto, por más que no ofrezca su vida el tierno encanto de la del *Poverello,* sino que haya en ella mayor originalidad y fuerza intelectual—,

135 Siendo éste el temperamento de los españoles más representativos de todas las regiones, aparece concentrado en una forma típica y particular en los isleños independientes e intrépidos. Cinco siglos más tarde las Islas producen otro caso que, si bien se desarrolla en planos muy distintos, revela el mismo temperamento variado y vigoroso. Orfila, el notable profesor de medicina legal de París, nació en Menorca en 1787, Su primer maestro llamábase Cordelier; estudió latín y mucha filosofía escolástica, y tal fue su aprovechamiento, que a los catorce años se vio capaz de sostener una controversia pública sobre un tema tal altamente metafísico como el siguiente: “¿Puede una cosa ser y no ser al mismo tiempo?”. Aprendió también lenguas vivas y matemáticas, y se hizo marino. La nave en que iba fue apresada por unes piratas berberiscos que quisieron amarrarlo y decapitarlo, mas le libró de ello la suerte. Dejó el mar para ir a estudiar medicina en Valencia y más tarde en Barcelona y pasar luego a París, donde se hizo gran químico, y se consagró después al estudio de la medicina legal, materia en la cual descolló como la primera autoridad de su época, y el más competente toxicólogo. Al mismo tiempo tenía grandes condiciones para la música. Su voz, al comienzo de su carrera médica era muy notable, tanto que el director de la Opera de París le ofreció 1.000 libras anuales, proposición que él no quiso aceptar. Después de la revolución de 1848, fue destituido sumariamente de su cargo de decano de la Facultad, y fue objeto de gran persecución hasta su muerte*, debida a consunción cerebral.

* No tanto. Mantuvo su cátedra y fue elegido Presidente de la Academia de Medicina en 1851. (Nota del editor digital.)

lo cierto es que pronto dejó el mundo y se desprendió de casi toda su modesta fortuna, y después de buscar guía espiritual en una peregrinación a los dos santuarios de Roque d'Amadour y de Compostela, y después también de perfeccionar sus estudios en las grandes universidades de Montpellier y París, se hizo franciscano, y dio nuevo rumbo a todas sus actividades.

Llamábase a Raimundo Lulio "doctor illuminatus", y este adjetivo lo clasifica con razón entre los grandes pensadores. Abelardo, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Duns Scoto, son los filósofos típicos de la época en Francia, Alemania, Italia e Inglaterra. Lulio, conducido ya en avanzada edad a las sendas de la filosofía escolástica, sin perder, no obstante, su personalidad, representa de una manera muy característica al hombre de estudios español. Sin la disciplina de unas normas monacales, hasta el extremo de que en su estilo latino irrumpen con frecuencia los neologismos familiares de su romance catalán, fue en gran parte autodidacto que ora vivió estudiando en el bellísimo lugar de Valldemosa, uno de los parajes más hermoso de su isla, ora en sus viajes a las ciudades más célebres de Italia y Francia, y aun por el norte de África. Fue ésta una vida que había de darle un carácter personalísimo y libre de prejuicios, por manera que sus conceptos podían haberse malogrado, de someterse al rigor de la disciplina claustral, y no hubieran abarcado una cultura tan amplia, intelectiva y afectiva, encaminada a las aplicaciones prácticas, lo cual ha justificado que Raimundo Lulio fuese comparado con San Anselmo, aun diferenciándose enormemente de él por ser menos sutil como pensador, y en cambio más brillante en su personalidad.

Muchos que conocen a Raimundo Lulio por el vago rumor de la tradición, es probable que tengan de él la idea de que se trata de un alquimista. Tal es la inevitable leyenda que cristaliza en torno a toda personalidad ávida de verdades en una edad de ignorancia y superstición. Muchos tratados de alquimia han sido atribuidos a Lulio, pero hay que suponer, que por mucho que se haya abusado de estas atribuciones, como quiera que Raimundo Lulio se entregó con esa fiebre y ese apasionamiento que con frecuencia caracterizan al español, a la composición de varias obras que alcanzan el número aproximado de trescientos tratados sobre las más diversas materias, alguno de esos escritos estaría consagrado a la apología de la alquimia. Luanco, que ha hecho detenidos estudios sobre los pretendidos contactos de Lulio con la alquimia, demuestra que desde 1272 hasta casi el fin de su vida, en cuantas alusiones y citas hace de sus Obras a los autores alquimistas, demuestran una gran desconfianza. Reiteradas veces dice que eso no es en manera alguna verdadera ciencia, que la transmutación substancial de los elementos no es posible, que el arte o la industria humana no pueden mejorar las funciones de los elementos naturales. En su *Arbor Vitæ*, voluminoso compendio de todos los conocimientos humanos, la alquimia es tratada como una vanidad, y la misma química permanece ignorada.

El joven y bizarro caballero mallorquín, el cumplido trovador se convirtió en un maestro de conocimientos universales. En aquel tiempo esta ilustración enciclopédica sólo estaba al alcance de los hombres provistos de juventud, inteligencia ardiente y energía invencible. Pero aun así, la enorme diversidad de los conocimientos de Raimundo Lulio asombra. Escribía como cosa natural sobre metafísica, lógica, retórica, gramática, dogmática, que eran materias en que estaban versados todos los hombres de estudio; pero él además trataba sobre geometría, astronomía, física, química y antropología, lo mismo que de leyes, política y diplomacia, hípica y artes de la navegación y de la guerra. El instituyó la ley de los termosifones, la de la producción de calor en el impulso del movimiento; discutió sobre las propiedades esenciales del movimiento; conocía la propiedad magnética del hierro; se esforzó por explicarse las causas de las lluvias, el viento y el hielo; investigó también los problemas genésicos. Su espíritu, alerta y preparado, le permitió prever la invasión tártara antes de la expansión otomana, y daba el absoluto convencimiento de que al otro lado de los mares había un gran continente, anticipándose en este criterio a Colón, que partió del puerto de Palos varios siglos más tarde, para descubrir las rutas del oeste. No era Lulio, en el rigor de la palabra, un gran investigador o descubridor científico; no era el suyo un temperamento eminente y exclusivamente dotado para la ciencia como el de otro gran franciscano de su época,

Rogelio Bacon; pero su inteligencia aguda y penetrante le puso en primera línea entre los cerebros de aquel tiempo, y no es posible dejar de maravillarse de que un hombre que comenzó siendo cantor de una corte caballeresca y que acabó siendo un mártir de su fe, fuese capaz de tan privilegiada penetración intelectual, de tan reposada energía como son necesarias para consagrarse a la interpretación de todas las cosas.

Por encima y en el fondo de sus conocimientos, Lulio era una criatura toda emoción y pasión, y ello no se manifiesta aun tan intensamente en sus actividades científicas como en las religiosas. Así se levanta como un formidable iniciador. Aunque se le considera como precursor de la difusión del dogma de la Inmaculada, hay que tener presente, para comprender ampliamente su personalidad, que a los ojos de los mismos que profesan su religión, no se sabe si aparece en muchos casos como un hereje o como un santo. Raimundo Lulio puede, con todo, ser considerado como fundador del misticismo español, que es la escuela de exaltación religiosa más influyente que ha florecido en Europa.

Al llegar aquí advertimos la influencia que tuvo en Raimundo Lulio, a pesar de su ardiente personalidad, el ambiente islámico que lo rodeaba. Veamos: se hizo fraile franciscano, pero su verdadera inclinación le llevaba a la vida de ermitaño, y en sus largos viajes por Europa y África hubo de encontrar mil ocasiones de vivir en soledad; sobre todo, donde más podría entregarse a sus ansiadas meditaciones sería en el selecto retiro de su celda, en medio de sus montañas. No era, con todo, el tipo de cenobita propio de aquellos tiempos, que se maceraba para vencer los apetitos de la carne, o que vivía en la mayor indiferencia, muertas las facultades a las cosas del mundo. Podría decirse que antes parecía un sufí mahomentano que un cristiano eremita, pues para el primero la vida en retiro significaba más bien el cultivo simultáneo del espíritu religioso y de las facultades intelectuales. Es probable que Raimundo Lulio leyera la encantadora novela filosófica *El filósofo autodidacto*, de Abentofail, en el cual aparece un Robinson Crusoe espiritual, arrojado como un niño a una isla desierta del Océano Índico, amamantado por una tierna corza, el cual se hace hombre, y gracias a la continua observación y meditación que hace de la naturaleza, llega a poseer una gran sabiduría, pues este caso debió ser un ideal para el filósofo mallorquín. Para los místicos mahometanos la revelación mística era una realidad, y acostumbraban representar las relaciones entre Dios y las criaturas valiéndose de arriesgadas imágenes orientales de relaciones y amor humanos[136], Lulio, cuyo lema era “el que no ama no vive”, el apasionado trovador que dio la espalda a todo amor terreno, se atiene a este aspecto estático de la contemplación y adoración religiosa con un anhelo casi instintivo. Él halló esta actitud exaltada en los musulmanes, y se la apropió para aplicarla al cristianismo[137]. Pero hay que advertir que a su vez los sufís deben el secreto de este misticismo a la primitiva escuela del neoplatonismo cristiano, así es que los musulmanes no han sido sino un instrumento de transición de esta antorcha que deben al cristianismo. Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*, y Ribera en sus estudios esclarecedores de la estrecha relación que existe entre el misticismo luliano y el islamita, han demostrado que el libro más bello y característico de Raimundo Lulio, el *Libre d’Amic e d’Amat*, fundamento del misticismo español, fue compuesto a imitación de los escritos de los musulmanes solitarios. El mismo Lulio dijo repetidas veces que se consideraba a manera de un sufí que tuviese por amado a Cristo. Y con este sentir de “sufí cristiano” no era adicto a las órdenes religiosas, antes escogió la vida del apartamiento ermitaño, ya vagando pobremente de tierra en tierra, predicando en las plazas y calles, ya retirándose a una cueva donde entregarse a sus meditaciones en compañía del Amado. Era esta una vida que observaban muchos moros al otro lado del mar. Hasta el concepto de Lulio sobre la ciencia, considerándola siempre como inspiración

136 Un breve estudio del sufismo original de Probst-Biraben, que ha observado sus manifestaciones en el norte de África, puede verse en la *Revue Philosophique*, mayo 1906.

137 Vale la pena de observar que el significativo someto *A Cristo Crucificado* que fue inspirado por el amor desinteresado a Dios y que se ha atribuido a San Francisco Javier, es en realidad de autor español desconocido (sobre ello hay una investigación de Foulché-Delbosc, publicada en la *Revue Hispanique*, 1895 y 1899).

divina, había sido sustentado por las doctrinas musulmanas mucho antes que él naciera. Su tendencia a una modalidad panteísta, su quietismo, su idea de que el Amigo, o el que adora constituye una sola entidad con el Amado, son otras tantas características musulmanas. El filósofo Abensabin, el asceta Abenhard, y de una manera especial el poeta místico y universal maestro Mohidin Abenarabi (musulmanes ibéricos de Murcia que viajaron por el norte de África y precedieron inmediatamente a Raimundo Lulio) ofrecen antecedentes de su vida, conceptos y sistema ideológico, el cual, según observa Ribera, no podía ser independiente y casual[138]. Los sufís escribían parábolas del amor divino bajo símbolos de amor humano, y bien podría ser que Raimundo Lulio escribiera influido por una obra similar de Mohidin, su *Libre d'Amic e d'Amat*, punto de partida del misticismo español que había de llegar a su más característica y representativa culminación en Santa Teresa de Jesús[139].

En su aspecto militante, de misionero práctico y caudillo espiritual, es como la figura de Raimundo Lulio atrae principalmente la atención de los protestantes. Él es el primero de esa estirpe de misioneros, raros hoy día, como siempre, que salen al mundo, sin estar poseídos de su superioridad sobre los cegados impíos, a los cuales haya que enriquecer con los propios tesoros, sino que van a todas partes con un espíritu ávido, al mismo tiempo, de aprender otro tanto de lo que puedan enseñar. Era tanto lo que Raimundo Lulio debía a la civilización islamita, al borde de la cual había venido al mundo, que consideraba que su fe cristiana era una perla inestimable con la cual corresponder a los beneficios recibidos. Y no había altanería ni orgullo en esta actitud; antes bien, profesaba gran admiración a las ciencias y a las virtudes de los moros. En su *Felix* observa que son más sensibles y sagaces en sus costumbres y trato que los cristianos. Admiraba asimismo su orden en las devociones y su recogimiento en la plegaria. Ribera no ha encontrado una sola cita de que Lulio hablara sin gran simpatía y afecto de los musulmanes, a excepción del propio Mahoma, y aun de éste dice que no se debe hablar mal, si se quiere convertir a los moros. Lo único que le parecía que les faltaba a los moros era la fe católica. Y el ardiente misionero soñaba en convertirlos razonando con ellos en su propia lengua y en su propio terreno.

El principal empeño suyo era establecer academias de lenguas vivas donde se enseñase, sobre todo, el árabe, a fin de formar verdaderos y competentes misioneros. A este fin él mismo, dice, había trabajado durante cuarenta y cinco años. Tres visitas hizo a Roma para someter sus proyectos al Papa, que le recibió paternalmente, pero que nada hizo luego. En este aspecto Lulio se anticipó enormemente a la idea de instituir las primeras universidades europeas, pues tardó nada menos que trescientos años en fundarse el Seminarium de Propaganda Fide. Con todo, los esfuerzos de Raimundo Lulio no dejaron de ser muy importantes. Y sin embargo no sabemos si en la conversión de infieles logró algún resultado a pesar de su energía y de su talento; más bien cabe ponerlo en duda, pues la religión mahometana es relativamente joven, y raras veces se ve que unos sentimientos jóvenes cedan a otros más tradicionales. Hasta ahora el mahometano no ha cambiado nunca de religión sino por la fuerza de las armas. Raimundo Lulio se había preparado concienzudamente para su cruzada.

Sus estudios arábigos no eran nada superficiales. Había aprendido la lengua con un culto esclavo sarraceno, y luego no se contentó meramente con poder llevar una vulgar conversación. En su institución de Miramar, no sólo enseñaba a sus frailes el árabe, sino que se instruía en los sistemas filosóficos orientales. Se dice que escribió varios libros, entre ellos su obra mística maestra, en árabe. En una de sus frecuentes visitas a África sostuvo una polémica con cincuenta doctores árabes. En Bugía discutió sobre materias religiosas con los pensadores musulmanes más

---

138 Ribera, "Origen de la Filosofía de Raimundo Lulio" (*Homenaje a Menéndez y Pelayo*, vol. II).

139 Es de notar que el concepto del fervor apasionado aún por causas ajenas a la religión, excluyendo los afectos terrenales, está muy conforme con la imaginación española. A este propósito cuenta Pecchio que una dama española, admiradora del héroe popular Riego —1821— exclamaba : "Dicen que se va a casar; ¡qué lástima! ¿no había de vivir sólo para su patria, enamorado únicamente de la libertad? No se debiera casar; su boda será una infidelidad a su tierra. ¿No es él su amante?"

profundos. Pero con su manera de manifestarse, se comprende que arriesgara continuamente su vida, ya que la multitud del pueblo fanatizado no entiende de fervores y sutilezas. Nos cuenta él mismo que algunas veces había sido encarcelado y apaleado. Por fin, a la edad de ochenta años, en 1315 murió a manos de la plebe, en Bugía, de donde su cuerpo fue trasladado a Palma, donde el nombre de Raimundo Lulio ha sido siempre objeto de reverencia y de orgullo, como el del más ilustre y noble de los mallorquines.

Descontando a los españoles que ya durante la dominación romana florecieron de una manera sobresaliente, Raimundo Lulio sería el primer español de personalidad universal, y no se puede citar otra figura que asuma de tan cabal manera todas las cualidades inherentes a la estructura étnica hispánica. Enamorado, guerrero, con asomos heréticos a veces, y con mucho de santo, tal ha sido siempre el verdadero y típico español. En efecto, las cualidades que aparecen continuamente en la personalidad de todos aquellos que hicieron a España grande son una energía ardiente ante la cual no hay obstáculo, una exaltación de esencia mistica tanto en el amor divino como en el humano; todo ello forjado en una dureza temperamental que desconoce el rostro del sufrimiento y aun el de la muerte. Raimundo Lulio pasó por diversos estados del alma española, aunque nunca dejó —y ello le hace aún más notoriamente español— de mantener una invariable fibra racial. El caballeresco y apasionado mozo trovador, dado a la música, a los amoríos y a los ejercicios ecuestres, al sentir cambiados bruscamente sus sentimientos ante la vida por una grave circunstancia decisiva, encauzó toda su actividad de distinta manera, pero conservando su innato espíritu caballeresco, la misma efusión generosa hacia el prójimo, y el mismo lenguaje de su época liviana. Y al retirarse a la vida ascética, en medio de la soledad del eremita se revelaban en él las costumbres hidalgas de su carrera en la corte, de suerte que su libro más memorable, *Blanquerna* —que contiene el *Libre d'Amic e d'Amat*—, lo mismo que el *Félix*, es una especie de novela cristiana de caballerías espirituales. Siempre fue un impulso apasionado el móvil de su vida, tanto que bien puede decirse que lo mismo que para el Lulio trovador era para el Lulio apostólico el único lema éste: "El que no ama no vive".

IV

En una penumbrosa nave lateral de la iglesia de los franciscanos de Palma, arde todavía una débil lámpara ante la tumba de Raimundo Lulio. Es un monumento de alabastro labrado por hábil artífice mallorquín, más de un siglo después de la muerte del gran pensador. Sostiene un sarcófago con su estatua yacente, y ocupa todo el muro oriental de la pequeña capilla. La estatua yacente está esculpida en posición de canto, es decir, el cuerpo aparece tendido, pero ladeado, a fin de que se vea completamente todo él[140]. Tiene el rostro varonil y apacible, con una larga barba; le cubre la cabeza un casquete que se hunde en un almohadón; sobre el cuerpo, un hábito liso, y a la cintura un gran rosario. Así podemos concebir al monje en vida.

Nunca me cansé de andar sobre el pavimento abigarrado y desigual de este templo de franciscanos, largo y oscuro. No es uno de los más notables de España, pero me parece sumamente interesante, y sobre todo, creo que no se hubiera encontrado lugar más adecuado para las reliquias de Raimundo Lulio. Yace en un tranquilo rincón del mismo corazón de su ciudad natal, y desde allí parece tener fija la mirada en algo abstracto e inasequible. Pero si salimos y nos encaminamos a Valldemosa veremos la casa de los Franciscanos que domina la ciudad, y vislumbraremos los reflejos de las tejas esmaltadas de la torrecilla que se levanta como un alminar, sencilla reminiscencia de aquel mundo islámico al que Raimundo Lulio amó tanto y por el cual dio la vida[141].

---

140 Si bien este procedimiento es más corriente en Palma que en ningún sitio, también he visto estatuas yacentes así dispuestas en la catedral de Zamora. Con frecuencia la disposición no es más que de una inclinación de medio ángulo recto —como se ve en Salamanca— y eso ya no es de efecto tan desagradable.

141 Hay una torrecilla semejante, con tejas de azulejo, en la iglesia de San Pablo de Zaragoza.

Parece ser que la ola del favor popular no ha alterado la iglesia de San Francisco y que la manía actual de los mallorquines por restaurarlo todo, ha dejado al margen este templo. Cierto es que se han llevado lentamente a cabo algunas obras que eran de absoluta necesidad; pero en conjunto se halla muy abandonado; y aun así se conserva sin grandes desperfectos. Los feligreses que acuden a ella son pobres y escasos; apenas se puede pasar por el claustro que tiene una doble hilera de graciosas arcadas, a causa de la mucha hierba que allí prospera; no se ve nunca al sacristán ni a nadie que pueda mostrar al visitante los tesoros de tan amable lugar[142]. Para los más, la penumbrosa iglesia es como cosa particular, rancio museo donde gozar, como en un hogar de paz, de los sueños legendarios. Pero se adivina que en un tiempo la iglesia de San Francisco debió de ser la preferida, la más frecuentada y popular de Palma. Por todas partes se hallan vestigios de antigua riqueza y esplendor. Es una rica colección de antigüedades, no traídas al azar, sino acumuladas conforme el tiempo las ha ido haciendo surgir al paso de la vida, de siglo en siglo, y que se mantienen, al parecer intactas desde remotas épocas. Indudablemente, los palmesanos de categoría y fortuna deseaban ser enterrados en este templo, pues todo él está cubierto de testimonios de los muertos: alrededor grandes monumentos, y el embaldosado lleno de lápidas. Las naves laterales que suelen tener el suelo embaldosado de manera irregular, algunas de ellas con azulejos, están ocupadas por altares historiados y suntuosos y por viejos sepulcros. Por toda la iglesia hay unos bancos de distinto trazado, que hablan de un confort extraño en un templo tan antiguo. Ninguna iglesia mallorquina posee tal riqueza pictórica, no sólo en obras religiosas, sino de pintura profana — sobre todo una amplia vista de Palma que está detrás del altar mayor—, pinturas que no son en general de un valor extraordinario, pero que ofrecen indudablemente marcado interés. También hay en la iglesia de San Francisco muchas esculturas que revelan el carácter atrevido e imponente del arte escultórico del país.

Esta iglesia que es hoy lugar de retiro y meditación soñadora, no fue siempre en sus tiempos de esplendor recinto inviolado. Las olas de la pasión humana llegaron a asaltar las puertas de esta santa casa. Sobre todo, un trágico episodio de la historia de Palma tuvo su momento más agudo en la iglesia de San Francisco. En cierta ocasión a fines del siglo XV una vecina arrojó por una alta ventana el agua de fregar —cosa que en las afueras de algunos pueblos todavía se hace—, y dio la casualidad de que pasaba un gentilhombre sobre el cual cayó el agua sucia que la sirvienta había arrojado. El caballero, lleno de enojo, subió al piso, y a pesar de las excusas de la dueña de la casa, no se apaciguaba, pues se empeñó en dar castigo por su propia mano a la causante de tal vejación. El señor de la casa, indignado por semejante violación de su domicilio, pidió consejo a varios amigos, y decidió con ellos que era preciso vengar el agravio de una manera ejemplar, con lo cual asesinarían al agresor y a su mujer. Los asesinos fueron detenidos, pero luego puestos en libertad. Entretanto se habían ido formando dos bandos, pues unos se adherían a una parte y otros a la otra, creyendo apoyar todos la razón, hasta que por fin se declaró una batalla dentro de la misma iglesia, en ocasión en que se hallaban reunidos ambos bandos, en número de unas trescientas personas. El choque fue violento, hubo efusión de sangre y sucumbieron varias peronas. Fue inútil que los religiosos intervinieran decididamente y aun mostraran el Sacramento a los combatientes. En este episodio aparece con elocuencia una nota del temperamento vibrante de los mallorquines, cualidad de impulsivismo que se observa, como queda indicado, en sus manifestaciones artísticas[143].

Actualmente la iglesia se encuentra bien olvidada de unos y otros, y el convento de franciscanos permanece en una profunda paz. Sólo la memoria de Raimundo Lulio vive en este

142 Parte de este edificio, incluso el hermoso claustro, es propiedad del Estado. Los franciscanos ocupan parte del edificio, como residencia. En el año 1906 (un año después de mi visita a Palma), un diario local atacó a dichos religiosos, delatando que hacían obras en la parte que no les correspondía. Se puso en claro que las acusaciones del diario eran gratuitas, y estos ataques sin fundamento son una manifestación que prueba hasta qué punto la pugna con las órdenes religiosas había llegado en España.

143 Justo es advertir que esta impetuosidad no se manifiesta actualmente en la criminalidad mallorquina; las más recientes estadísticas demuestran que las islas Baleares rinden menor criminalidad que las demás regiones españolas.

lugar, gracias al parpadeo lúgubre de la llama que arde ante su sepulcro, en tanto que del pequeño y gracioso alminar rojo, un muecín silencioso parece llamar misteriosamente a las gentes distraídas.

V

En un tranquilo y delicioso anochecer zarpamos de nuevo en el *Lulio*, rumbo a Barcelona. El sol se ponía maravillosamente tras uno de los cuernos de los acantilados que forman la bahía de Palma, y sobre el otro, la luna empezaba a irradiar sus suavidades de plata por el agua reverberante. Comparado con esta exquisita bahía, aunque más pequeña, Nápoles no es sino un vasto bulevar misceláneo, bañado por las olas. En el momento de zarpar, la bahía de Palma era una visión de encantamiento. A la izquierda, el famoso castillo de Bellver, centinela de Palma, firmemente apostado en su erguida avanzada; casi en la bahía se levanta la artística y elegante Lonja, con los salientes atrevidos de sus almenas que señalan al espacio. A la derecha, saliendo del macizo de las medievales murallas, que con sus puertas todavía rodean la ciudad, se mantiene robusta y soberana la fortaleza espiritual de Palma, la catedral, a cuyo pie se agrupa la Almudaina, lugar donde siempre han morado los temporales dominadores de la isla. Las ondulantes lomas dan fondo a este cuadro, que vi desvanecerse poco a poco, fundido en una claridad lunar de cuento de hadas, al paso que el *Lulio* viraba al norte, ante los muros de Bellver.

Pero la visión de la costa se sigue acariciando con la mirada durante varias horas. Las rocas vestidas de verdor llegan al mar sin oleaje; de vez en cuando se adivinan calas y rincones deliciosamente idílicos; pasamos a la vista de las cimas que bastan a ocultar Valldemosa y su ruinoso monasterio cartujo, en donde Chopin, abrumado y lleno de angustia compuso sus preludios. Surge a la izquierda la silueta de Ibiza como una montaña sola en el mar. La sensación de encantamiento se desvanece insensiblemente. Mis compañeros de travesía, en su mayoría sacerdotes, empiezan a desaparecer bajo cubierta, pues la hora va siendo en exceso avanzada.

A la mañana siguiente, nos encontramos de nuevo en el alegre y trajinante mundo de Barcelona.

VIII
Don Quijote

I

Hace tres siglos apareció en Madrid una novela titulada *Don Quijote de la Mancha*. Este libro se editó con mucho descuido: mala impresión y peor papel. No despertó gran admiración, antes al contrario, muchos de los grandes escritores del siglo de oro español lo trataron con desdén. En realidad la novela parecía estar dirigida a satirizar algunas ideas a la sazón intangibles, de los hombres graves. Mas, a pesar de ser tratado así por los críticos ortodoxos y los patriotas más intransigentes, la obra se difundió con rapidez y fue leída en toda la Península. En el extranjero, no sólo fue traducida al poco tiempo, sino que mereció grandes alabanzas, sobre todo en Inglaterra cuyos literatos más conspicuos, en gran parte filósofos y eminentes médicos, manifestaron sin embozo su admiración por dicha obra[144]. Más afortunado que su protagonista y que su autor, el libro emprendió una carrera de aventuras que le valió la absoluta conquista del mundo.

No cabe la menor duda de que el *Quijote* es la más grande y típica novela que se conoce. Hay otras superiores sin duda por su calidad estilística y matización estética y por su estructura, pero semejantes libros se prestan mejor a la apreciación de los iniciados que a la comprensión de todas las gentes; tales obras no llegan al entretenimiento que, con gran profundidad, lleva el *Quijote* al ánimo de los lectores de todos los países y de todas las edades, cualquiera que sea su grado de cultura. Aun si consideramos aparte ciertos monumentos de perfección literaria, tales como las novelas de Gustavo Flaubert, para comparar el *Quijote* solamente con aquellas producciones de más general difusión y que mayor influencia han ejercido en el público, echaremos de ver que no llegan a la calidad de este libro, su precursor y con frecuencia su modelo.

Tristram Shandy, acaso la novela inglesa más cosmopolita, cuyo humorismo y sabiduría tienen contactos con el *Quijote*, carece en cambio de su alcance universal. El *Robinson Crusoe*, la novela inglesa más típica, por ser la odisea de la expansión colonizadora de los anglosajones, aun con todo y estar llena de sentido temeroso ante la divinidad, de ingenio práctico y de inventiva, y de interesar por igual a las inteligencias simples y a las cultivadas, carece, no obstante y ser enorme su fama, de la abundancia espléndida, de la universal fuerza humana de *Don Quijote de la Mancha*. Un libro que siempre será una estupenda novela inglesa, *Tom Jones*, nunca lo será universalmente europea; y en cuanto al genio de Walter Scott, que era verdaderamente cosmopolita y de universales influencias, cabe decir que no sólo se resiente de inspiración en exceso literaria, sino de tener la imaginación perdida en una selva de romances y leyendas, en su aspiración de inmortalidad. *La Nueva Eloísa*, que en su tiempo recorrió toda Europa y produjo una renovación novelística, es de espíritu angosto y de modalidad harto circunstancial para llegar a lo perdurable. *Wilhelm Meister*, que posiblemente es el libro compuesto en forma de novela que contiene mayor sabiduría y alcanza mayor profundidad, admite cierta comparación con el libro de Cervantes, ya que es el caso de un hombre que, como Saulo, hijo de Kish, sale en busca de las cabalgaduras de su padre, y se encuentra con todo un reino. La aventura que constituye la narración de esta obra viene a ser el reverso de la historia de Don Quijote, pero en cuanto a la parte imaginativa de su forma, hay que reconocer que se excede en mucho de lo que es un libro de ficción dirigido a las personas de todos los gustos. *Las mil y una noches*, único libro que supera al *Quijote* en variedad y universalidad, no

---

144 En ningún país se han sabido apreciar los méritos de Cervantes como en Inglaterra, según escribe Navarrete, uno de sus más calificados biógrafos. Así como la primera biografía sobre Velázquez, la de Cervantes fue escrita por un inglés, Lord John Carteret, en 1738, y la primera edición del *Quijote* con honores de libro clásico, apareció en 1781, bajo la dirección de otro inglés, el Rev. John Bowle.

puede considerarse como novela trazada por una misma mano, sino que abarca todo un ciclo literario.

El Ingenioso Hidalgo continúa siendo el gran prototipo de la novelística. Es una invención genuina, pues en ella se aúnan el género arcaico de las historias caballerescas y la nueva forma de las narraciones picarescas de la vida vulgar, dando por resultado una combinación absolutamente imprevista, un medio o instrumento apto para interpretar la vida en todos sus aspectos. Así nos vemos trasladados a un ambiente donde lo real y lo irreal se dan la mano. Funde las cosas más graves y las más alegres de la existencia. Penetra la armonía que entraña los más violentos contrastes de la vida, la única armonía que vemos como cierta en los momentos de más clara meditación, de la misma manera, y por el mismo tiempo en que Shakespeare —el *Rey Lear* apareció el mismo año que el *Quijote*— hacía salir al loco y al maniático enzarzados con maravilloso humor. Como logro narrativo, el *Quijote* lo leen con deleite hasta los niños; como tragicomedia, sólo las personas muy preparadas pueden comprenderlo plenamente. Ha sido fuente de inspiración de infinidad de obras maestras de todas las literaturas; ha penetrado en la vida de las gentes de todos los países civilizados, ha llegado a constituir un elemento del conjunto de la civilización humana.

II

No era de suponer que el autor de un libro como éste, la mejor novela europea, relato de aventuras de interés humano universal, fuese el prototipo del literato, encerrado en su estudio, a la manera de Walter Scott, de Balzac o de Zola. Cervantes fue literato, en cierto modo, por azar. Comenzó siendo soldado, aventurero, tanto que en este aspecto llegó a llamar la atención de sus compatriotas, y gracias a esta circunstancia se ha podido trazar una gran parte de su biografía. Aparte las autoalusiones casuales que hace, aparte también la celebridad literaria que lo dio a conocer más tarde en todas partes, existen numerosos testimonios de su existencia, si bien truncados e incompletos. Hasta nos es posible reconstruir un aproximado y concreto retrato de su persona, valiéndonos para ello, sobre todo, del autorretrato que el mismo Cervantes nos ha dejado en el prólogo de sus *Novelas Ejemplares*, y que nos ofrece una fisonomía literaria mucho más concreta que la que poseemos de ninguno de sus grandes contemporáneos afines en espíritu, por más que en esto, Shakespeare haya tenido sobre Cervantes la fortuna de ser auténticamente retratado por un pintor. Según su propia revelación fisonómica, se nos aparece Cervantes como un hombre de mediana estatura, algo cargado de espaldas, enteco, de ojos chispeantes, cabello castaño, crecidos bigotes y barbilla un tanto dorada; la vista algo cansada y la palabra un poco tartamuda, o más bien vehemente; en suma, el prototipo del hombre sanguíneo y de audaces resoluciones.

Nacido en 1547, probablemente el día de la festividad del arcángel San Miguel, en la antigua ciudad universitaria de Alcalá de Henares, cerca de Madrid, Cervantes era el hijo menor de una familia de sangre hidalga, que había venido a menos, pero cuya ascendencia, por rama paterna y materna, era íntegramente alcalaína, o por lo menos de los aledaños de Alcalá. No sólo fue afortunado Cervantes por su nacimiento, sino por la educación que recibiera. Tuvo por maestro a un docto varón de firme voluntad, de vastos conocimientos y diestro en el cultivo de las letras, que concibió un especial afecto por su discípulo, y es probable que fuese él el medio que tuvo el destino para inculcar o hacer germinar en Cervantes el gusto artístico que más tarde había de desarrollarse de tan prodigiosa manera. En su juventud, Cervantes escribía versos mediocres, y esta afición literaria debió valerle a los veintidós años la amistad y la protección del Cardenal Acuaviva, personaje de escasa edad más que él y con el cual hizo un viaje a Roma. Según la mayoría de los biógrafos, la manera brusca que tuvo de salir de Madrid encubre algún misterio. Era más que un mero rumor el decir que había mediado una intriga en la corte por causa de una dama aristocrática, y que las espadas intervinieron en un momento de altercado. Había sin duda gran ofensa, y la pena tenía que ser la pérdida de la mano derecha. Mas fuera como fuese, lo cierto es que su salida de Madrid le permitió vincularse a la corriente de la vida de Europa.

Era un espléndido momento de la historia europea. Los días de la caballería andante parecían resucitar. Se había predicado una gran cruzada contra el turco infiel, y por consejo del Papa y bajo la dirección de don Juan de Austria, las fuerzas unidas de Roma, España y Venecia se aprestaban a juntar una flota militar nunca vista. Cervantes, con sus inclinaciones militares heredadas y con la exaltación propia de un poeta seducido por las grandes empresas, no podía dejar de tomar parte en el entusiasmo reinante. Dejó la casa del cardenal y se enroló en el ejército. El regimiento en que logró alistarse estaba formado exclusivamente por jóvenes de las mejores familias, era la selección, la flor y nata de la infantería española, y conservóse invencible hasta que desapareció en la batalla de Rocroi. Esta ola caballeresca cristiana que arrastró a Cervantes, culminó en la famosa batalla de Lepanto, uno de los combates marítimos más importantes que registra la historia universal. Aquel día —7 de octubre de 1571— fue el más bello de la vida de Cervantes. Encontrábase enfermo con fiebre y muy débil cuando la batalla comenzó; en la refriega sufrió tres heridas por el fuego de la artillería enemiga, y se le inutilizó para siempre la mano izquierda. No obstante, el recuerdo de su participación en la memorable batalla fue para él un constante motivo de orgullo y satisfacción. Es sobradamente significativo, a dar crédito a los autorizados testimonios de la época, que el comportamiento de este particular soldado que iba a bordo de la *Marquesa*, uno entre treinta mil, le valiera en verdad una alta consideración. Nada podía demostrar mejor sus extraordinarias cualidades personales, como hombre.

Pasado algún tiempo de servicio, y luego de una expedición dirigida contra Túnez, obtuvo permiso para visitar a España, y embarcó en la galera *El Sol* provisto de cartas de recomendación al rey, redactadas por los más prestigiosos generales de la época, en las cuales se hacían los mayores elogios de su valor y sus méritos, como también de sus amables dotes personales[145]. Pero la ironía del destino que tenía que perseguir constantemente a Cervantes en la vida real —ayudada por las mismas cualidades de su carácter, como él mismo reconocía—, ironía que más tarde había de traducir de una manera incomparable al plano del mundo ideal, había comenzado ya a perseguir a aquel soldado. Casi a la vista de la costa española, *El Sol* fue capturada por unos piratas argelinos, y las cartas de recomendación que le encontraron a Cervantes, les indujeron a formarse un concepto tan subido de la calidad del personaje, que pidieron por él un rescate desproporcionado a los medios de fortuna de su familia. Se vio convertido en esclavo de un pirata de gran crueldad de sentimientos, y fue conducido a Argel, encadenado, donde hubo de permanecer cinco años.

Según se desprende de testimonios imparciales, en Argel Cervantes tuvo ocasión de poner en juego sus extraordinarias dotes personales. Era esclavo bajo grilletes de un señor brutal; no obstante, se las compuso de manera que pronto fue el cabecilla de todos los cautivos cristianos de Argel. Para hallar medios de evasión y para ponerlos valerosamente en práctica, su ánimo y su fértil ingenio corrían parejas por lo inagotables. Y si sus planes fracasaron repetidas veces, fue más bien debido a deslealtad de otros, que a falta de tacto por su parte; pero él aceptaba siempre toda la responsabilidad y nunca comprometió a ninguno. Causa asombro el enterarse de que sus secuestradores, lejos de castigarle, cada vez le daban mejor trato, y es que entre los musulmanes, el valor personal es siempre considerado y reconocido, sea cual sea la forma en que se revele; tal es uno de los secretos de su vitalidad. Finalmente, gracias a los esfuerzos de un fraile, se reunió la cantidad pedida por rescate, de varias procedencias, y Cervantes regresó a España.

Pero sus excelentes servicios militares habían caído en olvido. Las consecuencias de la Batalla de Lepanto eran entonces poco sensibles, y don Juan de Austria había muerto. De haberse decidido a pasar a renegado, adoptando la religión mahometana, es indudable que Cervantes habría llegado adonde hubiese querido. En España, por lo contrario, el espíritu de libertad y las iniciativas personales estaban ahogados entre las manos despóticas de los Felipes. España no tenía recompensas para los mejores de sus hijos; y Cervantes no vio ante sí otra solución que acogerse

145 Muchos detalles parecen indicar que Cervantes tenía algunos defectos de carácter, sin ser por ello persona poco agradable; pero no se ha esclarecido la índole de tales defectos. Recientemente ha tratado de manera interesante este tema Hans Palow, en un ensayo titulado *Zu dem Leben des Cervantes*.

como soldado raso a la misma vida comenzada diez años antes, si bien ahora no debió hacerlo con el mismo entusiasmo. También esta vez escogió un regimiento distinguido, y dio la casualidad de que servía en él su rival literario Lope de Vega, a la sazón mozo de dieciséis años, pero que no había de tardar en revelarse como príncipe de las letras castellanas. Cervantes se empezaba a cansar de la vida dura y mal recompensada de los campamentos; lo que le había impulsado al ejercicio de las armas no había sido el amor a la guerra, sino un entusiasmo caballeresco; así es que, después de pelear bajo el duque de Alba en una victoriosa campaña contra Portugal, retiróse para trocar la espada por la pluma.

Fue un periodo memorable de su vida. Parece ser que por entonces vivió en Portugal, donde se enamoró de una dama, de cierta alcurnia, y tuvo una hija natural, única, la cual le acompaño hasta el momento de su muerte; y acaso debido a esta circunstancia, guardó siempre sentimientos de simpatía y afecto a Portugal y los portugueses. Por este tiempo —1584—, contando él treinta y ocho años, escribió la primera obra de que se tiene noticia: el poema pastoril de *Galatea*, y poco después se casó con la dama a quien se supone iba dedicado, mujer mucho más joven que él, de su misma provincia y de familia bastante adinerada. Parece que llevó una vida feliz en su compañía, todo el resto de sus días, y que ella pidió ser enterrada a su lado[146]. Desde entonces repartió su actividad entre las letras, en especial la composición de comedias, y algunas modestas ocupaciones, como son la recaudación de tributos para ciertas órdenes religiosas, y la compra, como agente, de cereales y aceite para el ejército, con lo cual hubo de compenetrarse con todos los aspectos de la vida campesina española. En cierta ocasión, por el año 1597 tuvo que sufrir prisión por culpa de otra persona a quien había confiado una importante cantidad de dinero perteneciente al Estado.

Literariamente siempre se mantuvo como una gran figura, si bien no había compuesto todavía obra alguna que hubiera de valerle fama perdurable. Otra vez, según se cuenta, fue detenido y encerrado en la bodega de una casa de Argamasilla, pequeña población manchega que vino a ser la patria de don Quijote, pues en aquel encierro fue donde Cervantes concibió, según creencia general, la novela del *Ingenioso Hidalgo*[147]. En 1605 fue publicada la primera parte. Más adelante, en 1613 aparecieron las *Novelas Ejemplares*, esa deliciosa colección de narraciones que, literariamente, pueden considerarse en algunos aspectos superiores a la misma novela inmortal. Por fin, en 1615, a la edad de sesenta y ocho años, publicó la segunda parte del *Quijote*. Durante estos años Cervantes vivió con su mujer, su hija, una hermana viuda y una sobrina, y permaneció unas temporadas en Sevilla o en Toledo, y otras en Valladolid o en Madrid[148], las principales ciudades de una nación que

146 No obstante, se ha hecho notar que ella se mantuvo siempre en una actitud de cierta reserva para con su marido sobre todo en cuanto se refiere a la ayuda económica. Acaso fuese debido a los aludidos defectos de carácter; aunque también pudiera ser causado por no tener ella hijos, y haber tenido en cambio que recibir en la casa a la hija natural de su esposo, nacida precisamente cuando ellos ya tenían relaciones.

147 Cierto que las tradiciones indemostrables suelen tener un fondo de verdad; mas por lo que hace a este caso, todas las investigaciones demuestran que no existió por entonces prisión en Argamasilla y no se ha hallado el menor testimonio cierto de que Cervantes estuviese encerrado en una bodega. Es verdad que sus propias palabras en el prólogo cuando dice que su libro podía muy bien haberse concebido en una cárcel, apoyan la creencia tradicional; pero bien pudiera dicha creencia tener tales palabras por único fundamento. Algunos escritores, deseosos de conservar la leyenda, afirman que fue durante su encarcelamiento comprobado en Sevilla, cuando Cervantes tuvo la inspiración de la gran novela.

148 Todavía se conservan algunas de las casas de estas ciudades, en las cuales se alojó Cervantes. Probablemente el lugar más interesante asociado a estos traslados de domicilio, es la Posada de la Sangre en Toledo. Se halla precisamente cerca de la plaza de Zocodover, pasado el arco de herradura del camino que desciende al Tajo. Esa una de las mejores hosterías del tiempo, y bien puede creerse que se conserva tal como cuando Cervantes vivió y escribió en ella, con su antiguo patio o corral, su galería circundante (como en las antiguas posadas inglesas), sostenida por columnas de viejísima madera, y a la cual dan las habitaciones superiores. En esta hostería es donde Cervantes situó la acción de la deliciosa historia de La Ilustre Fregona, posiblemente motivada por el caso de alguna criada de la casa, de condición demasiado fina y delicada para aquellos menesteres, según opinión de la Pardo Bazán, sirvienta que debió trajinar en la misma cocina de esta posada donde hoy día sólo se hospedan campesinos y arrieros, aunque de vez en cuando se aloje en ella algún distinguido forastero, amante de las cosas cervantinas.

a la sazón ocupaba el lugar preeminente en la vida internacional, por su extensión territorial, su riqueza y su esplendor. El 23 de abril de 1616 falleció Cervantes, en Madrid después de llegar a ser uno de los escritores más renombrados; pero pobre y sin condecoraciones ni honores, desapareciendo del mundo muy poco antes que Shakespeare, su gran coincidente en espíritu.

III

Era necesario reconstruir sucintamente los principales acontecimientos de la vida de Cervantes —por muy divulgados que estén—, porque no es posible comprender el *Quijote*, sin ver con claridad la figura del hombre que late en el fondo del mismo. Estamos acostumbrados a decir que esta obra es una sátira contra los libros de caballerías. Así es hasta cierto punto. Cervantes ridiculizó las extravagancias de la caballería andante en su decadencia. Mas el *Amadís* y las otras grandes novelas caballerescas, le inspiraban profunda admiración y simpatía. Esa literatura era, en efecto, producto característicamente español, nacida del mismo producto caballeresco, cabe decir, pues éste perduró en España muchos años después de haber desaparecido de todas partes, y ello fue debido a las luchas de ocho siglos mantenidas contra los infieles invasores, caballerescos también; luchas de reconquista que nos han legado la figura del Cid Campeador, que, salvando lo que tenga de auténtico o legendario, es la más representativa del espíritu caballeresco. Este espíritu de caballero nómada o errante acompañó a Cervantes durante toda su existencia, y si el *Quijote* arrumbó los libros de caballerías, fue porque era uno más de ellos, antes que una sátira deliberada; pero es que los superó en mucho, y sobre todo, su eficacia nace de estar situada su acción: en el mundo de la realidad.

Cervantes fue escritor por casualidad. Ante todo era un soldado, un hombre de armas, que más bien debió haber cogido la pluma por mero esparcimiento, de no haber sufrido esa serie de contratiempos que le fueron cerrando sus caminos. Es un hecho notable el que todo gran escritor español haya sido soldado, o por lo menos tan diestro en el manejo de la espada como en el de la pluma. Don Quijote expresa la convicción de los escritores españoles diciendo que nunca la lanza melló la pluma, ni la pluma la lanza. Los literatos italianos han sido con frecuencia agudos políticos; los franceses, sugestivas figuras mundanas; los ingleses y norteamericanos, excelentes comerciantes, o capaces para la vida de los negocios; pero en ninguna parte, sino en España, vemos que los guerreros descuellen en la literatura. Y no es preciso llegar al siglo de oro de la literatura española, que conoció Cervantes, para encontrar que los grandes soldados descuellan en las letras. Flavio Merobaudes, el poeta cristiano del siglo V era también un guerrero; don Jaime el Conquistador, el gran rey de Aragón y Cataluña, es tan celebrado como por sus hechos de armas, por su vívida Crónica; el obispo Rodrigo de Toledo, primer cronista del siglo XIII manejaba la espada con tanto desembarazo, como con amplitud la pluma al describir las batallas; el marqués de Santillana, legitima gloria de la poesía española del siglo XV, descollaba igualmente en campaña, en la corte y en los concejos; Garcilaso de la Vega, típica figura española, declara compartir el tiempo “tomando ora la espada, ora la pluma”.

Siempre ha sido España la tierra de la espada: el antiguo estoque es español, como debe de serlo el origen de la palabra. Las hojas de Toledo, estimadas ya por los romanos, continúan forjándose en esa prestigiosa ciudad. No es de extrañar que teniendo esta familiaridad con la espada y el estoque muchos escritores españoles, de un modo especial Cervantes, por más que fuera minucioso y exigente en su prosa, descuidasen con frecuencia las más sutiles gracias del estilo, y manejasen la pluma con algo de la libertad y energía que les había dado el manejo de la otra arma de sus actividades, más brillante, viril y flexible. Tampoco es de extrañar que aprendieran en la vida de los actos reales, a sentir y expresarse de una manera sumamente humana, reflexiva y profunda, que no se adquiere en los libros. Las cualidades agudas, de audacia y de captación propias de la literatura española, dijérase que aportan una prueba de que los escritores españoles aprendieron el uso de la pluma blandiendo la espada.

En esto, como en todo, Cervantes se nos muestra como un típico español. Llegó a tener relevante personalidad, a ser un ejemplar soldado, mucho antes de concebir el *Quijote*. Es interesante establecer un paralelo entre él y el escritor de más talla de la época, hombre tan característicamente inglés, como Cervantes español. Por sus condiciones intelectuales Shakespeare se parece a Cervantes, si bien aquél es muy superior como artista. Los dos experimentaron la misma evolución intelectual; ambos poseían un gran fondo de vida y humanidad, y tanto el uno como el otro adquirieron en su madurez una visión benévola, pero profundamente irónica de la vida. No obstante, de no haberse consagrado a las letras, ¡cuán distinta idea no tendríamos de ellos, al mostrarnos los eruditos investigadores resucitada su historia! Empiezan por tener de común la suerte de sus padres, que eran más bien pobres, aunque de noble descendencia, y los dos tuvieron que abrirse paso por sí mismos en el mundo. Ahora bien, todo lo que puede decirse de Shakespeare como mero hombre es que después de varios años de imprecisa historia juvenil, trabajó en el teatro como actor de tercera categoría y que se hizo afortunado empresario; que personalmente era de agradable trato, si bien muy exigente en materias económicas, y que su mayor ambición era la de poderse retirar del trabajo cuanto antes y escribir a continuación de su apellido la palabra “gentleman”. Son millones los ciudadanos de quienes podría decirse otro tanto. No así Cervantes, el cual, aunque no hubiera escrito una sola línea, habría sido una figura notable, una relevante personalidad. Antes de ponerse a escribir sobre la vida, gastó sus mejores años en aprendiz o discípulo de la realidad.

No existe una sola novela considerable que sea fruto de la juventud: *Tristam Shandy, Robinson Crusoe, Tom Jones, La Nouvelle Héloise, Wilhelm Meister* son todas obras debidas a escritores maduros, que en general habían pasado de la mitad de su vida. El *Quijote*, sobre todo la segunda parte, que es la mejor[149], fue escrito por un hombre de edad, superviviente de todos sus ideales y ambiciones, el cual se instaló por fin, pacíficamente, en una casita de Madrid, pobre de bolsa y enriquecido de experiencia, a lo largo de una vida pródiga en azares. El *Quijote* es una autobiografía espiritual, y ésta es la razón de que sea un libro tan esencialmente español.

Cervantes fue un español de españoles. No siempre los grandes escritores son los hombres más representativos de su tierra. Dante no podía ser más que italiano, y Goethe, alemán; pero no vemos que se pueda decir de ellos que son tipos de lo más representativo de su patria. En Shakespeare encontramos varios elementos característicos, netamente británicos; pero no es menos cierto que, con su volubilidad y extravagancia, su radiación emotiva, su sutileza para llegar a la sensibilidad, su inimitable gracejo e ingenio, Shakespeare distaba mucho del tipo reposado, práctico y grave de Inglaterra. Por lo que hace a Cervantes, hay que reconocer que era españolísimo en todo. Sus ideales y desengaños, su ética y humor, sus procedimientos artísticos y su mismo estilo —salvo algunas ideas que adquirió en Italia— son íntegramente españoles[150].

Tanto don Quijote como Sancho Panza, personajes centrales, no sólo son íntegramente españoles, sino que asumen, por así decirlo, el alma entera de España. Con frecuencia los he visto entre Madrid y Sevilla, viajando por las carreteras de la Mancha, tan conocida de Cervantes: rostro alargado y solemne, grave y cortés continente, ojos luminosos, como fijos en un punto interior y ciegos a la realidad circundante; y también el tipo sanchesco por todas partes: cara redonda y arrugada de labriego socarrón, lleno de una paciencia imperturbable, que hace frente a todo contratiempo y malestar con una sonrisa, un gesto y un refrán. “¡Ahí va Don Quijote!” “¡Ahí va Sancho Panza!” me he dicho con frecuencia viajando por la España de hoy, formada, acaso más

149 No obstante, dícese en España, refiriéndose al *Quijote*, que nunca segundas partes fueron buenas. (Nota del traductor.)

150 El mismo Menéndez y Pelayo, en una interesante conferencia sobre la cultura y literatura de Cervantes, publicada en la *Revista de Archivos*, 1905, dice que ningún prosista influyó tanto en la prosa de Cervantes como Boccaccio, pero fue una influencia meramente formal. En general Cervantes sigue la manera de *La Celestina* y de las comedias de Lope de Rueda. Nunca imitó directamente la novela picaresca. Sancho sólo tenía un antecedente en la literatura caballeresca de la última época: el Ribaldo de la *Historia del Caballero de Dios*, del siglo XIV.

ciertamente por esos personajes que en los mismos tiempos de Cervantes, ya que si bien España se mantiene sana en el fondo, el tipo de hombre de acciones heroicas y de valeroso espíritu, es decir, el tipo conquistador, apenas conserva representantes en ese país, y las grandes personalidades españolas tienden a descollar como meros ornatos retóricos de un sistema político descompuesto. Don Quijote, con su idealismo, con su orgullo racial, con su conciencia, más o menos clara de una misión hereditaria que ha dejado de tener relación con nuestra actualidad, es tan inepto para el gobierno del mundo moderno como el mismo Sancho Panza, que por sus propias virtudes, tales como su animosa sumisión a aceptar cualquier obligación inmediata, su jocoso y conformado acatamiento de todos los males de la vida, sería incapaz de emprender obra alguna de progreso y reforma. El genio de Cervantes ha dejado escrita la historia de su propio país.

Aun de los más nimios detalles de su gran libro podemos desprender el carácter peculiarmente nacional de Cervantes y sus gustos absolutamente españoles. Para hacer notar un solo detalle insignificante, señalemos su preferencia por el color verde que con tanta frecuencia aparece en su obra. Acaso los moros legaran esta preferencia a los españoles, pues el verde es para ellos el más insistente color, aunque, a la verdad, siempre es éste el preferido de los moradores de las tierras desoladas y secas, como la meseta española. Cervantes se siente admirador de los ojos verdes, como tantos otros poetas españoles, si bien a pesar de su afinidad con éstos, los sicilianos sólo encuentran adorables los ojos negros. Los ojos de Dulcinea son "verdes esmeraldas". Los lectores que gustan del *Quijote* y que saben de las cosas de España no pueden dejar de advertir innumerables ejemplos, como éste, que hablan del españolismo de Cervantes[151].

Y a pesar de ser tan substancialmente español, el *Quijote* es una de las obras más cosmopolitas y universales. Ni Chaucer, ni Tolstoy ofrecen un fondo humano de mayor amplitud. El mismo Shakespeare no podía transigir con un villano, pero nos encontramos con que no hay un solo Yago entre los seiscientos setenta y nueve personajes que se calculan en el *Quijote*. No cabe prueba más evidente de que se trata de un espíritu genuinamente humano, que esta habilidad para manejar, dominándolas, todas las figuras que representan obsesionantes preocupaciones nacionales y religiosas. Cervantes había vertido sangre de sus venas en lucha contra los infieles corsarios argelinos, y aun fue encadenado cautivo de ellos. Y no obstante —por más que hubiese heredado todos los prejuicios de los españoles contra los moros— no sólo aprendió y asimiló muchas cosas en la vida de cautiverio a que se vio sometido entre musulmanes durante cinco años, sino que adquirió un espíritu de comprensión y apreciación de las cualidades moras, en verdad sorprendentes en un español para quien los moros eran enemigos seculares. Entre Portugal y España había también a la sazón un espíritu de antagonismo y recelo, mayor que el de hoy día, y no obstante, Cervantes nunca cree decir bastante en elogio de Portugal y de los portugueses. Si es comprensible que alguna nación fuera odiada de los españoles en aquellos tiempos, esta era sin duda Inglaterra, pues los que para España eran los herejes del norte no cesaban de abordar sus escuadras de galeones cargados de riquezas coloniales, y de destruir en toda forma su poderío de ultramar; Cervantes presenció los tiempos de la armada invencible, y a pesar de todo, siempre mantuvo ante el inglés una actitud correcta y considerada.

Puede que precisamente hallemos, hasta cierto punto, en este mismo comedimiento tolerante, en esta actitud de simpatía por los enemigos de España, como asimismo en lo que muchos calificarían de poner en ridículo algunas ideas y debilidades nacionales, la razón de que tardase tanto tiempo Cervantes en ganar el entusiasmo consagrador que había de situarle en el lugar más eminente de la literatura castellana. Durante algunos siglos fue leído, como en Inglaterra Shakespeare, sin que se viera en él, más que a un autor entretenido, hasta que por fin fue reconocido como uno de los más grandes espíritus de la humanidad. Y mientras en España no se acababa de ver a Cervantes, el *Quijote* era ya objeto de estima en el extranjero, y en muchos países lo leían gentes de toda categoría, como sucede con los libros maravillosos, de múltiples facetas artísticas:

151 El "Doctor Thebussem" ha escrito sobre la preferencia del color verde, que se desprende de la obra de Cervantes, en un trabajo titulado: "Lo Verde", *España Moderna*, marzo de 1894.

considerábase ya esta novela como un alcázar maravilloso donde todo el que entrase encontraría algo, de acuerdo con lo que solicitase, y hasta como una alegoría, tan profunda y valiosa que se prestaba a toda interpretación.

Se sabe que siendo Heine un muchacho, leyó el *Quijote* a la orilla del Rhin, con risas y lágrimas, y al paso que se hacía hombre, el sentido de esta inspiración se desarrolló en su alma y se hizo perdurable. No es sólo el explorador de la vida, el reformador aventurado, el caballero místico el que se vuelve y acude a *Don Quijote*, sino que el varón docto y sagaz se dirige a él con una sonrisa llena de sentido, como el sabio y escéptico Sydenham, que se volvió para responder de la siguiente manera a un joven y orgulloso practicante de medicina que le preguntó qué era lo que debía leer: “Lee el *Quijote* —le dijo—; es un excelente libro. Yo lo leo todavía”. Si meditamos la noble poesía titulada *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*[152] de Rubén Darío, comprenderemos que Cervantes creó una figura que hasta tiene una significación religiosa, para consuelo de los hombres. No es sólo el *Quijote* el prototipo y modelo de todas las novelas, sino una formidable visión del alma humana, con elementos de las tradiciones espirituales del mundo. El caballero de la Mancha ha triunfado en su empresa vital, conquistando a la Dulcinea la inmortalidad en la que acaso nunca soñara.

152 En *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*. Madrid 1905. (Nota del editor digital.)

IX
Juan Valera

La muerte de Juan Valera, reciente aún[153], no despertó grandemente la atención de España, y apenas fue registrada en el mundo. En muchos otros países el fallecimiento de un gran escritor da motivo a que un gran número de escritores menos sobresalientes se congreguen para rendirle el tributo de su admiración[154]. Excepto en algún folleto que otro y en algún artículo de una revista —sobre todo en unos recuerdos personales que le dedica su amiga y antigua compañera, Emilia Pardo Bazán, en *La Lectura*— no me ha sido posible encontrar nada acerca de Valera; ni un libro, ni una biografía, y, en general, los críticos han escamoteado el elogio, mostrando más aguda preferencia en descubrir los posibles e insignificantes defectos, que las grandes cualidades de su estilo y de su personalidad. Sin embargo, Valera es un sugestivo caso para ser biografiado, pues no se trata solamente de un gran escritor, sino de un brillante y gentil personaje que llevó una vida variada y cosmopolita y que jugó un importante papel en los negocios nacionales de su tiempo. Hay que observar, no obstante, que sus contemporáneos no le dedicaron tampoco mayor atención. Él mismo, en 1877 escribe: "Yo tengo y tendré siempre pocos lectores". Acostumbraba decir que los beneficios de *Pepita Jiménez* la más divulgada de sus novelas, que por cierto ha sido vertida a casi todas las lenguas literarias, no le habían permitido siquiera costearle un vestido a su mujer. Indudablemente se trata de una anécdota exagerada y acaso apócrifa; pero, en verdad, nunca su producción le produjo grandes ingresos. Por fortuna, su vida no dependía de ellos, y murió de avanzada edad, gozoso todavía, aunque ciego, en medio de sus libros. Sólo parece haber un síntoma de que los españoles se percaten de que en Juan Valera tienen una gloria nacional, y éste lo da ese patriotismo local, ese amor al terruño, que hace que en una pequeña localidad andaluza, Cabra, cuna del escritor, se haya pensado en convertir la casa donde nació, en museo de sus recuerdos.

Si nos preguntamos cuál puede ser la causa de que sea tan débil el reconocimiento de que Valera es objeto, no creo difícil la respuesta. Siempre se mantuvo al margen de las corrientes literarias de su época. Nunca se mostró discípulo de escuela alguna, ni sentó plaza de maestro de tendencias. Varias fueron las fases del arte durante su vida: romanticismo, naturalismo, decadentismo, simbolismo. Todas estas corrientes empujaron a grandes sectores literarios de España. De un modo especial, Zola y el naturalismo conturbaron el ambiente estético español. La misma Emilia Pardo Bazán, a pesar de profesar en el catolicismo, tuvo que sentir la influencia de los Goncourt y de Emilio Zola; y el más reciente de los novelistas españoles, Blasco Ibáñez, ha podido ser calificado de Zola español[155]. Pero Valera, ya desde los comienzos se mantuvo incólume de ésta y de las demás corrientes de las tendencias de la moda. Los casos humanos como documento, decía, están fuera de lugar en la novela; su verdadero sitio es el informe del hospital o el boletín del asilo. Baudelaire le parecía también a Valera perverso, incompleto humanamente, en tanto que sentía profunda admiración por Carducci, aun cuando éste entonara las alabanzas de

153 El 18 de abril de 1905, a los ochenta años. (Nota del editor digital.)

154 Acaso haya que atribuir esta falta de resonancia a causas muy distintas a la indiferencia. El hecho es que todavía no descuella Valera como una personalidad que marca huellas y trayectorias. Así es que más que escritor representativo de su época, Valera es un modelo de estilistas y el último caso de humanista que ofrece la literatura española. Su mismo sentimiento clásico de todas las cosas le mantiene alejado de nuestra actualidad. (Nota del traductor.)

155 Sin negativos para la robusta personalidad de Blasco Ibáñez, es de creer que la obra de otros ingenios contemporáneos ha de resistir mejor la erosión del tiempo. Azorín, Pío Baroja, Valle Inclán, Pérez Ayala, por ejemplo, ganan en sobriedad o en consistencia —ya por el estilo, ya por la intensidad— lo que sin duda no tienen de pintoresco. (Nota del traductor.)

Satanás, porque Carducci representa una vehemente fe en la vida y en el destino humanos. En su artículo titulado *La Moral en el Arte*, escrito a edad avanzada, Valera intentó —no era la primera vez que lo hacía— definir su actitud a este respecto. La poesía perfecta, argumenta —entendiendo por poesía el amplio plano que alcanza a todas las formas de creación literaria—, ha de existir por sí misma; no tiene otro deber que el de la sinceridad y salvarse de la afectación; nunca ha de pretender incursionar en el campo de las enseñanzas científicas; no debe tomar como suya la incumbencia de inculcar la moral. Sin embargo, afirma con igual contundencia —sin preocuparse de posibles contradicciones— que el gran arte implica siempre la verdad y es siempre moral. No existe diferencia sensible entre la ética y la estética, entre la belleza y la bondad. "La sabiduría, la belleza y la bondad, cuando alcanzan su perfección, coinciden mutuamente y se confunden". Tal es el alma de un hombre bueno que se mira en el espejo de Don Quijote. La belleza y la verdad mezcladas y confundidas, ¡y no obstante, el arte no debe posponerse a la moral!

Fácil es comprender que un escritor que mantenía esta actitud tanto en teoría como en el ejercicio de su arte, difícilmente iba a conquistar el aplauso del público ni la admiración en los aledaños literarios. Su popular contemporáneo Pérez Galdós, que ocupa en su país y en su época un lugar correspondiente al de Björson en Noruega, no sólo debe su elevado puesto a las cualidades meramente artísticas, sino en gran parte a su preclara y eficaz simpatía por todo movimiento nacional que aportase algún progreso entre sus compatriotas. Puede decirse que casi todo cuanto escribió tiene una tendencia —religiosa, moral, social, patriótica— que interesa a millares de personas que no se preocupan por el arte. El pequeño núcleo de los devotos del arte, por otro lado, no podían fácilmente proclamar a Valera como a un dirigente, porque desdeñaba la modernidad. No hay en sus escritos la menor frase retorcida, no se descubre apego alguno a los neologismos, en la bella corriente de su estilo amplio y sencillo; así es que no se le puede reducir a una fórmula literaria. Siempre existió, además, cierto alejamiento entre Valera y sus contemporáneos: a veces procuraban justificarlo llamándole "académico" y dieron testimonio de realidad a su apreciación, acostumbrándose a referirse a él instintivamente —aun después de su fallecimiento— con la respetuosa fórmula de Don Juan Valera.

No es que fuese un "académico", pues existe otro adjetivo que a veces se le aplicaba también y que bien entendido puede considerarse apropiado, como lo hacia él mismo al aceptarlo: clásico. No es tampoco que lo fuese en rigor, por más que hallara una viva y especial complacencia en la literatura griega, ni era su sereno optimismo ante la vida ese superficial regocijo que por una curiosa tergiversación se atribuye vulgarmente al paganismo de la antigüedad. El helenismo de Valera, en verdad, tenía menos que ver con el de Píndaro y Tucídides que con el posterior, tipo de helenismo alejandrino y cosmopolita, el de Teócrito, el de *Dafnis y Cloe*, obra que él tradujo al castellano. Pero no dejaba de ser en lo más mínimo genuinamente clásico, aun en un doble sentido. Estaba dotado, por naturaleza, de una sencilla fuerza y aliento; de amor a la finura externa y a la claridad de lo profundo, de gusto delicado y de sentido de la ponderación, de una tendencia a combinar lo real y lo irreal, armoniosamente expuestos —lejos de oponerlos en violento contraste—, cualidades que distinguen a la antigua literatura y que siempre, por tanto, nos parecen clásicas, en oposición al romanticismo. Era, además, clásico en un sentido más angosto y nacional. Era entre sus contemporáneos el que más bellamente y con mayor verdad representa lo mejor de la tradición literaria española. Era un genuino descendiente de Cervantes.

Don Juan Valera y Alcalá Galiano nació en 1824 en Cabra, ciudad provinciana ya conocida de los romanos y famosa por sus vinos, situada en medio de un pintoresco panorama, a treinta millas de Córdoba, la más antigua sede española de civilización. Los cerebros más privilegiados de Andalucía han procedido siempre del aire sutil de ésta su ciudad más norteña, la más importante en varios aspectos. Reina un solemne reposo y una dignidad en Córdoba, muy impresionantes, que no admiten comparación con la corriente plebeya y el ruido de la Granada moderna. Los mismos menguados arroyos y fuentes de Granada parecen un poco vulgares al lado del amplio, lento, sereno caudal del Guadalquivir, de superficie bruñida como un espejo. No se nota, la menor prisa por nada

en esta ciudad, que tantos años de vida tiene. Y no es una ciudad muerta, por más que su vida parezca haberse sumido desdeñosamente en sus innumerables patios, dignos todos de un palacio, antes que ir a mezclarse en las pugnas del mundo moderno. Córdoba es una de las más venerables, de las más aristocráticas ciudades del mundo: una Roma española. Valera siempre se mostró orgulloso de ser andaluz; muchas de sus novelas se desarrollan en el ambiente de su tierra natal; casi todos sus héroes y heroínas son caracteres andaluces, sobre todo cordobeses, aun cuando como su "Rafaela" vivan en Sudamérica. No será aventurado decir que su origen andaluz ha influido en su personalidad literaria. Su sereno y soleado optimismo, su amenidad, su reposado humor, la ausencia de elementos violentos en su producción, su punto de vista instintivamente artístico... tales son sus características y las que distinguen al más fino tipo andaluz, tanto del levantino como del hijo del norte de España.

El padre de Valera era jefe de marina y de aristocrático linaje por línea de su madre, doña Dolores Alcalá Galiano, Marquesa de Paniega. Con relación a sus primeros años, se tienen escasas noticias fidedignas. Fue instruido en parte en Málaga, y luego en el Colegio del Sacro Monte de Granada; estudió jurisprudencia y se licenció en leyes en 1846. El Conde de las Navas lo describe cuando era niño, diciendo que tenía el pelo negro y abundante y que era corto de vista —con tal fijeza observaba a los que hablaban con él que éstos tenían que desviar la mirada—, y añade el Conde que siempre iba vestido con pulquérrima distinción.

Por influencias de familia, Valera fue destinado en 1847 a Nápoles como subsecretario de la Legación española, bajo el Duque de Rivas, caballero español de relevantes méritos intelectuales. Los dos años que pasó en Nápoles no fueron sólo, como él mismo escribió más tarde, los más felices de su vida, sino también los que constituyeron su más crítico periodo. Aquí fue donde él se encontró a sí mismo y donde tuvo clara y consciente revelación del espíritu que animó en adelante toda su labor. Por una parte, inducido por una viva sugestión, hizo profundos estudios de griego, y sus ideales artísticos y poéticos quedaron definitivamente moldeados; por otra parte, el memorable año de 1848 —fecha en que, según él mismo dice, las princesas y aun el Papa eran agitadores— determinó el liberalismo político, al cual siempre se mostró adherido, si bien nunca se manifestó político entusiasta. Fue, pues, en Nápoles donde vio clara su vocación, y si al principio sus inclinaciones literarias fueron cosmopolitas, en esta época fue cuando la influencia del estilo y el espíritu españolísimo de Estébanez Calderón —que en 1847 publicó sus *Escenas Andaluzas*— hizo de Valera un escritor genuinamente castellano.

Lo más notable en la evolución de este joven de sensitivo temperamento, que más tarde había de despertar a la actividad del espíritu en el momento más vital del siglo XIX, fue la manera extraordinaria que tuvo de evadirse de lo más fascinador y característico de los movimientos literarios de la época. La ola romántica inundaba toda Europa, y aunque había recibido parte de su inspiración en España y a la sazón había contagiado casi a la totalidad de los literatos peninsulares, Valera se mantuvo desde el principio y para siempre, en absoluto indemne. Bajo su suavidad, Valera encierra todo el espíritu de brava independencia del español, y sólo se dejó guiar por la intuición del genio nativo. En 1864, en su interesantísima dedicatoria de los *Estudios Críticos* al Duque de Rivas, escribió: "Ni aun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo había sido yo *romántico*, sino *clásico* a mi manera: manera, por cierto, harto diferente del pseudo clasicismo francés, introducido en España por Luzán y los Moratines. Yo era adorador, idólatra de la forma, pero de la forma íntima, espiritual, no de la estructura, no del atildamiento nimio, pueril y afectado: yo era fervoroso creyente en los misterios del estilo, en aquella sencillez y pureza, por donde el estilo realza las ideas y los sentimientos, y pone en la escritura, con encanto indestructible, toda la mente y todo el corazón de los autores."

No obstante Valera no tenía prisa por ser autor conocido, y si bien parece que ya empezó a escribir en verso por este tiempo, su primer volumen, *Poesías*, no apareció hasta 1858. Los versos de Valera son de un orden buscado y culto que revela la influencia de los griegos y también de los

italianos. El poeta a quien recuerda más en particular es Leopardi, y se ha podido decir que escribía como Leopardi aún antes de conocer la obra de éste y convertirse en un admirador de la misma. En este volumen se reveló el platonismo que penetró sutilmente en toda su obra. "El platonismo erótico —dijo Menéndez y Pelayo— es el alma de los versos amorosos de Valera": para él el amor es un continuado proceso de cuerpos hermosos a almas bellas y de aquí a la idea de la belleza en sí misma; al mismo tiempo se inclina a la doctrina platónica de la reminiscencia y a la noción de Plotino de que la naturaleza es el espejo de la fórmula de la belleza. Semejantes sugestiones platónicas abundan en todas sus novelas, aun en los pasajes más imprevistos. En la dedicatoria de *Doña Luz* busca una moral para su historia —no embargante su antipatía por las historias con moraleja— en una consideración platónica de Bembo; y en *Genio y Figura* representa a Rafaela la Generosa, después del baño, besando su imagen en el espejo, y explica tal acción con su platonismo que apenas sería presentable para el personaje de Cádiz[156].

No era de esperar que el público se interesara por el arte contenido y aristocrático de las *Poesías*. Entonces Valera se entregó a la crítica como medio de expresarse, pero siempre conservó un vivo amor a la poesía, tanto que se consideraba ante todo poeta, aun en sus novelas, y se mostraba muy sensible al elogio de sus versos. En el prefacio que escribió en Washington en 1885 para la edición compilada de sus *Romances, Canciones y Poesías*" afirma que la razón principal de escribir es la poesía; las obras llegan a ser famosas e inmortales por su belleza, no por la verdad que puedan enseñar; la pretensión de los que creen que es posible enseñar escribiendo, es casi siempre vana; los grandes maestros de la humanidad no siempre escribieron: ni Cristo, ni Sakya-Muni, ni Sócrates, ni Pitágoras, dado que existiera.

Entre tanto, en el curso de su carrera diplomática, Valera iba ascendiendo a más importantes destinos, primero a Lisboa (1850), luego al Brasil (1851), donde conoció a una criatura encantadora, hija de su jefe, que había de ser su esposa dieciséis años más tarde. En 1854 estuvo en Dresde, en 1858 fue secretario de una misión especial a Rusia, en 1865, ministro plenipotenciario en Alemania.

En este período de su carrera, al llegar a su madurez, fue cuando Valera resultó novelista, casi inopinadamente al parecer, pero en el fondo hacía tiempo que lo procuraba. Sus primeros cargos diplomáticos y todo el curso de su vida fueron muy adecuados para prepararle a fin de cultivar la literatura, que más que ninguna otra actividad exige una amplia y sazonada experiencia del mundo. Parece que del interés y simpatía que sentía Valera, como poeta y artista, por el misticismo, y de la inspiración que recibía del estilo de los antiguos místicos —Fray Luis, Santa Teresa—, fue poco a poco desarollándose la idea de *Pepita Jiménez*, si bien el escéptico y el cosmopolita le salvaron de insistir indebidamente en el tema del misticismo.

Debió comenzar proponiéndose escribir una especie de disertación o diálogo filosófico sobre el eterno conflicto del espíritu y el cuerpo, de la naturaleza y la mística; pero luego tuvo la idea feliz de convertir el trabajo en una novela. La historia narrada es la de un joven español sencillo, sincero, serio, que con toda el alma se está preparando para el ministerio sacerdotal, y que gradualmente va cayendo en la cuenta de que no tiene verdadera vocación, desde el momento en que conoce a una viudita de 28 años, Pepita Jiménez, que se enamora de él. Con un arte casi inconsciente, en el que domina la naturaleza instintiva, y que en ningún momento la priva de su gracia femenina, Pepita no puede parar hasta que, venciendo poco a poco la reserva del temperamento apocado del mozo y los escrúpulos de su falsa vocación, acaba por vencer. La bella calidad de la novela radica en gran parte en la delicada maestría con que Valera ha salvado los precipicios que rodean tal historia, armonizando todos los intereses en pugna entre los caracteres y los impulsos contenidos, e

156 Este espíritu es, no obstante, muy español. El neoplatonismo, especialmente en su relación con la belleza y el amor, puede decirse que ocupa el lugar preferente en la filosofía española del Renacimiento. Detenidamente lo estudia Menéndez y Pelayo en el segundo volumen de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*. En el siglo XV, León Hebreo (o Judah Abarhanel), judío español neoplatónico, contagiado de helenismo, es considerado como una de las glorias filosóficas españolas, y su influencia se extiende a lo largo del siglo de oro de la literatura española hasta Cervantes, cuya *Galatea* sigue a León Hebreo en su neoplatonismo.

infundiendo al conjunto el temple de su peculiar gracejo mezclado de gravedad. Este libro es en conjunto una obra logradísima que situó a su autor al momento y definitivamente en una cumbre de éxito y popularidad. Todavía se habla en España de Valera como del autor de *Pepita Jiménez*.

En la misma figura de Pepita, verdadera heroína de la historia, encontramos uno de los caracteres más acabados de las mujeres de Valera. Éstas han pasado ya casi siempre de la primera juventud, pero conservan las cualidades de la mocedad virginal, mezcladas con la energía y la experiencia de la madurez. Suelen ser hijas del campo o de ciudad rural, a veces pertenecen a la aristocracia provinciana, en ocasiones a las más humildes esferas sociales; no es raro que sean hijas ilegítimas, que reúnan una complejidad de distinción aristocrática y una rudeza plebeya. Pero en toda ocasión están representadas como la más bella flor de la vida rural. Siempre son un poco exageradas su listeza y su discreción, lo mismo que su energía física. Doña Luz bailaba como un silfo, iba a caballo como una amazona y, andando, parecía la divina cazadora de Delos; de igual manera Rosita aparece comparada a Diana. Emilia Pardo Bazán ha expuesto muy bien el carácter general de las mujeres de Valera. Observo, dice, que las mujeres de Valera se parecen mucho unas a otras; notamos un aire de familia, no obstante sus diferencias de posición, de conducta, de nacimiento, entre Doña Luz, Pepita, Calitea, Juanita y Rafaela. Muchos creen que todas estas mujeres poseen el alma y el pensamiento del autor, que ha encarnado en un cuerpo femenino. Personifican a la mujer de acuerdo con el ideal clásico, la mujer del siglo XVI y del renacimiento español, discreta y aun culta, con toda su feminidad, delicada y resuelta; filosófica, *preciosa*, nada sentimental ni nerviosa; más teológica que devota, libre y desenfadada en el hablar, impetuosa en el amor, pero apasionada en defender su honra; muy sutil, mas no pervertida, y si como en Rafaela llegan a serlo, saben cómo mantener cierta dignidad semejante al sentimiento del honor en el hombre.

Sería un error suponer que la mujer española en general se parezca a las heroínas de Valera, que son más varoniles, más intelectuales, más positivas y decididas que la mayoría de sus compatriotas masculinos. Tenemos que buscar sus antecedentes en las comedias de Tirso y en las novelas de María de Zayas. Es cierto que el tipo medio de la mujer española de hoy, poca semejanza tiene con las mujeres de Valera, pero el mismo Valera sería a buen seguro el primero en admitirlo. Él escogió cuidadosamente tipos selectos, dados bajo ciertas condiciones especiales, aunque muy españolas, fuera de los caminos trillados. Según su norma, mezclaba lo real y lo irreal —se ve especialmente en *Juanita la Larga*, el retrato de mujer más acabado y trazado con mayor precisión —, valiéndose para ello de las observaciones directas y de las más remotas reminiscencias que conservaba. Las cualidades esenciales de las mujeres de Valera corresponden a las cualidades que pueden observarse o adivinarse en las mujeres de la clase trabajadora de la España actual, y la fundamental verdad del carácter de las mujeres que concebía, la hallamos en su semejanza con las mujeres de Cervantes y de Tirso de Molina, que son los escritores españoles que han sintetizado con mayor fidelidad al español genuino[157].

Habiéndose descubierto a sí mismo en la literatura, y formado que tuvo un núcleo de lectores, Valera se dio a escribir con una energía, independencia y rasgo personal, poco a poco desarrollados, y que no había manifestado antes. *Pepita Jiménez* fue seguida en breve de *Doña Luz*. En ésta, ciertamente, si bien se manifiesta en una forma menos impersonal que en su primera novela, se inclina con cierta timidez hacia el mismo tema: el conflicto entre la religión y el amor. Un piadoso misionero, de salud quebrantada, tras una vida consagrada a las buenas obras en Filipinas, regresa a su ciudad natal, en Andalucía, y allí, insensiblemente se va enamorando de la hija natural de un caballero noble, que ha vivido mucho tiempo apartada en el mismo lugar. Nunca ha revelado él su pasión, como no sea en un manuscrito, que una vez muerto, llega a caer en manos de la dama. Por su parte ella sentía por el religioso un tierno afecto de amistad que la hubiera llevado fácilmente al

157 La misma doña Emilia Pardo Bazán, en una crítica de las obras de Valera reconoció la veracidad de sus heroínas, como retratos —aunque no admitía el estilo de Valera en el dialogo—, y añadía que ella misma sabe de varios casos de mujeres semejantes a Pepita Jiménez, en una ciudad tan distante de Andalucía como es Santiago de Compostela.

vergel del amor; pero tuvo la prudencia y el dominio suficientes para no llegar a traslindarlo. No se trata de una narración que conduce a las situaciones dramáticas y efectistas de *Pepita Jiménez*, y está desarrollada con igual delicadeza y habilidad —acaso en esto la supera—, lo cual la sitúa en buen lugar en la producción de Valera.

Las ilusiones del Doctor Faustino señala un avance en el camino de la personalidad, por la forma narrativa y la tendencia de Valera a dar cada vez más carácter a sus libros. No era ésta una tendencia del todo saludable, pues le llevaba a veces a la viciosa interferencia de elementos fantásticos y a digresiones de escasa trascendencia. *Las ilusiones del Doctor Faustino* es un libro más extenso de lo que acostumbraba su autor. Se trata de una serie de episodios unidos libremente, algunos de los cuales demuestran cierto interés por su anécdota lindante con lo misterioso, elemento que en libros posteriores —especialmente en *Morsamor*— adquiere indudable preponderancia, y que constituye lo más débil de su producción.

Hay no obstante una idea seriamente simbólica en *Las ilusiones del Doctor Faustino*. El héroe, un Fausto en miniatura desprovisto de elementos sobrenaturales, representa al tipo del español de la generación que fue su contemporánea: hombre de naturaleza noble y generosa, aunque viciado por una falsa educación y por el ambiente en que se desarrollaba. Ha reunido los tres defectos que mayor contrariedad deben de causar a todo español de mediana cultura, a saber: pedantería filosófica, desprovista de energía para actuar en los trabajos de la vida; ambición política, sin sentido de discernimiento entre la verdadera libertad y el libertinaje, y obsesión maniática de sangre azul, unida a una falta absoluta de sentido práctico. Aparte la gracia de algunos tipos y episodios, el libro tiene, pues, un gran valor, porque constituye la principal aportación de Valera a la crítica de las cualidades españolas de la época.

La personalidad artística de Valera, como maestro de la novela, quedó entonces firmemente consagrada, y en un conjunto de historias breves, a veces cuentos, algo así a la manera de Voltaire, lo mismo que en una continua serie de deliciosos ensayos, en los cuales toma motivo en cualquier libro nuevo u ocurrencia del momento para tratar de las más variadas cuestiones, comenzaron a ser claramente visibles su filosofía y su personalidad moral. No es como crítico de los autores contemporáneos como Valera sobresale. Un caballero sumamente atento y considerado como él, que ocupa una alta plataforma social e intelectual y que está relacionado con todo el mundo, no es ciertamente el más indicado para ser un crítico modelador de una época. Esta imposibilidad de llevar a cabo una verdadera obra de crítica, hallandose en tales circunstancias, la vemos también en la última obra de Saint Beuve, con su exceso de condescendencia para con todo el mundo. No siendo Valera capaz de decir una palabra acre ni en público, ni en privado, y encontrándose con que discrepaba de las principales modas literarias a la sazón en privanza, evitaba ponerse en contacto con los representantes de las mismas, y no leer en lo posible sus novelas. Se limitaba en todo caso a elogiar de una manera un poco extraña la producción de los autores de segundo orden, o bien se consagraba a los libros clásicos, hablando de los cuales es cómo en realidad culminaba como crítico.

En cierta ocasión, por cierto, sostuvo una controversia sobre poesía y metafísica con Campoamor; pero, como el mismo Valera tuvo buen cuidado de hacer notar, dicha polémica no significaba más que un mero entretenimiento, y se abstuvo de manifestar con encono opuestas opiniones. Campoamor defendía la utilidad de la poesía y la metafísica; Valera, de acuerdo con sus principios de siempre, mantiene el criterio de su inutilidad, y aun al drama le niega que su finalidad sea el dar lecciones de moral. Por lo que hace a la metafísica, Valera declara que había leído muchos sistemas, que le encantaban, que le causaban maravilla, pero no le convencieron nunca de que la metafísica fuese otra cosa sino una especulación científica de mero lujo. Valera ponía algo de este congénito sentido escéptico en todas las actividades del pensamiento. Acaso pueda decirse de él lo mismo que él dice de su heroína Calitea en *La Buena Fama*: “A veces dudaba de todo, a veces creía un poco, otras no creía en nada”. Pudo añadir que otras veces lo creía todo, pues la actitud de Valera

resultaba irreconciliable por el desdén o la indiferencia que sentía por toda creencia genuinamente humana. No estaba conforme con llamar a nada “fabuloso”, pues decía que tan osado y ofensivo adjetivo apenas se le puede aplicar a ninguna cosa del mundo. Lo posible no tiene límites. Así hacia 1899, fecha del gran contratiempo de España en la guerra con los Estados Unidos, Valera volvió los ojos al tiempo en que su patria fue poderosa y escribió su *Morsamor*, historia de un fraile franciscano de Sevilla a principios del siglo XVI, con todo el legado del ocultismo, que más tarde había de sugestionarle grandemente.

Se ha dicho que Valera perteneció a la escuela de los Montaignes y de los Goethes; pero puede decirse que tanto por su pensamiento como por sus conceptos morales se hallaba más cerca de Renan. Siempre fue tolerante su escepticismo, aun cuando discrepaba del criterio ajeno, y era dado al humor optimista. “La musa que me ha inspirado —observa en el prólogo de sus narraciones tituladas *De Varios Colores*— no es melancólica, ni trágica, sino alegre y risueña, como conviene para consolarme de las penas reales, en vez de aumentarlas con preocupaciones imaginativas”. En esto Valera era consecuente con ser hijo de la tierra donde si los pecadores han sido a veces melancólicos, en cambio los santos han sido con frecuencia alegres, seguros de que ello les sentaba bien.

La actitud moral de Valera con relación a sus contemporáneos, a la que él mismo calificaba de “panfilismo”, la pone bien de manifiesto su cuento —un poco volteriano— *Parsondes*, aparecido en el volumen de *Cuentos, Diálogos y Fantasías.*

Una vez, hace más de doscientos seis años, había un sátrapa en Susa, muy amado del gran rey de los medas, Arteo, porque era el sátrapa de mayor gravedad y moralidad. Este santo y austero varón que se llamaba Parsondes conocía y enseñaba toda la ciencia de Zoroastro. Por fin desapareció, y todos los buenos creyentes sostenían que había sido transportado a esferas más luminosas; así es que casi veneraban su memoria. Antes de dejar la tierra había censurado duramente la conducta licenciosa de Nanar, rey de Babilonia, tributario del gran rey de los medas, y por fin Arteo recibió un mensaje en el que se le notificaba que Parsondes había sido ejecutado, o por lo menos encarcelado por Nanar. Entonces Arteo envió a uno de los más leales secuaces de Parsondes a investigar la verdad del caso, porque confiaba que éste viviría aún, tal vez sometido a insufribles torturas. Por fin, en propia defensa y con harta maravilla del crédulo discípulo, Nanar le presentó al santo varón, todo perfumado y vestido como un rajá rodeado de una corte de adorables mujeres que le hacían compañía danzando y cantando. “Ahora soy otro —dijo Parsondes—. Vuelve a Susa, pero no digas que me viste y que estoy vivo, pues el Colegio de los magos se escandalizaría y perdería un modelo de santidad. Nanar tomó venganza de mi anterior severidad haciéndome prisionero, mandando que me bañaran y me enjugasen con toallas. Desde entonces he continuado bañándome y perfumándome dos veces al día, dándome todos los gustos que se me antojan y sometiéndome a aceptar la compañía de estas risueñas damas, convencido al fin, y olvidando las enseñanzas de Zoroastro, de que debemos procurar pasar la vida lo mejor posible, sin entrometernos en las acciones de los demás. Preocupaciones superfluas matan al loco, y nadie es más loco que aquel que se desvive por censurar los vicios del prójimo, simplemente porque no ha tenido ocasión de caer él en ellos, o porque su ignorancia, su rusticidad y su mal gusto se lo hacen imposible”. Oyendo estas o semejantes razones el discípulo fiel se llevó las manos a la cabeza y salió precipitadamente del palacio, resuelto a decir al Colegio de los Magos que continuaran manteniendo la creencia de que Parsondes había ascendido al empíreo, y nunca revelaría que le había visto en medio de las danzarinas de Babilonia.

Este delicioso “cuento moral” en el cual Valera pone de relieve la postura ética que mantiene en casi toda su producción, acaso recuerde *L’Abbesse de Jouarre*, donde Renan, también en edad madura, señalaba una moral nada distinta; y recordemos que Goethe, ya en la juventud, se impresionó con las palabras del, a un tiempo, humano y austero Thraseas: “Qui vitia odit homines

odit", el que odia el vicio, aborrece a la humanidad. Ya Plinio el joven dijo que la indulgencia es una parte de la justicia.

Al paso que Valera se encaminaba a la cúspide de su actividad literaria, desarrollando armónicamente estos conceptos de la vida y del mundo que no sufrieron cambio substancial en todo su proceso, su carrera política y diplomática siguió su curso normal de promoción. Después de la revolución de 1868, cuando la reina Isabel dejó el trono, Valera fue nombrado subsecretario de Estado, y él fue uno de los miembros de la delegación que invitó a Amadeo de Saboya a aceptar la corona de España. En 1881 fue a Lisboa de ministro plenipotenciario, en 1883 lo fue en Washington, en 1886 en Bruselas y en 1893 fue nombrado embajador en Viena. Y aunque nunca fue dado a manifestarse políticamente, resultó diputado y miembro de algunos gabinetes liberales. Más adelante fue senador vitalicio del reino. Tuvo tres hijos. La pérdida de uno de ellos constituyó para él un dolor inmenso. El otro hijo varón siguió los pasos que la vida del padre le señalara, y la hija se casó con un diplomático.

Dos novelas, *Juanita la Larga* y *Genio y Figura* —de su época de madurez— merecen especial mención, por ser lo mejor de su obra. *Juanita la Larga*, historia de una muchacha campesina que por sus preciosas cualidades personales logra vencer todas las dificultades que se presentan a su paso, es una minuciosa y exquisita pintura de costumbrismo rural andaluz, reconocidamente sacada de los recuerdos de la infancia del tiempo de juventud pasado por el autor en Córdoba. En el prefacio, Valera confiesa que él mismo no asegura que se trate de una verdadera novela, pues en este libro el novelista es más bien historiador. *Juanita la Larga* se diferencia de las demás obras de Valera porque en ella se presenta casi sólo la vida de personajes simples y rústicos, y lo hace en verdad con gracia, mesura y humorismo, sin apartar ninguna de las crudezas que eran peculiares del carácter de Valera; pero ello con una especie de naturalidad que demuestra cuánto le desagradaba el naturalismo de la novela francesa, y que le mantiene en descendencia directa de la verdadera tradición novelística española. Pues en el sentido virtual de la palabra, los novelistas españoles, con Cervantes a la cabeza, siempre han sido realistas, en la misma forma que en Inglaterra Fielding y Defoe.

El mismo realismo, mezclado a la misma sana y alegre visión de la vida, pero en más difícil situación, encontramos en *Genio y Figura*, la última de las grandes novelas de Valera, la más sazonada, la más valiente, acaso la más bella. Es la historia de una mujer que al igual que Juanita, con parecidas dotes personales, de inteligencia y carácter, pero con distintos ideales sobre la moral convenida del mundo; surge de la nada, y poco, a poco, sufriendo una gran pugna social, acaba por conquistar la estimación y el respeto de todo el mundo. Rafaela la Generosa es una joven, hermosa y alegre cortesana de Cádiz que canta con voz deliciosa y baila y jalea el fandango a maravilla. Es la admiración de los elegantes de Lisboa, uno de los cuales, impresionado por sus gracias, la ayuda para trasladarse al Brasil de bailarina y la recomienda a un rico y viejo usurero de Río de Janeiro. En esta ciudad y bajo la protección de este caballero se presenta en público con sus danzas, pero siendo el viejo usurero malquisto por su avaricia y sórdidos y ridículos procedimientos, Rafaela es abroncada por el público al salir a escena. Pero ella, colmada de sensatez y de buen humor, armándose de todo su estoicismo español recibe como una broma las verduras que le son arrojadas. Poco a poco se va abriendo camino y acaba por ganar el corazón del viejo, con el cual acaba por casarse. No obstante, sólo ha comenzado su obra; tiene que conquistar la consideración de la sociedad, no ya por ella misma, sino por su marido; le da lecciones de buenos modales, le instruye en los misterios del tocador y le pone en manos de los más renombrados sastres. Al mismo tiempo su tino y habilidad económica se dejan sentir ya en casi todos sus negocios, y le induce al empleo juicioso y remunerador de sus caudales. La pareja empieza a vencer la hostilidad y la indiferencia ambientes y a merecer la estima y consideración social; lo más florido de la aristocracia se encuentra con frecuencia en el salón de Rafaela.

Si bien se consagra a velar por los intereses y el bienestar de su esposo, no es amor, sino amistad lo que le profesa. Su amor tiene otros anhelos, pero aun en seguir los impulsos de su corazón Rafaela muestra su habitual discreción, sagacidad, y procura, cuidadosamente, ahorrar inquietudes a su marido. Ella no quiere en verdad más que a un hombre, a un inglés, y tiene de él un fruto, una hija llamada Lucía, cuyo nacimiento guarda en secreto, porque considera deshonroso atribuir a la niña la paternidad de su marido. Rafaela tiene cáutamente a su hija educándose en un convento, y cuando luego queda viuda se traslada a París cifrando todas sus esperanzas en la niña, ilusionando poder realizar en ella lo que en su vida irregular y de lucha no pudo hacer, si bien a ratos con su aguda inteligencia duda del valor que pueda tener una inocencia que no ha sido puesta a prueba. Pero la misma Lucía le resuelve sus dudas, cuando en un momento de dolor, viendo que su padre se niega a reconocerla, decide tomar el velo monjil y enclaustrarse para siempre; con lo cual, privada Rafaela de su única esperanza en este mundo se suicida envenenándose. Tal es el relato del asunto de la novela en que Valera puso lo más personal y la mayor sazón espiritual de su talento y su sentido humano, novela en la cual el realismo y la emoción poética se confunden con un arte y un encanto que la colocan entre las obras maestras.

El novelista pasó sus últimos años en Madrid, rodeado de afectuosos y distinguidos amigos, animado, amable, lleno de dignidad hasta su último momento, a pesar de haber quedado ciego, algunos años antes de morir, a causa de unas cataratas en los dos ojos. Fue uno de los pocos grandes hombres que hasta para sus ayudas de cámara lo son, dice de él el Conde de las Navas. Siguió entregado al estudio y escribiendo ensayos, que le dictaba a un secretario, y su último libro de comentarios titulado *Terapéutica Social* apareció dos meses antes de su muerte. Sencillas eran sus costumbres; le gustaban los platos corrientes de su tierra cordobesa y bebía un ligero vino blanco; como buen español, era empedernido fumador. No obstante su ceguera, gustaba de acompañar hasta la puerta a las damas que le visitaban y acostumbraba hallarse presente, en las sesiones de la Real Academia Española. La última tarea que se le encomendó fue un discurso sobre Cervantes para ser leído en la Academia con motivo de celebrarse el tercer centenario del *Quijote*. Pudo preparar una gran parte del discurso, pero la muerte no le dejó terminarlo. Falleció poco antes de comenzar las fiestas de esta conmemoración, de un ataque de apoplejía, el 18 de abril de 1905.

Ha sido ya preciso anticipar que Valera se mantuvo siempre un poco aislado y ajeno a los más populares escritores y tendencias de su época. No fue partidista; era demasiado sensato y sereno para fanatizarse ni siquiera en nombre de las causas en que él creía. Galdós, contemporáneo suyo como novelista, aunque mucho más joven que él, ha levantado repetidas veces el entusiasmo del público español de espíritu más avanzado y que a excepción del momento en que apareció *Pepita Jiménez*, no ha hecho nunca eco al talento de Valera[158].

El valenciano Blasco Ibáñez no llega, ni de mucho, al espíritu de Valera. Recio, vigoroso, a veces ni siquiera atildado gramaticalmente, a ratos crudamente naturalista, otros entregándose a un lirismo incontenido, en todo momento revolucionario descontento, agresivo y combativo, apasionadamente interesado en los problemas sociales, y acabado y fiel pintor de las costumbres del pueblo de su tierra, cuya vida conoce admirablemente, Blasco Ibáñez representa una potencia literaria, pero se halla muy distante del soleado y sereno temperamento helénico de Valera[159].

"Siempre me he inspirado —dice Valera— en el puro amor a la belleza". En cierto sentido sus novelas tienen un valor de poesía, y no es de sorprender encontrarse con que algunos autorizados críticos españoles de hoy le niegan a Varela el ocupar un alto rango entre los novelistas. Se alega

158 Galdós nació en 1855 en Las Palmas —Canarias—, donde vivió hasta los diez y ocho años, rodeado de una población medio inglesa. Sabía inglés y estaba muy influido por Dickens y un poco también por Zola. Es fama que no era personalmente muy simpático, pues se mostraba silencioso, observador e irónico, de suerte que sus amigos no sabían si admirar más en él su gravedad a lo castellano, o su flema a lo inglés. (Véase un artículo sobre Galdós, por Martineche, en la Revue des Deux Mondes de 15 de abril de 1906).

159 En *Le Censeur* del 6 de abril de 1927, puede verse un interesante bosquejo de la carrera turbulenta y azarosa de Blasco Ibáñez.

que es demasiado frío y correcto, que sus personajes hablan por él, no por sí mismos; le interesa más decir lo que él quiere que modelar tipos originales o describir de una manera objetiva las verdaderas gentes del mundo real que le rodea. La misma Pardo Bazán, cuya maestría en estos menesteres le da voz muy autorizada, opina que Valera no era un novelista nato como Dickens o Galdós, y que peca un poco de "libresco". No dejan de entrañar cierta verdad estos juicios. Y no obstante, Valera no necesita que se haga su apología; está sobradamente justificado en sus obras, que son innegablemente una plena realización en la literatura española. El genio español, aunque nunca grosero y sensual, es a veces sombrío y violento. Pero si en sus retratos arde con más humo que llama, en cambio en sus planos superiores estalla en alegres y luminosas llamas. Así se da en Velázquez y en Cervantes. No se halla Valera, ciertamente, entre ellos; sus finas facetas y aliento no van acompañados de la necesidad de llevar por sí mismos a la pasión y la intensidad hasta constituir ellas el logro original y artístico. Pero tiene el temperamento de los hombres más elevados, su visión, su claridad, su serenidad y su sentido humano. Sus obras mejores son una bella y perpetua manifestación del espíritu español, y la personalidad que las ha producido es aún más admirable que las obras.

X
Santa María del Mar

I

Hace trescientos años Barcelona le pareció a Cervantes una ciudad grande, famosa, rica y bien situada. En ella hizo transcurrir las últimas y más lamentables escenas de la vida de Don Quijote, y con tal motivo describe vívidamente la vida exuberante de la misma. Claramente se ve que Cervantes pone a esta ciudad, aun sin unirle a ella estrechos vínculos, muy por encima de todas las otras ciudades de España, pues de nuevo en *Las Dos Doncellas*, cuando los viajeros se aproximaban a Barcelona a la caída de la tarde, la bella situación de la ciudad les llena de admiración, y la tienen por la flor y la hermosura de las ciudades de la tierra.

Barcelona se ha desarrollado mucho desde entonces. No es sólo tal vez la ciudad más grande de España, y una de las más populosas del Mediterráneo, sino también uno de los centros comerciales de verdadera importancia de Europa; la Manchester española, de las mismas proporciones y población aproximadamente, que la ciudad británica, mas, por supuesto, muy distinta. El ensalzador moderno no podría usar de los mismos términos que Cervantes; y sin embargo todavía el forastero siente algo del mismo entusiasmo en Barcelona: se vuelve a esta ciudad una y otra vez, y siempre se le descubre un nuevo encanto. Yo la he conocido en muy distintos aspectos, y aun bajo la ley marcial, la vida en Barcelona me ha sido agradable[160]. Puede en verdad decirse que entre todas las grandes ciudades comerciales de Europa, Barcelona es la que tiene menos ocultas y menos agobiadas por la velocidad y el prosaísmo de los negocios, la dulzura del clima y el ansia de bienestar humano. Se la compara fácilmente con Marsella; pero ésta con toda su vitalidad y colorismo siempre está febril e inquieta, en tanto que Barcelona no. En Nápoles, la otra gran ciudad del Mediterráneo, esta agitación y febrilidad se acentúa más, y produce mayor desconcierto por su aspecto descuidado.

Las características de Barcelona pueden comprenderse mejor, no obstante, comparándola con otros puertos importantes de la Península, tales como Bilbao y Málaga. Bilbao, que por su energía vital y por su importancia corre parejas con Barcelona, ofrece un total contraste con ella, aunque sólo las separen unas cuantas millas. La primera ciudad de los vascos, de ese pueblo de índole tan distinta de la del catalán, se halla situada en la brumosa y tormentosa costa del golfo de Vizcaya; tales circunstancias son indudablemente factores que determinan su manera de ser. Los vascongados son honrados, graves, industriosos, humanos, dados al amor del hogar, acaso en mayor grado que los mismos catalanes; mas parece que les falta el sentido de la forma exterior de la vida, y así, siendo tenaces defensores de sus antiguos privilegios y derechos, no ponen, en cambio. esfuerzo en el esplendor urbano de su actualidad. El vasco es hombre de ciudad rural, y Bilbao no es otra cosa; pero sumamente engrandecida. El quebrado y ondulante terreno en que se asienta es de naturaleza pintoresca, y la ciudad parece haberse adaptado respetuosamente a las sinuosidades del paisaje, que en este sentido no podía estar mejor. Pero para edificar una gran ciudad se necesita algo más. Se

160 Fue en una ocasión en que, a consecuencia de haberse perpetrado varios sangrientos atentados sociales en la vía pública, se declaró el estado de guerra oficialmente. Las autoridades militares se hicieron cargo de la dirección de los asuntos. Las tropas andaban por las calles y ocupaban los puntos estratégicos de la ciudad. La prensa fue sometida a la censura militar y no podía publicarse noticia alguna relacionada con los sucesos que a la sazón se desarrollaban en la ciudad. Por fin, se reanudó la circulación de los tranvías, acompañados por soldados a caballo con los sables desenvainados. La gente salió pacíficamente a las calles llena de expectación, y el grito de los extremistas, “¡Abajo España!”, quedó acallado por entonces.*

* El “¡Abajo España!” es omitido por el traductor. (Nota del editor digital.)

necesita el poder plasmador de una voluntad colectiva, capaz de crearse por sí misma un ambiente, unos lares visiblemente hermosos o imponentes. Los valones, en Lieja —industriosa ciudad de parecido carácter, si bien mucho más grande—, se hallan también situados en un bello panorama pero no han descuidado la construcción activa de la ciudad. Esto es lo que echamos de menos en Bilbao: no encontramos vestigios monumentales de otros tiempos, ni aspectos interesantes de exteriorizada modernidad. En Barcelona se ha empezado por escoger, eso sí, una situación magnífica y ha sido avisada y ampliamente planeada para sacarle el mayor partido posible, y en tanto que se han respetado los preciosos recuerdos de antaño hasta donde ha sido posible, se ha procurado que ello no fuese en detrimento de ir respondiendo también a las insistentes necesidades de la vida colectiva moderna. Pero en Bilbao, todas las cosas que son signo del vigor actuante de una colectividad social —grandes parques y espléndidas iglesias, mercados, edificios públicos, museos, teatros, music-halls, cafés—, todas las cosas en las cuales Barcelona despliega su pródigo esplendor y energía, son, en cambio, tan insignificantes que apenas llaman la atención del forastero, si es que en realidad existen.

Volvamos a fijarnos en Málaga, ciudad por mediterránea, más propia para ser comparada con Barcelona. Málaga continúa siendo, como en tiempo de los fenicios, un importantísimo centro comercial e industrial. Se halla en una posición climatológica de una benignidad suprema, donde se goza de un invierno templado, el mejor sin duda de la Europa continental. No es ésta una ciudad exenta de interés; pero sus habitantes, aun manifestando una evidente aspiración de mejora y desarrollo urbano, carecen de la virtud realizadora y práctica que caracteriza a los catalanes. La languidez del clima parece frustrar siempre los grandes planes de los malagueños. Ni en tiempos moriscos, ni en tiempos cristianos ha producido Málaga figuras de verdadero relieve, y es que su clima invita a la contemplación de un cielo muy azul entre una vegetación punto menos que tropical, y con eso, toda aspiración queda cumplida. No es fácil encontrar en Málaga gente del temperamento de muchos hombres que ha dado Barcelona.

El pueblo catalán es fuerte y emprendedor, y desde muy antiguo tiene firme asiento en toda la parte oriental de los Pirineos, ya que aun hoy es posible comprobar las características catalanas del Rosellón. La gente de esta región no son en absoluto franceses; tampoco del todo españoles, sino una mezcla de españolidad y francesismo, que por el indomable celo de su carácter, han mantenido incólume su racialidad. Descienden de un antiguo pueblo aventurero y navegante, que redactó el primer código marítimo del mundo occidental; implantaron un régimen de instituciones municipales libres y un sabio régimen político[161] que excluía en absoluto toda influencia ajena[162]. Siempre han logrado, rechazar a los franceses allá de los Pirineos, y nunca se han sometido por grado a las imposiciones ajenas, ni han dudado nunca en aceptar teorías subversivas y radicales en la esfera del pensamiento[163].

---

161 En materia de derecho, Ramón Berenguer I hizo publicar en 1068 los *Usatges* de Barcelona, código legislativo muy notable, que a causa de la fecha en que fue redactado es un testimonio histórico inestimable, y que está basado en una serie de normas transmitidas fundamentalmente por la costumbre. La influencia del derecho romano no se dejó sentir hasta fines del siglo XII, especialmente gracias a la escuela bolonesa de letrados. El propio Ramón Berenguer I tomó parte en la redacción de los *Usatges*. Nuevas disposiciones legales fueron dando aportaciones a esta legislación, hasta fines del siglo XIII. (Nota del traductor.)

162 Hoy en día los catalanes protestan por el control político y administrativo de Madrid. La cuestión catalana es, sobre todo, una cuestión económica. Los catalanes se rebelan contra el pago excesivo a la burocracia castellana por servicios mal prestados, servicios que, saben muy bien, podrían realizar mucho mejor por sí mismos. Han sufrido graves deficiencias en las necesidades de un Estado centralizado en la remota Madrid, y consideran, además, que tienen derecho a la autonomía fiscal. Su supremacía comercial e industrial les lleva a asignar a Cataluña un rango superior al provincial, y creen que la restauración de España se puede lograr mejor con una hegemonía catalana y un mayor autogobierno en todas las regiones españolas. Es muy probable que tal reforma de la constitución nacional conduzca a un estado de cosas más acorde con el carácter español que el actual sistema altamente centralizado.*

* El traductor omite esta nota. (Nota del editor digital.)

Lo pintoresco y el encanto superficial no son cualidades que distingan a los catalanes. No es que desconozcan estas cualidades, al contrario, saben dedicar uno de los más activos centros de la ciudad al mercado de flores, y la florista que os ofrece una muestra de su mercancía, sabe hacerlo delicadamente, cogiendo el largo tallo de una manera bien consciente del valor estético de la flor; pero siempre están dispuestos a sacrificar lo pintoresco y lo encantador a lo útil y conveniente. Este temperamento es el que ha ido modelando el cántaro y el porrón catalanes, que si bien carecen de la gracia del búcaro valenciano, más o menos clásico pero poco práctico, se adapta perfectamente a los usos a que se destina con merma de su belleza artística.

Además, la lengua catalana, aunque estrechamente relacionada con el provenzal, que es una de las lenguas más dulces, constituye una creación característica propia de una raza ruda y vigorosa, algo despreocupada de la belleza formal, que aspira a reducir su verbo a una serie de ingratos monosílabos sibilantes y labiales, que podrían haber sido inventados por un pueblo cuyas bocas estuvieran habitualmente llenas.

Ni el hombre ni la mujer representan un tipo de belleza humana, al menos en las grandes ciudades; no es así con respecto a la mujer de algunos lugares apartados del campo, pues fuera de Barcelona suele ser encantadora y de una belleza bastante corriente, que a veces tiende a rubia, aun entre la población más popular, y que generalmente tiene una fina coloración por contraste con el tipo marmóreo o broncíneo de Andalucía. En la ciudad los rostros son más móviles, los gestos más dramáticos; el conjunto de la persona tiene una expresión más refinada. Ello es resultado inevitable de la vida ciudadana. Se trata evidentemente de un pueblo muy cruzado y en cuya pigmentación han intervenido muchos elementos, acaso incongruentes, ya desaparecidos. Se encuentra entre los catalanes toda clase de tipos, por lo regular más claros que morenos, con ojos grises o azules y el cabello más bien rubio o castaño. Son fundamentalmente, hombre y mujer, de naturaleza robusta, y ellas, más corpulentas que las del resto de España: anchas de busto y caderas, si bien se dan asimismo tipos esbeltos, y suelen tener la cara redondeada y con las ventanas nasales dibujadas y sensitivas, tipo femenino no de suma belleza pero de simpática expresión, despierta e inteligente.

Las características esenciales del pueblo catalán son antes psicológicas que físicas. Juntamente con la energía de sus vecinos los aragoneses, tienen lo que entre éstos es difícil de encontrar, una recia aprehensión del aspecto material de la vida, una energía especulativa que les permite organizarse y llevar a feliz término sus proyectos de orden práctico a los cuales se entregan en gran escala. Son comerciantes, rigurosamente honrados, aun cuando tratan con forasteros que carezcan de apoyo; y esta cualidad de cortesía, instintivamente amigables con los ajenos, que tanto impresionó a Cervantes, es todavía hoy uno de sus aspectos más peculiares. Al viajero que llega a Barcelona, procedente del interior de España o del lado de Francia, puede antojársele, acaso, que el catalán tiene una fibra ruda y algo insensible. Esta impresión desaparece no obstante cuando uno se convence de que ese carácter se fundamenta en lo humanitario, que no siempre se guarda con recelo de las aproximaciones hostiles. Tal es el temperamento de un pueblo notablemente capacitado para llevar a cabo las empresas de la vida urbana y para organizar su desarrollo moderno. Al ciudadano inglés, de un modo especial —que apenas comienza a darse cuenta de que la vida es un arte, que está acostumbrado a creer que no halla la comodidad hasta que no se encuentra incómodo—,

---

163 Alegan los catalanes que los reyes clasificados por la Historia como aragoneses —Pedro I, Jaime el Conquistador, Pedro II el Grande, Jaime II— son en realidad príncipes catalanes. El primero que reunió bajo un mismo cetro a Aragón y Cataluña, fue Ramón Berenguer IV, como consecuencia de las disposiciones que había tomado el rey aragonés don Ramiro el Monje, y el hijo de aquél, al adoptar el nombre de Alfonso I, en sustitución del de Ramón, se propuso sólo dar preferencia al título de rey que al de conde, y siguió llamándose rey de Aragón, y no de Cataluña, en atención al legítimo amor propio de los aragoneses. Quede para los historiadores la discusión de lo que haya de lógico, o forzado, en este criterio; lo cierto es que desde 1137 a 1410 los reyes de Aragón resultan ser condes de Barcelona. (Nota del traductor.*)

* El traductor omite en la numeración de los reyes a los antiguos reyes Pedro I y Alfonso I de Aragón. Es el uso habitual de los catalanes nacionalistas. (Nota del editor digital.)

Barcelona no puede dejar de mostrársele como la revelación de lo que puede llegar a ser una gran ciudad comercial cuando está humana y armoniosamente organizada.

En un ambiente hermoso y de clima deliciosamente benigno, nunca en exceso caluroso y raramente demasiado frío, se ha desarrollado una población de carácter independiente y de clara visión de la vida; amante del trabajo y del solaz, que acierta a combinar estas fundamentales inclinaciones humanas de una manera más acabada y admirable que ningún otro pueblo.

De conseguir España un régimen de mayor holgura administrativa, Barcelona aparecerá con un inmenso valor de ciudad modelo en muchos aspectos esenciales que la convertirán en una Meca de peregrinaje cívico y de inspiración urbana. Acostumbramos a considerar a España como un país que ha quedado rezagado en la carrera de la civilización. Ahora bien, la civilización es en gran parte una cuestión de desarrollo urbano realizado bella y humanamente, sin incompatibilidad con la actividad industrial; y en Barcelona nos encontramos con que, en variada forma, este ideal se realiza, hasta un punto que en otras partes nos esforzamos todavía vanamente por alcanzar. Así es que en Barcelona no nos ocurre olvidar lo nuevo mientras buscamos lo antiguo, como nos sucede en tantas ciudades de las que ofrecen el doble interés de lo pretérito y lo actual: no encontramos menos deleitable el pasear por las Ramblas o por los muelles donde hay una modernidad bullente y trajinante, que sumirnos en la misteriosa penumbra catedralicia, o del solemne y popular templo de Santa María del Mar.

II

La energía y la inventiva de los catalanes se vienen desenvolviendo desde sus primeros tiempos en las ciencias y en las artes. Barcelona ha sido siempre una preclara y liberal población marítima. Arnaldo de Villanova[164] y otros orientadores intelectuales se cuentan entre los catalanes, del mismo modo que en tiempos recientes salieron o actuaron en esta región la mayoría de los librepensadores y revolucionarios españoles. El vecino monasterio de Montserrat fue en otros tiempos, y sigue siendo, un centro de cultura donde se cultivan en hermanaje toda suerte de oficios y técnicas. Los catalanes siempre han tenido en estima sus dones poéticos y han recompensado en público a sus vates; son los españoles que tienen un ritmo más musical; la pintura entre ellos produjo siempre primeras figuras de la escuela española, y aun hoy son oriundos de Cataluña muchos de los mejores pintores.

Pero así como los catalanes han mostrado siempre su energía en diversidad de aptitudes, hay que reconocer que raras veces han realizado una obra tan eminente que atrajera irresistiblemente la atención y el fervor de los estudiosos. Hay no obstante, un ramo del arte y la ciencia en el cual el genio catalán se ha manifestado con mayor elocuencia y belleza: la arquitectura.

Nunca podré olvidar que en mi primera visita a España, cruzando el Rosellón me detuve, para hacer noche antes de pasar la frontera, en la pequeña ciudad de Perpiñán, un tiempo española y que conserva un grato aroma catalán. Era avanzada la tarde, casi el ocaso, y hallándome delante de la silenciosa y sobria catedral, empujé la pequeña puerta y penetré en el templo. La iglesia estaba muy oscura, con una sola lámpara que parpadeaba en la tiniebla, pero aun podía darse uno cuenta en aquella semioscuridad, del sencillo e impresionante plano de la construcción: una amplia y alta nave de misteriosa y solemne simplicidad con esa llana gravedad y dulzura que imprimen el perfecto ritmo de la devoción a un templo y vela sus posibles imperfecciones. Me hallaba en una iglesia de estilo catalán, por más que yo entonces no lo supiera. Tenía para mi todo el encanto y la fuerza viva de una revelación fresca e imprevista.

Echando una ojeada general sobre España, diría, como resultado de mis cruzados viajes, que los focos principales de un sentido vital arquitectónico son Cataluña y Valencia (asimismo Mallorca), advirtiendo que no me refiero a la arquitectura mora. Existe otro foco menos importante

---

164 Ellis lo denomina “Arnold of Villanueva”. Aunque su lugar de origen ha sido tradicionalmente discutido, hoy parece predominar Villanueva de Jiloca, cerca de Daroca, como lugar de nacimiento, y la Valencia recién conquistada como lugar de crianza. (Nota del editor digital.)

en las regiones de Castilla la Vieja y León, al norte de la Sierra del Guadarrama. Estos dos centros, sin contactos entre sí, se hallan comunicados por la importante vía fluvial de la cuenca del Ebro hacia Tudela y Pamplona, y luego, por el Duero, hacia Castilla. Casi todos los principios fundamentales de la arquitectura española fueron adoptados de fuera, especialmente de Francia, pero en Cataluña y Valencia se desarrollaron de una manera personal y vigorosa, a veces con suntuosidad y a menudo con un bello sentimiento del arte arquitectónico, no exento de originalidad, en los edificios religiosos, municipales y domésticos, en tanto que en Castilla se adoptó para los templos un estilo grave al par que delicado, una especie de renacimiento gótico, cuya expresión más elocuente acaso se halle en la catedral de Segovia, monumento único y que responde a una sutileza y a un refinamiento que se me antojan ritmo mismo del pueblo traducido en sus obras espirituales.

La evidencia del impulso de la arquitectura en ambas regiones se tiene no sólo en el desarrollo que en ellas adquiere el gótico, sino también en las muestras que en estas regiones se encuentran de la primera época del estilo románico. Aparte estos núcleos se encuentran numerosos monumentos de consideración que manifiestan en algunos casos de una manera extraordinaria el temple especial de los españoles; pero en lo que tienen de mejor, no pueden considerarse genuinamente hispánicos, y apenas hay en ellos elemento de belleza autóctono. La catedral de León es puramente francesa en su delicada belleza, en su magnífico alarde, y es más enaltecida que sus hermanas de Francia, por el continuo fervor con que se le viene rindiendo reverencia. La de Santiago de Compostela, de muy distinto estilo, es pareja de la de San Sernin de Toulouse, e indudablemente trazó sus planos el mismo artista aquitano. Las catedrales de Toledo y de Burgos, a pesar de lo españolísimas que han resultado en su forma final, son, en sus fundamentos, francesas. La de Sevilla, con toda su magnificencia y su gran efecto, carece de belleza substancialmente arquitectónica, y se debe sin duda a planos y, en gran parte, a obra de arquitectos góticos germanos.

La primera iglesia que tiene belleza entre las de estilo de transición del románico, del tipo de la de San Sernin, en la parte oriental de la Península es la colegiata de Tudela, junto al Ebro, que anteriormente fue catedral. Fue comenzada en 1135, y representa la primera forma ojival, basada todavía sobre románicos cimientos. El claustro, liso y desprovisto de ornamento, que rodea un patio lleno de frondosa vegetación, es absolutamente románico, como también lo son las interesantes puertas y los labrados capiteles. Pero de aquí para arriba el edificio se arranca en el más neto gótico francés de la primera época, simétrico y sencillo en sus líneas constructivas generales. No es muy espacioso este templo; no es imponente, carece de deambulatorio tras el presbiterio, y sus altares del lado oriente están alineados con la capilla mayor[165]. El aspecto exterior es poco convincente, excepto los pórticos, que por cierto no son fáciles de ver; por lo que hace al interior, su gracia de bella construcción primitiva no es suficiente para imprimir belleza al conjunto, y ha sido sobrecargada de pintura de depravado gusto y destruida con ventanas llenas de cristalería de colores. Nos hallamos en presencia de una iglesia de construcción francesa, pero que tiene una manifiesta falta de armonía en su estilo, y que a pesar de sus excelencias de construcción primitiva y de ofrecer indudable interés, no ha llegado a cuajar en un conjunto resueltamente bello o solemne[166].

---

165 En español en el original. (Nota del editor digital.)

166 Hago constar que ésta es una impresión subjetiva que acaso difiera de la de un arquitecto. Street consideró esta iglesia como una de las mejores de Europa. Pero también se ha dicho que Street hallaba un especial agrado en la incomodidad arquitectónica. En su aversión por todo lo que fuera falso ornamento y en su entusiasmo por todo lo que fuese, logrado o no logrado, estilo preojival o de transición al gótico, la postura de Street era una laudable reacción; a la cual habrán cedido sin duda otros muchos arquitectos, que mantendrán con nuevo entusiasmo tal criterio. No creo pecar de inoportuno si hago manifiesta mi admiración por la obra de Street *Gothic Architecture in Spain,* escrita hace más de cuarenta años, cuando los medios de comunicación distaban mucho de ser los de hoy, y cuando no se disponía de buenos manuales y guías, de suerte que ello había de hacerle difícil su juicio ante cosas para las cuales se encontraría mal preparado. Durante las breves vacaciones que le permitió su vida de trabajo, Street visitó una por una todas las iglesias góticas de España, minuciosa y escrupulosamente, con la lucidez de quien está compenetrado con todos los estilos europeos, y trasladó los bosquejos de lo que veía con la vivacidad y

Pasando por alto la catedral de Lérida, que no he tenido ocasión de visitar, encontramos la solemne e impresionante iglesia de Tarragona, que puede decirse que representa el más hermoso momento del desarrollo arquitectónico, en ese periodo que precede al gótico puro y sin mezclas, antes de que empiecen a surgir las tendencias verdaderamente catalanas en la arquitectura. Cuenta Orderico que a principios del siglo XII, en el mismo emplazamiento de la catedral habían crecido numerosos robles y hayas, pues habiendo sido la ciudad desalojada por las matanzas y expulsiones bajo las armas de los sarracenos, dentro del cercado cundió esta vegetación. Luego los catalanes, con su peculiar energía pusieron manos a la obra de reconstruir la catedral en lo alto de la colina que se alzaba al final de una calle empinada, y esa masa enorme de fábrica de granito constituye aún hoy el punto de mayor interés en esta secular ciudad. Con sus detalles románicos y un aire en conjunto románico, tiene una abundancia ornamental que se clasificaría de fecha muy posterior. En substancia es la expresión de un precoz estilo ojival, que ya domina sus efectos y se define a sí mismo.

Aunque su exterior ofrece gran interés, hay que penetrar en ella (como ocurre en muchas iglesias catalanas) para darse plena cuenta de la belleza que ofrece. Encontramos por primera vez la penumbra característica de los templos catalanes, en la que es necesario acostumbrar durante unos minutos la vista para que los ojos se adapten a la clara contemplación. Aquí es donde empezamos a ver el vigoroso e ingenioso espíritu catalán aplicado a la arquitectura. Éste era el ideal de los arquitectos del gótico francés: realizar una bella estructura cristalina sostenida científicamente sobre botareles y machones. Así lo comprobamos en León, que es la expresión más acabada de la idea del gótico francés, el logro de ese ideal de realización gótica francesa que fue intentado en Beauvais, pero que no pudo ser allí terminado[167]. A lo largo del ábside, del crucero y de la nave, los vitrales coloreados recorren toda la parte alta que corresponde al triforio. Nos hallamos en un inmenso recinto que tiene tres series superpuestas de ventanales polícromos. Afortunadamente en León ha sido posible conservar este sistema de muros translúcidos, gracias a su clima norteño, mejor que en otros puntos de España; pero ya un poco más al sur, en Avila, por ejemplo, se tuvieron que llenar algunos de los espacios de las cristalerías con paredes lisas, matando así algunas de las vidrieras superfluas, propias del gótico francés. Ahora bien, en Tarragona, los catalanes instituyeron el problema de la luz, ya en tan inicial periodo, acertando a dar en medio de una atmósfera de claridad meridional, con la penumbra más propicia. Las ventanas son por lo regular pequeñas y de cristales muy coloreados. Cuando la ventana es grande, y como en el rosetón, el trazado es muy grueso, los fragmentos de cristal quedan muy reducidos y tintos en colores densos. También algunas aberturas circulares tienen la obra de moldura más estrecha en el centro, de suerte que el cristal hace el efecto de ser mayor de lo que es, visto desde dentro o desde fuera, pues está sostenido por la parte más estrecha, en medio del espesor del muro[168].

Por más que la catedral de Tarragona sea un gran templo construido de una manera amplia y aunque sea característicamente catalana, con la cúpula del crucero valientemente levantada sobre los arcos, las ideas específicamente catalanas del arte de construir no aparecen aún plenamente desarrolladas en ella. Más bien lo que nos impresiona son los detalles, por su novedad, ingenio y riqueza, y especialmente por la parte escultórica. La catedral de Tarragona, desde su período inicial

---

destreza de que su hijo da testimonio. El tomo en que se reúnen sus observaciones tiene algo del fresco encanto y de la intensidad sugestiva de un libro de aventuras nómadas. Merece, indudablemente, una esmerada reedición.*

* Los deseos de Ellis se cumplieron: George Edmund Street: *Some Account of Gothic Architecture in Spain*. Edited by Georgiana Goddard King. Vol. I. London 1914. (Nota del editor digital.)

167 En la práctica, la catedral de León pudo levantarse gracias a la ligereza de la piedra empleada en la obra.

168 Refiriéndose Street a la notable anchura de la parte externa del muro, cuyas aberturas se achican hacia el centro, compara este sistema con las ventanas que se hacían en los tiempos primitivos de Inglaterra, cuando el cristal era una rareza. Es dudoso que exista analogía de causas. Por lo que hace a Tarragona, es seguro que se trata meramente de esfuerzos artísticos, hechos a manera de ensayo, para graduar la penumbra y los efectos lumínicos del interior, sobre todo si se tiene en cuenta que los catalanes, como los castellanos, por lo contrario que los arquitectos franceses, tendían a sacrificar el exterior para los resultados del recinto.

hasta su última época —con su claustro, que es con mucho el más interesante que existe de su tiempo— pertenece y da testimonio de las esculturas catalana, románica y gótica, y, ya grave, o elegante, ora delicada, o trivial, siempre es vigorosa e interesante, pues sobre todo responde al espíritu catalán, fecundo y realista. Siempre ha cundido el talento escultórico en esta tierra. En una colección arqueológica que hay junto a la catedral, se conservan notables fragmentos de escultura románica y aun posterior, donde se ven obras que perteneciendo a las postrimerías románicas, presentan, aunque floridas, un estilo valiente y de una decoración acertada. Y en la catedral, las obras de los escultores, si bien no siempre son una maravilla, no están nunca desprovistas de un sentimiento bellamente escultórico. Las hay exquisitas, y otras simplemente triviales; así resultan unas mariposas en mármol y las arañas del retablo. Algunas están llenas de humorismo, como una escena que hay en el claustro, en que se ve una solemne procesión de ratones que conducen alegremente a un gato marrullero que se hace el muerto sobre unas andas, y un poco más allá el felino aparece robustamente resucitado y atrapando a unos de sus incautos acompañantes, mientras los otros huyen despavoridos. Por todas partes hay figuras esculpidas: escenas serias o cómicas, frutas realistas y ramajes, a veces tan lozanos y perfectos como si fueran de ayer mismo, y cuando, terminada la visita, os dispongáis a salir, sentiréis que entonces el espíritu catalán se os vuelve a revelar tan variado y profuso como en Tarragona.

Ante la catedral de Barcelona, que fue comenzada a fines del siglo trece, y en su mayor parte construida durante los comienzos del siguiente, comprendemos que estamos por fin ante el desarrollo pleno del llamado arte catalán de transición[169]. Y digo “del llamado”, porque se nota que se realiza en Barcelona lo que vagamente puede antes percibirse de una manera imprecisa en Tarragona, es decir, que por lo que a los catalanes se refiere, la convergencia de elementos románicos con elementos góticos, no es el resultado de un cambio de moda, sino un sistema adoptado deliberadamente, y calculado con sumo cuidado para el logro de efectos arquitectónicos y artísticos bien definidos. Y la catedral de Barcelona no es como la de Tarragona un monumento simplemente interesante por los experimentos estéticos que abundan en ella y por el predominio de la labor sobresaliente de los escultores. Posee una belleza de esquema propia, una “personalidad” por así decirlo tan robusta y grata como pueda tenerla Notre Dame de París. Un templo de semejante originalidad supone el esfuerzo plasmador de un cerebro de maestro, y está dentro de lo posible que esta fuerza creadora fuese la de Jaime Fabre, arquitecto y constructor mallorquín de gran fama, a quien se confió la edificación de la basílica barcelonesa. Puede decirse que el genio de Fabre se movía dentro de los límites de una estricta catalanidad. No introdujo aportaciones extranjeras de espíritu ni de método, mas realizó el concepto catalán del templo, con una visión personal y una maestría en la ejecución, que nadie reveló antes que él; y comenzó a impulsar esos ideales estéticos que fueron luego triunfando hasta alcanzar la forma definitiva de la iglesia catalana.

Por su exterior la catedral de Barcelona no es imponente; menos si cabe que la de la de Tarragona, y está tan ceñida de otras edificaciones, que sólo se puede llegar a ella desde algunos puntos. Está inacabada, como la de Sevilla. En esta postergación del aspecto externo, la catedral de Barcelona se parece a muchas de las iglesias españolas, aun de las más bellas, y se aparta de los templos góticos del norte de Francia. Los arquitectos franceses, al igual que los antiguos alarifes griegos, parece que tenían un concepto del templo que lo hacía, cual delicada cofia, bella ante todo, para alojar dignamente el tesoro de una cabeza ideal. Los españoles, menos artistas, y más aferrados a su criterio, ponían su mayor empeño en el fin práctico de lo que debe ser la iglesia, y no perdían de vista que había de construirse para el feligrés al que se había de dar entrada en ella, teniendo en

---

169 Los primeros muros debieron ser los de la románica capilla de Santa Lucía. Desde ese estilo, hasta el gótico forzado del remate de la fachada principal y de la aguja que sostiene la colosal estatua de Santa Eulalia, colocada recientemente, la catedral de Barcelona pasa por muy desiguales labores. La última carece en absoluto de interés estético. No hay compenetración entre esa parte superior de la fachada y la grave emotividad de las altas naves. Un monumento así reclamaba algo más que un remate discreto. (Nota del traductor.)

menos todo lo que con éste no se relacionase. En Amiens, sin ser, ni de mucho, la iglesia gótica francesa mejor trazada, lo más grato es el paseo por el tejado. Sólo así puede uno percibir debidamente la exquisita belleza y la pulcritud de la obra; en tanto que el interior no guarda relación con este aspecto, y más bien es simple y desmantelado. No así en las iglesias españolas, donde la fachada poco tiene que mueva la contemplación, a no ser los pórticos.

Entrando en la catedral barcelonesa por la puerta occidental encontramos que es aún más oscura que la de Tarragona; acaso pueda decirse que es la más oscura de todas las grandes iglesias. Aquí se comprende lo mucho que sacrificaban los arquitectos del norte cuando planeaban sus templos yendo más allá de las mismas necesidades de luminosidad, permitiendo que la luz inundara el interior por todas partes. En la catedral de Barcelona la claridad se detiene en el límite mismo de la iluminación necesaria. No es preciso detenerse mucho a observar para caer en la cuenta de que se trata de una estructura deliberadamente prevista y bellamente rematada; con lo cual, además, antes que por la grandeza, por lo soberbio del plan, esta iglesia adquiere en todas sus proporciones el misterioso encanto, el variado juego de penumbras propio de los templos grandiosos.

La alegría espiritual, la gallarda aspiración, la lógica y la simetría de los monumentos góticos franceses, lo que constituye la fisonomía expresiva del pueblo que creara este estilo, al llegar a las iglesias de España, aun a las más genuinamente francesas, como Burgos y Toledo, se desvanece, y sólo logra conservarse netamente en la catedral de León. En la de Barcelona no se adivina el menor esfuerzo por retener esa fisonomía. El planeador de la obra escogió conscientemente la gravedad del espíritu románico para imprimirla a su creación, por ser éste el espíritu que de un modo más verdadero responde al sobrio y grave espíritu de España, y si recurrió a los métodos constructivos del gótico, lo hizo sólo para valerse de ellos por la virtud que le daban de elevar este efecto de gravedad y para prestar mayor misterio a la sombría y maciza robustez del conjunto. Aunque no hay extravagancia en nada, se ve en todo la audacia nacida de una oculta sobriedad. Se trata de una construcción que en todos sus aspectos resulta sencilla, amplia y armónica. Los arcos superiores de la nave son de medio punto, los inferiores de las naves laterales son ojivales, los ventanales están ligeramente apuntados, y se forman haces de columnillas. La fábrica es de gran anchura entre los apoyos —característica que había de tener gran importancia en las iglesias catalanas— y las capillas laterales se hallan situadas, a la manera catalana, entre los arbotantes, que están en la parte interior del edificio. El transepto no tiene importancia. El triforio es angosto, con ventanas redondas y relativamente pequeñas, y circunda la nave y continúa en torno al altar mayor. Hay un deambulatorio, lo cual es un adelanto sobre la catedral de Tarragona, donde es imposible dar la vuelta a la capilla mayor, y a este lado oriental de la iglesia hay grandes ventanas superiores y otras pequeñas, debajo. Delante de la capilla o altar mayor hay algo que constituye un aspecto muy impresionante de este templo, y es una amplia escalinata que desciende hasta una verja de hierro que es la entrada de la cripta, lugar muy venerado por contener la urna de las reliquias de Santa Eulalia, patrona de la ciudad.

Tales son, pobremente descritos, los caracteres de esta grave iglesia, pero su encanto supremo es el de los efectos de luz, color y sombras. La nave, en su parte central es oscura, pues sus ventanas son estrechas y opacas. Las ventanas de la parte del crucero, aunque pequeñas y redondas dan algo más de paso a la luz, y al fondo, el ábside, con sus grandes ventanales y las ventanas pequeñas que hay debajo de los mismos, puede decirse que se halla relativamente inundado de cierta claridad. Tal es la gradación de luz normal en este recinto, si bien con el curso del sol los efectos son deliciosamente cambiantes. Al atardecer, por ejemplo, el sol se filtra directamente por las ventanas del lado de poniente, la nave se ilumina un poco más que el altar mayor y las vidrieras de dichas ventanas proyectan sus colores sobre los muros, estribos y bóvedas. Muchos de los vitrales son antiguos, y aun los de reciente fabricación no molestan, como ocurre por lo general en otras iglesias de España y de todas partes. No sólo se da uno cuenta del alto valor estético de los ventanales como cuadros cromáticos, y del encanto que seducía a los arquitectos góticos del norte de Francia, sino también del exquisito tacto necesario para obtener un resultado tan evidente y perfecto en los

vitrales. En esta iglesia tan oscura las ventanas adquieren una presencia lumínica extraordinaria rodeando la densa penumbra, precisamente porque los vidrios no dejan pasar más luz que la necesaria para alumbrar, de manera que a no estar tan bien dispuestas sus proporciones, quedaría destruido todo el encanto. Son tal como deben ser, y aportan su propuesto hechizo a uno de los templos cristianos más hermosos y mejor concebidos.

III

Para estudiar las iglesias catalanas en su último y total estado de desarrollo, nada mejor que trasladarse a la vetusta ciudad de Gerona. Es una ciudad digna de visitarse por todo concepto, pues se halla dispuesta bella y pintorescamente en país montuoso, irregularmente tendida en sus pendientes. La nota dominante es de una vigorosa, petrificada suntuosidad. Sus antiguos moradores debieron entregarse con empeño a sacar partido de la disposición de la ciudad para dar realce a los efectos de grandiosidad que tanto les gustaba. Resulta sumamente característica la amplia gradería de cien peldaños, a tramos y con balaustres, que conduce a la puerta del lado norte de la catedral. También se da este caso en San Feliú, pues mientras un lado de la iglesia tiene sus umbrales al nivel del suelo, el otro da a unas largas escaleras que bajan a otra calle. Este amor a lo imponente, a los efectos excesivos, propio de los gerundenses, ha valido un lugar característico en la historia del arte a su arquitectura.

La historia de la edificación de la catedral de Gerona difiere grandemente de la de los monumentos antiguos en general. El ábside fue construido lo primero, a comienzos del siglo catorce, por arquitectos narboneses, los cuales siguieron el modelo de la catedral de Barcelona. Sin duda se pensó construir el resto del edificio de acuerdo también con tan admirable patrón. Pero, a principios del siglo quince la iglesia no se había terminado aún, y entonces fue cuando a Guillermo Bofill, arquitecto designado por las autoridades eclesiásticas, se le ocurrió una nueva y aventurada idea. ¿Por qué no adaptar al hermoso ábside ya existente, una iglesia de una sola nave, bien amplia, sin interrupciones, sostenida sobre los botareles internos; ya admitidos en la arquitectura catalana? Esta idea había ya sido realizada en más reducidas proporciones en el centro arquitectónico, afín al catalán, de Aquitania, pues la catedral de Albi, comenzada en 1282, y terminada en 1476, consiste en un solo cuerpo o nave de cincuenta y cinco pies de anchura, con los estribos al interior: una iglesia francesa, según observa Fergusson, inspirada en principios diametralmente opuestos a los considerados como esenciales de este estilo. Esta tendencia comenzó, sin duda alguna, en Aquitania; pero tan íntimamente relacionada está Cataluña con este centro, que apenas podríamos decir con Fergusson que "adoptaba haciéndolos suyos" motivos arquitectónicos que tan natural y gradualmente se iban desarrollando en su propia arquitectura. El cabildo de Gerona tuvo sus dudas; pero no se sintieron dispuestos a rechazar el proyecto, por atrevido que pareciera. Antes bien, es de presumir que les inclinase a aprobarlo la reducción de gastos que ello suponía. Lo que hicieron fue, en realidad, obrar con prudencia, sometiendo algunos reparos a los principales alarifes catalanes y de la vecina región francesa. Como era de esperar, los peritos expusieron muy variadas opiniones; pero los más se declararon partidarios de lo que parecía más seguro, es decir, del antiguo plan de una nave con navecillas laterales, según el proyecto del primer arquitecto. Pero una considerable minoría, especialmente la de los arquitectos de Narbona y Perpiñán, defendían el proyecto de Bofill que encontraban fundado en su propia experiencia, y declararon que una sola nave, sin naves laterales, daría por resultado un templo mucho más solemne, más hermoso, de mejores proporciones y de presupuesto más económico. El cabildo, en consecuencia, optó por la segunda opinión, y ello fue dotar a su ciudad de "la iglesia ojival de más amplia bóveda que existe en la cristiandad". Se tardaron dos siglos en culminar la obra. La anchura exacta es de setenta y tres pies, casi el doble de lo acostumbrado en las catedrales francesas e inglesas.

La catedral de Gerona fue un alarde espléndido y triunfante, que continúa siendo único. El cambio de plan, las alteraciones del largo tiempo empleado en la construcción, y muchas tentativas o ideas mal planeadas en detalles de importancia (tales como la anchura excesiva de algunas

ventanas, actualmente cegadas con piedras para dar la penumbra adecuada al interior), son causa de que no pueda considerarse como un templo absolutamente perfecto. No da, como la catedral de Barcelona, la sensación de tener impresa la huella de una inteligencia sola, atrevida, pero intuitiva y consciente. No obstante produce una honda impresión.

Igualmente impresiona la catedral de Palma, que es también muy vasta y tiene con ésta bastante semejanza, aunque consta de naves laterales separadas por pilares hexagonales, que no estorban a la visualidad. Es sin duda más impresionante que la de Gerona, pues no tiene el gran coro central de otros templos que impide abarcar de golpe la emoción de amplitud y grandeza que los catalanes han acertado de tan bella manera dar a sus iglesias. En esta solemne y sugestiva catedral, no obstante algunas equivocaciones, que parecerían profanación de no tener en cuenta el fervor con que los mallorquines han intentado ciertos remozamientos, adivinamos también el ideal que los catalanes han perseguido a lo largo de los siglos, de levantar un vasto y noble edificio que diera acogida en su amplio recinto a todos los feligreses, para que, dentro, nadie dejara de ver ni de oír en las ceremonias. No se ve desde el interior señal alguna del transepto, pero en el exterior hay, al lado norte, una torre cuadrada sobre el transepto a la manera de la de Exeter. Esta iglesia resulta más luminosa que las de Cataluña, a pesar de que todas las ventanas grandes han sido rellenadas, dejando sólo pequeños tragaluces cuadrados o redondos con cristal liso. No hay verdadero ábside, sino tres capillas al lado este, de las cuales, la central (Capilla Real), que es la parte más antigua del edificio, tiene un pequeño ábside, bien iluminado desde lo alto y de encantador efecto[170].

Y si queremos encontrar la iglesia catalana en su forma más plena y lograda, aunque no más grandiosa, hemos de trasladarnos otra vez a Barcelona y visitar la iglesia de Santa María del Pino, del siglo XV. He aquí el perfecto tipo de iglesia catalana, amplia y sin naves laterales. La llena una semiluz, opaca, que se filtra por unos verticales ventanales del tipo de los del claristorio, algunos de los cuales son preciosos, como también lo es el gran rosetón orientado al oeste por donde entra la luz coloreada; y los pilares, interiores, forman separaciones entre las que se levantan las capillas laterales. El centro de la nave no está interrumpido por los muros de un coro, como en la catedral, así es que el altar mayor se ve perfectamente de todos lados. Todo el interior es bellamente sencillo y perfecto; las bóvedas son altas y más bien estrechas, casi como del primer estilo inglés; apenas hay detalles decorativos ni ornamentales, a no ser las claves de las bóvedas, en el cruce de los nervios, que son grandes, pero no molestan.

Al hallarnos en la inmensa catedral de Gerona o en este templo más pequeño pero más perfecto de Santa María del Pino, comprendemos la idea que impulsó a los catalanes, durante tres siglos, en su larga evolución arquitectónica. Siempre se han mantenido entre las dos grandes fuentes de inspiración de la arquitectura: Roma y el gótico del norte de Francia. Teniendo una natural tendencia hacia ambos estilos, pero casi dominados por la corriente gótica, a la cual se vieron tan expuestos, los catalanes llegaron poco a poco a expresar, dentro del ritmo gótico, su no menos imperativo impulso meridional. Fueron plasmando su firme entereza y su simplicidad, su amplitud y su energía, procediendo con bella economía en la aplicación de los elementos para sus fines prácticos. Como quiera que poseían una gran audacia para la construcción, unida a una latente sobriedad que les preservaba de caer en nada que fuese incoherencia extravagante, salieron airosos en la empresa de modelar con elementos diversos, un estilo bello y deliberadamente mixto, que es expresión elocuente de sus cualidades y temperamento. La antigua basílica romana siguió siendo un ideal que ellos entreveían por si mismos; y poco a poco fueron abriéndose camino hacia él. En la tierra limítrofe de las arquitecturas románica y gótica, los catalanes realizaron la armonía de las complejas influencias fronterizas, creando lo que podemos llamar basílica gótico-románica, consistente en un recinto vastísimo, sin naves laterales, con los contrafuertes al interior, que es en suma uno de los más adecuados y hermosos modelos de templo cristiano del mundo.

---

170 No se sabe a punto fijo quién trazó el plano. Pedro Morey, escultor y arquitecto que murió en 1394, es el autor de la Puerta del Mirador. Desde 1420 dirigió las obras el maestro Guillermo Sagrera, cuya es la iglesia de Perpiñán. (Nota del Traductor.)

IV

Santa María del Mar no entra en un esquema de la evolución de la arquitectura religiosa catalana, porque no señala fase alguna de su desarrollo, ni ofrece el menor carácter de monumento de este tipo en ninguno de sus aspectos de perfección. Aunque grande, no es el más monumental de los templos catalanes, ni el más audaz, ni el más exquisito. No obstante, puede considerarse el más característico, el más representativo de un estilo en el momento de mayor energía arquitectónica; el más rico de elementos combinados que tienden a la prosecución de dicho estilo. Es, aparte estas consideraciones, la iglesia que conserva con mayor pureza su carácter de gran foco de la devoción popular. Se levanta algo apartada del mayor núcleo de la Barcelona comercial[171] y, como de antiguo, se halla en medio de un barrio democrático, próximo al mar y junto a una gran plaza donde el pueblo hace mercado. Se levanta en este lugar reposadamente, con la belleza contenida de su pórtico occidental y con la austera belleza de sus largos muros, en medio de los puestos y barracas que se adosan al pie de los mismos, y es todavía la iglesia de la gente de mar y de los pequeños comerciantes, de la población humilde, en suma, que forma un continuo río que entra y sale por sus puertas.

Santa María del Mar parece estar construida desde su origen para lo que en realidad es aún: la gran parroquia de un activo puerto de mar. Para las exigencias oficiales y para la gente acomodada se levantó la catedral en el corazón de la ciudad; para los hijos del puerto, para los trabajadores de los muelles, para las vendedoras del mercado —que procuran por éstos— se elevaba, en su barrio Santa María del Mar. Ambas iglesias, con su finalidad abiertamente distinta y con sus diferencias de pormenor y aun de estructura, fueron edificadas casi en su totalidad al mismo tiempo, o sea a principios del siglo catorce, por más que la catedral fuese comenzada antes, y el arquitecto de una y otra fuera, según opina Street, con gran probabilidad el mallorquín Jaime Fabre.

En su aspecto externo Santa María del Mar tiene en alto grado la noble simplicidad que constituye el ideal de la arquitectura catalana, y contrasta con la libre extravagancia de los detalles escultóricos que en los claustros de Tarragona y Gerona, y en muchas puertas de templos, el genio catalán gustaba de poner. Por su simplicidad exterior, unidad de plan, y parquedad de elementos ornamentales, Santa María del Mar tiene una rara y distintiva belleza.

Por su estructura interior recuerda mucho la catedral de Palma. No es tan vasta, ni llega a la luminosidad de ésta, pero responde al mismo concepto, y tiene naves laterales que descansan sobre iguales pilastras hexagonales. Si, en efecto, la catedral de Palma fue ingeniada por Fabre —el cual parece que poseyó en alto grado esa prodigiosa energía característica de las grandes figuras españolas—, puede creerse sin dificultad que él mismo fue el alarife de Santa María del Mar. Acaso lo principal de la belleza de este templo estribe en sus vitrales, distinguiéndose en esto de la catedral de Palma, pero semejándose en ello a la de Barcelona. La luz nunca es intensa, pero la iglesia está llena de vidrieras, a menudo en tres niveles, en su mayoría con abundante tracería, de gruesos cristales de ricos colores que no dejan pasar una luz excesiva y cambiante, siempre brillantes como joyas en la penumbra de la iglesia. Parece que nunca se han visto vidrieras de iglesias hasta que se visita a España.

Pero el principal encanto de Santa María del Mar radica en que concentra la devoción popular. La especial destreza del arquitecto, el genio español para el rito, la piedad familiar de hombres, mujeres y niños, que les hace considerarse en la iglesia como en su propio hogar, son otros tantos elementos aunados para hacer de Santa María del Mar un lugar de donde uno no acierta a irse, donde se permanecería indefinidamente. En otras partes puede el temperamento catalán manifestar su energía de una manera más avanzada, en los campos del pensamiento y de la actividad material; pero aquí se conserva todavía un rincón de aquella Barcelona que amaba Cervantes, gloria del extranjero, asilo del pobre. Es más; el mero hecho de permanecer en un templo tan cabal y adecuado a las necesidades espirituales que es su fin cobijar, constituye por sí solo un acto de

171 El desarrollo comercial de la ciudad se siente hoy también en ese barrio. (Nota del traductor.)

meditación y piedad. Porque la piedad es una forma natural de energía humana, la satisfacción de una necesidad del hombre, cuyos aspectos pueden sufrir cambios con los años, pero que tiene una esencia inmutable. Y cuando en Santa María del Mar los ventanales brillan mientras mengua la tarde y las niñas cantan, con sus voces claras y agudas, en el coro del lado de poniente, se siente uno tan en medio de las manifestaciones esenciales de la vida, como al entrar en el mercado vecino a la iglesia, donde como en un democrático palacio de movimiento y alegría, se apilan las frutas a los lados, formando sinfonías de color, al par que dos mujeres cantan, a lo mejor, en medio, acompañadas de un mendicante violín.

XI
Los jardines de Granada

I

¿Qué alcance tiene la influencia mora en el desarrollo de la vida española? ¿Llegó a tomar el moro, según parece proclamarlo todavía algo de las costumbres y los rasgos del pueblo español, parte esencial en ese desarrollo? ¿Fue por lo contrario, según se desprende de las ancestrales luchas religiosas y políticas, un elemento extraño y hostil? He aquí una cuestión que divide, no sólo en la Península, sino aun más en el extranjero, las opiniones hasta el extremo del apasionamiento.

Creo, por mi parte, llegar a demostrar con absoluta probidad a quienes me hayan seguido en las anteriores observaciones sobre el alma española, que no es posible concebir al moro, a pesar de sus divergencias con los cristianos de la Península, sino como componente de lo que entendemos por España. Siempre fueron grandes los puntos de contacto que tuvieron ambos pueblos por su origen y por su cultura. Fue la religión lo que los desfiguró mutuamente, pues la religión acostumbraba llevar la espada en la mano. Calderón, y como él otros poetas y dramaturgos españoles suelen presentar a un caballero moro lo mismo que a los cristianos, con la sola diferencia de que éstos invocan a Cristo en vez de pronunciar el nombre de Alá. Se trata de algo más significativo que una mera licencia poética, pues ello tiene una positiva realidad. Los moros aprendieron mucho de los españoles, y a su vez les enseñaron mucho también. En el periodo de más vigoroso desarrollo nacional, moros y cristianos estuvieron compitiendo artística y científicamente, como en un juego de arrojarse el uno al otro la pelota. El moro, en general se mostraba jugador más avisado y agudo, en ciertos aspectos, pues siempre el inmigrante despliega mayor intensidad de cualidades raciales que el pueblo acomodado a su propio suelo. Pero aunque el cristiano y el moro no convinieron en alianza, y por más que el segundo no pudiera competir con el primero en fuerza, como éste no podía rivalizar en refinamiento con aquél, contribuyeron uno y otro por igual a la obra de la civilización nacional. Aun en la edad de oro de España, el moro ya expulsado y el mismo judío perseguido colaboraron en aquel esplendor.

Una aclaración muy importante sobre la cuestión de la influencia mutua entre cristianos y moros, se halla en la mujer de la España mora, la cual gozaba de una libertad que no sospechaban las mujeres del oriente islámico y de África, y aun solía descollar por sus obras literarias y de diverso género. El eminente escritor arabista Simonet en su interesante estudio *La Mujer Arabigo-Hispana*, habla de la penetrante influencia de la mujer cristiana, que era preferida con frecuencia a la mora por esposa, y así podía exigir condiciones matrimoniales ventajosísimas. Muchas de las mujeres moras de mayor alcurnia eran descendientes de cristianas españolas. Esas mujeres moras, aparte el mayor ascendiente que sobre los moros ejercían sus hermanas cristianas, jugaban en la vida un papel mucho más brillante.

Así como en religión había una mutua influencia —el neoplatonismo cristiano se había convertido en sufismo, y de los sufíes pasó por Raimundo Lulio otra vez al cristianismo—, así también se ejercía un intercambio en las artes, especialmente en la arquitectura. Y mientras unos dicen que los moros carecían de ideas propias como alarifes, y que todas sus construcciones eran falsas, otros afirman que los cristianos no hubieran sido capaces de levantar un monumento sin la aportación de la arquitectura de los moros, consumados y virtuosos constructores. Unos y otros dicen verdad. La historia del arco de herradura, por ejemplo, nos da la muestra de cuán íntimamente colaboraron conquistadores e indígenas en una obra común. El arco de herradura, en un principio, mejor dicho, en su forma elemental, no era moro, puesto que ya existía en Oriente antes de la

aparición del mahometismo. Lo introdujeron en España los visigodos, cuya interesante civilización, sobrado desconocida aún, era, lo mismo que la de los moros, de origen bizantino. Los moros, al irrumpir en la Península Ibérica se encontraron ya con el arco de herradura, y lo adoptaron, lo exageraron, le fueron dando gracia con su fantasía. Al adoptarlo los cristianos, tomado de los moros, no hacían sino recobrar lo que ya tenía en ellos tradición[172].

Viendo, pues, que tanto se deben los unos a los otros, resulta pueril mostrarse partidista. Semejante actitud sólo da a entender un inicial desconocimiento de los orígenes comunes y las semejanzas fundamentales que se descubren en la obra de los moros y en la de los cristianos. El plateresco cristiano es en algunos casos labor tan delicada, o más, que la de los artífices musulmanes, y el churrigueresco deja en cierto modo atrás la fantasía del árabe, aunque por otra parte, el moro no pierde nunca la simplicidad que le resguarda de lo inelegante e inarmónico. No faltan insatisfechos que han estudiado la arquitectura mora y la han encontrado falta de leyes, inestable y contraria a los principios la verdadera edificación[173]. Sin embargo, sabemos por las crónicas que las catedrales góticas con frecuencia se hundían, a veces apenas levantadas, en tanto que la frágil Alhambra, cualesquiera que sean sus principios básicos constructivos, se yergue retadora por encima de los desafueros y del abandono de que ha sido objeto, y ahora la vemos convertida en venerada reliquia, después de haber sido residencia de Carlos V. No es cierto que los moros todo lo sacrificasen a la trivialidad y fantasía del detalle. Para convencerse del sentido grave y ponderado de que eran capaces, basta señalar el Salón de Embajadores de Granada, donde todos los pormenores aparecen supeditados al efecto conjunto. La Sinagoga del Tránsito en Toledo, con su larga y bella nave admirablemente iluminada por unas deliciosas ventanas altas, es otro ejemplo de tradición mora, aunque no domine en ella la exquisitez de los detalles, y viene a comprobar que el Salón de Embajadores no fue una casualidad aislada. Moros y cristianos se completaban en un intercambio de cualidades, en el fondo comunes. Sin embargo, en lo más distante de sus manifestaciones unos y otros se revelan aislados, independientes y llenos de afirmación. Así, en la catedral de Toledo no es posible descubrir el más remoto vestigio musulmán; en tanto que en la Alhambra no se sorprende la menor huella cristiana.

II

El amante de España visitará siempre a Granada con una mezcla de extrañas emociones. Para muchos de nosotros, Granada ha sido desde la infancia una palabra mágica. El Cid, Puerta Elvira, Bibarrambla, Boabdil el desdichado, que pasó por el trance de salir del último y más bello lugar de los reinos de la civilización mora: todo eso había llenado esa ciudad desde nuestra infancia, de maravillas que nos la hacían incomparable.

Pero la misma belleza y poderío de Granada fueron parte principal a labrar su ruina. Por tres maneras se ha realizado esta acción implacable: primero, por la dura prueba de las luchas y el sitio con que los cristianos se dieron a conquistarla, a causa de su fortaleza y posición. Mallorca, Córdoba, Sevilla, todos los grandes emporios de la civilización mora fueron cayendo con relativa rapidez a principios del siglo XIII. Fueron tomadas esas plazas en tiempos en que tanto por parte de unos como de otros había cierta tolerancia y respetuoso trato. Así es que para rendirlas no se exacerbó ningún instinto de furia destructora, en muchas de ellas el espíritu moro sobrevive en ciertos matices. Pero a fines del siglo XV se habían agriado las relaciones en ambos campos. Para los moros se trataba de una guerra a muerte; para los cristianos del acabamiento de una obra de reconquista que había costado ocho siglos de lucha. Además se había ya implantado la inquisición, y todo ello hizo que la ciudad caída sufriera un golpe terrible que la desfiguró para siempre. Los

172 Gómez Moreno ("Excursión a través del Arco de Herradura" en *Cultura Española*, vol. III, 1906, pág. 785) tiene un interesante artículo ilustrado sobre la historia primitiva del arco de herradura. Véase también "Visigothic Art", por L. Higgin, en *Fortnightly Review*, mayo de 1907.

173 Este punto de vista de lo fantástico y deleznable de la arquitectura mora, está bien expuesto en un interesante, pero parcial, artículo de L, March Phillips, titulado "The Arab in Architecture", *Contemporary Review*, mayo de 1907.

conquistadores quisieron más tarde reconstruir lo que había sido destruido, pero a la sazón el arte cristiano había llegado a un período de gran decadencia. En el aspecto cristiano Granada es una de las ciudades españolas que ofrecen menos interés. Solamente en el sepulcro del Gran Capitán, en la iglesia de San Jerónimo, es posible evocar la grandeza a que llegó en un tiempo España.

Aun había de sufrir Granada otra invasión. Cuando la guerra peninsular contra los franceses, los ingleses que fueron a España como aliados, cayeron en la cuenta de lo que era Granada; para ellos se trataba de un descubrimiento. El duque de Wellington llegó e hizo plantar árboles y arreglar los jardines a la manera inglesa, y aquello se convirtió en un valle poblado de ruiseñores, pero que ni tiene verdadero carácter español ni moro. Luego llegó Washington Irving, un Wellington espiritual y conquistó Granada para la literatura, así como más tarde Regnault la consagró para el arte pictórico. Por entonces los españoles se habían ya percatado de los tesoros que tenían en la Alhambra; echaron a los vagabundos y a las lavanderas que se habían albergado en ella, y comenzaron una lenta obra de restauración que todavía sigue. Actualmente por Granada desfila una continua procesión de turistas ingleses, americanos, franceses y alemanes. El carácter español se ha adaptado a esta realidad. Ésta es la única ciudad española donde el turismo halla obstrucciones más o menos molestas a causa de la pequeña explotación. Hasta los muchachos le piden al extranjero unas monedas por la calle, vicio este que en otras ciudades españolas sería reprimido[174]. La Alhambra, joya suma del arte moro, se ha convertido en un lugar expositivo, en un museo celosamente cuidado. Cada año presenta nuevos remozamientos, y aunque las restauraciones se hacen con el mayor respeto, no siempre es grato ver lo nuevo al lado de lo antiguo, pues ello da una sensación de rejuvenecimiento artificial.

Otra causa importante de la ruina vital de Granada ha sido la falta de actividad, pues ha venido siendo ciudad muerta, y aún apenas existe sino para el turista curioso. En los últimos años ha empezado a sentir cierto latido de vida industrial y manufacturera, lo cual ha tenido por consecuencia el que la vida municipal también adquiera alguna energía. Una discreta actividad burguesa, que contrasta bastante con lo tradicional, se manifiesta ahora en las calles, dejando en olvido el pintoresco y característico barrio del Albaicín, al paso que se han hecho mil intentos de modernización de la ciudad. Se derruyó una gran parte y se abrió una vía que aspira a bulevar central. Difícil sería no echar de ver que la actividad industrial de Granada está en manos ajenas. En efecto, la población granadina es actualmente en gran parte procedente de Galicia y Cataluña, y como Oláriz observa, nada tiene que ver con lo típico andaluz.

A causa de estos diversos elementos, el visitante no acaba de darse cuenta de que se halla en Granada. Para ello tiene que subir al alcázar y fortaleza mora, y refugiarse allí en la Alhambra. Para hacer esta ascensión puede valerse del tranvía eléctrico que está hoy día funcionando. Nada puede ensombrecer la belleza de estos patios y salas. La más frágil y delicada arquitectura del mundo ha sobrevivido aquí a todas las convulsiones que han castigado a España. Es un raro placer el pasear por estos recintos y corredores, pues en todo ello se percibe el eco de una de las civilizaciones más refinadas. Todos hallan algo que les llama de una manera especial la atención. Yo, por mi parte, me deleito sobre todo en contemplar los leones bizantinos que están de pie formando un círculo en medio del patio. La fotografía no puede hacer justicia a estos bellos animales de piedra, prototipo de un arte deliberadamente convencional, pero que dista mucho de lo grotesco o extravagante. Son del todo irreales, y poseen, no obstante, vida propia. Tienen la cabeza redondeada y achatada; sus ventanas nasales son semicírculos, sus ojos unas simples hendeduras dobles, sus orejas medios círculos armoniosos, su melena está rizada en volutas simétricas; sus patas, algo cuadradas y rectas; el cuerpo algo caído hacia la cola, y ésta pasa por entre las patas traseras y va a formar una curva al flanco izquierdo. Son deliberadamente convencionales hasta el extremo, pero al mismo tiempo conservan la robustez y el vigor propio de los animales vivos, fortaleza que les da naturalidad en su función de sostener cada uno un pilar que a su vez da apoyo a la gran taza del surtidor, y echar por

174 El municipio ha prohibido la mendicidad en las calles de Granada (como ya lo estaba en Sevilla y en San Sebastián, por ejemplo), y se han dispuesto para los pobres sin hogar refugios a extramuros.

la boca un chorro largo de agua. Siendo bizantinos en su concepción, se adaptan a maravilla al estilo tan convencional de la arquitectura mora.

III

Conforme se va conociendo y comprendiendo a Granada, uno ve que hay otros lugares y aspectos que llaman la atención y que empiezan a causar una impresión agradable. Según pasa el tiempo, la parte ingrata de la ciudad va quedando en segundo término, y Granada acaba por ser, por encima de todo, la ciudad de los jardines y los juegos de agua. Ello es, como la misma Alhambra, resto de la civilización mora. Dondequiera que los moros sentaron sus reales, han dejado una perenne frescura de fuentes y florestas. Ningún lugar de Córdoba, por ejemplo, se evoca con tan grata insistencia como el célebre “Patio de los naranjos”, de la Catedral[175], adonde acuden las mujeres por agua, y el prestigioso, solitario jardín del ruinoso Alcázar. Los cristianos que se apresuraron a borrar de Granada la civilización mora, respetaron no obstante los jardines, aunque en forma desdeñosa o descuidada. Así es que va uno por las calles de la población, levantada a la vera de dos ríos, y no deja de oír el continuo murmullo del agua, ni de ver tanta abundancia de caudales corrientes como fluyen en esta ciudad sin rival por la abundancia y hermosura de sus jardines.

En Málaga, tierra próxima y de perpetuo verano, apenas si se puede decir que haya un parque público[176], y en la misma Córdoba mora los jardines escasean. Pero aquí, donde la influencia mora fue más persistente, acabó por triunfar en este aspecto. La frondosa alameda de la Alhambra, al estilo inglés, y el paseo al borde del Darro, a la manera española, son lugares relativamente modernos y admirables cada cual por su estilo. Hay en la colina de la Alhambra un jardín más típicamente moro, el de los Adarves. Este retiro enverjado, con una puerta de planchas de hierro que lo separa del mundo, aunque tiene como casi todos los jardines de Granada una vista espléndida sobre el llano al que sirven de fondo las montañas encapotadas de nieve, bien pudo haber sido la morada de un sufí, sitio ideal para una vida entregada a la filosofía y de meditación sobre los problemas del universo.

De vez en cuando se encuentra uno en Granada en jardines moros, o fragmentos de esa jardinería, al parecer intactos. Los jardines moros granadinos más admirables son los del Generalife —jardín de verano de las princesas moras, en la parte alta, hacia la Silla del Moro—, y ellos son el lugar más delicioso de Granada, pues en medio de su profusa y descuidada amenidad se olvida uno de que se halla en un lugar de exhibición como un museo, sensación que agobia a veces al visitante en los patios de la Alhambra. Las construcciones del Generalife son mucho más reducidas que las de la Alhambra, y si bien sus interiores han sufrido grandes desperfectos con el tiempo, el conjunto está ahora cuidado con cierto interés, de respeto al aspecto abandonado de las mismas. Se sube por un delicioso camino que parte de la Alhambra al Generalife; éste se halla más alto, y se va por jardines escalonados como terrazas en una extensión relativamente pequeña; pero es tal la disposición decorativa de todos los elementos, que uno se pasea largamente por este paraíso hallando constantes y sorprendentes aspectos.

El moro —al contrario que el cristiano español que buscaba lo amplio, lo misterioso, lo mayestático— se enamoraba de las cosas pequeñas y delicadas. Pudo haber dicho con Cowley “I

175 Aun más grato debió de ser el efecto de este patio cuando la Mezquita se abría enteramente de este lado, antes de ser convertida en templo cristiano. Y me refiero especialmente a este detalle de la Mezquita, porque se me figura que en general se ha dado una importancia literaria excesiva a este monumento, aunque tiene gran interés. Difícilmente se despoja el turista de las previas ideas que sobre la Mezquita le hizo concebir la entusiasta literatura que cunde sobre la misma. Córdoba es una gran ciudad y tiene una historia gloriosa; su Mezquita es sumamente importante como monumento de transición donde estudiar las evoluciones del arte moro, que entonces se hallaba influido por el cristiano, lleno de sabor visigodo, y de este estilo se valían en gran parte por entonces los alarifes musulmanes de la Península. Pero si bien ofrece este monumento grandes bellezas de detalle, en conjunto, no es tan grande su valor estético como se ha pretendido. Es curioso el hecho de que un cordobés como Valera, no manifestase gran admiración por la Mezquita.

176 Ahora hay uno magnifico al lado del muelle y camino de la Caleta. (Nota del traductor.)

love littleness almost in all things: a little convenient estate, a little cheerful house, a little company and a very little feast": Amo todo lo pequeño, una pequeña y suficiente hacienda, una casita risueña, una linda compañía y una mesa bien sencilla." En esto los moros daban muestra de su arte y sabia comprensión de la vida íntima. El primer recinto en que se entra es el más amplio del Generalife. Se halla uno en seguida, en un patio encantador, lleno de árboles y flores; una copia, se diría, del "Patio de los arrayanes" de la Alhambra, en pequeño. Un tramo de gradería nos lleva a otro patio más reducido todavía, que recuerda el de la Reja. Aquí hay un altísimo y centenario ciprés. Más arriba hay ocho terrazas, a las que se sube por unos tramos de ladrillo y piedra; son cinco y todas tienen grupos y rincones de jardinería de distinto carácter, con abundantes fuentes y divisiones que contribuyen a causar la ilusión de que el lugar es mucho más amplio de lo que es en realidad; pero no cortan nunca el paso esos muros, y están todos vestidos de suntuoso verdor. La senda que conduce desde el terraplén inferior hasta el último, que es único, no tiene mezcla de estilo que no sea puramente moro. Consiste en breves tramos de gradillas de ladrillo, cada uno de los cuales da a un rellano circular con dos balaustradas y una calzada de guijarros que forman dibujos de arabesco, y en el centro un surtidor, en tanto que corre el agua por una canal de tejas invertidas que hay a los lados, sobre el pretil. Por lo general las plantas están cuidadas en la forma usual en todas partes: simétricos macizos de flores y arbustos podados en planos horizontales y verticales. Es un continuo murmullo de agua, y los domingos, no son sólo los surtidores ordinarios los que funcionan, sino que por todas partes hay profusión de brotes de agua formando diversos juegos, y corren los arroyuelos en todas direcciones. Aquí se comprenden aún mejor los ideales del moro y su exquisito gusto por los refinamientos de la vida replegada e íntima: amor al aire puro, al agua siempre presente, y a los ambientes recogidos y cerrados, pero ornados pacientemente y con vistas a los bellos y espaciosos panoramas.

No se le ocurre a uno pensar, en esta altura, desde donde se dominan las torrecillas rojas de la Alhambra, en las encarnizadas luchas con que los refinados invasores de la Península —momento acaso el más exquisito de aquella civilización islámica— defenderían su último baluarte de la acometividad altiva del cristiano. Siéntese uno aquí rodeado de los testimonios y reliquias de una de las culturas más depuradas en su mismo sensualismo refinado; tanto es así, que sólo con maravillosas sugestiones de *Las mil y una noches* podemos imaginárnosla.

XII
Segovia

I

Sucede con frecuencia que un lugar que había sido deseado visitar toda la vida, frustra completamente las ilusiones del viajero. Eso me sucedió en la Gruta Azul de Capri, lugar que desde niño mi fantasía había convertido en una maravilla de encantamiento. Otra vez me sucedió en Granada, ciudad que en mis ensueños había sido siempre la sede del romanticismo y la noble caballería[177].

En cambio, a Segovia no llevaba ningún prejuicio. Su nombre me era familiar desde hacía mucho tiempo, con evocaciones imperiales y su significado de palestra o circo romano. Sabía también que era una ciudad asentada en una colina, como un gran navío con el velamen henchido hacia poniente, lado al que se orienta el Alcázar, que es la magnífica proa de esta estructura que tiene por timón el acueducto romano. Pero lo que sabía de Segovia no tenía mezcla de ilusiones románticas que se pudieran desvanecer con una comprobación. Al dejarla, después de una breve estancia, siento que me separo de una de las ciudades españolas más deliciosas. He encontrado en Segovia el encanto que no me reveló Granada. He aquí el verdadero tipo de ciudad como muerta, que se halla todavía solemnemente sumida en un sueño, o ensueño, que ni la irrupción turística, ni la acometividad industrial, ni el menor asomo de deseo de autoexplotación han osado alterar. Los murciélagos conocen lo profundo de este sueño, y así se aventuran, apenas anochece, a salir de sus escondrijos y aun alguno se os entrará por la ventana del hotel en medio de la ciudad. Toledo, Granada y Avila se han despertado de su encantado sueño; están aprendiendo las lecciones de la vida moderna, o cuando menos se dan cuenta de cómo aprovechar del turismo, haciendo de esta suerte que el forastero curioso no pueda divagar a sus anchas por las calles y plazas entregándose a los ensueños pretéritos. Segovia es todavía una ciudad ideal para el visitante, sobre todo, porque los forasteros que la saludan no llegan en tropel y en general son personas preparadas.

II

Segovia tiene algún parecido con Toledo, que es indudablemente el prototipo de la gran ciudad a la española; pero ocupa una posición aun más empinada y airosa, y se halla más estrechamente cercada de agua, aunque sus dos menguados y susurrantes ríos no tengan ni remota comparación con la caudalosa majestad del Tajo; y la rodea una planicie de más fresco verdor. Es una fortaleza natural, situada casualmente de una manera deleitosa.

El carácter de natural fortaleza que distingue a Segovia le valió desde los comienzos de la historia española una importancia extraordinaria. Aun se remonta a más antiguo su fama, ya que su nombre mismo habla de un origen ibérico muy primitivo. Los romanos dieron a entender la categoría que para ellos tenía esta ciudad, dotándola de uno de sus más perdurables monumentos, el formidable acueducto que conduce el agua clara y fresca de la Fuenfría, situada en el Guadarrama, a diez millas. Los moros ocuparon Segovia por un tiempo difícil de precisar con exactitud, y no es probable que sea obra suya el Alcázar, que se cree reconstrucción de otro edificio que debieron levantar ellos, siendo dueños de la ciudad. En el edificio nuevo fijó su residencia Alfonso el Sabio, y aquí se cree que es donde él es fama que se declaró capaz de dictar pautas y reformas al Creador en su obra del universo, después de lo cual —según un religioso cronista— se produjo una furiosa

177 No implican estas palabras desestima alguna, pues el autor nos habla en el capítulo precedente de cómo fue descubriendo los encantos de Granada poco a poco. (Nota del traductor.)

tempestad como aviso del cielo para que el rey sabio advirtiese cuán grande era su pecado de soberbia. Pero si el arrepentimiento del monarca detuvo por entonces las iras del cielo, medio siglo más tarde había de sobrevenir una catástrofe: la fastuosa belleza y el ornato interior del Alcázar fue destruido por un implacable incendio, y de esta manera se perdió el testimonio más bello del arte del siglo XV que pudiera contemplarse y cuyo recuerdo para los que llegaron a verlo era la "evocación ideal de un mágico esplendor", desvanecido para siempre, sin dejar más huellas que algunas inscripciones y arabescos del friso. Pero todavía, el Alcázar —dedicado actualmente a museo de artillería— conserva exteriormente el aspecto soberbio de siempre y debe considerarse como una de las supervivencias más interesantes de la fortaleza medieval.

En tanto que las plazas fuertes tenían razón de existir por necesidades estratégicas, Segovia tuvo gran prosperidad, pero así que se realizó la unidad española, terminó su importancia vital. Y continúa siendo una ciudad romana, romántica y medieval. No hay en ella nada importante posterior al siglo XVI; aun de éste sólo es la catedral. No fue una adición insignificante, pues dicha catedral se levanta en medio de la ciudad coronándola con su cúpula, y arquitectónicamente tiene un interés muy particular. Representa el último momento, el más depurado de un estilo absolutamente español. Mucho antes de la construcción de este templo, en Zamora lo que antes había sido pequeña capilla románica española, adquirió formas más amplias y airosas, y su desarrollo se manifestó principalmente en la aparición de la cúpula central, o cimborrio, que es una modalidad, interna y externa de la iglesia española plenamente desarrollada, sobre todo en Castilla, así como la característica del pleno desarrollo de la iglesia amplia en Inglaterra es la torre central cuadrada de la que es ejemplo máximo la torre de Bell-Harry de Canterbury.

El tipo de la iglesia española, que en la región de Zamora, Astorga, Segovia, Salamanca fue adoptado y se desenvolvió hasta llegar el templo de vastas dimensiones, es, según se ha dicho, una derivación del gótico, pero hay que tener en cuenta que esta derivación se efectuaba en una tierra donde el espíritu romántico tuvo siempre gran fuerza, y en una época en que el Renacimiento introducía las renovadas formas clásicas. No es muy de maravillar que —aunque la catedral de Segovia no sea en rigor renacentista, según observa Fergusson— ese tipo de gótico produzca la impresión de algo clásico; lo más notable, que es sin duda la cúpula; se aparta en absoluto de los principios góticos, y es perfectamente románica. Contiene los viejos elementos del gótico, pero atenuados, transformados; no responde a un goticismo; sobre todo los detalles nada tienen que ver con este estilo. La catedral de Salamanca misma no es exteriormente sino una edificación casi francamente renacentista, y si la de Segovia se puede considerar como gótica, es debido únicamente, a decir de Street, a que se trata del último monumento que tiene vestigios de dicho arte. Es un desarrollo natural, bello y armonioso, una mezcla consecuente. La catedral de Salamanca es un modelo impresionante de la última época de esta decadencia del gótico.

Pero la de Segovia, que es obra posterior del mismo artífice, se me antoja un tipo más acabado y puro de esa transición. En el claustro que medio siglo antes se había añadido a la antigua catedral, debió ese arquitecto encontrar un motivo de inspiración. Ese claustro es el que los perseverantes segovianos trasladaron, piedra por piedra, a su nuevo emplazamiento. Es de lo más bello que se ve en la época avanzada del gótico español, algo flamígero, pero a la vez, contenido, de suerte que siendo elegante, se halla libre de floridos excesos, en los que tan insensiblemente daba el arte de la última época gótica. Esta es la norma que parece haber presidido en el trazado de la catedral segoviana, que es mucho menos exuberante que la salmantina, tanto que su lado que mira a poniente es de una casi desnudez grave y digna. No hay en todo el edificio una sola nota de detalle que rompa ese ritmo gozoso y sobrio que da unidad al conjunto. Por una vez, con fortuna, la afición al nimio detalle que según Coleridge es hija de la exuberancia española[178], se ha contenido con ponderación.

178 Esa observación de la exuberancia española contrasta con la reconocida sobriedad ibérica, sobre todo castellana. Sin duda, en ello habría tema paradójico para un curioso estudio. (Nota del traductor.)

Puede muy bien ser que Juan Gil, lleno ya de experiencia, después de muchos años de trabajo, quisiera deliberadamente rehacer la obra de Salamanca, pero con mayor sobriedad y certera inspiración, pues se ve que siguió en cierto modo el mismo plan, con el margen de libertad que se le había dado. Mas el que este monumento tenga mayor unidad por su sencillez, pudo deberse a escasez de medios económicos para mayores empresas ornamentales, ya que, por el contrario que Salamanca, Segovia había llegado a sus días peores y la catedral fue costeada con grandes sacrificios por los segovianos, de una manera muy considerable por la población modesta y humilde. No es muy desencaminado el atribuir a pobreza el que la fachada occidental tan admirada hoy, de los grandes templos de esta región, como el de Astorga, aparezca aquí desnuda de ornato.

La catedral de Segovia se inauguró en 1558, pero las obras para terminarla duraron mucho tiempo, porque la ciudad llevaba ya una vida lánguida, a pesar de su industria lanera y hasta mediados del siglo dieciocho —es decir, ayer mismo, dada la larguísima historia de la ciudad— no fue terminada para consagrarla totalmente al culto. Es el último monumento de verdadera calidad artística que se levantó en Segovia, y el primero en llamar la atención del visitante. La vida eclesiástica de Segovia data de muy antiguo. Al igual que Zamora y Ávila, Segovia había llegado a su apogeo mucho antes que las influencias del arte gótico fructificaran en Castilla. Así es que Segovia es hoy día uno de los relicarios del arte románico.

Para hacerse cargo del espléndido florecimiento del arte románico en Segovia, conviene tener algún conocimiento de la oscura historia medieval de la ciudad. Los baluartes de los cristianos se hallaban en Asturias y en Burgos. Los moros dominaban sobre el Tajo, al sur, desde Toledo. Segovia se hallaba en una posición que pasaba de unas manos a otras según la suerte de la guerra. Ello debió contribuir al robustecimiento del temple de los pobladores de esa región, a costa de ver arrasada la tierra. Aquellos hombres eran, según un poema latino, innumerables como la langosta, robustos y despreocupados, tan resistentes que despreciaban los rigores del clima, no se alteraban con el alcohol, y desafiaban a la misma muerte. Pero en el plano del progreso espiritual, era punto menos que imposible que una ciudad así emplazada llegase a descollar, en medio de circunstancias tan flagelantes y ruinosas.

No se conoce la fecha exacta de la conquista definitiva de Segovia por los cristianos. Sábese que en 960 era todavía ciudad mora, según se desprende de una inscripción cúfica que se conserva en un bello capitel de mármol corintio, pero debido a un artífice moro, única reliquia de un edificio desaparecido, hallada con su columna de jaspe, no lejos del Alcázar. Pero ya en la primera mitad del siglo siguiente se sabe que en Segovia había mayor vitalidad de elementos cristianos, y es posible, puesto que no existe prueba de que se librara ninguna batalla de sitio, que los moros fuesen dejando poco a poco la ciudad, en un movimiento estratégico que los hechos les fueron imponiendo, para hacerse más fuertes en Toledo. Durante muchos años estuvo desolada esta región, si hay que dar crédito a cierta crónica, y probablemente no cesó este flujo y reflujo devastador de moros y cristianos hasta la toma de Toledo. Durante todo ese tiempo la antigua civilización cristiana y la más reciente mora fueron destruyéndose en esa parte. Vemos en Segovia que hay un lapso de mil años entre la época del acueducto y la de las construcciones románicas, y otro tanto ha pasado hasta adquirir el aspecto secular que ofrece actualmente.

En manos cristianas la ciudad se remozó y volvió a ser nueva. Su población la constituían en gran parte montañeses del norte. Gente turbulenta al principio, hecha a guerrear y dedicada al pastoreo —costumbre que aun subsiste—, pero que sintió el paso del progreso. A comienzos del siglo XII el formidable y magnífico Alcázar fue edificado bajo la protección de tres Alfonsos que radicaron gran parte de su vida en Segovia, y durante el resto de dicho siglo, hasta fines del siguiente, se levantaron las numerosas iglesias parroquiales románicas que aun pueden verse, siquiera arruinadas por la acción del tiempo. Este fue el tiempo floreciente de Segovia. Alfonso el Sabio, que en el siglo XIII escogió por morada el espléndido Alcázar de la altiva ciudad que él llenó de templos en honra del Dios, cuyos designios creadores osó indagar, marcó la época de mayor

esplendor segoviano. Después sólo restaba poner la hermosa cúpula de la catedral sobre el lugar más alto, en medio de la ciudad. En los seis siglos que han transcurrido desde entonces, Segovia no se ha alterado en absoluto; nada cabía ya hacer: se quedó como reclinada en medio de su puro aire, de sus llanos verdes y sus montañas que emblanquece la nieve, manteniendo todavía sus antiguos aderezos, de una manera descuidada, cada vez más hundida en su pacífico sueño.

III

Sucede aun hoy día que, paseando por Segovia, se siente uno retrotraído a una ciudad románica. Tiene numerosas iglesias que no datan menos que del siglo XIII; y el que su población haya ido mermando, cosa que tiene la ventaja de que no se industrialice el turismo, ya que los cuarteles y la Academia de artillería son casi los únicos elementos de vida de la localidad, explica que esas iglesias se hallen más o menos intactas —por la mano del hombre—, tanto que algunas todavía están abiertas al culto, al par que otras permanecen cerradas y en abandono. Hay dos utilizadas para museo u otra finalidad profana, y bastantes de ellas en estado más o menos avanzado de ruina y extinción. La más importante, San Esteban está siendo objeto de algunas restauraciones. Su gran torre de cuatro cuerpos escalonados —“la reina de las torres bizantinas españolas”— ha sido desmontada porque amenazaba hundirse, y ahora donde antes se elevaba la torre como un formidable hito de la tierra, sólo se ve un enorme andamiaje[179]. Esta es una de las varias iglesias segovianas que van acabando su vida.

Lo más característico de las iglesias románicas de Segovia es el atrio a manera de corredor o galería que con frecuencia bordea una o varias fachadas exteriores del edificio. En ninguna otra ciudad española, de las que yo conozco, se da este aspecto con tanta frecuencia. Le sienta admirablemente al estilo románico, que de suyo tiene fácilmente un aspecto un tanto fúnebre y pesado. Ello da al mismo tiempo un encanto especial a la ciudad, pues sus arcadas, sostenidas sobre columnas en forma de puentes que se levantan sobre el curso de los sagrados y seculares aspectos de la vida, dan una admirable armonía al conjunto[180]. San Esteban posee un antiguo y espléndido ejemplo, intacto mientras se derriba la gran torre. San Martín no obstante estar situada en un lugar elevado, en la calle principal, se halla casi siempre desierta.

El reposo desolador que reina en esos templos, siendo España un pueblo religioso, es lo que nos da más claramente la sensación de que nos hallamos en una ciudad muerta. Casi todas ruinosas, las iglesias permanecen cerradas, y en alguna de ellas hay un guardián que hace sonar levemente las llaves, si le viene en gana levantarse al ver a un forastero que se acerca. En general, no se ve a nadie alrededor de estas iglesias. Para bajar a la Capilla de los Templarios, de la Vera Cruz, se pasa por la puerta norte de la muralla y se gana el pie del Alcázar. Este santuario circular se mantiene firme sobre su cimiento pequeño. La calle desierta sigue serpenteando hacia las colinas; allí se levanta el pacífico monasterio fundado por San Juan de la Cruz, el místico compañero de Santa Teresa, cuyas cenizas descansan en la urna de mármol del altar. Pero la linda iglesia que era relicario de un fragmento de “la verdadera Cruz” se cerró y fue dejada en abandono hace tres siglos, de suerte que no se percibe en ella rumor alguno, como no sea de vez en cuando el toque del címbalo del convento vecino. Luego volvemos por una calle que da a una plazuela en la que vemos la pequeña iglesia de San Pablo, y empezamos a dar vueltas por allí, buscando alguna puerta o algún alma viviente; pero nos convencemos de que la iglesia está abandonada sin duda desde hace muchísimos años, y tenemos esa sensación de los personajes de las *Mil y Una Noches*, almas nómadas que en extrañas tierras se encuentran a lo mejor en una ciudad desierta, sin rastro ni clave por donde descubrir su misterio. Aun damos otra vuelta por una avenida y llegamos a una áspera planicie al extremo norte de la ciudad como una terraza sobre el llano, donde se levanta con tendencia a la ruina la solitaria iglesia de San Juan, malparada por el tiempo, donde se hallan los sarcófagos que

179 Fue reconstruida a principios del siglo XX. (Nota del editor digital.)

180 Opina Street que esas arcadas se construían para mantener fresco el interior.

guardan las cenizas de muchos hijos ilustres de Segovia, como de algunos conquistadores que después de rodar por el mundo en busca de hazañas, regresaban para encontrar reposo en la paz soleada y sombría de este borde desgarrado de la ciudad muerta; aventureros indoctos acaso eran aquellos, pero que podían hablar, en el mismo romance español de hoy día, acerca del compatriota, sabio doctor de cabecera de papas y emperadores, Andrés Laguna, que descansa en San Miguel, en la plaza del mercado:

Inveni portum: spes et fortuna valete:
Nil mihi vobiscum: ludite nunc aliis.

"¡Adiós fortuna y esperanza! Departid con otros, que yo ya no os necesito, pues he llegado a puerto".

IV

No es sólo la impresión causada por esta joya del arte medieval que se ha vuelto muda en su altivez, la única, ni acaso la más intensa que lleva el ánimo del que la visita, sino que también se recuerda con admiración el bello lugar que ocupa, escalada en su colina, junto al acueducto que es el lazo que la une de lejos al Guadarrama. Desde muchos sitios de la ciudad se otean el bello paisaje del pie y los panoramas circundantes. Se goza de una espléndida vista desde la amplia extensión donde se alzaron un día los muros de la antigua catedral bizantina y que hoy separa el Alcázar de la ciudad. Y también se contempla un panorama notable, el de las montañas próximas, desde el Paseo abierto al lado sur de la ciudad, en el que una banda militar atrae al atardecer a las damas de mejor ver de Segovia, muchas de las cuales son las esposas y las hermanas de los jefes y oficiales destinados a la localidad. Las montañas vecinas no son al parecer abruptas e inaccesibles, antes su aspecto es ondulado y en ellas se cobija la residencia real veraniega de "La Granja". Esas sierras son lo bastante altas para permanecer nevadas hasta comienzos del verano. Ese soberbio manto níveo que cubre las cimas del sudoeste y que parece tan cercano gracias a la transparencia del aire, pone un recortado horizonte de lomas a la ardiente luminosidad solar, y esta mezcla de hielos y fuego tan armoniosamente hermanados, nos revela que nos hallamos ante los dos elementos purificadores que han penetrado siempre esta tierra, fraguando la austeridad virtual del alma de Castilla.

Tan tentador es descender los caminos zigzagueantes de un lado como de otro, salvando las antiguas puertas de la ciudad. Por el norte se va al Eresma y por el sur se cruza el Clamores. Si optamos por el norte y bajamos por las empinadas, pero excelentes carreteras desde las que se percibe el ameno rumor de las aguas que discurren por la vertiente sombreada, encontramos al salir de la puerta de Segovia el monasterio abandonado de Santa Cruz, edificado sobre el lugar de la cueva en que se refugiara Santo Domingo de Guzmán para llevar una vida ascética. Torquemada fue prior de esta casa a la que acudieron tantos santos y reyes para orar. Actualmente los restos de aquel esplendor dan cobijo a los pobres, y delante del bello portal se ve a un viejo sentado al sol e inmóvil. Cruzamos el Eresma y dejamos atrás la antigua fábrica de la moneda, para encontrarnos al cabo de unos minutos en el ruinoso monasterio del Parral, antaño centro floreciente de civilización y célebre por su agricultura, pero que hoy tiene poco que ver, aparte su iglesia mutilada, donde no hay culto, el claustro destrozado y el edificio conventual, así como el delicioso emplazamiento que hoy tiene a lo largo del río. También lo pasamos adelante para entrar en la sombreada arboleda de la Alameda que tiene arriba la ciudad y abajo el río, cuyo cauce sigue casi paralelamente, y por la cual se puede pasear meditando tranquilamente, sin tropezarse con nadie, ni aun los domingos, y sin la menor molestia por parte de las mujeres que lavan la ropa a la orilla. No creo que haya ciudad española que ofrezca un lugar más propicio para el pensador solitario.

Y si bajamos de Segovia por el otro lado, es decir, cruzando la puerta del sur y el leve y pequeño Clamores para ir a las verdes ondulaciones que ocultan los grupos de árboles, llegaremos al sitio desde donde se abarca una vista panorámica completa de la ciudad. A la derecha el largo armazón del secular acueducto que tiene al fondo la sierra ornada de altas nieves; luego las murallas

con sus torreones, trepando por la roca medio oculta entre los árboles; dentro del cercado, innumerables templos; al extremo izquierdo el esquivo Alcázar, y coronando el conjunto la bellísima mole dorada y morena de la catedral, que sintetiza la cifra de esa indecible coloración brillante y austera, que es el verdadero matiz español, dominante en Segovia y hasta cierto punto en Castilla toda.

Un día a la semana la muerta ciudad de Segovia se reanima, y no precisamente debido a los que viven en ella, sino a las familias de campesinos que en grupos procedentes de todos los puntos próximos, ora a pie, ora en sus jumentos y mulas se dirigen a la ciudad y suben por las serpenteantes rutas desde las primeras horas del domingo. Son una población rural muy notable; lindas mujeres y hombres inteligentes, que conservan los trajes regionales hasta un punto raro ya entre la gente del campo española y en los que se adivina la expresión de las cualidades peculiares de la raza. Y no deja de añadirle un especial encanto a esta ciudad el que las horas en que parece resucitar, se convierta en una población de campesinos medievales[181].

Otra vez los labradores se han ido de regreso a sus hogares, tan graves como vinieron. Desde las ondulaciones de junto al Clamores, sigo contemplando la ciudad, al paso que el sol declina, y llegan a mí fragmentos musicales de la banda que está ya ejecutando su programa en el Paseo, porque es hora de que las familias segovianas salgan a esparcirse entre los árboles y por los lugares más altos de la ciudad. Ésta, con su silueta de navío, se mantiene majestuosamente en su colina y en su tradición; su desgarramiento y polvorienta aridez se tamizan en la distancia, y el crepúsculo exalta la profunda plástica de su color castellano. Es la más hermosa revelación del encanto de Segovia.

181 Es indudable que la sensibilidad estética del observador pone mucho de creación literaria en el amor con que hace esos magistrales resurgimientos de ambientes típicos y evocadores. Pero, en efecto, en España surgen auténticas las más remotas sugestiones. (Nota del traductor.)

XIII
Sevilla en primavera

Al aproximarse por fin Colón a las nuevas Indias, el 8 de octubre de 1492, dio gracias a Dios por acercarse a un lugar donde el aire era suave como en Sevilla por abril, tan grato de respirar. Sabido es que no hay lugar comparable a Sevilla en ese mes. Preguntado un español sobre lo que haría si de pronto adquiriese fortuna, respondió sin titubear: "Daría la mitad a los pobres, y con la otra me haría una casa en Sevilla, donde pasar la primavera." En verano, la ondulante calle de las Sierpes, arteria principal de la ciudad para el transeúnte, se convierte en un horno, a pesar de ser entoldada; y para gozar de una ligera brisa es preciso acudir a la gran Plaza Nueva. El invierno es en general benigno, pero no deja de hacer frío algunos días, y entonces al andaluz no le queda otro recurso que embozarse bien en la capa, prenda popular aún, por más que su uso vaya siendo cada día más restringido. Pero en llegando abril, la primavera entra en Sevilla en una ráfaga de suavidades, como de estío norteño. Las acacias y otros árboles tempranos parecen encenderse de verdor en un solo día inesperado; rompe la flor de azahar en los innumerables naranjos ciudadanos, y doquiera, en sus macetas, en el tocado y en el pecho de las sevillanas brillan la rosa y el clavel, flores predilectas de España, y objeto de tan acendrado cuidado, que apenas se nos antojan como las meras flores de otros lugares.

Si puede llamarse a Barcelona el cerebro y el brazo de España, hay que llamar a Sevilla su corazón. Todo español se siente orgulloso de Sevilla y gusta de ir allá. A las mujeres de otras provincias no les duele que las tomen por sevillanas. No quiere decir la afirmación de que Barcelona sea el cerebro de España, que Sevilla carezca de actividad vital[182]. Aun comercialmente Sevilla tiene gran movimiento, y de sus muelles parten, entre cármenes y árboles, los buques que exportan vinos, aceites y naranjas. El descubrimiento del Nuevo Mundo la convirtió en una de las ciudades europeas de mayor importancia, y después de ser algo eclipsada comercialmente por Cádiz, vuelve a adquirir su preponderancia. Pudo un tiempo haberse convertido en la capital de España, a no ser que por razones de orden político ésta se estableciera en el centro de la Península a causa de la unidad territorial de Castilla y Aragón. Ha sido un bien para Sevilla el que no la ahogara la artificialidad de los elementos cosmopolitas propios de las capitales de Estado. Sevilla es una ciudad privilegiada en muchas cosas: siendo interior, es prácticamente puerto de mar, gracias al ancho brazo del Guadalquivir; se halla a salvo del quietismo atrofiador de las ciudades situadas lejos de las grandes vías de comunicación, y al mismo tiempo del trajín excesivo propio de los convulsos puertos de mar. El mismo gran calor del estío sevillano contribuye a preservar a la ciudad dentro de su típico aire meridional, de su carácter de emporio del Sur, y así mantiene aislados a los grupos de turistas que pagan como amagando emborronar la gracia de la ciudad.

---

182 Intelectualmente hablando se impone una salvedad por lo que hace a Madrid. Sobre todo, en estos últimos años se nota una intensa actividad literaria y un afán de universalidad en las letras castellanas, al que el aserto hecho en estas páginas no hace el debido honor. Las ciencias cuentan asimismo con figuras eminentes en Madrid. En el capítulo de esta obra "Los ideales españoles de hoy día" vemos que la orientación ideológica de España no radica en puntos de la costa. La cultura catalana se desarrolla —en catalán— independientemente. Pero este movimiento intelectual es de reciente floración. En los momentos en que fueron escritas estas páginas, salvo el motor político, que radicaba en Madrid, no había, es cierto, gran inconveniente en recoger la impresión de que Barcelona fuera, en cierto modo, el cerebro de España, sobre todo el cerebro aplicado al porvenir y al practicismo de los adelantos modernos. Ello era una consecuencia inevitable de la preponderancia industrial de la capital catalana. El hecho de estar próxima la inauguración de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, confirma aún hoy la preeminencia que ambas ciudades ocupan en la vida española moderna. (Nota del traductor.)

Puede decirse que los sevillanos son como los parisinos de España. Tienen una alegría bien entonada, de la que hacen gala, mas sin perder el sentido del equilibrio y la armonía. Poseen el ingenio que delata la inteligencia despierta. Se bastan a sí mismos, y son un pueblo de artistas. En mucho de lo dicho difieren de sus compatriotas. En general, los españoles son un pueblo grave y reservado, que tiende fácilmente a lo extremista, y cuyos sentimientos artísticos tienen grandes limitaciones; mas poseen en verdad extraordinarias cualidades morales, que, si no rápidos de comprensión[183], los hacen llenos de honradez. Los sevillanos, en especial las mujeres, están adornados de una cualidad que los españoles llaman como los antiguos romanos "sal", una sabrosa y preservadora virtud de la inteligencia, que penetra todo lo que dicen y hacen. No se conducen del todo como los demás, y se sitúan aparte, no siempre inconscientemente. La más insignificante muchachuela sevillana tiene tan despierta la conciencia de su orgullo y superioridad, que lo manifiesta naturalmente en todos sus movimientos y graciosas actitudes[184] de una manera que no tiene par ni en las poblaciones vecinas. Viviendo en Córdoba nos damos cuenta de que nos hallamos entre una gente de la cual la marea de la vida ha retrocedido y que vive voluntariamente retirada en sus aristocráticos y lindos patios. En Granada se encuentra uno entre una marejadilla burguesa de modestos comerciantes. La distinción sevillana es aristocrática y democrática a un tiempo.

Se siente en Sevilla una antiquísima civilización que ha sazonado en la genealogía de muchas generaciones, alcanzando a toda la población. Todas las cosas de Sevilla conservan la huella de una raza exquisitamente conformada, condición que es siempre noble, graciosa y llena de armonía. Lo descubrimos en la misma variada coloración de las casas. Las casas sevillanas tienen gran encanto en el interior; y el exterior, muy sencillo, repintado del color más grato a su dueño. También en Granada se tiene esta costumbre, pero se suele teñir las fachadas de colores agrios, con preferencia r un desagradable pardo; en cambio en Sevilla diría que todo lo ha presidido, en su conformación y detalles, un instintivo sentido de la armonía. Además, si es cierto que en España siempre se ha trabajado el hierro artístico, en las rejas de las ventanas, las puertas de las cancelas y las verjas de los templos, con verdadera habilidad, en ningún sitio de la Península los bellos hierros son tan atrevidos y a la vez tan felizmente logrados como en Sevilla. Este privilegio de gracia es el mismo que se nota en la gente. Aquí todo el mundo que entra en el aire de la ciudad se funde en la euritmia de esta atmósfera andaluza. Desde los balcones del hotel se ven, a un lado la casa donde vivió Santa Teresa y al otro el lugar donde es fama que se levantó la estatua del Comendador. Al mismo tiempo, no podemos sustraernos a pensar en el picaresco Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, en el Fígaro de Beaumarchais y de Mozart, en la Carmen de Merimée y de Bizet, y en otro tipo inmortal que aventaja a esos, en el Don Juan de Tirso de Molina[185].

---

183 El ingenio picaresco, tan de España no se concibe sin una rápida intuición, sólo el indiferentismo, el encogimiento de hombros, entorpece acaso, en parte de la población española la agilidad mental. (Nota del traductor.)

184 Ese espíritu sevillano es el que ha dado su nombre a lo más bello de las danzas españolas. Muchos de esos bailes, nacidos en España, volvieron de ultramar más intensos; pero antes de aclimatarse de nuevo han de salvarse en Sevilla. "Sevilla —ha dicho Estébanez Calderón en sus *Escenas Andaluzas*— es la trastienda o laboratorio donde esas danzas se mezclan, modifican, reconstruyen y purifican de los elementos toscos y exageraciones poco pudorosas y vulgares que trajeron de las colonias."

185 La leyenda de Don Juan, tan importante como la de Fausto, ha llegado a todas las literaturas europeas, y su origen se halla en *El Burlador de Sevilla*, del inmortal Tirso de Molina (1630). No hay fundamentos bastantes para afirmar que esa leyenda se apoye en hechos verdaderamente reales. No se sabe, en efecto, que el héroe de la obra perteneciera a los Tenorio, de antigua cepa andaluza. Es fama que el verdadero héroe fue don Miguel de Mañara, por la calidad desenfadada de sus actos y conducta licenciosa. Mauricie Barrès admite esta creencia en su *Visite à Don Juan*. Pero don Miguel de Mañara no contaba más que cuatro años cuando Gabriel Téllez escribió *El Burlador*. Lo extraordinario de la obra es lo que hizo que se le atribuyera un fundamento verídico. Observa Reynier que "lo altivo e impulsivo de la raza está tan bien personificado en Don Juan, que la ficción adquirió categoría de realidad". Posiblemente según dice este comentarista, el dominico y teólogo de la universidad de Alcalá, al escribir esta comedia exponía su concepto sobre la doctrina de la inextinguible bondad de Dios, gracias a la cual no hay ofensa que no pueda ser perdonada. Así el dramaturgo se debió proponer presentar al protagonista como ejemplo del hombre que rueda al abismo de la condenación por caminos de vana esperanza, lo mismo que pudiera rodar por los

Siempre ha encontrado el artista en Sevilla un tipo humano espléndidamente dotado y templado, cuyo equivalente, en ningún aspecto es fácil de encontrar en otros lugares de Europa. Santos o pecadores, pensativos o alegres, los personajes sevillanos mantienen siempre una línea de heroica y noble distinción. Alegres son los santos, y tristes los pecadores; unos y otros apuraron el cáliz de la vida, pues —también es cierto en el plano del espíritu— los extremos se tocan. Esto los revela españoles de veras; pero al mismo tiempo mantienen una elegante ponderación, una distinción personal ante los hechos de la vida, que los distingue como sevillanos.

Para sus fiestas típicas los hijos de Sevilla escogieron lo mejor del año: la primavera. No hacen gran caso del Carnaval, que se celebra más en otras ciudades andaluzas, como Cádiz y Málaga. Las grandes fiestas de Sevilla son aquellas en que la Iglesia despliega todo su esplendor, o sea por cuaresma y en los días de Semana Santa; entonces se dan las primeras y mejores corridas de toros del año; y la feria, desbordamiento de la ciudad en el que toman parte todos los elementos sociales y que es algo único aun en la misma España, se celebra a mediados de abril.

El forastero comprende aún mejor que en las funciones del rito en el templo, en las procesiones que recorren las calles, lo que es el sentimiento genuinamente religioso del pueblo. El fervor y la sinceridad de las emociones que exteriorizan, no dan lugar a duda. No es tanto el clero cuanto el mismo sentimiento popular el que mantiene viva esta tradición.

El movimiento anticlerical que en literatura halló su representación en Galdós, de una manera aguda cuando el estreno de *Electra*, se siente muy alejado de esas manifestaciones en que las imágenes de las vírgenes, muchas de ellas lindas y graciosas, son conducidas en procesión sobre un mar de cabezas destocadas. Hay que advertir que no se observan aquí movimientos de propaganda clerical, ni contraria, sino que impera un tono de discreto escepticismo. En Granada, y en otras ciudades, se suelen limitar las procesiones en la vía pública, a pretexto de precaución para evitar disturbios. Así se logrará que, de año en año, se vayan cohibiendo las manifestaciones religiosas populares hasta hacer desaparecer lo que fue magno espectáculo, lo mismo que van desapareciendo los trajes regionales. Y eso será inevitable, porque aumenta la indiferencia, cuando no la hostilidad de gran parte de la gente.

No puede uno, sin embargo, creer que el elemento religioso se desvanezca en España. Está demasiado trabado al nervio racial. Si les faltara a los españoles su religión, la concebirían tal como es ahora. El misticismo, aun el monasticismo, son parte de su verdadero temperamento, ardiente y ascético, en una paradoja de instintivismo y de austera inflexibilidad. Siga el murmurador Sancho satirizando el temperamento español, que Don Quijote no cesará en dejarse seducir por las inspiraciones de su imaginación. El ruido polémico y protestatario que se levantó alrededor de *Electra*, no puede hacernos olvidar que ese mismo pueblo produjo los Santos Domingos, las Santas Teresas, los San Ignacios. Recordemos que en España se adoptó el celibato del clero antes que en otros sitios, y que durante los primeros siglos del cristianismo el noroeste de España rivalizaba con Palestina por el número de sus santos y santuarios. Y aun hoy día no es fácil dejar de ver que España da los tipos de religioso más cabales: desde el cauto y avisado, provisto de un sentido especial para la ceremonia y la diplomacia, al místico desprendido, de inteligencia simplista a veces, cuando no de escasas luces intelectuales, pero que puede ser madera de santidad. Recuerdo que una vez me encontré en el tren, cerca de Córdoba, con uno de esos últimos: era un fraile con hábito oscuro, corpulento, pletórico, que llevaba densa barba negra, que tenía los ojos adormecidos; lento de palabra y no falto de entendimiento, según se advertía oyéndole cuando se decidía a hablar, y que por más que fuese de una extraordinaria robustez, no revelaba la menor inclinación a los apetitos ni a las pasiones sensuales; no recuerdo a otro hombre que me representara con tanta evidencia la vida del árbol, pues se le veía pletórico de la savia pasiva de un vigoroso roble.

---

de la desesperación. (Innumerables son los estudios que se han hecho en todos los países sobre Don Juan. Véase Farinelli, "Cuatro Palabras sobre Don Juan" en *Homenaje a Menéndez y Pelayo* vol. I, pág. 205; G. Reynier, "Les Origines de la Légende de Don Juan" en *Revue de Paris*, 15 de mayo de 1906; y la copiosa obra de C. de Bévotte, *La Légende de Don Juan*, 1907).

Puede decirse que el Sábado de Gloria pone fin a las ceremonias de la Pasión y Muerte, y el forastero siente entonces una especie de alivio. A las diez de la mañana se descorre lentamente el velo morado que ha estado cubriendo ese tiempo el altar mayor, pendiendo desde la bóveda; las campanas envían su pregón a toda la ciudad para que se regocije, y todo el mundo celebra con cantos y estrépito la Resurrección, mientras se disparan salvas y se reanuda el tráfico rodado, que se había interrumpido esos días. El domingo, de mañana, las mujeres, que se habían vestido de negro, con negra mantilla, se visten de claro, y la mantilla de blondas blancas triunfa en sus cabezas. Por la tarde, una gran parte de la población entre la que figuran los elementos más característicamente sevillanos y numerosos extranjeros, turistas ingleses y norteamericanos, se dirige a la plaza de toros a presenciar la primera corrida de la temporada.

Parecerá un salto muy brusco, pues que dista mucho una plaza de toros de una catedral; pero en Sevilla no se ve así. La catedral eleva su Giralda sobre todos los edificios bajo el cielo raso, y así se nos presenta al ocupar nuestro asiento en la plaza, sin que nos parezca un contraste discordante. A la salida de la cuadrilla —hombres graves, airosos, bien conformados, con el vistoso traje de luces—, cuando ésta se dirige ante el palco presidencial a saludar, tenemos la sensación de que nos hallamos ante el mismo espíritu —en forma distinta— que ha animado todos los actos de la semana anterior. Se descubre en ello la fundamental armonía entre extremos opuestos, al parecer, que si bien constituye una característica de toda España, en Sevilla adquiere una forma mucho mejor cristalizada. Se encuentra uno en esa corrida como ante una brillante ceremonia, un cultivado ritual, al que se acude con la misma solemnidad con que se asiste a la bendición del agua y los óleos y al lavatorio de Jueves Santo, cuando el prelado toca con sus manos los pies descalzos de trece ancianos. Todas las suertes del toreo hasta la muerte del toro, constituyen un elaborado ritual profano, cuya sentido y pormenor son materia vedada al extranjero[186]. Las ceremonias de las fiestas del templo adquieren solemnidad por estar vinculadas al concepto más elevado de la fe. En la plaza de toros la gravedad solemne es impuesta por el peligro, más o menos lejano, de la muerte. Y tanto en lo uno como en lo otro, el ceremonial y el penetrante dramatismo que con él se reviste, constituyen las causas de la profunda atracción que ejercen sobre el ánimo. Las corridas de toros son españolas y sugestionan al español por lo que tienen a un tiempo de forma de rito y de deporte.

Como deporte se han censurado muy duramente y no sin razón. En España misma sólo les gustan los toros a un sector determinado del público; son muchísimos los españoles de todas las clases sociales que no van a las corridas, porque las reprueban. Tanto los afines a lo tradicional, como los dados a lo moderno se resisten a las corridas de toros. En rigor, constituyen el deporte nacional, así como en Inglaterra las carreras de caballos y las apuestas; pero en ninguno de ambos casos se debe confundir a los aficionados al deporte nacional con la totalidad de la nación. Pasando por alto los elementos desagradables de una corrida de toros, tan contrarios al gusto del mismo español como al del extranjero, se trata en verdad de un sugestivo espectáculo de destreza, y cuando se presencia una suerte rápida y certera, y la res sucumbe al acto, puede decirse que, puestos a defender el deporte, esta lucha con el toro sostiene con ventaja su comparación con la caza del zorro y del faisán[187]. El elemento del peligro y el que el vencido haya tenido ocasión de ser vencedor, da a las corridas una nobleza de que carecen casi todos los otros deportes europeos. Pero al mismo tiempo ese espectáculo, con su tradición que habla, aunque indirectamente de los sentimientos y usos de los tiempos romanos[188], resulta un anacronismo en la época contemporánea. La persistente

186 Laurent Tailhade rectifica y esclarece varios prejuicios de incompresión en un artículo titulado “Toros de Muerte”, aparecido en el *Mercure de France* en 15 de junio de 1907.

187 Véase un artículo del deportista inglés Basil Tozer, titulado “The Abuse of Sport”, publicado en el número de octubre de 1906 de la *Fortnightly Review*.

188 Las corridas de toros se empezaron a dar durante el siglo XI o el XII, por influencia mora. Ulick Burke hace notar “que los toros debían ser traídos de África. Los jinetes procederían de Damasco, pero la crudeza salvaje y solemne, la emoción regulada, la forma conjunta actual del espectáculo y la manera como hoy se siente, son herencia de la Roma imperial.”

vitalidad de las corridas de toros, arraigada en varios sentidos al temperamento nacional, atestigua lo defectuoso de las mismas grandes cualidades de España, que aparecen en forma de cierta dureza de fibra, de un algo de crueldad, si así puede llamarse a la impasibilidad ante un acto cruento considerado como necesario o fatal en uno mismo o en otros[189].

A mediados de abril, con la feria, llegan las fiestas sevillanas a su momento más intenso. De Madrid y de otros puntos acuden millares de forasteros para tomar parte en la feria o simplemente para ver esa gran jira y los últimos en llegar se tienen que conformar con dormir sobre camas improvisadas con mesas, en corredores o donde pueden acomodarse, porque todo se llena a más no poder. La feria dura tres días, pero sus preparativos comienzan varias semanas antes, en el Prado de San Sebastián, explanada a un lado de la ciudad, junto a los parques más bellos y los mejores paseos. En ese prado se levantan multitud de casetas de madera alineadas, que apenas tienen más que una pieza, donde suele haber un piano con flores y varias sillas, y se abren completamente afuera, de suerte que el paseante lo ve todo perfectamente. Por la tarde las familias de Sevilla se trasladan en sus carruajes al Prado. Y al anochecer, por doquiera suenan las castañuelas y las guitarras, y en las casetas, las mujeres y los niños bailan las seguidillas, causando el deleite de los numerosos paseantes que se detienen a verlos[190]. Este es el corazón de la feria, adonde acude el gentío; las anchas avenidas que van en varias direcciones, están tenuemente iluminadas por los numerosos farolillos japoneses que a cada una le dan un tono especial dominante, en medio de la fragancia de los naranjos en flor; y a ellas no acude la gente aunque son en verdad deliciosas como escenario de las *Mil y una noches*.

Hacia media noche las luces empiezan a apagarse y toda Sevilla regresa tranquilamente al hogar. Uno se apresuraría a alejarse en el silencio, bajo un cielo maravilloso, de no temer que su prisa rompiera la equilibrada sensación de un conjunto tan lleno de gracia y de duradera alegría, cualidades que el sevillano sabe mantener con distinción, a sabiendas y no sin cierto orgullo. Recordando todas las fiestas de la primavera ve uno que no ha habido ni una nota discordante. La feria y la corrida de toros no han sido en ningún momento motivo de exceso, ni de licencia como en compensación de la austeridad cuaresmal. Observa un español que “hay algo de tradicional y sagrado en esas vacaciones sevillanas”. Es cierta esa sensación de lo “sagrado”, pues ni aun en estos esparcimientos se pierde el sentido ceremonial, y está todo movido por un solemne, aunque fácil ritual: aquí una fiesta es en verdad un día santo[191]. ¡Qué lejos todo esto de lo que pasa en países del norte como en Inglaterra y Rusia, donde a un ahincado esfuerzo de contención sucede una licenciosa orgía relajante. Los domingos y días señalados el inglés observa una rígida virtud, elevándose con los héroes de Walter Scott a las más nobles regiones; mas luego, consciente del gran esfuerzo que ha realizado, se cree con libertad para enfangarse. La gente de España, mejor dicho, de Sevilla, no se elevan a ese grado de rigor, pero tampoco descienden al grosero exceso. No es difícil ver en Semana Santa a los mismos dignatarios eclesiásticos revestidos de sus mucetas y hábitos, decirse algo al oído y sonreír, aun en presencia del arzobispo. En cierta ocasión vi a una jovencita arrodillada junto a un altar lateral y la creí arrobada en sus oraciones, pero me fijé en que levantaba

189 Estos rasgos de las corridas fueron moderadamente comentados por Valera en uno de sus últimos volúmenes de ensayos. Al mismo tiempo que elogia la institución de los toros y encuentra muy bien el tener armoniosos prototipos de belleza racial en los toreros —por contraste con los feos jockeys—, confiesa que el ver los caballos desventrados por las astas, es cosa sumamente repugnante. Ello hace que prefiera las corridas al estilo portugués, en el cual no se practica esa suerte de varas, que en la misma lidia a la española es posible que desaparezca o modifique, puesto que no parece esencial a ella.

190 He leído el relato de esta escena escrito por una señora que la describió como una rutina tediosa y sin vida. Ciertamente no lo es, aunque hay una ausencia total de hilaridad bulliciosa. La misma escritora exclamó con pesar que no había ni una cofia blanca ¡ni zuecos! Es realmente extraño que alguien desee que una andaluza cambie un tocado tan perfecto como la mantilla por una cofia rígida e inexpresiva, o que enfunde sus hermosos pies en gruesos zuecos de madera. (Nota suprimida por el traductor.—El editor digital.)

191 “A holiday is here really a holy day”, escribe el autor; frase acertada, pero intraducible, pues nosotros no tenemos el equivalente de “holiday” (día santo) para indicar el día de fiesta. (Nota del traductor.)

un extremo del paño del altar para examinar cuidadosamente su labor de encaje. Es muy de españoles esta familiaridad con las cosas sagradas[192]. Pero al mismo tiempo, no es posible señalar en la feria y en medio de los esparcimientos al alborotador, al beodo ni al obsceno. Puede que no hermane con el temperamento andaluz una impuesta contención rigurosa, pero en cambio desconoce las costumbres y los instintos vulgares. Intrincado sería dilucidar cual de estas dos maneras de afrontar los problemas de la vida sea más digna de admiración. Pero hay que celebrar que, sea cual sea el proceder de la gente en otros lugares de la tierra, aquí en Sevilla se mantenga vivo “ese algo tradicional y sagrado”.

192 Una observación parecida encontramos en doña Emilia Pardo Bazán, en una descripción de “Las Cigarreras” en *La Tribuna*: “Pero esa clase de familiaridad (se refiere a que las mujeres dejaban sus sombrillas y mantones en un altar), no implica falta de respeto al santo altar, pues nadie pasaba por delante sin hacer una genuflexión y santiguarse.”

XIV
La catedral de Sevilla

El mayor templo gótico del mundo, y el mayor de todos después de San Pedro en Roma, es la Catedral de Sevilla, y no hace muchos años estuvo cerrada casi por completo. Ello fue debido a aquel terremoto de Andalucía de 1888 que hundió la cúpula causando grandísimo estrago; desde el lado este del coro al altar mayor, todo quedó convertido en un montón de escombros. La primera vez que visité a Sevilla me fue imposible hacerme cargo de su catedral, pues aun estaba cerrada en gran parte; pero ahora que ha sido completamente restaurada, las ceremonias de Semana Santa no se ven privadas del esplendor que les da este gran recinto, y los restos de Colón han sido depositados en aquella ciudad, que tiene en verdad derecho a conservar esa reliquia. Afortunadamente se puede felicitar a los sevillanos por la habilidad con que han realizado las obras de reparación. Era este un caso que podía admitir todos los sistemas de restauración, dada la magnitud de la catástrofe, y hay que reconocer que los trabajos se han llevado a cabo de la manera más sensata. El buen gusto del sevillano y el apego del español a todo lo tradicional se unieron felizmente en este caso. Nada se ha hecho que no estuviera absolutamente justificado por la armonía del edificio, ni se ha llevado arbitrariamente la labor más allá de adonde se hallaban los desperfectos, sino que se ha respetado en todo lo que hicieron los arquitectos originarios, sin enmendarles la plana. La catedral de Sevilla sigue siendo uno de los focos del espíritu religioso español, morada de misterio y ensueño.

Hace más de quinientos años que fue planeada la catedral de Sevilla. En 1401 el cabildo acordó edificar una basílica “tan magnífica que las futuras generaciones les llamasen locos por haberla comenzado”. Los planos debieron trazarlos arquitectos extranjeros, alemanes tal vez, y se tardó un siglo en realizar la obra, y algunas de cuyas puertas no parecen estar aún del todo acabadas al exterior. En muchos detalles se la puede comparar con otra catedral gótica, la de Colonia. Ambas habían de ser extraordinarias y representan una idea extranjera, pues tanto en las riberas del Rhin como en las del Guadalquivir —aunque no puede decirse lo mismo en todos los lugares de España y Alemania—, el arte gótico es una arquitectura ajena. El mismo exotismo de estos templos en tales regiones, ha sido la causa de que los naturales respetaran la unidad del trazado, y en la de Colonia hasta los nimios detalles, a lo largo de un dilatado periodo de construcción, con lo cual la obra se mantiene incólume de las modificaciones que la arquitectura va experimentando, según los gustos cambiantes de cada pueblo.

Pero hay que decir que, con todo y existir esta semejanza fundamental, nada es más distinto, por su aspecto, que estas grandes catedrales. La de Colonia, que en fotografía y dibujos parece una de las obras más impresionantes y de mayor perfección técnica, en cuanto se analiza un poco se ve que es de una gran artificiosidad, fría, poco inspirada, muerta. Se siente que tanto en la forma como en el espíritu es una cosa del todo extraña al suelo renano, de suerte que nunca ha intentado el natural del país darle vitalidad. El cristianismo alemán tiene su peculiar nota de protestantismo, y la catedral de Colonia con su nobleza francesa y su lógica armonía, resulta por tal causa tan extraña junto al Rhin, como la catedral de San Pablo de estilo renacimiento, en la nebulosa Londres. Pero la catedral de Sevilla, al cabo de quinientos años se mantiene toda ella viva, con una exuberancia de ritmo que difícilmente se hallaría en otro templo. Para dar vitalidad de devoción a la vastedad de la basílica de San Pedro, se requería un esfuerzo sobrehumano. En la gótica iglesia de Notre Dame sentimos la misma ausencia de vida. Las de Colonia y San Pedro nunca pudieron estar animadas de ese ritmo viviente; la de París, que lo estuvo, ha quedado yerta. Llena se vio un día de todo esplendor ritual, pero la revolución la arrasó, y no se ha repuesto de los efectos de semejante tormenta. La misma sistematización, elegancia y confort introducidos hoy en el culto, tienen algo de

incongruente y dan la sensación de que el verdadero espíritu religioso se ha entibiado en “Notre Dame”. Pero la catedral de Sevilla conserva su vida, y si algo ha sido atenuada con relación a tiempos de mayor fervor, ello ha sido en tan pequeño grado que la diferencia no se hace perceptible.

La disposición de una típica iglesia española —en Sevilla tiene su más acabada expresión— responde a una forma completamente distinta de la acostumbrada en Francia e Inglaterra. Las iglesias góticas del Norte tienen forma de cruz, y la cabecera, al este, es lo más reverenciado, lo más luminoso y delicadamente afiligranado. Toda la actividad se concentra en el extremo que da a oriente. Aquí se halla el coro y el presbiterio, y es donde se celebra el Santo Sacrificio de la Misa, incruento y solemne. Para que esta solemnidad se rodee de un reverente misterio, el altar queda así en lugar distanciado, envuelto en claridad. Los feligreses se hallan esparcidos y como solos bajo la nave llena de tenue y transparente penumbra, y tal disposición del plano parece tener su origen en la tendencia que el espíritu norteño muestra a la soledad. En la catedral de Sevilla la disposición es muy otra. Aquí el fin principal consiste en lograr la mayor cabida posible de fieles, para que sigan de una manera activa el ritual, y esta finalidad se logra perfectamente. El edificio tiene una amplia forma oblonga, sin transeptos que sobresalgan, sin más que un ábside principal. El coro ocupa casi el centro de la iglesia, ligeramente situado al lado oeste, y el altar mayor, ligeramente al este. En los primeros días del cristianismo, los coros se situaban en la misma nave, si bien no se ponían a gran altura, y es posible que esta costumbre española sea una supervivencia (no es opinión de Street). Y no es del todo distinta la disposición del coro de la abadía londinense de Westminster, aunque sea de más moderna adaptación. Entre el coro y la capilla del altar mayor hay un espacio cuadrado, bajo la cúpula, que se puede aislar a voluntad, y en la cual se celebran muchas de las ceremonias más notables, como la bendición de los óleos y el lavatorio de los pies, por Semana Santa.

El coro y el altar mayor están sólidamente aislados y forman como un templo de otra estructura. Así se logra que la parte del coro se halle aparte del rito actual, que es como debe ser: y no obstante toda la acción de las ceremonias se agrupa en el centro de la iglesia. La sensación de misterio no se logra aquí por la distancia, sino por ambiente que engloba y por altura, y a la vez todos los requisitos el rito están debidamente atendidos para su máximo efecto. Tal disposición dota a la catedral sevillana de las condiciones propias para el culto español. La noble sencillez del edificio, dentro de los elementos constructivos y el seguro retoricismo de la ornamentación, se compadecen de manera admirable para ambientar la ensoñada y majestuosa grandeza propia de las funciones que en ella se celebran, y que se revela en cada detalle y en la diversa y subyugadora amenidad del conjunto.

Así que llegan las grandes fiestas del año, este edificio tan amplio, no parece suficiente para contener a todos los fieles, y da la sensación de que es un conjunto viviente, que cambia según la enriquecida y variada atmósfera de que se llena. Y exteriormente, la catedral de Sevilla se levanta firme y eurítmica en medio de la ciudad, tal como las bellas sevillanas, que dentro de su alegría, saben permanecer gravemente alerta, bajo un aspecto de lánguida nostalgia.

Muy complejos son los elementos que forman el encanto de este monumento que parece tan logrado en sí mismo, aun prescindiendo del culto y de la gente en que se pensó al hacerlo. Yo he discurrido largas horas —de mañana, de tarde y de noche— entre sus muros, durante varias semanas, y el último día me pareció tan deliciosamente esquivo de sus bellezas, tan lleno de sorpresas fantásticas como el primero. Se aprende, sin embargo, a destacar algunos elementos del encanto total. Es una iglesia admirablemente iluminada, con un equilibrio de luz entre la claridad de las luminosas catedrales de los países del norte, que tanto poder resta al misterio, y la cargada penumbra de los templos típicamente meridionales de Perpiñán y Barcelona, donde lo impresionante de la obscuridad reinante va en merma del vigor de los detalles. La media luz que predomina en este vasto recinto, se forma de diversas luces repartidas, de intensidad graduada, de suerte que la atmósfera es parte a la sensación de armonía arquitectónica. Su variedad de efectos claroscuros, la lumínicas perspectivas aéreas se realizan por la sucesión de planos atmosféricos que

parten de los ventanales velados o descorridos, de distinta altura y ángulo, y cuyos colores llenan el aire con tal discreción que las luminarias de los altares no se sienten ahogadas por ellos.

Mas si los elementos esenciales de la construcción son atrevidos y están con gran armonía y proporción trazados en la catedral de Sevilla, hay que reconocer, no obstante, que no es, ni podía serlo, como fenómeno extranjerizo, modelo de estilo gótico en sus elementos y detalle. El que llegue a Sevilla procedente de Amiens, Chartres, Barcelona o Tarragona, donde se mantiene la genuina escultura gótica, puede sentir fácilmente cierto desagrado ante la catedral de Sevilla. Pero es que aquí lo que dejaron de tener los artífices de exquisito y puro sentido arquitectónico, lo suple su feliz complacencia artística, su acierto intuitivo de las proporciones y la esbeltez: y a la postre, la misma aspereza de la diversidad y mescolanza de labores y detalles de la piedra, siempre contenida en un límite de discreción que no molesta, llega a resultar un elemento que constituye el especial efecto del conjunto.

Aparte lo estrictamente arquitectónico, resalta en seguida lo meramente decorativo y ornamental. Por ejemplo, abundan las clásicas rejas tan frecuentemente empleadas en Sevilla, trazadas de manera delicada y sensible, que logra siempre espléndidos y variados efectos. También son un elemento de importancia característica las ventanas irisadas. Todos los ventanales, que son cerca de cien, son de colores, y, en su mayoría, muy entonados, con predominio del florido estilo flamenco del siglo XVII, que encaja aquí perfectamente. A veces las ventanas están veladas por cortinas semitransparentes, y en general están situadas muy altas y no son muy grandes. Las variadas manchas de color que proyectan sobre los muros, los estribos y el pavimento, sacando cristalina apariencia al mármol, armonizan perfectamente con la impresión que causa todo el ámbito. Todos los accidentes se hallan en la misma relación de armonía, con la amplitud del templo. Los grandes cirios, las campanas que tocan a elevación en el coro, los enormes libros corales, la gran pila del agua bautismal, los cepillos para los óbolos, grandes también y blindados, todos estos y otros elementos secundarios a la arquitectura se hallan en escala de grandes dimensiones[193].

Y siendo tan admirable la armonía ornamental y el misterio interior de este templo, se nota que está tratado con cierta familiaridad, con una especie de natural negligencia que acaba de darle un matiz peculiar. Como mero museo de antigüedades y de pintura podría figurar entre los mejores de Europa. Pero no es, ante todo, lugar de exhibición como puede antojársenos San Pedro, por su fría y hueca magnificencia, ni como las iglesias de Inglaterra, cuidadas con una exageración que hasta da angustia. No se nota ese excesivo cuidado en la catedral de Sevilla, donde nada perjudican algunas manchas de cera, ni cierto desorden que reina en ella. Aquí y allá, el mármol aparece roto y la obra de piedra desportillada, así como de las ventanas abigarradas se han desprendido algunos cristalillos. Pero este ligero aspecto del uso contribuye a darle su aspecto de vitalidad, en tanto que las iglesias preocupadamente atildadas y relucientes de limpieza no parecen esperar al pueblo que las llene. Esta es una iglesia de vital y constante uso, frecuentada por gentes de toda clase. La continuidad del ceremonial, el rumor de la oración parecen no tener tregua. Descontando el altar mayor, hay otros ochenta y dos, y, no obstante, no se atreve uno a decir que sean demasiados.

La catedral es el centro de todas las grandes fiestas de la iglesia, adonde convergen, como es natural las procesiones populares y los "pasos". El día de los "pasos" es Viernes Santo, aunque también salen los dos días precedentes. La ciudad toda depende de ellos; se interrumpe en absoluto el tráfico rodado y todas las autoridades los presencian con el público, en las sillas que se sacan a las calles o plazas, o desde las ventanas y balcones. Es imposible transitar ni cruzar las calles céntricas, y el forastero no puede hacer otra cosa sino presenciar el desfile de los "pasos". Las procesiones consisten en cortejos de imágenes o grupos escultóricos, el tamaño de cuyas figuras es poco mayor que el natural[194]. Son llevados en andas por grupos de cofrades que avanzan a marcha muy lenta. Cada hermandad o cofradía viste de distinto color y lleva sus andas, pero todos

193 Lo menos son doscientos los volúmenes del coro, que miden más de tres pies de alto, por dos de ancho y muchos de ellos están miniados y son del siglo XV.

igualmente encapuchados y con un hacha encendida. Muchas de las imágenes son de mérito artístico y gran belleza, a pesar de su dramática expresión. Algunas de ellas son obra de Montañés, acaso el más notable de los escultores sevillanos del siglo XVII, y sin duda el más vigoroso exponente del espíritu de la escuela andaluza de la talla policromada. Son más impresionantes, y el pueblo parece sentir mayor fervor por ellas, otras imágenes solas de la Virgen, todas cubiertas de ricos mantos que impiden ver la talla. Tal la Virgen de la Regla: una graciosa imagen ligeramente inclinada hacia delante, que lleva un delicado pañuelo de encaje en la mano, y que va envuelta en un amplio y denso manto de terciopelo obscuro, con bordados de oro de dibujo muy ornamental. A sus pies tiene cirios y flores, y el borde del manto está salpicado de la flor de la maravilla (también en Inglaterra se dedica a la Virgen, como se ve por su nombre: "marygolds"), y de vez en cuando alguna persona de entre la muchedumbre que presencia la procesión, entona, con voz entre sobrecogida y ardiente, una "saeta" al paso de la imagen, fijando en ella los ojos. Y uno percibe que el ritmo lento de la melodía y las pisadas del cortejo procesional, que conduce a la Virgen en andas de vuelta a la catedral entre la multitud palpitante, comunica una especie de vida a la imagen, que la transfigura en un símbolo que —aparte su realidad religiosa— tiene un encanto meramente estético por el que uno piensa en las deidades mediterráneas, despojadas de su sentido pagano, como si la imagen de lo prístino fuese hoy esta flor suma y última, que a la depuración del arte une la pureza ética. ¿No fue Sevilla la única ciudad del mundo occidental que dedicó un templo a Salambó? Las Santas Justina y Rufina son las patronas de Sevilla por que se negaron a acatar la falsa deidad, y fueron martirizadas.

Si puede decirse que la catedral de Sevilla es de día inagotablemente rica e interesante, hay que decir que por la noche causa una nueva y poderosa impresión, durante los días que preceden al domingo de Pascua florida. Todas las puertas quedan de par en par, y desde dentro se ve, a lo mejor, en un ángulo, que las luces eléctricas de la calle envían su fulgor. La catedral, no obstante permanece muy obscura, casi exclusivamente iluminada por algunos cirios colocados muy altos, en los grandes estribos de la nave. En torno del coro la gente se apiña impenetrablemente. Aparecen grupos de personas arrodilladas y sentadas al pie de los macizos de las columnas, y se oyen el rumor de los abanicos y algunos cuchicheos; hasta puede verse algún perro que pasa sin que a nadie le moleste. Yo he oído en tal ocasión el miserere de Eslava: la iglesia toda con su amplitud, armonizaba admirablemente con la música y el acto. Un amigo artista que me acompañaba me hizo notar que aquella escena era más extraña que los dibujos de Martin, tan alucinante como algo sugerido en Poe o en Baudelaire. Los macizos soportes, eran en tal penumbra, como nunca colosales, y las lucecillas del altar mayor que iluminaban la verja de hierro, hacían pensar en el cuadro de Rembrandt del Templo de Jerusalén. Siéntese en esta escena de encantamiento que la catedral de Sevilla ha revelado el más íntimo secreto de su misterio.

194 Vale la pena de observar que bien pudo ser España el primer sitio donde el simbolismo de la imaginería en la piedad llevara casi a una adoración de la imagen, pues ello parece desprenderse de que así lo indica el famoso canon contra tal práctica, aprobado por el Concilio de Elvira (la antigua Granada), en el año 306. El Papa Dámaso que dio un nuevo impulso al arte cristiano y ejerció por el mismo tiempo su influencia en el mismo sentido, era español. (Véase a A. W. W. Dale, *The Synod of Elvira*, página 292; y también a Glover, *Life and Letters in the Fourth Century*, pág. 250.)

XV
Montserrat

I

La mística reliquia del Santo Grial, situada en un escondido lugar apartado de las corrientes del mundo, constituyó una preocupación de la edad media, y al resurgir el tema por virtud del genio de Wagner, el Santo Grial aparece guardado por una orden religiosa, en Monsalvat, de la España visigoda, no lejos de la tierra de los moros.

La gente del norte que soñara en ese misterioso Monsalvat en sus momentos de fervor religioso y romántica exaltación, había oído decir algo acerca del mismo, y estaba muy lejos de comprender lo que hubiese en ello de realidad. Pero ese mismo rumor es la prueba más evidente de la sugestión que la montaña de Montserrat ha ejercido en la imaginación universal durante más de mil años, cosa que todavía sucede. Es en vano que uno suba a Montserrat llevando en la memoria a Amfortas y el "puro loco". Nos hacemos cargo de la relación que existe entre el legendario Monsalvat y el Montserrat, cuando una vez pasado el monasterio, seguimos ascendiendo y llegamos a dominar la gran barranca que es fama formóse en la montaña al hundirse ésta, en el terremoto de Viernes Santo, dejando unas fantásticas hileras de peñascos erguidos a los que alguien ha llamado "Custodios del Santo Grial".[195] Podríamos, sin embargo, creer que el lugar del Santo Grial fuera un símbolo sublime, situado en un visible lugar de la imaginación humana.

Pero la real y aun viva leyenda de Montserrat, no necesita entrañar un profundo simbolismo para tener un halo auténtico, si no logrado por una legendaria fe, al menos por ser un verdadero santuario de la naturaleza. Dícese que San Lucas —considerado tradicionalmente por el más cabal de los primeros cristianos—, talló una vez una imagen de la Virgen María en madera. Pero fuera quien fuese el escultor que talló la imagen de la Virgen de Montserrat, lo indiscutible parece ser que ya era venerada como cosa sagrada en tiempos anteriores a su leyenda. En el siglo octavo —no se puede precisar la fecha, que pudo ser anterior—, unos monjes que se habían albergado en la montaña, amenazados por los moros, huyeron, no sin antes esconder en una gruta su venerada imagen de la Virgen. A fines del siglo IX, que es cuando la leyenda de Montserrat empieza a difundirse, unos pastores encontraron por casualidad la imagen. Se establecieron en seguida en el lugar unas monjas, a las que pronto sustituyeron los benedictinos de Ripoll.

La Virgen de Montserrat salió siempre incólume de mil contratiempos y peligros. A principios del siglo XV la residencia que cuidaba del santuario de Montserrat pasó de ser un priorato dependiente de Ripoll, a ser una abadía autónoma. En un principio Montserrat fue refugio de ermitaños, pues la aserrada montaña ofrece mil lugares tan propicios a la vida eremita, como inclinado a esa vida se ofrece el carácter del español. Todos los monjes podían tener un nidal aislado sobre la planicie que la montaña otea. Y no había ermita sin su custodio. Más adelante empezó a desfilar por el sendero que serpea escalando las cimas un peregrinaje, que poco a poco iba siendo mayor, según la fama de Nuestra Señora de Montserrat se extendía. Ese ejército de peregrinos elevaban sus plegarias a la Virgen y eran acogidos con hospitalidad por los monjes. Dícese que en el siglo XVI llegaron al medio millón anual los peregrinos que visitaban el santuario. Reyes, príncipes y ricos hombres tomaban parte en tales expediciones devotas. La reina Violante, esposa de Juan I, subió descalza la áspera montaña, hasta el prestigioso altar. Nueve fueron las visitas que hizo Carlos V a la Virgen de Montserrat. El conquistador don Juan de Austria vino a

195 Es digno de anotarse que en la catedral de Valencia —por consiguiente no muy lejos de Montserrat— se conserva una copa, el Santo Cáliz, de ónice, perteneciente a la época imperial romana, y es tradición que se trata del cáliz de la Sagrada Cena.

postrarse y rendir en tributo los trofeos de Lepanto y a hacer decorar toda la iglesia con oro. La visita más memorable fue la del caballero de Loyola, que se despidió de sus campañas mundanas en este lugar; velando las armas ante la imagen de la Virgen toda una noche, depositó su espada a sus pies, para revestirse en adelante de las armas del espíritu, con lo cual se consagró lo mismo que un Amadís de Gaula, pero en la caballería de la Iglesia, de cuyo ejército más famoso y mejor organizado había de ser el santo general.

No solamente en el plano religioso había de brillar Montserrat, pues como todos los focos de cultura benedictina, este monasterio se hizo un hogar del trabajo y del saber. Algunos abades fueron inteligentes arquitectos, y estaban enterados de los cosas de la escultura, con lo que llamaron a buenos escultores y artífices que les ornasen su hermoso templo bizantino. Fundaron una tradicional escolanía con capilla de música. Instalaron una excelente prensa, cuando la imprenta era todavía una novedad. Si las gentes de todas partes acudían con sus valiosos presentes ofrendados con amor a la Virgen, los guardianes de su santuario y tesoro no se olvidaban de su parte de responsabilidad. Los dones de la naturaleza, la fervorosa aportación de los devotos de gran parte de Europa, el talento y el esfuerzo de los propios monjes, todo contribuyó a hacer de Montserrat un santuario de incomparable magnificencia, que por su privilegiada situación se ha mantenido siempre en una aristocrática soledad —no obstante ser tan visitado—, que la distingue del otro famoso santuario español, Santiago de Compostela.

Por fin, a comienzos del siglo diecinueve sobrevino la guerra de la Independencia. Montserrat era un baluarte natural, doblemente tentador para los franceses, porque presentían que allí iban a apoderarse de un copioso botín. Subieron; asesinaron a algunos monjes y dispersaron a los demás; hollaron el santuario y lo saquearon, arrebatando todo su tesoro. Lo poco que dejaron los franceses fue acabado de arruinar por los revolucionarios algunos años después, cuando se saquearon todos los monasterios, que han quedado convertidos en grandiosas y lamentables ruinas. Cuando Ford visitó a Montserrat exclamó: “Esto ha quedado hecho una abominable desolación”, y le parecía difícil que allí se pudiera hallar una vida de recogimiento tranquilo.

Hoy día, aunque desaparecido el antiguo esplendor, Montserrat vuelve a tener vitalidad. Se ha restaurado la gran iglesia; alrededor se han construido vastos edificios con numerosas celdas o austeras habitaciones para los visitantes, que no han de abonar nada por el alojamiento, por más que sea costumbre hacer algún donativo. El tesoro, con lo que se ha podido reconstituir, se halla bien custodiado por los frailes que poseen una espléndida biblioteca y han vuelto a formar la escolanía de niños músicos. La Virgen de Montserrat es todavía la patrona de los católicos catalanes. A manera de anécdota recuerdo que en un mitín celebrado en Barcelona para combatir la ley de asociaciones que interesa a las comunidades religiosas, al grito de “¡Viva España” y “Viva Cataluña!” con que dicha ley del gobierno liberal había sido acogida, los católicos oponían el grito de “¡Viva la Virgen de Montserrat!” Es que esta montaña tiene con su santuario una vitalidad religiosa indestructible. Sabemos que ya en la época romana el llamado “Mons Estorcil” tenía un tempo de Venus. Es más, ya los primitivos iberos debieron entronar en ella alguna deidad de su ciega adoración. Porque en estas cimas nebulosas el espíritu encuentra siempre un motivo de anhelo sobrehumano, y percibe el vuelo de los crepúsculos, que siempre acaban en la fe de la noche y en la gracia de la luz.

II

No sólo ha vuelto a su actividad el monasterio, sino que las visitas del peregrino se han hecho fáciles, gracias a que los caminos se han puesto en buenas condiciones y a que se ha construido un ferrocarril de cremallera[196]. Cuando vi por primera vez, hará quince años, la montaña de Montserrat desde lejos, no había para subir a ella otros caminos que las carreteras abiertas por los monjes, que eran bastante buenas. Pero luego se hizo esa linea férrea desde la estación de Monistrol hasta la aproximada altura del monasterio, lugar donde se lee la siguiente inscripción: “Aquí se hizo inmóvil

196 Actualmente hay varios funiculares para subir a los puntos más difíciles. (Nota del traductor.)

la Santa Imagen en el año 880”, pues dice la leyenda que la imagen de la Virgen al llegar a determinado lugar los que la llevaban, cuando fue descubierta en su cueva, se detuvo y no fue posible moverla un paso más, lo cual era prueba evidente de su predilección por la magnificencia del sitio en donde se hubo de levantar el monasterio.

Por fin un día, a primeros de mayo, tomé el tren que me tenía que llevar siguiendo el río Llobregat, hasta la montaña, a la cual me dirigía con cierta impresión, pues ya me había precedido tantas veces el pensamiento a tan venerado lugar. Me extrañó al momento ver que mis únicos compañeros de viaje eran dos parejas jóvenes y modestas, gente del pueblo. No se me había ocurrido que el bello lugar del Santuario de Nuestra Señora de Montserrat fuese una agradable estancia para pasar la luna de miel. Había olvidado que los sentimientos de la religión y del amor, son afines en este pueblo, y que un lugar propicio para los unos, no ha de serlo menos para los otros. Tanto es así, que en España, como lo fue sin duda un tiempo en Inglaterra, un día de fiesta es una jornada santa.

Imagínese un Gibraltar más grande y más bello por ser menos adusto: moles de rocas conglomeradas que se agrupan y amontonan, y entre las grietas y los bordes, multitud de arbustos, yerbas y árboles; así se levanta la montaña, que desde lejos parece monda y vertical, en medio de una ondulante llanura regada por el Llobregat, a cuyas márgenes prosperan numerosas ciudades y pueblos. Y en la lejanía ondula el terreno y se vislumbran las cumbres nevadas de los Pirineos, de los cuales el mismo Montserrat es una estribación prominente y aislada. Situada demasiado lejos de las ciudades y las fronteras para servir de excelente fortaleza estratégica, Montserrat ha constituido un baluarte de la fe, y la santa montaña, con su Virgen y los siervos que la custodian, ha ejercido un gran dominio espiritual sobre el territorio, desde los albores de la historia.

Ha llegado el trenecito de cremallera a su fin. Yo sigo a las dos parejas de novios para quienes el lugar no es desconocido, y llego a una oficina, donde un hermano lego inscribe mi nombre y residencia en un registro, y sin añadir una palabra alarga una llave a un mozo subordinado suyo, el cual, cargado con un par de sábanas y toallas, me acompaña a un edificio de aspecto de cuartel, llamado pabellón de Santa Teresa de Jesús, según reza un letrero en el dintel; abre una puerta del tercer piso, y me deja en la celda, completamente solo y confiado a mi propia iniciativa, para pasar los tres días, durante los cuales la Virgen de Montserrat me brinda su hospitalidad. Doy una ojeada a la pequeña habitación que ha de ser absolutamente mía durante los tres días. Está limpisima y provista de lo más austero y elemental. Y veo —señal de que no me hallo en el ambiente de un monasterio riguroso y sombrío— que separadas de la pieza primera hay dos pequeñas camas, aisladas del resto de la celda por una cortina brillante, que pone una única nota de color y animación en el aposento. Una reducida mesa, una silla, un cántaro que se puede llenar en la fuente que hay al pie del edificio, un candelero sin bujía, y algunos platos en una alacena, completan el ajuar que se me ha confiado. Una vez hecha la cama, lleno de agua el cántaro, y provisto el candelero de una bujía adquirida en los almacenes —que la comunidad ha instalado para que los visitantes que no quieran ir al restaurante vecino se surtan de las cosas indispensables— me echo por fin la llave al bolsillo y me entrego descansadamente a la emoción del lugar.

Anochece; desde la pequeña planicie del monasterio se ven las rocas más altas, delicadamente veladas de niebla. Paseando por la terraza que hay delante del grupo de edificaciones que hacen habitable la montaña, veo los misteriosos precipicios y las escasas cimas que se hallan despejadas, y respiro un finísimo aire que acaba de darme la sensación de que, al fin, he encontrado el verdadero reposo del santuario, tanto tiempo imaginado en sueños. El absoluto silencio, la gran soledad del lugar se hace al fin desconcertante; pero esta sensación de extravío se desvanece al dirigirse uno envuelto en la penumbra crepuscular hacia la iglesia. Se empuja una puertecilla y se encuentra uno entre los fieles que oran esparcidos en medio de la oscuridad del sagrado recinto. La sombra es dentro, en efecto, mucho más densa. El sentimiento español ha resuelto este problema de la penumbra interior, cosa tan difícil de comprender en los países del norte, a causa del gusto por la

exaltación de la luz; y en efecto el que las sombras dominen discretamente la claridad, ayuda al recogimiento y a la oración, ya que si algún lugar hay en que ha de sernos indiferente todo lo que haga el prójimo, es precisamente el templo. Una atmósfera de misterio, un resplandor vago y en penumbra, no hacen sino nivelar todas las diferencias del mundo y predisponernos a la aproximación de los divinos misterios.

Es la hora del Ángelus, casi la única, aparte las de las misas, en que los peregrinos y visitantes se reúnen en la iglesia. Si penetrase de repente la plena luz del sol, presentimos que descubriríamos una desagradable cantidad relumbrante de oropeles que, en esta forma, quedan reducidos a un discreto titilar y resplandecer que evidencia los volúmenes de la maciza estructura de la iglesia románica sin naves, y las lámparas esparcidas destacan así ordenadamente sus cirios ardientes, colgadas en alto sobre el presbiterio, ante el altar de la sagrada Imagen. En este ambiente de entrecruzadas exaltaciones espirituales, el carácter de uno se adapta insensible y armoniosamente al sentir de toda una colectividad humana que durante más de diez siglos ha estado ascendiendo a este lugar de oración, donde tiene remate cumplido la excursión, ungida siempre de peregrinaje.

III

El vientecillo de estas alturas desvanece el sueño muy de mañana, y no hay como levantarse a las cinco y salir a divagar por las sendas, cuando apenas se ve a nadie reanudando su jornada, para caer en la cuenta de que Montserrat, antes de ser el santuario de la Santa Imagen, lo fue de la naturaleza misma.

Puede que el mayor encanto de Montserrat estribe en que apareciendo como inaccesible y árida de abajo, con toda la solemnidad y el aislamiento de una gran montaña, luego, al ir entrándose uno por sus senderillos, va resultando accesible y amena, lo cual la hace humana. Dentro de ciertos límites de forma, sus aspectos son variadísimos, pues continuamente se van descubriendo nuevas perspectivas que revelan espectáculos imprevistos: aquí una roca atrevida y prominente, más allá una ladera muy empinada, con numerosos cortes verticales que le dan aspecto de gigantesco órgano; luego, un oscuro precipicio. Pero estas características se repiten con excesiva uniformidad. Siempre es un inmenso roquedal que se pierde en las nubes elevando consigo los árboles y una gran variedad de plantas. En todos sentidos discurren los senderos fáciles, de suerte qué el excursionista prudente puede ir por todas partes, sin necesidad de guía. No hay que salvar agrias breñas. De vez en cuando, suenan algunas risas juveniles, porque éstos no son únicamente los parajes de la oración, sino también de la alegría. La risa en esta empinada cumbre, que parece entrar en el firmamento, no suena discordante.

Las veredas que ondulan hacia los puntos más altos, nos van mostrando, ora una capilla abandonada, ya una gruta que fue un día habitada, bien las ruinas de una ermita. Todos esos rincones tuvieron su ermitaño, y cuando éste moría, había siempre quien aspirase a proseguir su género de vida. Muy venerada es la cueva asociada al nombre del famoso ermitaño Garín: personaje legendario del siglo IX, cuyos pecados eran abrumadores, y que hacía una vida de austerísima expiación. James Howell escribió desde Madrid, en 1622 en sus *Familiar Letters* que era frecuente entre los españoles, al llegar a la madurez, si su juventud había sido disipada, renunciar voluntariamente a todos los puestos mundanos, por encumbrados y gananciosos que fuesen, a todos los negocios y dignidades, para aislarse en un lugar retirado y propicio a las plegarias, y pasar el resto de sus días consagrados a la meditación[197]. Pero es cierto que la vida de los que desengañados del mundo se retiraban al Montserrat, no estaba desprovista de deleites. La misma cueva de Fray Garín, pequeña e incómoda, ocupa una situación espléndida y domina un hermoso panorama. No es posible dejar de creer que los varones que se apartaban en absoluto de los conflictos y ansiedades

197 Esta inclinación ha desaparecido del temperamento español. No obstante se dan casos como el del jefe republicano que tanta parte tomó en la revolución de 1868 y en la época de Amadeo, Ruiz Zorrilla, el cual en sus últimos años, en París, hacia una vida prácticamente de monje, bajo la dirección de los dominicos, y llegó a ser un fervoroso admirador de las memorias de Lacordaire.

del mundo, se sintieran movidos de algo más que de voluntad de sacrificio y mortificación, como el pueblo siempre creyó, para expiar sus maldades. Eso lo hubieran llevado a cabo con ventaja en lugares menos deleitables[198].

Para más de un alma cansada y dolorida, más bien sería el ansia de los goces pacíficos lo que la impulsaría hacia Montserrat. Al dejar la carga de las cosas del siglo —preocupaciones domésticas, aspereza agrícola, rigor de la corte— y subir a la montaña, su corazón no se hundía, sino que se remontaba, con el regocijo de un Poverello, con la sensación inédita de una gozosa libertad, como la que sentían aquellos que en tiempos idos se retiraban a la Tebaida. Descansar al sol o a la sombra, amaestrar a los pájaros para que vengan a comer de la mano, aprender a catar el delicioso sabor del agua, son cosas que todos hemos deseado en llegando la primavera, cuando también hemos tenido ocasión de buscar y seleccionar hierbas gratas y virtuosas; observar la soberana e inagotable sucesión de los días y las noches, del verano y el invierno; otear los poblados que florecen a las riberas del Llobregat, minúsculos e insignificantes en su hondura lejana, son excelencias que habían de tentar, como fuente de espirituales placeres, los corazones experimentados en cuán amargo es el vino de la existencia[199].

En estos pensamientos se entretiene uno visitando los santos lugares de Montserrat, o haciendo una excursión por el caminillo solitario que lleva a la lejana cima de San Jerónimo. Con todo, sería equivocado suponer que aun en los tiempos de mayor esplendor del Santuario de Montserrat, en que acudían peregrinos de todas partes, atraídos por la fama del lugar y movidos de la fe, la vida del ermitaño careciese de rigores y dureza. Aquí es donde el carácter peculiar del español entra en juego. Ese temperamento tiene en el fondo cierto ardor unido a una especie de dureza. En el amor y en la religión, en la vida colectiva o en la del solitario, donde quiera que ese fervor se manifieste, el español conserva el sentido de un atletismo espiritual, o sea, hablando con precisión, el espíritu ascético.

He aquí tal vez el secreto de la unidad y simplicidad del alma española, que siempre tiene la ardiente y generosa simplicidad de la llama. Santa Teresa de Jesús es un símbolo del alma española; y del mismo modo esa cualidad intensa se adivina con claridad en espíritus menguados. Don Juan Tenorio tiene características similares por diversos caminos. El mismo Lope de Vega tan libre en su vida como profuso en su obra, no dejaba de sentir, de continuo, un innato ascetismo espiritual. Hacía abstinencia los viernes, aunque por causas de salud tenía dispensa para comer carne en días prohibidos, en los cuales hasta solía disciplinarse. El último viernes de su vida se encontraron sus cilicios manchados aún de sangre reciente[200]. La obsesión del dolor pasional, que hallamos en los amantes y en los santos, es lo que libra al español de esa preocupación del confort material que arrastran como un peso atado al cuello las gentes de los países nórdicos[201].

---

198 No se conciben las renunciaciones sin selección espiritual; esta tendencia al bien se explica en el goce puro de la naturaleza, del que nunca estuvo reñido el refinamiento ascético. (Nota del traductor.)

199 Dice Peyron, que visitó a Montserrat antes de ser desvastado, que aunque parece que en los eremitorios no hay nada, cada cual tiene su capilla, su celda, un pozo abierto en la roca y un lindo jardín; y los monjes eran en su mayoría varones de distinguidas familias.

200 Vale la pena de leer la *Vida le Lope de Vega* de Rennert, por los datos que aporta acerca de algunos aspectos del alma española.

201 Por lo que hace al aspecto literario, Coventry Patmore ha expresado muy bien esta característica del alma de España en un comentario sobre la novela de Valera *Pepita Jiménez* (*Religio Poetæ*, pág. 73): “En esta obra encontramos, como en Calderón, esa densidad de asunto y esa gracia de forma que constituyen la fulgente corona del arte, y que solamente en Shakespeare sorprendemos fuera de España, con la salvedad de que aún en éste no alcanzan el mismo grado. Fuera de la literatura española, únicamente el Dante nos demuestra que la religión y el arte no son cosas incompatibles. Y en la literatura española, sin salvedad, alguna, es donde se aprende que la alegría es la flor misma de la vida, en tanto que en otras literaturas se muestra soterraña y sólo envía su savia tímidamente a las hojas de árbol del anhelo y el deber. Puede que la mejor explicación de esta singular y admirable cualidad sea el que los más altos ingenios españoles han tenido por lo general íntima afinidad con la religión. Con ellos la religión se hizo, como debía, *una pasión humana*”. No es de creer que Patmore hiciese un estudio especial de las cosas de España, pero aunque no circulaba por sus venas sangre española, tenía la ventaja, para comprender ese espíritu, de ser

Ello hace que casi todo el Montserrat se halle entregado a la vegetación espontánea, sin intervención de la mano del hombre, más que en aquello meramente indispensable. La índole austera del español reduce a muy pocas las cosas necesarias, y su individualismo no le permite preocuparse por hacer más, pensando en las exigencias del extranjero, sino en lo que a sí mismo le basta. Durante mi estancia en Montserrat nadie me hizo la menor indicación, ni me ayudó en nada. Cierto que hay algún guía que otro, pero no prodigan sus servicios. Ni el mostrador donde se expenden postales ilustradas con vistas de la Montaña, está abierto a todas horas. Hay un hotel discreto al que se llega fácilmente, pero no se puede uno sustraer al pensamiento de lo que sería Montserrat, de hallarse en Inglaterra: inmensos y aparatosos hoteles con criados de librea, una terraza de café en lugar de la cruz del Mirador, innumerables tiendas y barracas, donde el forastero se vería tentado a comprar mil objetos inútiles, anuncios gigantescos de específicos y bebidas ocupando los puntos estratégicos de las rocas... Y al pensar en tales cosas uno llega a comprender que nos hallamos lejos de ese sentido íntimo del arte de la vida que posee el español; esa bella sobriedad que por la vida misma le llevaría a desasirse de ella; ese dominio sobre los apetitos inmediatos, para dar mayor satisfacción a los anhelos de alegría y libertad.

He aquí, en verdad, la lección definitiva de Montserrat; y este es nuestro pensamiento al descender de ese Santuario, de esas alturas perdidas en el cielo, adonde los españoles acuden a orar, esparcirse y amar. No sería por sí solo cosa extraordinaria el mero hecho de ver la imagen de esa Virgen morena que asume las memorias de doce siglos; pero sí lo es sentirse transportado a una región de aire espiritualizado, donde se columbra un ideal de vida más puro, y sacar de ello una lección del arte de comprender la existencia. Conclúyese de tales impresiones, que puede, en efecto, buscarse en la montaña de Montserrat la realidad simbólica del Santo Grial.

---

temperamentalmente español —anima naturaliter iberica—, angosto, pero hondo; individualista y arriesgado; apasionado y místico.

XVI
Los ideales españoles de hoy

La guerra que privó a España de los últimos vestigios de su poderío, cuando en su imperio no se ponía el sol, ha ejercido una doble influencia sobre el pueblo de España. Por una parte, ha tenido una consecuencia material patente, el hacer que los españoles consagrasen todas sus energías a la obra de salvar su economía nacional. Por otra parte ha tenido consecuencias, menos visibles, pero de muy profunda importancia moral. Ha inducido a los españoles cultos, conscientes de que la grandeza de un pueblo no puede alcanzarse sino gracias a una elevación espiritual e intelectual, siendo fieles a las propias cualidades instintivas, a iniciar una labor de autocrítica y de análisis nacional. ¿Cuál es el verdadero espíritu español? Esos españoles parecen preguntarse dónde radican las causas de la naturaleza de la antigua grandeza. ¿Cómo —se preguntan—, nosotros, españoles modernos, aprenderemos a ser fieles a ese espíritu y a esas tradiciones? ¿Hasta qué punto obramos con acierto y prudencia si lo intentamos? Los hombres que se formulan tales preguntas —grupo reducido de catedráticos, novelistas, periodistas de todas las provincias españolas—, representan en España, si bien de una manera menos ostensible, el mismo papel profético que representaron hace casi un siglo, Carlyle en Inglaterra y Emerson en los Estados Unidos. El desarrollo de la prosperidad material en España ha llamado la atención de varios escritores de distintos países; pero este otro desarrollo de orden espiritual que, planteando preguntas de introspección, corre parejas con el desarrollo material, apenas ha sido objeto de atención literaria fuera del país, según mis datos. Así, pues, vale la pena, intentar un estudio somero de su carácter y sus tendencias.

El escritor de esta esfera a quien debe mencionarse en primer lugar, por varias razones, entre ellas por ser sin duda el orientador —ya que el libro de que hablaré apareció antes de la guerra y no ha sido superado por otra obra— es Ángel Ganivet. No es este un nombre que haya llegado fuera de España a oídos de muchos, tal vez ni siquiera a los de aquellos que siguen el movimiento literario español; mas entre los españoles sensatos de la generación moderna, este escritor es bien conocido, pues su pequeña obra maestra, *Idearium español*, abunda más en claros pensamientos y en propiedad de estilo que libro alguno aparecido en España en los recientes años. Por cierto, que no fue escrito en España, y a ello se debe, en gran parte sin duda, su gran calidad de desapasionamiento, de reflexiva y discernidora visión del fondo del genio de España .Después de cursar brillantemente sus estudios universitarios, Ganivet ingresó en el cuerpo consular, y los deberes de un cónsul, no son incompatibles, como está comprobado desde los días de Hawthrone, con el cultivo de la más selecta literatura. Antes bien, un cónsul, aun hallándose a una distancia que le da una posición muy favorable para observar y discernir objetivamente las cosas de su patria, no puede ser considerado como en destierro; pues continúa siendo amparado por la misma enseña y no deja de ponerse en contacto cotidiano con hombres e intereses de su tierra. Durante algunos años Ganivet vivió en Amberes; luego terminó el *Idearium* en Helsingfors, en 1897. A los dos años, contando sólo treinta y tres, él mismo se desprendió de la vida, en circunstancias extrañas y oscuras[202].

Ganivet da el diagnóstico del mal que aqueja a España —pues casi todos los escritores españoles están de acuerdo en que España padece una dolencia— y la clasifica de abulia, de falta de fuerza de voluntad. Y aunque la formación de este autor era cosmopolita, él opinaba que el remedio de su enfermedad, España debe buscarlo en su fuerza racial. “El motivo central de mi idea —

202 El amigo de Angel Gavinet, Navarro Ledesma, ha escrito una interesante biografía que precede al *Epistolario* de aquél, epistolario que carece de gran importancia. Véase el reciente y juicioso estudio sobre Gavinet, del granadino Melchor Fernández Almagro. (Nota del traductor.)

declara— es la restauración de la vida espiritual de España". No tiene Ganivet la menor duda en la posibilidad de tal restauración. Y recordando a San Agustín hace el siguiente aserto: "Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas". La salvación de España no se debe buscar fuera de ella. Hay que cerrar con cerrojos y candados las puertas por las cuales el espíritu de España se sale para malversarse por los cuatro puntos del horizonte. Esta actitud era naturalmente una manifestación del temperamento de Ganivet. "Hay una cosa —escribió en cierta ocasión a su amigo Navarro Ledesma — que es la aclimatación espiritual, y muchas personas no son capaces de esta aclimatación; yo soy una de ellas". La guerra[203] que sobrevino inmediatamente después de la publicación del *Idearium*, detuvo la influencia de sus conceptos para dejar que el interés del momento recayese sobre los acontecimientos de actualidad. De esta manera, Ganivet, cuyo libro en sí mismo era un monumento —aunque al principio no adquiriese gran resonancia, hasta que Unamuno llamó la atención sobre él —, vino a ser el profeta de un movimiento de renacimiento espiritual español.

La mayoría de los libros que fueron fruto de los tiempos de guerra no podían, en verdad, mostrar la verdadera y directa influencia de un pensador tan reflexivo y sorprendente, pues hubieron de escribirse con nerviosidad y de manera superficial. Algunos de ellos, reflejando el profundo desencanto que produjo la última catástrofe colonial en muchas imaginaciones, evidenciaban un pesimismo absoluto.

Un ejemplo elocuente es la obra *El Problema Nacional* de Ricardo Macías Picavea, publicada precisamente al terminar la guerra, en 1899, pues aunque da una pintura muy cargada de tintas del carácter nacional, contiene muy considerable elemento de verdad. Macias Picavea censura a sus compatriotas de excesivo individualismo y, a la vez, de propensión a descentrarse; y en ello ve la fuente de todos los males de España. Sin duda está de acuerdo con Donoso Cortés, para quien "los pueblos tienen el gobierno que merecen". Dice así: "Hemos provocado mil sublevaciones y sediciones; pero ni una sola revolución provechosa." Macías Picavea se explica esta facilidad caprichosa de malgastar las energías, considerando dos defectos fundamentales del carácter: un defecto original y dinámico, que hace que predomine la pasión sobre la voluntad (en esta opinión coincide con Ganivet), y otro de principio moral que lleva a los españoles a confundir de una manera impropia el sentido de justicia con los sentimientos de la amistad y el afecto. El primero de dichos defectos hace que el español posponga los negocios actuales, en cuanto halla algún inconveniente en ellos, a un problemático mañana. La segunda característica es fuente de toda inmoralidad en la administración pública, que ésta proviene más bien que de incapacidad o de latrocinio, de la tendencia española a favorecer al vecino o al pariente, por la sola razón del parentesco o de la amistad, hasta convertir casi la impunidad en una forma de ley.

Macías Picavea pone aquí el dedo en la llaga de un verdadero mal, fuente de muchos males, según comprueban todos los extranjeros que tienen ocasión de observar la vida pública española. La razón de ello bien puede estribar en que el español es el individuo civilizado que siente más apego a la familia, a la amistad, a la hospitalidad, al vecindaje, y fuera del sector adonde alcanzan los afectos de este orden, no existe para él nada que merezca la pena de la menor preocupación. Para que el español se interese por las personas ausentes al círculo de sus relaciones, es menester que exista alguna poderosa razón extrínseca. Se trata de una actitud antisocial, tomando la sociedad en su más amplio sentido, aunque por otra parte tenga un aspecto encantador y admirable. Y hay que reconciliar esta cualidad, lo mejor que se pueda, con otra cualidad indiscutiblemente española, es decir, con el hecho de que España ha sido siempre pródiga, no ya en retóricos, sino en moralistas. Allí hasta donde Macías Picavea llega, el problema nacional es muy desesperado. Falleció este escritor en Valladolid, el mismo año en que apareció su comentado libro, así es que no pudo ver clarear los horizontes de su patria.

---

203 Naturalmente, la guerra contra los Estados Unidos, del 25 de abril al 12 de agosto de 1898. *Idearium español* se había publicado en 1897, y Ganivet falleció el 29 de noviembre de 1898. (Nota del editor digital.)

Notamos de paso que en este libro se nos ilustra acerca de la creencia corriente entre españoles y extranjeros de que los vicios de España son de reciente formación y producidos por una supuesta decadencia. Veamos, por ejemplo, una característica de la que están convencidos los naturales y los forasteros: la predisposición a aplazar los asuntos. A toda solicitud el español contesta con un delicioso "¡mañana!" No hace muchos años, al celebrarse un Congreso Médico en Madrid, llegó la fecha de la inauguración y no se había dispuesto nada, tanto que muchos de los que debían tomar parte en el Congreso no recibieron la invitación hasta que éste hubo pasado. Puede que este hecho fuera lo que dio a "Azorín" la idea de comentar la lentitud de sus compatriotas en *La Ruta de Don Quijote*, tomando como asunto la llegada de un ilustre médico inglés, que va a Madrid lleno de entusiasmo y anhelando escribir un libro sobre un país que le parecía el mejor del mundo; pero al comenzar sus estudios e investigaciones tropieza por todas partes con dilaciones y retardos; se encuentra con que las cosas más sencillas no se pueden ultimar sin aplazamientos, y por fin se decide a titular su libro *El tiempo que se pierde en España*. Ya en 1607 —tres siglos son una prueba —, Sir Francis Bacon hacía mención en una nota oficial a las largas que iban dando los españoles a todos los negocios, y subrayaba la opinión del secretario de Estado Lord Salisbury, de que no era debido a "mala voluntad ni a incomprensión de extranjeros", sino en parte a la diversidad de oficinas y de trámites, y en parte también a un causa psicológica a "la índole del pueblo y la nación, que es altiva, y por tanto confiada, ya que todos los orgullosos están llenos de tardanzas y suelen hacerse esperar."[204] "Todo lo cual —Bacon añade por su parte— es la causa de que las demoras españolas hayan motivado un proverbio que anda por todas las tierras y que su señoría puede encontrar en el siguiente dicho italiano: *Mi venga la morte di Spagna*, es decir, venga de España para mí la muerte, como dando a entender que viniendo de allí tardará en llegar. Y esto ocurría en la edad esplendorosa de España en que en todas las actividades del arte y de la vida los españoles realizaban obras que habían de inmortalizarles. La complejidad de la psicología de un pueblo suelen ser más difícil de comprender de lo que a veces nos imaginamos, tanto es así que los individuos de una colectividad que lleva a cabo grandes empresas, pueden desplegar cualidades distintas, y aun contradictorias con las de aquellos pocos que imprimen su personalidad de una manera permanente sobre el conjunto de sus paisanos.

Puede compararse con el libro de Macías Picavea, tan hábilmente compuesto, una conferencia pronunciada el mismo año por Doña Emilia Pardo Bazán con el título de *La España de Ayer y la de Hoy*, pues revela la misma tónica depresiva, y no parece corresponder en manera alguna a la actitud espiritual corriente de la autora. Coincidiendo con Macías Picavea estima que el defecto español más grave consiste en "un instinto de anarquía individual" —que dista mucho del espíritu de independencia—, que ha dispersado las energías nacionales y que tiende al desacuerdo. Si cuando España fue unificada por Fernando e Isabel, todo era en ella vigor y vitalidad, más tarde la nación fue debilitándose progresivamente. "Cuanto más nos remontemos al pasado por la corriente de la Historia, tanto mayores serán el progreso, la libertad, la tolerancia, la fe, la actividad y el esfuerzo viril que encontraremos."[205] España ha venido contentándose muchos años con vivir de esta leyenda, pero ya no es posible continuar así, y los españoles han de esforzarse por sustituir su descanso en la gloria tradicional por constructivos y esforzados ideales de renovación.

Ramiro de Maeztu adopta un tono más esperanzador que el de los escritores mencionados, en su libro *Hacia otra España*, aparecido asimismo en 1899. Se percata, en efecto, de que España se halla al comienzo de una gran lucha económica, y no se decide al juzgar si el país está, o no,

---

204 Van Aerssen, aludiendo algunos años más tarde a las dilaciones que se estilan en España, las atribuye antes que a orgullo a habilidad política, a una "premeditada obstinación" que acaba por vencer con el tiempo a los contrarios.

205 La conclusión inevitable de ello es que la principal energía del pueblo español antiguamente fue el individualismo, por más que entrañara el germen de muchos defectos. Saavedra (*La invasión de los árabes en España*), deduce que la conquista árabe fue consecuencia de la indisciplina y del particularismo de la resistencia cristiana. Y puede añadirse que la derrota final que luego sufrieron los moros, fue debida a que cundieron entre ellos los mismos defectos.

preparado para triunfar en el terreno industrial. Pero en este terreno es donde ve precisamente signos de progreso. Continuando por ese camino, España puede volver a ser una potencia, y cabe esperar que presenciemos un renacimiento del espíritu español.

Más entregado aún al optimismo se muestra Luis Morote en el libro que publicó en 1909 con el título de *La Moral de la Derrota*. Morote, periodista y excorresponsal en Cuba de algún periódico durante la guerra, fue hecho prisionero por los insurrectos y condenado a muerte, porque se le creyó espía, pero no fue ejecutado, sino que pudo regresar a España, donde escribió varios libros a impulsos de un evidente fervor patriótico, lleno de entusiástica fe en una España de lo porvenir. Para él lo necesario es que la patria aproveche de las lecciones de la experiencia para dejar, por fin, la vana y aventurera política exterior, y consagrarse por entero a labrar el bienestar y la civilización en la propia Península. Tal es *La Moral de la Derrota*. Opina que lo que menos importa ahora a España es entregarse a enviar expediciones al extranjero, ya que bien cumplida está su labor de conquistar un puesto en el mundo, imponiendo entre los cuatro idiomas hoy universales, el suyo. "Nuestro lenguaje, civilización, arte, genio y espíritu racial permanecerán por siempre más, y constituyen la mejor España del planeta, la patria moral y material de dieciocho nacionalidades, casi un continente que, por más que se halle dividido políticamente, ha de seguir usando para escribir y hablar, en el amor y el canto, la lengua de Castilla."

En otro libro publicado en 1904 y titulado *Los Frailes en España,* Morote trata una cuestión a la que, lo mismo que otros espíritus extremistas, considera como la raíz de la renovación de España: la cuestión de las órdenes religiosas. Un periódico satírico madrileño de la época de la guerra, publicó una caricatura en que un ciudadano exclamaba que no sería tan fácil combatir al clero como perder las colonias. Muchos españoles de distintas clases sociales tenían este sentir[206]. Hace un siglo y medio había en España un sacerdote por cada treinta habitantes. A comienzos del siglo XIX los únicos lugares de Europa que tenían una proporción mayor de clérigos eran Portugal, Roma, Sicilia y Turquía. Poco después sobrevino la revolución que sembró la península de nobles ruinas monacales; pero todavía Morote se preocupa en su citado libro por el crecido número de frailes y monjas existentes en el país. Se hace difícil precisar la situación actual de este problema en España. Por una parte existe evidentemente entre hombres y mujeres un gran espíritu de fe, de observancia religiosa, hasta de intransigencia cerrada en ciertos casos, todo ello mantenido por una espléndida tradición, de magnífica organización y rito, de disciplina y riqueza eclesiástica, sin comparación con ningún otro país. Mas, por otra parte, hallamos las sutiles corrientes del republicanismo, el liberalismo y el anarquismo, de rebeldía contra las formas establecidas y firmes. El alcance y la realidad de estas corrientes están demostrados por los vigorosos esfuerzos del partido liberal, que a la manera de Francia desea que se legisle en materia de asociación religiosa.[207]

---

206 Hoy suenan a cosa trasnochada las fobias suscitadas por la cuestión religiosa. (Nota del traductor.)

207 El Conde de Romanones, líder político de los anticlericales y ministro del Interior del último gabinete liberal, no se opone en absoluto al cristianismo, ni siquiera al catolicismo de la escuela democrática del cardenal Gibbons y el arzobispo Ireland. Lucha únicamente contra una Iglesia que se niega a seguir el progreso social y recurre a las armas políticas en lugar de confiar en la fuerza espiritual. Esto se pone claramente de manifiesto en un artículo de Romanones publicado recientemente en el *Mercure de France* (15 de abril de 1907): "El mundo cristiano —comenta— se encamina hacia concepciones más elevadas de su fe, y quizás ninguna época histórica, ni siquiera el siglo XIII, haya sido tan profundamente cristiana como la actual. La esencia ética de la doctrina de Jesús se está incorporando rápidamente a la aspiración social, y los principios de libertad, igualdad y fraternidad, corazón de las democracias contemporáneas y los ideales a los que tiende la evolución política, son el eco de la predicación cristiana." Del mismo modo, en el ámbito literario, Pérez Galdós, aunque su *Electra* se convirtió en el lema de muchos pertenecientes a los partidos antirreligiosos, librepensadores y revolucionarios más extremos de España, no es en absoluto un extremista. Es plenamente capaz de simpatizar con todo lo mejor y más libre del talante místico y religioso de sus compatriotas. No se opone a la Iglesia, nos dice; al contrario, cree que debe preservarse, pero desea frenar el crecimiento del monasticismo, que, según él, ha alcanzado dimensiones alarmantes durante el último siglo, y restringir la influencia indebida de la Iglesia en la vida secular. "¡No toquen al clero secular!" exclama, e incluso entre las órdenes monásticas está dispuesto a apoyar a aquellas que, como los agustinos y los carmelitas, conservan una atmósfera de poesía, reservando su indignación para aquellos, más especialmente los jesuitas, que predican un

Tal discrepancia en manera de sentir se trasluce en las opiniones de los españoles de hoy. De un lado hallamos a uno de los críticos más modernos de la literatura española, Manuel Bueno, que declara: "Ningún género de filosofía opuesto a la piedad cristiana hallará atmósfera propicia en España". Por lo contrario, otro pensador, Pascual Santacruz, afirma que el pueblo español es hoy día por lo general escéptico e indiferente en el fondo, y que aun aquellos que continúan manteniendo viva su conciencia religiosa, consideran con frecuencia que la organización y la observancia son capaces de perfeccionarse. La misma Pardo Bazán, que simpatiza personalmente con el catolicismo, ha dejado escritas estas palabras: "Nuestra religiosidad es parte de nuestra leyenda. No somos ya un pueblo religioso, ni siquiera en la observancia."

Puede causarnos sorpresa enterarnos de tales palabras referidas a un pueblo que a su hora desempeñó un papel tan fervoroso en el desarrollo del catolicismo; pero conviene a este tenor recordar que Francia, un día el país más católico, la tierra de los santos, ha sido el primero en deslindar en absoluto la religión de la política, y que un pueblo tan preocupado en materia religiosa como el inglés, se distingue asimismo por sus librepensadores. El vino añejo es vertido en nuevas vasijas, y el espíritu de los antepasados es recogido por las nuevas generaciones en distintas formas. No podemos aceptar que ese espíritu se desvanezca. El temperamento pasional del español y su fundamental misticismo —la energía que impulsaba a los Lulios, a las Teresas de Cepeda, a los Ignacios de Loyola, es una vitalidad inherente a la raza. Ganivet opinaba que la propensión del español al misticismo, o más bien, a la exaltación de los sentimientos religiosos es una espiritualización de la primitiva sensualidad africana, y que su tendencia a la exaltación de la actividad práctica, es una reflexión sobre sí mismo del brío acumulado durante ocho siglos de lucha con el moro. Sea como quiera, estas cualidades no dejan de seguir manifestándose, y persistirían aunque se aplicasen a otro ideal, que no fuese el catolicismo, hasta hoy su máxima expresión.

Huelga seguir ocupándose en las opiniones, más bien superficiales, sobre el espíritu español, de Macías Picavea con su faceta pesimista, ni de Morote entregado al optimismo. Mayor interés tienen otros esfuerzos de la España contemporánea para dar con los rasgos auténticos y persistentes del carácter español.

Un notable esfuerzo encaminado a despejar el camino en este sentido, cuidadosa y reflexivamente si bien, consecuencia inmediata de la guerra con los Estados Unidos, es la *Psicología del Pueblo Español*, de Rafael Altamira, aparecida en 1902. No es ciertamente Altamira un analista psicólogo como Ganivet, pero como catedrático especializado en derecho, sociología e historia de la civilización, se halla documentado de los acontecimientos y las opiniones antiguas, y ello hace que no pueda caer en exageraciones al tratar los problemas de hoy. Representa el ejemplar acabado del universitario español, erudito y cauto, pero de despejada mentalidad y amante del progreso, hombre entusiasta de la educación y defensor fervoroso de el sistema popular de extensión universitaria que puso en práctica en su Universidad asturiana. Como podía esperarse de un conocedor del pasado, Altamira busca la explicación del actual debilitamiento político y social de España en causas remotas y complejas, de orden económico, antes que en defectos de carácter, como la falta de constancia, según Costa, o el exceso de personalidad individualista, según Ganivet. Él halla su explicación, no precisamente en la desmoralización causada por el oro americano, sino en la despoblación, a la que contribuyeron numerosas determinantes, en el empobrecimiento nacional y en orientaciones equivocadas, seguidas a impulsos sentimentales. Tan grandes obstáculos ha puesto durante los últimos años la convergencia de estas causas a la vida española, dice Altamira, que dispersando las mejores energías en los momentos críticos, ha hecho imposible la solución de los más importantes problemas interiores. Como el caudal del Guadiana, en una parte de su curso, la corriente de las energías nacionales ha sido absorbida por la tierra inconsistente. Altamira cree que es posible el resurgimiento nacional, si bien únicamente sobre los cimientos de las cualidades

ideal estéril de virtud sombría, y cuya "inspiración diabólica" tiende a secar las fuentes de la vida.*

* Nota suprimida por el traductor. (Nota del editor digital.)

naturales comprobadas en el estudio del pasado. Estima que es esencial para que se realice este resurgimiento que renazca la fe en las cualidades de la índole del pueblo y en su aptitud para la civilización; pero ello debe hacerse con sumo cuidado de evitar el resucitamiento de ninguna de las meras formas arcaicas, pues el genio nacional, sólo en contacto con la civilización moderna puede reaccionar y capacitarse para llevar a cabo las tareas que le aguardan[208].

Para encontrar un análisis histórico y psicológico a un tiempo, con un toque de ironía por añadidura, conviene acudir a uno de los más sobresalientes escritores de la España contemporánea. Vascongado de origen, Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, es uno de los escritores españoles más encumbrados y de mayor sagacidad crítica, sobre todo cuando fustiga, con mayor acritud que benevolencia, el carácter y los actos de sus compatriotas. Su obra *Vida de Don Quijote y Sancho* es un curioso esfuerzo de ensayismo sobre filosofía española, que tiende a presentar esas dos figuras asumiendo la actitud conjunta del criterio de España ante la vida. Mayor importancia tiene para nuestro propósito el volumen titulado *En torno al casticismo,* publicado en 1902, si bien su redacción substancial fue hecha en 1895 y por consiguiente pertenece al mismo ciclo del *Idearium* de Ganivet, y establece como un contrapeso con él. Como quiera que Ganivet llevaba una vida cosmopolita, lejano a su patria, concentraba y consagraba sus meditaciones a aquellos caros elementos que le son esenciales al espíritu español, y que para él constituían la sola fuente de regeneración nacional, Unamuno, escritor menos receloso tal vez, pensador menos raramente personal, tiene en cambio una visión más amplia, posee la belleza de un estilo espontáneo, áspero y ardiente; se halla muy enterado de lo que se escribe y de lo que es la generación que le sigue, y siente tan viva impaciencia por vencer los obstáculos que se interponen en la ruta del progreso, que parece que él mismo adopta un tono satírico cuando cae en la cuenta de su empeño por definir en esencia el espíritu de Castilla. La palabra “casticismo”, que con tanta frecuencia aparece en las obras de los críticos españoles, puede decirse que corresponde a las inglesas “breed” o “race” en su sentido más popular. En el siglo de oro de la literatura castellana, especialmente en la dramática, culminante en Calderón —el “poeta españolisimo”, a decir de Menéndez y Pelayo—, es donde Unamuno encuentra las más puras manifestaciones de casticismo. En esta palabra se ha concentrado lo más valioso y legítimo de Castilla, de la misma manera que lo más virtual y auténtico del Japón se denomina “bushido”. Pero Unamuno, si bien no se muestra desdeñoso con lo castizo, reconoce que él no se siente hijo de Castilla, pues el entusiasmo de ésta le parece falto de aplicación y sin fecundidad. Por una parte es de un realismo plebeyo; por otra extraordinariamente idealista, y carece de poder para vincular con eficacia práctica estos dispares elementos. El grave Hurtado de Mendoza (si es posible atribuirle en efecto el *Lazarillo de Tormes*) nos cuenta las artimañas de su personaje, y Quevedo vuelve de Marco Bruto a hablar de Don Pablos. Unamuno compara la angosta esterilidad de este casticismo con el amplio sentido humano de Cervantes, e invita a los españoles a reconocer que sólo en las más amplias y vitales cualidades de la vieja España es posible encontrar un asidero para sostenerse afrontando los problemas que impone el mundo moderno[209].

Si comparamos los conceptos del progreso mantenidos por esos estimuladores teóricos del resurgimiento de España, nos encontramos ante personalidades de distinta fisonomía, pero todos

208 En el fondo, el español nunca se ha sentido desprovisto de facultades civilizadoras, siquiera latentes. (Nota del traductor.)

209 En un trabajo más reciente Unamuno va más lejos, y declara que el aparente idealismo de los españoles, aun el religioso, es en realidad materialismo, falta de idealidad y sentido de lo poético, el cual en manera alguna confunde este escritor con el espíritu literario. “Si en España hay ausencia de espíritu práctico, es por que se carece de espíritu poético, el más práctico de todos. Otros pueblos nos aventajan en los negocios porque tienen una imaginación más libre, y la aplican a la vida mercantil. La literatura no nos ayudará a construir ferrocarriles, puertos, fábricas ni a cultivar la tierra, pero sin poesía eso es imposible.” Unamuno escribe estas palabras en un estilo más exhortatorio que científico; y no obstante, puede sostenerse que el pueblo inglés que es uno de los más aptos para la vida práctica —entendiendo aquí lo que de práctico tienen el comercio y la industria—, se distingue asimismo como uno de los pueblos de mayor sensibilidad poética e idealista.

ellos coinciden en desear el mismo camino para que su patria avance hacia el progreso. Adviértase, no obstante, que Ganivet se mantiene un poco distante con su severa advertencia a sus compatriotas para que hagan introspección, que se miren al fondo para sacar de sí mismos y de sus mejores tradiciones su salvación. La experiencia de su vida consular lo convenció de que el entronizamiento de la vida mercantil y política, base del concepto contemporáneo de la civilización, no conduce sino al triunfo del lugar común y de los elementos vulgares de la sociedad, y de que ello constituye un ideal que está muy lejos de ser digno de imitación. Conviene asimismo recordar que cuando Ganivet componía sus escritos, España estaba gastando su ya exigua energía en mantener lo que se suponía el honor nacional en Cuba, y que, por otra parte, el concepto de Ganivet sobre el "casticismo" era muy otro del angosto aspecto de casticismo castellano, implacablemente analizado por Unamuno.

Él no podía dejar de vincular a lo castizo español, como elemento permanente, una influencia árabe, aportada por el pueblo hispano-musulmán, y creía que los que pretendieran separar o negar esta influencia, no sólo son incapaces para comprender el alma de España, sino que cometían un "delito psicológico". Esta opinión acerca de la relación de las civilizaciones española y mora, si bien contradice algunas tradiciones populares, adviértase de paso, que es también mantenida por varios intelectuales modernos. Los moros invasores —casi todos bereberes, con los que se mezclaron unos pocos árabes— no llevaron a España civilización alguna, ya que ellos salían de un estado salvaje; pero en España sintieron una aptitud receptiva de la que antes no habían dado muestra, y lentamente fueron asimilando los elementos de las tradiciones cristianas y clásicas que fueron encontrando en el nuevo ambiente[210]. Observa Valera que Averroes es tan español como Séneca. El mismo Cid, escribe Dozy, no sin ribetes de hipérbole, "es más musulmán que cristiano". Espiritualmente, y con frecuencia por la sangre, según la mayoría de los nombres delatan, las figuras más salientes de la civilización mora son españolas. Es de tener en cuenta también, que al par que los moros toleraban a los cristianos, éstos, acogían en sus grandes ciudades a los hombres de ciencia moros y a la filosofía musulmana. Según Renan, a Raimundo, arzobispo de Toledo y canciller de Castilla se debe el que los cristianos empezasen a introducir los textos árabes en sus escuelas, lo mismo que la iniciación de un movimiento filosófico y científico que había de afectar profundamente el porvenir de Europa.

Pero Ganivet, con todo, no discrepa grandemente de Unamuno y los demás intelectuales en advertir de que España padece de refractismo a las influencias ajenas. Altamira, con su vasta cultura y con su deseo de que "armonicen los ideales y el genio de España con todo lo que tiene de sano y bueno la civilización moderna", pone buen cuidado en señalar que la España ya pujante del primer esplendor estaba sumamente despierta a todas las corrientes e influencias extrañas, sin distingos entre cristiano y mahometano, y que los fecundos resultados de estos lazos se advierten en la literatura medieval hispana, en el humanismo del renacimiento peninsular, y en múltiples elementos de la legislación española. No sólo se vivía abiertamente a la vida universal, sino que se procuraba de intento todo contacto con el mundo, tanto haciendo venir eminencias extranjeras a las universidades, como saliendo para aprender, hasta el punto de que los canónigos solían ir al extranjero, por disposición eclesiástica, para completar sus estudios, y no fue bastante la cerrada política de Felipe II para llegar a aislar a España intelectualmente. Acostumbramos considerar el pensamiento español salido de un solo molde que le da rigidez y uniformidad, pero como Altamira observa, siguiendo a Menéndez y Pelayo, no fue así la realidad, ni aun en la esfera religiosa. La misma Iglesia toleraba toda suerte de discusión y dialéctica, salvo en estrictas materias de fe, y no han sido raros los casos de racionalismo, al margen del pensamiento ortodoxo. Tan notable ha sido la variedad de criterios en materia teológica en España, que un viajero italiano pudo decir que si la inquisición no era aconsejable en Italia, en España era una necesidad. Ello lo confirman los hechos,

210 Simonet, por ejemplo, ha puesto muy de relieve la aptitud de los moros para aprehender los mejores elementos de la vida de los pueblos que los rodean.

pues ya al establecerse la inquisición, fue tal la resistencia con que tropezó semejante medida, que algunos de los primeros inquisidores resultaron víctimas del choque.

Si bien Unamuno es un escritor de temperamento e interés muy distinto al de Altamira, coincide con él en algunas conclusiones. Subraya la altanería del individualismo español, y distingue entre individualismo y personalidad[211]. San Juan de la Cruz, que representa lo más elevado del misticismo español, la esencia de la "casticidad" castellana, era individualista en grado sumo; pero su espíritu era contrario al personalismo, pues sentía instintivamente que cada cual era para todos y todos para uno, que es lo único que consideraba fructífero en la vida. Un angosto y rígido casticismo histórico no puede ser más que un medio de empobrecimiento espiritual del presente. El alma de Castilla se manifestó en su grandeza sólo cuando supo abrirse a los cuatro vientos y se esparció por todos los mundos. Unamuno repite, por fin, que únicamente abriendo todas las ventanas de España a Europa, lograremos, lejos de perder personalidad, robustecer la vida de la patria.

Todos los escritores a que he aludido convienen en que España ha estado, en efecto, sumida en un marasmo espiritual durante muchos años, y algunos lo subrayan enérgicamente. En lo que discrepan es en apreciar las causas de esta enfermedad. Para uno es la continua influencia de unas circunstancias económicas y políticas adversas; para otro, es la querencia estéril a una tradición rigurosa de grandezas idas; y para un tercero hay que achacarlo en parte a una complejidad temperamental que consiste en un extraño impulso para acometer grandes empresas, sin capacidad ejecutiva suficiente; y para otro es el caso que España está postrada por tener enferma la voluntad. A los ojos del extranjero, que observa imparcialmente la cuestión, puede muy bien ser —concedido que el espíritu de España adolece de un grave mal— que tanto las causas externas, como las de índole temperamental, puestas en reacción las últimas por las circunstancias, hayan contribuido al estado actual de cosas. Una sucesión de dolorosas quiebras, de contratiempos en los que la suerte se ensaña durante varios siglos, son causa suficiente para que un pueblo, por lleno de espíritu que esté, acabe por sugestionarse con la idea pesimista de su ineficacia y de la falta de recompensa en el esfuerzo. El mismo Altamira, con encontrar la verdadera fuente de los males en causas económicas, compara el medio intelectual de la población española con el Dimitri Rudin de Turguénev, la víctima de una dolencia de sus facultades, consistente en desconfiar de ellas, formándose a sí mismo un ambiente malsano de pesimismo que atosiga la fe y toda energía[212].

En este mundo, de todas maneras, el pensamiento del hombre modela la realidad, y es fuerte aquel que cree serlo. Para el extranjero es difícil encontrar equivocación mayor que este sentimiento del español de que su vida espiritual está equivocada. Todo el que de fuera haya acudido a estudiar a España, se ha tenido que sorprender ante las estupendas y nobles cualidades del campesino y el obrero de esta tierra. Alguien que puede preciarse de conocer perfectamente a esos hombres, ha dicho que constituyen "la raza mejor condicionada que pudiera desearse". Todavía el pueblo español es sano en la entraña: ha sufrido tanto a causa de sus vicios como de sus virtudes: es decir, de su idealismo, de su desdén por las ventajas materiales, de su natural alegre, de su estoica resignación. Les bastaría a los españoles caer en la cuenta de las enormes reservas de energía vital que su raza conserva, y que se manifiestan en innumerables pormenores cotidianos, para hallar la solución de su problema. Sólo habrían de encauzar y utilizar la excelente virtualidad humana que poseen. El decadente suele creer que se halla perdido sin remisión. Mas en el caso de este pueblo no

---

211 En ninguna tierra ha sido, en efecto, tan altamente honrado el individualismo como en España. Van Aerssen aludió hace tres siglos a la significación que tiene el hecho de que la palabra "bizarro" en España tenga un sentido noble, en tanto que en francés la misma raíz adquiere sabor de lo ridículo y excéntrico.

212 Para el lector inglés pueden recomendarse, entre las numerosas obras escritas en su lengua sobre la historia española, la *History of Spain to the Death of Ferdinand the Catholic*, de Ulick Burke, en la que se estudian las edades antigua y media; y para documentarse sobre las épocas posteriores, véanse la *Modern Spain* de Martín Hume, y la obra última de Butler Clarke, titulada igualmente *Modern Spain*. Y para estudiar un periodo intermedio, véase el reciente y esclarecedor libro de Hume, *The Court of Philip*.

podemos dudar de que, tarde o temprano, llegará un profeta enérgico y con su voz le hará que se levante como un Lázaro. Entonces veremos que su desesperanza moral era tan injustificada como su pesimismo económico e industrial.

Solemos olvidar —y así les pasa a los españoles— que en todos los tiempos y países han sido siempre una minoría los varones fuertes que venciendo pesimismos, han avanzado sin miedo, guiados por sus propias intuiciones. Siempre, en todas partes las mayorías han sido cojas y débiles, tímidas y convencionales. Aflígese Unamuno porque cree que la juventud madrileña padece de "ideofobia" o de horror a las ideas; pero ese mal no se da sólo en Madrid; por ejemplo, en Londres es ya endémico. La indolencia nacional y el parasitismo social que los intelectuales contemporáneos de España tratan de combatir[213], se presenta constantemente en dos formas, una, la más decorosa, la burocrática y oficialista; la otra es la forma popular y callejera que ha dado frutos literarios desde el siglo de oro, en la novela picaresca y el sainete. No es que la minoría selecta sea el elemento predominante en la vida de una nación, que los Vascos de Gama, los Hernán Cortés, los Cervantes, los Calderones, los Goyas y los Velázquez, son casos raros en todas partes; pero lo cierto es que cuando los escogidos pueden desarrollar su vida, con libertad y energía, les es posible dominar las corrientes de su patria. No es tarea fácil ésa, ni aun tratándose de personalidades indómitas y resueltas que tengan la suerte de actuar en momentos históricos propicios al cumplimento de sus empresas.

Teniendo en cuenta el cúmulo de dificultades —políticas, económicas y religiosas (decir religiosas es decir militares, pues que la expansión militar lo era de la fe)— con que durante tan largos años ha tenido que luchar España, no del todo sin resultado, se nos hace difícil suponer que los que constituyen minoría hayan dejado de ejercer su influjo en los movimientos de ese pueblo. Hemos dicho varias veces que el español se distingue siempre por lo acusado del carácter. España ha sido siempre una tierra de grandes personalidades. En las artes y en las letras la España de hoy —y con ella la otra España de ultramar que cada día se siente más unida a la patria madre— encarna todavía el principio de esos ideales, que, siendo elementales —¿fundamentales?—, no han sido por ningún otro pueblo afirmados de una manera tan influyente y recia como por España. No existe en el mundo del arte una figura más representativa y eminente en el realismo de la naturaleza que Velázquez, para el cual la representación fiel de las cosas objetivas y la atmósfera en que se hallan o mueven, tiene un sentido de belleza y perfección superior a la perfección y belleza de un arte idealista[214]. En el novelista sumo que ha dado España, Cervantes, vemos también que la interpretación colorística y compleja de la realidad, triunfa de una manera superadora, porque trasciende a cosa de una vida ideal, a la que el genio le ha unido.

Lo que ha movido siempre al alma española es el naturalismo, la pasión por la vida, el llamamiento estimulante de una energía toda anhelo e insatisfacción. Con frecuencia se dice que no hay moralista más inspirador que el viejo español Séneca. Los mismos místicos españoles han sido eminentemente prácticos[215], pues sus energías han ido siempre unidas a la acción, y en vez de

---

213 Hay que reconocer que desde que fueron escritas estas líneas la intelectualidad se ha señalado en España dos derroteros; el meramente literario, de pura especulación estética, y el de ensayismo periodístico. En este segundo terreno se cultiva todavía la preocupación de los males del país, aunque cada día se atribuyen más a circunstancias políticas y económicas; pero el grupo más joven de intelectuales parece rehuir sistemáticamente los temas de aplicación social o nacional, y así se da el caso de que no descuellen siluetas jóvenes de algún vigor más que sobre el horizonte de la poesía lírica. La última generación siente la fatiga de tantos problemas pesimistas. (Nota del traductor.)

214 En estos tiempos de cerebralismo artístico, se habla de que la visión de la realidad concebida de esa manera genial, deja de ser objetivismo directo y yerto. (Nota del traductor.)

215 A los oídos españoles suena paradójica esta afirmación, sobre todo hecha por un inglés, ya que Inglaterra es con los Estados Unidos el pueblo que los españoles consideramos de más agudo sentido práctico. Sin embargo encierran esas palabras una verdad: si San Juan de la Cruz, por ejemplo, se desvanecía en un abstracto misticismo, era al propio tiempo compañero de la Santa fundadora, cuya actividad práctica era perfectamente compatible con la comprensión de los deliquios del cantor de la *Noche Oscura* y de los rimados diálogos entre Dios y el alma. (Nota

escribir con la brumosa vaguedad irisada de un Böhme o de un Ruysbroeck, lo hicieron en general con una claridad, energía y equilibrio que los coloca entre los más eminentes clásicos. El ardor de la vida se desenvuelve en el apasionado y grave suelo español, de una manera paralela entre la filosofía nacional y la clásica danza. El título que Salvador Rueda puso a una colección de poesías, *Trompetas de órgano*, nos hace observar que de Homero a Verlaine, no es posible recordar un título equivalente, ni siquiera una obra a la que le sentase tan bien. Pero el genio español no siempre concibe su ascetismo de una manera exquisita; lo que le seduce, ante todo, es el relieve del carácter en su aprehensión realista de la vida, relieve que Rueda busca, enamorado de la tierra y de todas las cosas de la naturaleza[216].

Con el espíritu característico del valor moral tituló también Núñez de Arce —que por su temperamento se corresponde con Rueda en la generación anterior— sus *Gritos del Combate*. Trompetas de órgano y gritos de combate son muchos de los más notables libros y comedias o dramas españoles de estos tiempos, del tono de la larga serie histórica de los *Episodios Nacionales* en que Galdós, intenta la exposición de la vida nacional de una época, a la que muchos ven representada en varios de sus aspectos por este autor. Parecidas cualidades manifiestan autores como Blasco Ibáñez, de una manera aun más acentuada; en su vida y en sus obras, este hijo del indomable Aragón ha desplegado toda la virilidad típicamente española, la energía personal desbordante, la pasión por la independencia que antaño llenó a Zaragoza de mártires y héroes[217]. En las artes plásticas, artistas como Sorolla, Zuluoaga, Anglada Camarasa, han expresado la visión española, por medio del color, conservando en sus telas el sabor, la robustez y el entusiasmo propios de una ejecución valiente y racial. El llevar a sus últimas consecuencias el apasionamiento, la hombría y la energía moral, es lo que ha hecho que España realizase sus más grandes empresas, hasta ocupar el rango que le corresponde en la historia y en el mundo. A su manera, el español de hoy conserva las cualidades tradicionales de la raza.

---

del traductor.)

216 Al romanticismo de Becquer siguió la altisonancia y el pseudo filosofismo anecdótico de la última época del siglo XIX de nuestra lírica —Núñez de Arce, Campoamor—. Sólo Zorrilla recoge las esencias románticas desbordadamente, pero sin distinción. Rubén Darío revoluciona formalmente la lírica hispano americana, pero continúa teniendo ese amor jocundo a la naturaleza de una manera directa. Juan Ramón Jiménez — *Platero y yo, Viaje de un Poeta recién casado*, la revista *Índice, Belleza,* etcétera— realiza la transformación substancial de la poesía española moderna. Después, y al mismo tiempo que él, una juventud entusiasta y de aspiración depurada —García Lorca, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Benjamín Jarnés, Pedro Salinas, entre otros— agitan el ambiente de los núcleos de selección con orientaciones insospechadas, no exentas de falsas caídas, pero que relegan al anacronismo nombres como el del mismo Salvador Rueda. En efecto, la tendencia de los espíritus de última hora, precedidos por personalidades tan europeas como Ortega Gasset y Pérez de Ayala, caracteriza a nuestra juventud selecta por su cultura especializada en la estética literaria, gracias a lo cual en nuestra literatura comienza a sustituir al mero “carácter” y a lo “pintoresco”, la matización sensible y la agudeza cerebral. Las ediciones de la *Revista de Occidente* dan la pauta de cuáles son las afinidades espirituales de la España culta de hoy con las élites de todos los países. (Nota del traductor.)

217 Blasco Ibáñez fue valenciano, aunque hijo de aragoneses. El traductor elimina las referencias a Aragón y Zaragoza. (Nota del editor digital.)

ANEXO

El artículo *The Genius of Spain* se publicó por primera vez en la revista *The Nineteenth Century and After,* en mayo de 1902. Cuando Havelock Ellis publica *The soul of Spain* en 1908 (parte de cuyo contenido había aparecido en diversos medios) decide no incluirlo, e indica que formará parte de otro libro. El artículo fue rehecho en 1918, pero la obra a la que se destinaba, *The Genius of Europe*, quedará inédita hasta su publicación póstuma en 1950. Presentamos a continuación este ensayo, así como la breve *Nota del autor* que escribe poco antes de su muerte para el volumen planeado.

El Genio de España

Cuando intento definir la característica distintiva del genio español, me enfrento a varias contradicciones. Todas las naciones, como los individuos, presentan los defectos de sus cualidades, y los defectos del carácter español son tan enfáticos, tan diversos, a primera vista tan inconexos, que resulta difícil encajarlos en una sola fórmula, por simple o compleja que sea. Todo lo que se puede lograr por la pura fuerza del genio o por el impulso de una pasión ardiente, ya sea en el mundo físico o en el espiritual, eso ya lo ha hecho un español. Pero la aptitud o la inclinación para organizar la vida práctica, o para proporcionar esa base de mediocridad eficiente sobre la que únicamente es posible el progreso humano, España siempre ha carecido irremediablemente de ella; solo déspotas y monjes han logrado a veces una ficticia unidad por un tiempo. En este sentido, España se encuentra en el punto más alejado de Alemania, donde su constante flexibilidad, que acepta fácilmente al brazo fuerte que organiza, produce resultados que en el individuo son limitados, pero en el cuerpo social, abrumadores.

La audacia y la variedad de los logros de España en el mundo son infinitas. Españoles y portugueses penetraron hasta los mares más lejanos antes que cualquier otra nación; a España, gracias a su reconocimiento y patrocinio de un aventurero genovés, le corresponde el descubrimiento más extraordinario que Europa haya hecho jamás. Incluso en el siglo XVI, cuando Inglaterra no tenía imperio alguno, España poseía un imperio colonial que fue más extenso que el de cualquier otro país hasta el siglo pasado. En el mundo espiritual, como en el mundo físico, España puede ostentar los nombres de algunos de los principales pioneros y conquistadores del mundo. No ha habido grandes escuelas de novelistas o pintores españoles, pero Cervantes destaca como el autor de la novela mayor y más popular que Europa haya producido, y Velázquez aparece ahora, quizás, como el pintor más grande de Europa. Solemos decir que el español no tiene genio para gobernar. Y, sin embargo, ningún país ha producido jamás gobernantes mayores, y durante un buen período de su historia, ningún otro país poseyó mejores leyes.

El español Balbo fue el primer bárbaro que alcanzó el consulado romano; el español Trajano fue el primer bárbaro elegido emperador, y mientras que Adriano también era español, Marco Aurelio fue considerado como tal. Así pues, como se ha señalado a menudo, los españoles gobernaron el mundo durante casi todo el período (desde la muerte de Domiciano hasta la ascensión de Cómodo) que Gibbon declaró el más feliz de la historia de la humanidad. Posteriormente, Aragón y Cataluña gozaron de libertades políticas y municipales mientras Inglaterra aún estaba

aplastada bajo la cota de malla de los normandos. Frente al inglés Alfredo, España puede colocar a su Alfonso el Sabio, y en la larga lista de grandes reinas, Isabel siempre debe situarse en la cumbre.[218]

Así, una primera ojeada a la historia de España y a las grandes figuras que ha dado al mundo revela poco más que una desconcertante serie de evidentes contrastes. Por un lado, ningún país de Europa puede producir semejante serie de magníficos logros; por otro, en ningún otro sitio encontramos una historia tan prolongada de desgobierno, ineficacia y fracaso. Desde la época de Diodoro hasta la actualidad, los españoles han impresionado a otras naciones por su valentía y tenacidad obstinada; sin embargo, de todos los grandes países de Europa, sólo España se ha dejado borrar del mapa del mundo extraeuropeo.

Sólo hay una afirmación que, desde el principio, podemos hacer con seguridad sobre el genio de España. Su principal característica es el individualismo. Sus éxitos se deben a personalidades brillantes; sus fracasos a la falta de acción concertada y organizada. Sus contribuciones al mundo han sido el don de hombres que, en su mayoría, eran indiferentes a las virtudes de la asociación y la subordinación; eran, sobre todo, personalidades únicas, despreocupadas de su entorno, que se atreven a afirmarse. De modo que se ha podido decir: “la loca grandeza nacida de la exaltación espiritual dio a España un predominio mucho mayor que la guerra”. España, como dijo uno de sus propios hijos, es “tierra de santidad y caballería”; de todas las manifestaciones del espíritu humano, no hay ninguna en la que las cualidades personales del individuo cuenten tanto como en el caballero y en el santo.

Tanto el caballero como el santo son personajes verdaderamente militantes, y el español ha sido desde el principio un soldado. Incluso los romanos aprendieron lecciones en el arte de la guerra del enemigo más hábil y decidido al que jamás se habían enfrentado; el héroe nacional de España, el Cid, fue un soldado de fortuna, y hasta mediados del siglo XVII la infantería española fue insuperada en Europa. Cabe destacar que incluso una profesión tan pacífica como la de las letras se ha asociado en España a lo largo de toda su historia con la conducción de los asuntos públicos o, más habitualmente, con la profesión de las armas. Merobaudes, el poeta cristiano español del siglo V, también fue un distinguido soldado; Jaime el Conquistador, el gran rey de Aragón, es tan famoso por su pintoresca crónicas como por sus dotes combativas. El obispo Rodrigo de Toledo, el principal cronista del siglo XIII, empuñó su espada en la lucha con el mismo vigor con el que posteriormente empuñó su pluma al describirla. Fernán Pérez de Guzmán, en el siglo XV, retirado de las batallas y del mundo, dibujó en sus *Generaciones y Semblanzas* una serie de retratos históricos difícilmente superados por su vigor agudo y conciso. Santillana, la gloria de la literatura española del siglo siguiente, fue igualmente grande en el campamento, el consejo y la corte. Garcilaso de la Vega, una de las figuras españolas más representativas, se describe a sí mismo dividiendo su tiempo: “Tomando ora la espada, ora la pluma”.

Sería tedioso enumerar los ejemplos que España ofrece de esta inusual asociación, presente incluso en los más grandes escritores, pues Lope de Vega, quien en términos de cantidad escribió más que cualquiera en Grub Street[219], era un hombre muy vitalista, siempre dispuesto a luchar cuando se le requería, mientras que Cervantes era esencialmente un soldado, un veterano curtido que escribió sus libros en algunos intervalos de su vida. Es esta característica, más que ninguna otra, la que ha proporcionado a la literatura española su importancia: su particular expresión de la vida ágil, punzante y pintoresca, agitada y llena de intriga, así como su falta de inhibiciones y su despreocupación por la perfección artística. Este fenómeno difícilmente se encuentra en otro lugar.

---

218 Cabe añadir, sin embargo, que ni Isabel ni Berenguela, la heroína predilecta de España, eran completamente españolas; Isabel combinaba dos linajes ingleses Plantagenet con su sangre española, y Berenguela era medio inglesa.

219 Calle del barrio londinense de Moorfields, en la que abundaban escritores, editores y publicistas de ínfima categoría. El famoso doctor Johnson fue uno de sus moradores al principio de su carrera. (Nota del editor digital.)

Todos los grandes poetas ingleses, por ejemplo, desde Chaucer y Spenser en adelante, han sido soñadores, espectadores curiosos del mundo, incluso profundamente interesados, pero rara vez —como en un grado menor Milton— se han convertido en hombres públicos, y nunca, en principio, en soldados. Sir Philip Sidney fue soldado, pero ocupa solo un pequeño nicho en las letras inglesas. Ben Jonson fue soldado en su día, pero fue sólo un episodio de juventud; posiblemente ocurrió lo mismo con Chapman, que en algunos aspectos recuerda las características propias de España. E incluso si nos fijamos en un país del Sur como Italia, descubrimos que ocurre esto mismo, y que desde Dante hasta Carducci no ha habido una conexión íntima entre la espada y la pluma. El predominio en España de estas encarnaciones especiales de tanta originalidad, el caballero y el santo —más precisamente, el soldado, el emprendedor y el monje—, es tan completo que todo escritor español distinguido, hasta Valera, puede incluirse con justicia en una u otra categoría.

Esta disposición se muestra una vez más en nuestros días, valga como ejemplo, en la turbulenta y aventurera carrera de Blasco Ibáñez. A Blasco Ibáñez se le ha llamado en ocasiones el Zola español. Es cierto que el novelista francés influyó en la evolución del novelista español y que, en general, en los métodos de aproximación a su arte, existen puntos de similitud entre ambos escritores. Sin embargo, las diferencias son fundamentales. Zola fue un hombre de estudio que hizo de la novela la obra de su vida desde el principio; para cada libro acumulaba pacientemente inmensos apuntes (en los que, como él mismo admitía, a veces se perdía), y de forma práctica y metódica, entretejía estas notas en libros de un patrón uniforme y a menudo impresionante, que se vuelven aún más impresionantes porque estaban inspirados en una novedosa doctrina de realismo científico. Nada de esto hay en el escritor español. Por revolucionaria que sea su visión social y política, no es revolucionario en sus métodos artísticos; apenas domina los métodos tradicionales. Los hábitos periodísticos han arraigado en Blasco Ibáñez, y sus críticos españoles más severos deploran la frecuente libertad e imprecisión de su estilo. Hay pasajes de espléndido lirismo, y a menudo se aprecian las huellas de un artista fino y audaz en la construcción de una historia o la presentación de un personaje; pero en el dominio del hermoso castellano, a Blasco Ibáñez le superan muchos jóvenes escritores actuales.

Tampoco posee el metódico fervor de Zola por la laboriosa documentación. En sus primeras novelas adoptó el acertado método de inspirarse en sus vívidos recuerdos de la vida y el carácter valencianos. Estos constituyen su obra más destacada y memorable; incluyen *Arroz y Tartana, Cañas y Barro, La Barraca*. Más recientemente, su método ha sido sumergirse, rápida y completamente, pero en su mayor parte muy brevemente, en la vida que se propone retratar. Una semana puede bastar para esto, y la novela misma podría escribirse en un par de meses. Así, para escribir *Sangre y arena* le bastó visitar Sevilla en compañía de un famoso matador, y la preparación para *Los muertos mandan* fue una expedición en barco por las costas baleares, durante la cual fue sorprendido por una tormenta y obligado a refugiarse en un islote, donde permaneció catorce horas sin comer y empapado hasta los huesos. No hay notas a pie de página en sus libros; se apoya exclusivamente en su prodigiosa memoria y en su poderosa capacidad para visualizar todo lo que le impresiona. Su temperamento robusto e impaciente le permite trabajar bajo una gran presión, ajeno a cualquier intento de interrumpirle, incluso durante dieciocho horas seguidas, a veces cantando mientras escribe, pues es un apasionado melómano cuyos ídolos son Beethoven y Wagner. Es evidente que un trabajador con tales métodos tiene poca necesidad de dormir; sin embargo, es un gran comensal y, según nos cuenta Zamacois, siente un gran desprecio por quienes no comen bien. Pero cuando se acerca al final de una novela, descuida todas esas necesidades físicas; escribe febrilmente, casi en un estado de sonambulismo, incluso, si es necesario, durante treinta horas, hasta que el libro está terminado, el cual quizás se enviará a la imprenta sin releer, para ser corregido en las pruebas.

El hombre que hay detrás de estos libros no es un hombre de letras cualquiera. Es toda una personalidad, y es precisamente ese hecho el que confiere a su obra mucho más interés que el que sus cualidades puramente literarias, aunque no sean despreciables, justificarían. La abundante

vitalidad y energía de sus libros son, en nuestra opinión, un reflejo de la persona llena de vitalidad y energía que hay tras ellos.

Vicente Blasco Ibáñez nació en Valencia en 1867. Su familia era aragonesa, y es sin duda la audacia, la obstinación y la firmeza de su origen celtíbero lo que predomina en la obra de este autor. Sus padres regentaban una modesta tienda de ultramarinos, y en este sentido cabe destacar la importancia que la comida, el hambre y el comer ocupan en la obra del novelista, así como la singular viveza con la que se describen. Si el Hambre y el Amor son los pilares del mundo, Blasco Ibáñez se ha ocupado principalmente de ellos. De hecho, ha demostrado ser capaz de abordar con franqueza y decisión el lado erótico de la vida. Pero no es un novelista del amor; se preocupa mucho más por los problemas del hambre que por los del amor; todas sus mejores novelas son poderosas representaciones concretas de los aspectos económicos de la vida. El joven Vicente fue un joven turbulento, inteligente pero rebelde a la disciplina, y más aficionado al deporte que a los libros. Comenzó su vida como estudiante de derecho y rápidamente desarrolló una profunda aversión por el derecho y los abogados, a quienes consideraba entre los principales agentes del mal social. A los diecisiete años abandonó finalmente la abogacía y huyó a Madrid para convertirse en periodista. Un año después escribió un soneto revolucionario contra el gobierno y por este delito fue encarcelado durante seis meses. Tal trato no era el adecuado para ejercer una influencia tranquilizadora en un joven con el temperamento de Vicente.

Los años siguientes estuvieron llenos de agitación, propaganda republicana y conflictos con la ley y la autoridad. En 1890, tras ser condenado a prisión por discursos y agitación contra el gobierno conservador de turno, Blasco consideró oportuno huir a París, sobre lo que escribió un libro. Unos años más tarde huyó apresuradamente de nuevo a Italia, en una barca de pescadores, debido a un enfrentamiento entre el pueblo y la policía a causa de la guerra de Cuba. A su imprudente regreso fue apresado por la policía, esposado, llevado a Barcelona, entonces bajo la ley marcial, y condenado por el Consejo de Guerra a prisión. El tribunal, sin embargo, olvidó privarlo de sus derechos civiles, y en pocos meses —para asombro de toda España— la ciudad de Valencia, que él tanto había contribuido a transformar en un gran centro revolucionario, lo liberó de la prisión al enviarlo al Parlamento como diputado. Como respuesta a esta afirmación de signo anticlerical, el clero decidió hacer una demostración en Valencia, eligiendo este puerto para embarcar en una peregrinación nacional a Roma. Los peregrinos llegaron puntualmente a los muelles bajo la supervisión de diez obispos, pero Blasco Ibáñez y algunos fieles estaban preparados, y para horror de los fieles, ordenó arrojar a los diez prelados al mar, de donde fueron rápidamente rescatados por pequeñas embarcaciones que el líder revolucionario (rasgo típicamente español) había dispuesto humanitariamente. Al menos, esa es la historia que se cuenta.

En esa época Blasco Ibáñez tenía casi treinta años y aún era poco conocido como novelista. De joven había publicado una historia de aventuras, que posteriormente recompró y destruyó. Llegó a la novela indirectamente, a través del periodismo. Como diputado, deseaba difundir sus ideas por toda España, y por ello fundó el periódico *El Pueblo*, al que dedicó tanta energía que rápidamente adquirió gran influencia. Como no disponía de suficiente dinero para contratar a un novelista, el editor decidió escribir su propio folletón. Así nacieron todas sus novelas tempranas —las animadas descripciones de la vida valenciana basadas en sus propias impresiones personales—, que atrajeron poca atención, incluso cuando se publicaron por separado, hasta que los franceses descubrieron y tradujeron *La Barraca* bajo el título de *Terres Maudites*. Poco después, Blasco Ibáñez se convirtió en un novelista famoso cuya reputación se extendió por todo el mundo. A partir de entonces dedicó su energía exclusivamente a la novela, aunque posteriormente pasó una larga temporada en Sudamérica, escribió un extenso libro sobre Argentina y, durante la Primera Guerra Mundial, se instaló en París para escribir, con el espíritu del novelista y periodista, una extensa y pintoresca *Historia de la Guerra en Europa*, por entregas.

La inmensa energía de este hombre se puede apreciar con seguridad incluso con este breve esbozo de su juventud. Podemos también advertir esta características en el retrato de cuerpo entero (expuesto en Londres hace unos años) que le hizo otro famoso valenciano, Sorolla, cuya obra, en un arte diferente, comparte en gran medida la calidad de la de su amigo el novelista. Aquí contemplamos a Blasco Ibáñez en el pleno vigor de su madurez. De pie, frente al espectador, con un cigarrillo entre los dedos, una figura robusta y canosa, de frente alta y abombada, con barba y bigote, un hombre fuerte y sagaz, seguro de su poder, que te evalúa con calma, críticamente, con seguridad en sí mismo, con una sonrisa jovial y humorística. Es, como se percibe, un hombre firmemente arraigado en la tierra, con un dominio absoluto de las cosas materiales de la vida, un hombre con grandes apetitos a la altura de sus grandes energías. Echamos de menos aquí cualquier sutileza de los refinamientos de la vida o de las sutilezas del alma. Pero somos inequívocamente conscientes de que es un hombre con una poderosa aptitud para la aventura, la pasión, la justicia e incluso el idealismo humano. Ese es Blasco Ibáñez, un representante típico del espíritu español que a veces se ha mostrado más distinguido, pero siempre de una fibra muy firme, de una individualidad bien templada.

* * *

Sin duda, la independencia fundamental y la originalidad del genio español no son del todo inexplicables. Naturalmente, en primer lugar, debemos examinar los elementos raciales que componen al pueblo español. Pero incluso aquí, el camino dista mucho de estar claro, y aunque ya no es necesario adoptar la apresurada conclusión de un investigador desconcertado que decidió que el pueblo de España había caído directamente del cielo, sólo recientemente se han aceptado de forma generalizada unas conclusiones definitivas sobre su origen.

Al estudiar el genio de Francia, descubrimos que cada provincia de ese país posee un carácter intelectual propio, y que cuando examinamos la historia francesa y clasificamos a los grandes hombres del país en sus respectivos distritos, una vasta masa de fenómenos complejos se ordena armoniosamente. A primera vista, esperaríamos encontrar la misma diversidad espiritual en las provincias de España que en las de Francia. Las diferencias obvias en los antiguos reinos de España son tan marcadas, y sus historias políticas tan distintas, que buscamos algo radicalmente diferente en el temperamento de sus pueblos, tal como se manifiesta en sus hombres de genio. Sin embargo, en general, me parece que buscaremos en vano. En general, encontramos que el fervor religioso predomina en Castilla, la iniciativa práctica y la aptitud comercial en Aragón y Cataluña, que Galicia y las demás provincias del norte producen trabajadores manuales, mientras que Andalucía y las demás provincias del sur lo hacen por el amor a las artes. Pero las distinciones entre normandos y provenzales, bretones y gascones, son mucho más radicales. Y cuando tratamos de clasificar a los genios españoles (como ya he hecho con los genios franceses) según su origen racial, las discrepancias son evidentes en todas partes. No es obvio por qué el Cid vino del noreste, el Gran Capitán del suroeste, Marcial del sureste[220] y Campoamor —el principal poeta español de los últimos tiempos, con un método artístico y una actitud hacia el arte similar a la de Marcial tras un intervalo de dos mil años— del noroeste. Tampoco, por lo que puedo ver, los grandes hombres de ninguna provincia española tienen caracteres tan distintos como en Gran Bretaña distinguen a los hombres más destacados de Gales de los de las Lowlands, o a los de Cornualles de los de East Anglia.

A la población primitiva de la península Ibérica se les denomina, por lo general, íberos. Es lo más conveniente, sobre todo al referirnos a la migración de estas poblaciones hacia el norte y el oeste. También es correcto, hasta cierto punto, pues los diversos pueblos de la península se fusionaron en mayor o menor medida, incluso cuando no estaban relacionados originalmente, y por lo tanto, una gran parte de la población puede considerarse ibérica en todos los sentidos. Pero para

---

220 ¿Sudeste? En realidad, Marcial era de Bílbilis, como afirma repetidas veces en sus obras, y por tanto cerca de la actual Calatayud. (Nota del editor digital.)

ser más precisos, debemos considerar a los íberos propiamente dichos como sólo uno de los elementos de la población primitiva.

Las conclusiones y conjeturas aceptadas hoy, en un intento de armonizar las investigaciones modernas con las afirmaciones de los geógrafos clásicos, nos hacen retroceder mucho en el tiempo. El estrato inferior de la población que detectamos es el de los eusqueras o vascos, el misterioso pueblo que ha dado lugar a teorías tan ingeniosas como infundadas[221]. Su tipo craneal es peculiar, aunque de cabeza definitivamente ancha; su lenguaje es muy primitivo y de tipo aglutinante no ario. Wilhelm von Humboldt, quien les dedicó mucha atención, pensaba que eran un remanente de los primitivos íberos. Esta opinión está ahora bastante desacreditada. Los vascos no son verdaderos íberos, ni deben identificarse con los vascones.

Es posible ocuparse de forma más segura respecto al siguiente grupo de pobladores. Se trata del elemento tartésico o turdetano (pues ambos nombres se consideran a menudo intercambiables, aunque de forma imprecisa), del que Estrabón tenía mucho que contar, y que ahora se relaciona con los pueblos de la cultura micénica o egea. Ocuparon especialmente la costa mediterránea de España —quizás derrotando y expulsando hacia el norte a los antepasados de los vascos— y especialmente la región bética o andaluza, aunque cuando los fenicios descubrieron España en el siglo XII a. de C., los tartesos parecen haberse extendido por casi toda la península y haber penetrado en Francia hasta Aquitania y Languedoc, como indican algunos lugares, ya que se dice que Burdeos y Toulouse son nombres tartésicos. Era un pueblo muy culto, más que los íberos posteriores o verdaderos, con quienes no debemos identificarlos, pues fueron cuidadosamente diferenciados por los escritores griegos, y poseían una lengua labializante, como lo demuestran sus topónimos, en los que los íberos introdujeron el sonido K o QU. Practicaban la inhumación, mientras que los íberos incineraban a sus muertos; además, eran intrépidos marineros en mayor medida que los íberos puros. Se supone que los tartesios pertenecieron a una corriente migratoria indoeuropea que pasó hacia el oeste a través del norte de África, antes de la conquista fenicia, y erigieron altares a Atlas, la gran deidad marina y sideral pelasga, precursora del Poseidón griego[222]. Se sostiene que entraron en España cerca de Gibraltar, en algún momento anterior a la fundación de Cádiz por marineros tirios alrededor del 1100 a. de C., y que finalmente se extendieron hasta el Ródano.

Si bien trajeron consigo elementos de la cultura egea, los desarrollaron según sus propias pautas y en un período muy temprano. Phlipon considera que las murallas ciclópeas de las primitivas ciudadelas españolas son de un tipo más arcaico que las de Tirinto y Micenas[223]. Estrabón informa que se decía que la literatura tartésica o turditana tenía seis mil años de antigüedad, y Bouchier señala que si suponemos que el año tartésico, como entre algunos pueblos antiguos, duraba sólo tres meses, esta fecha nos llevaría aproximadamente al 1400 a. de C. y coincidiría con la era micénica[224]. Estrabón también afirma que este pueblo era tan rico que aún no se ha encontrado oro, plata, cobre ni hierro en igual cantidad y calidad en ninguna otra parte del mundo[225]. La habilidad artística de este pueblo sólo se ha revelado en tiempos recientes. Ahora ya se conoce el carácter y la originalidad de su arte. Se suele hablar de arte ibérico, pero quizás sus características se deben principalmente a los tartesios. Phlipon considera que no está claro que, como han

---

221 Es inútil mencionar ninguna de estas teorías, pues existen objeciones a todas ellas. Véase un interesante capítulo sobre los vascos en *Races of Europe* de Ripley; presenta todos los hechos, pero sus conclusiones son tan provisionales e inciertas como las de todos los demás investigadores. Véanse también declaraciones más breves en Phlipon, *Les Ibères*, 1909, prefacio, pág. XIV, y Bouchier, *Spain Under the Roman Empire*, pág. 6.

222 Phlipon, *Les Ibères*, págs. 37 y ss. En este contexto, considera la leyenda de Jasón como un reflejo de las primeras expediciones marítimas indoeuropeas, des mismo modo que la leyenda de Dédalo.

223 Phlipon, op. cit., p. 292.

224 Bouchier, op. cit., p. 69. Pero, por supuesto, no podemos tomar esto muy en serio.

225 Estrabón, lib. III, c. 2. Así también Heródoto, Aristóteles, Plinio, etc. Si bien los griegos se maravillaban de la riqueza de Turdetania, también parecen haberla considerado una región muy remota, y Estrabón sugiere que el Tártaro de Homero, el lugar más lejano bajo el mundo, derivaba de Tartessos.

argumentado Henzey y Perrot, el arte ibérico pudiera haberse basado tanto en el fenicio como en el griego arcaico. En cualquier caso, no es principalmente imitativo, sino genuinamente individual e ibérico, similar en sus formas, técnicas y estilo. Es un arte ciertamente tosco, sin gran destreza técnica, pero muy personal y marcadamente realista, que evoca no tanto a Fenicia, Chipre o Magnesia como a la Edad Media. El acróbata de Osuna, que permanece sobre su cabeza, muy realista, recuerda a una gárgola medieval. La Dama de Elche[226], obra tartésica de la mayor originalidad, se distancia de los tipos semítico y griego, e incluso presenta cierto aire moderno. Cabe destacar que los turdetanos parecen tener una predilección por la escultura, que se transmitiría a todo el arte español posterior.

Los pueblos que produjeron esta cultura, quizás suavizados por la riqueza y el lujo, eran poco belicosos. Cedieron ante la siguiente gran invasión, la de los íberos en sentido estricto, quienes a su vez se extendieron por España y el suroeste de Francia, y finalmente hasta el Mar del Norte. Sin embargo, se cree que la población de España siguió siendo fundamentalmente turdetana. Los íberos eran definitivamente indoeuropeos, al igual que los ligures, con quienes estaban estrechamente emparentados, y entraron en España por los dos extremos de los Pirineos. Aunque no tan cultos como los turdetanos, poseían altas cualidades de carácter, y Plinio[227] los situó por encima de los galos por su ardor en el trabajo y su resolución mental, *vehementra cordis*, una cualidad de pasión espiritual que ha caracterizado desde entonces a los españoles.

Hubo otra invasión temprana, la de los llamados celtas, que tuvo lugar entre el 500 y el 450 a. de C.[228] Phlipon acepta la teoría de Hirt de que llegaron por la costa desde la Galia hasta Galicia, donde el río Deva parece tener un nombre celta. Pero Hirt se equivocó al pensar que provenían de Inglaterra, y d'Arbois de Jubainville argumentó que eran celtas de ascendencia galo-bretona que no llegaron a Inglaterra hasta el siglo II a. de C. Estos celtas, o celtas de España, parecen haber llegado lentamente y en pequeños grupos, y desempeñaron un papel muy poco destacado en la historia, por lo que Livio ni siquiera los menciona. Eran muy diferentes de los vigorosos y belicosos celtíberos del centro de España, por lo que evidentemente fueron los íberos los que dominaron esa mezcla. Esto también lo indica el hecho de que los topónimos de Celtiberia se consideran claramente ibéricos. Cabe decir que Celtiberia correspondía a las provincias modernas de Burgos, Soria, Guadalajara, Cuenca y Albacete, con partes de Palencia, Segovia y Zaragoza. El centro celta se encuentra en el noroeste, es decir, en Galicia y zonas limítrofes de Portugal. Si bien a estos pueblos se les denomina ambiguamente "celtas" y "galo-bretones", debemos reconocer que eran mayoritariamente, e incluso quizás predominantemente, de raza alpina y, por lo tanto, emparentados con los habitantes de las tierras altas del centro de Francia. Esto lo demuestra el hecho de que incluso hoy en día Galicia y las zonas vecinas de Portugal presentan la población más numerosa de España. Esto también lo indica todo lo que hemos escuchado, o podemos inferir, sobre su historia y carácter tempranos, su gradual penetración, su carácter apacible, su tendencia a vivir en las montañas, sus hábitos pacientes y laboriosos, y su reserva que a veces, en opinión de otros españoles, llega a la melancolía. Los gallegos, incluso hoy en día, al igual que los auverneses en Francia, son conocidos lejos de su propio país por su disposición a asumir ocupaciones serviles. Cabe destacar también que en Galicia se encuentra el santuario de Santiago de Compostela, el principal centro religioso de España durante siglos, y de hecho, un lugar de peregrinación para todos los pueblos de Europa Occidental.

El pueblo más antiguo que ha dejado rastros definitivos es el que fundó la antigua civilización egea. Aún vemos sus imponentes construcciones en Tarragona y Gerona, así como en los llamados talayotes y construcciones similares en las Islas Baleares, que Antonio Vives considera del mismo

226 Véase Havelock Ellis, *The Soul of Spain*, p. 108 y frontiscipio. Phlipon, op. cit., c. VII, "La Culture Ibérique".

227 Plinio, lib. XXXVII, c. 203.

228 Phlipon, op. cit., 139.

tipo, probablemente tumbas, y que datan quizás de los siglos XX al XV a. de C.[229] Podemos suponer que los pueblos mediterráneos de la civilización egea pertenecen a un tipo estrechamente relacionado con los íberos. Sin embargo, el problema de quiénes eran los íberos ha desconcertado durante mucho tiempo a los antropólogos. Las primeras investigaciones del gran antropólogo Broca, así como las de Thurnam, seguidas de las más recientes de Cartailhac, Siret y Sergi, han resuelto en gran medida este problema. Es bastante claro que los íberos formaron parte de una gran raza mediterránea que llegó a España desde África —posiblemente, como cree Sergi, con su origen en el noreste de África—, donde aún se les puede observar en su forma más pura, por los antiguos llamados libios, por los modernos cabilas y bereberes. Esta raza se extendió gradualmente por toda la costa mediterránea y en el noroeste, incluso hasta Gran Bretaña, antes de la llegada de los celtas. España, como el país más cercano a África, se convirtió en el principal solar europeo de la raza euro-africana y se ha mantenido así hasta la actualidad, siendo los vascos, en sus aislados territorios, como se reconoce generalmente, los que mejor han conservado, aunque con muchos cambios, los rasgos ibéricos primitivos.

Los celtas llegaron posteriormente, principalmente a la costa norte y noroeste, estableciendo una franja extraña a la población ibérica, y los cartagineses, precedidos por los fenicios, formaron una franja similar a lo largo de la costa sur y suroeste. Con esta zona meridional los romanos mezclaron su cultura; y luego los visigodos penetraron en el centro del país y lo gobernaron durante muchos siglos, para ser expulsados hacia el norte de la península por los victoriosos árabes y bereberes, quienes desarrollaron en la mitad sur del país la civilización más exquisita que el islam haya alcanzado jamás. Cinco siglos después, el sector norteño de la población se revolvió con renovado vigor para ocuparla, y expulsar a la población musulmana. Desde entonces no ha habido nuevas inmigraciones, y si bien la composición de la raza se ha visto alterada, ha sido mediante métodos más desafortunados: el destierro, la emigración y la destrucción. Un punto interesante y probablemente muy significativo sobre las inmigraciones es que estuvieron constituidas en gran medida por elementos similares. Aislada por el Atlántico y los Pirineos, España estaba principalmente abierta al Mediterráneo, y toda inmigración de esta procedencia, incluso en cierta medida la de los romanos, se componía principalmente de alguna rama, generalmente africana, de su misma raza mediterránea. Sólo los celtas y los godos aportaron nuevos elementos, que, sin embargo, no lograron modificar significativamente el carácter general de la raza. Investigaciones recientes de antropólogos han demostrado que las características físicas de la población española revelan un grado de fusión y uniformidad que la convierte quizás en la raza más pura de Europa. La falta de una diferenciación básica en las características raciales de las distintas provincias, y probablemente la general inflexibilidad y dureza en toda la nación, pueden explicarse por esta uniformidad de constitución. Tanto por sus rasgos físicos como por la raza y el temperamento de su población, España es, mucho más que cualquier otro país europeo, de carácter africano. Veo una curiosa evidencia de la afinidad entre África y España y la semejanza en el espíritu literario entre los escritores latino-africanos y los escritores españoles. En ningunos otros escritores, salvo en San Agustín y Tertuliano, los autores más típicamente africanos, encontramos el tórrido fervor emocional, la inflexible independencia ética dominante sobre todos los demás elementos del carácter, que tan a menudo encontramos en los hombres de España.

La semejanza entre el espíritu español y el africano ha sido claramente resaltada por el distinguido erudito Gastón Boissier, y de manera más interesante ya que no menciona a España y se limita a describir las características africanas. Los autores africanos que escribieron en latín, señala en su atractiva obra *L'Afrique Romaine* (cap. 6), no forman un grupo compacto con un carácter idéntico. Sin embargo, revelan rasgos comunes y un aire familiar. Así, los más grandes de ellos —

229 A. Vives, “El Arte Egeo en España” en *Cultura Española*, noviembre de 1908. Pierre Paris ha señalado (y Bezzenbuerger coincide con él) que es a los micénicos o egeos, y no a Grecia, a quienes España debe el significado religioso y simbólico del toro y la vaca, así como la forma y el estilo dados a estos símbolos. A una importante rama de la cultura egea se le ha atribuido la cerámica en forma de calabaza.

Apuleyo, San Cipriano, Arnobio, Lactancio, San Agustín— han sido retóricos. Además, todos estos retóricos han sido devotos; incluso Apuleyo frecuentaba los templos, fue iniciado en todos los misterios y se alistó en la milicia de Isis. Todos ellos se distinguen por su independencia, su diversidad y su fuerte individualismo. Se ha dicho a veces que, nacidos bajo un cielo de llamas, todos están marcados por su violencia, un genio ardiente, intemperante, incapaz de dirección ni moderación. Ese era, en efecto, el carácter de Tertuliano, pero San Cipriano fue un modelo de moderación contenida, Apuleyo un romántico, Lactancio un clasicista puro, mientras que Agustín no se parece a nadie, a menudo ni siquiera a sí mismo. Además, los africanos se caracterizan por una originalidad indiferente a la elegancia y desdeñosa de las reglas, vueltos claramente hacia su propio genio. Así, la literatura africana, según Boissier, posee cuatro características principales: tendencia a la retórica, devoción religiosa, individualidad propia, e indiferencia hacia la elegancia y las reglas. Pero estas cuatro características son precisamente las que definen con mayor claridad la literatura española desde la época romana hasta la actualidad.

Este elemento moral, esta peculiar independencia, a veces tosca, más a menudo elegante, parece ser el elemento predominante de la mentalidad española. Los españoles no son una gran raza artística como los franceses o los italianos del norte, a pesar de logros aislados en pintura y arquitectura; menos aún son una raza de pensadores y filósofos abstractos, como los italianos del sur o los bretones; ninguno de los pensadores puros de Europa ha sido español; ninguno de los grandes descubrimientos científicos se ha hecho en España[230]; los españoles ni siquiera son, en sentido estricto, un pueblo emotivo como los alemanes, y las grandes personalidades de emociones emancipadoras, de las que Lutero es el ejemplo supremo, no son producto de España, cuyo Lutero fue un Loyola. Pero, incluso en mayor medida que Inglaterra, España es la tierra del carácter, de la originalidad, de la independencia. El carácter y la conducta, tanto en su faceta seria como cómica, desde las sutilezas de los teólogos hasta el entusiasmo de los novelistas picarescos, siempre han ocupado al español de forma peculiar. En un pueblo, más que ningún otro, que tiende a ser presa de sus instintos y pasiones —instintos y pasiones no siempre innobles—, la conducta y el carácter se convierten en asuntos de un interés más vivo que el que jamás podrían tener para una raza más dócil. Cabe destacar la tendencia a la sentenciosidad que caracteriza a este pueblo serio y lacónico; ningún país es tan rico en proverbios de sabiduría popular. No es casualidad que el moralista europeo más grande y representativo sea Séneca de Córdoba.

Aunque a primera vista la afirmación pueda parecer paradójica, es probable que en esta tendencia racial al fervor moral encontremos la base del principal defecto del carácter español. Por dulce, generoso, cariñoso y fiel que pueda ser el español en sus relaciones personales, esa inflexibilidad de carácter, que es la virtud y cualidad de la raza en su máxima expresión, fácilmente se convierte en crueldad. La indiferencia ante el sufrimiento animal parece natural en los españoles (excepto quizás en los vascos), aunque en mucha menor medida que en los moros. La corrida de toros, aunque no fue originalmente una institución española, sino aparentemente el desarrollo medieval de la caza de jabalíes morisca, es sin duda una auténtica expresión popular, y aunque sería injusto decir que el atractivo de la corrida de toros reside en su crueldad, no deja de ser cierto que un pueblo más sensible al dolor no habría tolerado durante tanto tiempo un deporte en el que el dolor es, al menos, más evidente, si no mayor, que en la caza del zorro o la caza del faisán.

Pero cuando hablamos de la crueldad española, debemos recordar siempre que un español puede ser al menos tan cruel consigo mismo como con los demás. El español siempre ha estado dispuesto a azotar a otros, sin remordimientos, pero nunca con mayor crueldad que a sí mismo. La única razón por la que es indiferente al dolor ajeno es porque es indiferente a su propio dolor. Incluso Estrabón señaló este aspecto de la crueldad española: las madres españolas, dice, matan a sus hijos antes que caer en manos del enemigo, y cuenta cómo ciertos españoles, al ser hechos prisioneros por los romanos y clavados en la cruz, aún entonaban cánticos de triunfo. Se podría

230 En la actualidad no hay ningún hombre de ciencia español cuya obra sea seguida por la generalidad del mundo científico, salvo el histólogo Ramón y Cajal.

decir que es por la austeridad por lo que el catolicismo ha calado tan fuertemente en los españoles. España siempre se opuso a la dominación de Roma, pero fue España quien creó la Contrarreforma y salvó a la Iglesia. Fue España el primer lugar en el que se estableció el celibato del clero secular, un siglo antes de que fuera adoptado por el resto del mundo cristiano. Cabe recordar que los primeros cristianos dispuestos a morir a manos de la Iglesia por fidelidad a sus opiniones heterodoxas, así como los eclesiásticos que los mataron, eran igualmente españoles. Posteriormente, los primeros inquisidores fueron mártires; y los violentos excesos de un Torquemada y un Lucero fueron actos de hombres que no tenían una brutal sed de sangre, sino que natural y habitualmente subordinaban el infligir dolor a la consecución de sus fervientes y estrictos ideales. Las atrocidades de la Inquisición, cometidas contra judíos, moros y herejes, se hacen comprensibles cuando recordamos que desde los días de Sagunto y Numancia hasta nuestros días, el español nunca ha sido superado en la capacidad de afrontar con calma y deliberación toda forma de sufrimiento y muerte. Nietzsche ha predicado a una generación escéptica las virtudes ennoblecedoras que nacen de la dureza y el dolor, pero esa es una lección que el español en ningún momento ha necesitado aprender.

* * *

Las características del pueblo español, aunque en la superficie diversas, no sólo son fundamentalmente las mismas desde Vizcaya y Asturias hasta Andalucía y Cataluña, sino que se han mantenido invariables desde el principio de la historia. Y esta opinión puede comprobarse. Cuando el viajero entra hoy en España, observará, por ejemplo, que el color favorito para los vestidos es el negro, que los hombres visten capas, mientras que las mujeres son aficionadas a los chales bordados, que su tocado nacional es también una mantilla que coquetamente cubre el rostro, y que el cabello se peina de ciertas maneras peculiares, especialmente en un moño elevado. Observará también que les gusta la carne de cabra, que usan aceite en lugar de mantequilla, que beben agua y son extremadamente frugales y moderados en la comida. Podría observar que las mujeres cultivan la tierra y que es común que dos personas monten un mismo caballo. Le sorprendería la confianza con la que los mendigos mutilados piden limosna al transeúnte. Descubriría que los habitantes en ocasiones son muy corteses, y otras rudos de carácter, pero siempre valientes. Y aunque no rehuyan el trabajo debido, descubriría que son muy reacios al trabajo innecesario. Ahora bien, cada una de estas observaciones, literalmente ciertas hoy en día, sobre las costumbres y la moral del pueblo español fue hecha hace dos mil años por un famoso viajero griego que escribió antes de la era cristiana. Si Estrabón volviera a la vida para revisar su *Geografía*, probablemente ninguna parte necesitaría tan pocos cambios como el libro sobre España[231]. Lo que los escritores antiguos nos han contado sobre Gran Bretaña carece casi por completo de sentido en lo que respecta a los británicos de hoy; en lo que nos han contado de Francia y Alemania, discernimos una semejanza con el carácter y el temperamento general de la gente que aún habita esos países. Pero en lo que nos ha llegado sobre España, reconocemos el acento y el gesto del español moderno, así como la estatua de la bailarina gaditana del Museo de Nápoles presenta la pose precisa del bailarín español moderno. La plaza de toros y la Iglesia se han agregado, sin duda, a las instituciones españolas, pero sólo porque se han injertado en las costumbres más antiguas del pueblo.

Nos damos cuenta de la singular persistencia del genio español si rastreamos la historia de un solo distrito. No podríamos tomar un mejor ejemplo que Córdoba. Incluso los nombres de las ciudades parecen haber cambiado menos en España que en otros lugares, y Córdoba sigue siendo el nombre por el que siempre se la ha conocido. Antes de la era cristiana, la civilización de la que Córdoba es el centro era tan antigua que, según Estrabón, se creía que poseía leyes y poemas de no menos de seis mil años de antigüedad. En cualquier caso, los habitantes del fértil valle del Guadalquivir, siempre famoso por sus olivos, eran considerados ya entonces como las personas más

231 Incluso cuando los sucesos cambian de forma, aún podemos rastrear una continuidad con la tradición. En la época de Estrabón era costumbre lapidar a los hombres, y todavía es común ver perros ejecutados de esta manera. Estrabón nos dice que los íberos creían locos a los romanos porque caminaban por puro placer; la misma observación la hacen hoy muchos pueblos del sur, además de los españoles, respecto a los ingleses.

refinadas y urbanas de España, y tales cualidades son el indicio más claro de una civilización antigua. El primer asentamiento romano importante estuvo en Córdoba, y desde que comenzamos a rastrear su historia, sin duda nunca ha dejado de producir grandes hombres. El primero de ellos —y también el primer gran autor latino de origen no italiano— fue Séneca el Mayor, como hombre y como escritor, representante de la mezcla de severidad y humor que caracterizó por igual tanto a los primeros romanos como a los españoles, así como, cabe añadir, en épocas posteriores a los ingleses y a los escoceses de las Lowland. Las tradiciones de Córdoba fueron continuadas por Séneca el Joven y por Lucano, quien, con abundante retórica extranjera, exhibe en pleno desarrollo la arrogante y férvida independencia del temperamento español; el sentimiento del conocido verso:

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni,

representa una actitud que siempre ha sido peculiarmente española. El establecimiento del cristianismo no afectó en absoluto la posición intelectual de Córdoba, y en la época de Atanasio y Constantino, el más grande de los eclesiásticos occidentales no era italiano, sino Osio, obispo de Córdoba. Llegaron los musulmanes, pero Córdoba prosperó aún más, y en el siglo IX era la ciudad más civilizada y magnífica de Europa. Almanzor, el más grande estadista y general de la España musulmana, comenzó su vida como un estudiante pobre de Córdoba; Ziriab, el diletante y epicúreo más consumado del mundo medieval, también pertenecía a una ciudad igualmente preeminente en las artes de la guerra y de la paz. En su famosa mezquita, Córdoba poseía un templo que incluso ahora solo es superado en tamaño, aunque apenas en interés, por la Basílica de San Pedro.

Antes de la institución de las universidades, Córdoba era el principal centro del saber europeo, y Albucasis, Albenzoar y Al Hazen eran las principales luminarias científicas de su tiempo. Fue Averroes, un cordobés de distinguida familia cordobesa, quien, al devolver a Aristóteles al mundo moderno, impulsó el renacimiento del saber en Europa. Cuando Córdoba volvió al cristianismo, desempeñó un papel menor en el mundo, pero nunca dejó de ser una gran ciudad. Gonzalo Fernández, el *Gran Capitán*, una de las glorias de España y Europa en el siglo XV, pertenecía a una antigua familia cordobesa. Incluso hasta el presente, Córdoba ha mantenido su reputación de ciudad ideal para nacer, y Valera, el mejor novelista y el mejor prosista de la España moderna, es hijo de Córdoba. Hoy, al pasear por las siempre encantadoras calles de la antigua ciudad, estamos lejos de ser conscientes de la tristeza que se cierne sobre las ciudades muertas de Europa. Puede que la hierba crezca en las calles que fueron las primeras en pavimentarse en Europa, pero en todas partes sentimos la presencia de una raza de fibra indomable. Es un clima de extremos, como el de Florencia, y tanto los cordobeses como los florentinos poseen una energía intelectual peculiar que los distingue, como pueblo elegido, de sus semejantes. Pero mientras que la energía de Florencia se ha concentrado principalmente en unos pocos siglos, la de Córdoba se ha extendido a lo largo de un período inconmensurable.

La civilización de España se encuentra, pues, en las raíces más antiguas de la cultura europea. España, debemos recordarlo siempre, fue la primogénita de Roma entre los países europeos, la heredera inmediata de sus tradiciones. Esa es una de las claves para comprender correctamente el genio español. A diferencia de los galos, que se rindieron casi de inmediato a las legiones romanas, los íberos resistieron larga y ferozmente; pero la ferviente tenacidad de su resistencia fue igualada por el ardor con el que posteriormente se aferraron a la lengua y la civilización de sus conquistadores. Existía una verdadera afinidad entre ambas razas; ambas poseían una seriedad moral e independencia que facilitaban la asimilación una vez derribadas las barreras. Así fue como, desde el principio, los españoles desempeñaron un papel tan importante en Roma, tanto en las letras como en el arte de gobernar. Balbo de Cádiz no solo fue el primer provincial en llegar a cónsul, sino también el único al que se le concedió un triunfo, y junto a Trajano y Adriano, Teodosio el Grande también pertenecía a España. Quintiliano era un español típico. Columela, el primer clásico de la horticultura, era de Cádiz. Pomponio Mela, quien escribió el primera descripción que poseemos del

mundo antiguo, provenía de cerca de Gibraltar. Y Orosio, que fue el primer historiador cristiano del mundo, probablemente nació en Tarragona.

Observamos que España desempeña un papel importante en cada siglo, tanto en el mundo cristiano como en el pagano. Juvenco, el primer escritor latino de versos cristianos, era español, mientras que Prudencio, procedente del mismo distrito aragonés que Marcial, fue el más grande de los primeros poetas cristianos antes de Dante, y aunque su fama se mantuvo en su apogeo durante mil años, su obra aún rebosa encanto para quienes lo leen. En Prudencio, de hecho, encontramos ya en pleno desarrollo todas las cualidades españolas: fervor intenso, exaltación religiosa, extravagancia ascética —sin esa estrecha intolerancia que los españoles mostraron en épocas posteriores—, así como esa vívida cualidad pintoresca, incluso el humor, que marcan el carácter español de principio a fin. La supremacía intelectual española no se limitó al ámbito literario. A finales del siglo IV, como señalan con orgullo los historiadores de España, el Papa, los dos emperadores del mundo (Teodosio y su rival Máximo), el gran hereje de la época, Prisciliano —el primer hereje condenado a muerte por la Iglesia—, así como sus perseguidores, Idacio e Ítaco, eran todos españoles. En una época muy temprana, España se consolidó como un gran centro teológico, y en el siglo VII fue España —junto, en cierta medida, con Irlanda— la que sostuvo principalmente la vida cultural de Europa. La figura intelectual más destacada del siglo VII es San Isidoro, obispo de Sevilla, el último filósofo y hombre de ciencia del Imperio Romano y uno de los maestros más influyentes de la Edad Media. Luego, la invasión musulmana arrasó con las últimas tradiciones del mundo antiguo cristianizado, sustituyéndolo por lo que era, en muchos aspectos, una civilización más exquisita. Esto, a su vez, fue finalmente barrido por una España cristiana revigorizada, que en el pleno florecimiento de su genio en el siglo XVII produjo con Velázquez y Cervantes al mayor pintor y al mayor novelista de Europa, para luego recaer en una mediocridad de la que ya nunca ha salido.

* * *

¿Cuál es la causa de la repentina extinción de los elementos intelectuales más destacados de una civilización que floreció durante un período tan vasto? Antes de intentar responder a esta pregunta, debemos ir más allá de las características del pueblo español y considerar las condiciones especiales en las que se ha desarrollado esta nación.

Un hecho que parece de la mayor trascendencia en la historia de España es el predominio último de Castilla. Cuando a finales del siglo XV la autoritaria, fervorosa e intolerante Isabel unió Aragón a Castilla y expulsó a los musulmanes de Granada, sentó las bases de España como gran potencia mundial y aseguró su rápida caída. Un país dominado por su región central sin duda estará mal gobernado. El centro probablemente contenga la raza más fuerte, pero sin duda será poco progresista y conservador hasta un punto peligroso. En el centro, la raza será más homogénea, pero con una flexibilidad menor que la de la civilización nacida de una mezcla de razas; además, al centro necesariamente le llegan menos las influencias externas. Si pudiéramos imaginar a Francia dominada por los celtas puros y poco progresistas de Auvernia, tendríamos una imagen de una Francia completamente diferente. Pedro el Grande sabía muy bien lo que se proponía cuando trasladó la capital de Rusia de Moscú a San Petersburgo; y cabe dudar de que el dominio del Imperio alemán por su región más remota y menos civilizada resulte finalmente en una ventaja absoluta. Es indudable que la preeminencia de Castilla ha ejercido una influencia negativa en España. La especial inflexibilidad y fervor del pueblo español es más evidente en Castilla que en otros lugares; en Castilla también existía un conflicto entre las clases dominantes y el pueblo, que, si bien se caracterizaba por cualidades superiores a las que sus gobernantes solían poseer, rara vez mostró deseo o aptitud para tomar las riendas. Sus actividades se han centrado principalmente en campos religiosos y literarios, y podemos contentarnos con encontrar la prueba del temperamento y capacidad de esta gran raza en la lengua que formaron, un habla que, por sus cualidades especiales de fuerza y belleza, sólo puede ser igualada por el inglés entre las lenguas vivas de Europa. Como

pueblo, merecían la mayor admiración; como gobernantes, eran completamente incapaces para gobernar un imperio. Ese intenso fervor racial, que en la esfera espiritual produjo resultados que a veces podemos admirar y a veces deplorar, al llevarlo a la práctica sólo dio lugar a los resultados más sombríos y suicidas.

Como ejemplo típico, a escala colosal, del hombre del pueblo castellano en su papel de gobernante, podemos tomar al gran cardenal Jiménez de Cisneros. De humilde cuna, pasó los primeros cincuenta y seis años de su vida en la oscuridad; luego, siendo fraile, se convirtió en confesor de la reina Isabel y, finalmente, en arzobispo de Toledo, el eclesiástico más importante de Europa después del Papa. Sencillo, austero y humilde en su vida personal, era sin embargo arrogante e inflexible en la pública, de voluntad y coraje inquebrantables, capaz de resistir al papa, a la reina y al rey, y de reformar por completo al reticente clero español. Sin embargo, era tan indiferente a los obstáculos que, sin duda, habría sido derrotado y muerto en algunas ocasiones de no haber sido por la prudencia de otros. Fundador de una gran universidad, Cisneros, sin embargo, con la destrucción de las invaluables bibliotecas de Granada, consumó el mayor holocausto de saber que jamás haya realizado un solo hombre. Fue él quien, ignorando consejos más sabios, arrastró a África o a la destrucción a todos aquellos moros a quienes no pudo bautizar con su *aspersor*, creando así los Estados piratas berberiscos que fueron durante siglos el azote de España y, de hecho, de Europa. Este fraile sobrio, humilde y altivo no puede ser considerado un gran estadista —pues sin sabiduría y moderación con visión de futuro, ningún arte de gobernar puede beneficiar a ninguna nación—, pero es imposible no sentir cierta admiración por tan suprema encarnación de aquellas cualidades que —a veces con eficacia y más a menudo con ineficacia— durante cuatrocientos años dominaron España.

Hasta la época de Fernando e Isabel, la historia de España, aunque sangrienta y confusa, es en general alegre y ciertamente pintoresca, llena de entusiasmo y energía, con variadas actividades en todos los ámbitos. Desde el siglo XVI en adelante, es un registro de intensa y constante tristeza. Sin duda, fue la influencia de Isabel, quizás la mujer más autoritaria y poderosa que jamás haya sentado un trono —haciendo juego con su astuto y rapaz esposo, Fernando—, la que finalmente moldeó el carácter de España, tal como existía cuando era la primera gran potencia mundial del mundo moderno, tal como la conocemos ahora en su decadencia. Sin Isabel no habría habido Cisneros ni Torquemada; sin la protección que le brindaron su gran carácter personal y su devoción conyugal, Fernando no habría podido corromper el espíritu español con tanta seguridad y profundidad. Hasta finales del siglo XV, España había sido durante dos mil años una tierra de grandes hombres, pero nunca había sido una gran nación. Incluso bajo el gobierno de reyes más sabios y leyes mejores que las que se encontraban en otras partes de Europa, el pueblo había conservado una férrea desconfianza tanto hacia los reyes como hacia las leyes. La tarea, demasiado grande incluso para Alfonso el Sabio, fue realizada por la joven tranquila, hermosa, inflexible e implacable que, de una vez por todas, dominó a los hombres firmes y testarudos de España; a partir de entonces, quedaron encadenados al carro de un gran estado, obedientes al látigo. Pero ese resultado se logró no solo con un terrible precio final, sino con un esfuerzo que habría sido imposible para monarcas menos intolerantes que Isabel, menos codiciosos e inescrupulosos que Fernando. Estas cualidades eran necesarias no sólo para cimentar la prosperidad financiera de la España unida, sino también para manejar el temible instrumento de la Inquisición, mediante el cual, sobre todo, España se transformó en un todo homogéneo, un gran estado sin grandes hombres. Hasta entonces, los españoles habían sido tolerantes y se habían opuesto instintivamente a cualquier interferencia con la libertad individual; la relación con los cultos moros había dificultado la intolerancia; y España no había participado en las Cruzadas.

La Inquisición se topó inicialmente con la oposición tanto del clero como de los laicos, y no pocos inquisidores fueron asesinados o gravemente heridos. Torquemada sólo se hizo posible en España porque la religiosa Isabel y el avaricioso Fernando vieron en la Inquisición una maravillosa estrategia con el doble propósito de exterminar al hereje y apropiarse de su oro. Así, a pesar de

todas las promesas, a pesar del propio Papa, se instauró en todo el reino. Un gran inquisidor no puede, sin embargo, ser creado por mandato real, y así como hay algo en el carácter español que hace de la corrida de toros, aunque no originalmente española, la más característica de las instituciones españolas, así también podemos ver cómo, una vez aplastada su humanidad e independencia, el terrible fervor e inflexibilidad del castellano, esa capacidad de feroz concentración en un solo objetivo, se prestó especialmente a la hábil y minuciosa manipulación de este terrible instrumento. Se ha señalado a menudo, y es innecesario repetirlo aquí, cómo la Inquisición modificó el carácter español, no sólo por la eliminación directa de los elementos más independientes de la población, como posteriormente la revocación del Edicto de Nantes provocó el empobrecimiento espiritual de Francia, sino también por la modificación de las tradiciones. Por un lado, la intolerancia, la codicia, el soborno y la indolencia se convirtieron en hábitos de la clase gobernante, y el parasitismo y el servilismo en hábitos de las clases gobernadas[232]; por otro, la reserva y la melancolía, cuyos gérmenes yacieron en el carácter español desde el principio, se intensificaron en días en que la única forma segura de ser un hombre de bien —y eso al alcance de muy pocos— era convertirse en un familiar del Santo Oficio. Así se formó el típico caballero español del siglo XVII, bien conocido en toda Europa. El Cid, librepensador, de palabra y de acción libre, siempre había sido el héroe nacional de España; a partir de entonces, el Cid no tuvo más relación con la vida española que Robin Hood con la vida inglesa[233]. El último gran español en asuntos prácticos perteneciente a la vieja España fue Gonzalo Fernández de Córdoba, el “Gran Capitán”, un gran soldado, un gran diplomático, un gran caballero; y al final ni siquiera él pudo eludir del todo los métodos de su amo, Fernando.

A partir de entonces, no fue en la vida, sino en el arte, en la novela, en el teatro, en la poesía, en la pintura —y a veces en la religión—, donde España pudo reivindicar un alto valor sin reservas. Cervantes, Calderón, Lope de Vega y Velázquez llenaron noblemente el siglo XVII, junto con un grupo de grandes místicos religiosos, sobre todo santa Teresa, la principal de las santas europeas. Desde su muerte, España no ha dado al mundo una sola muestra de un genio original y excelso en ningún campo.

El sello definitivo de Fernando e Isabel se estampó en España cuando sus logros al unificar el país, establecer la Inquisición y extinguir la civilización musulmana de Granada culminaron con la expedición de Colón. Sólo con reticencias se pudo persuadir a Isabel a aceptar esta expedición; podría haber adivinado que estaba firmando el destino final de España. Posiblemente, si el nuevo mundo hubiera quedado en las hábiles manos de Colón, el resultado habría sido diferente. Pero el recién inaugurado orden de cosas, por el cual el mundo era considerado presa de gobernantes, parásitos y fechorías, estaba en sus albores de su éxito. Se inauguraron aquellos métodos coloniales que apenas ayer terminaron en Filipinas. El nuevo mundo fue saqueado de sus riquezas, y su población quedó a merced de frailes y asesinos. La patria, que ya experimentaba un lento proceso de despoblación debido a la violencia sangrienta de su historia desde la época romana, se vio despoblada de sus hombres y de su energía. Tres siglos después, como sabemos, el dominio de España estaba tan extinto en el Nuevo Mundo como su genio lo estaba en el Viejo.

* * *

Suelen ser las mujeres de cualquier país las que presentan con mayor claridad su carácter racial fundamental. Ciertamente, así ocurre en España; y sea cual sea la reputación de España en otros aspectos, las mujeres españolas, en cualquier caso, nunca han carecido de fervientes

232 Salillas, el sociólogo español de la criminalidad, en su instructivo libro *Hampa* ha demostrado cuán profundamente arraigado está el parasitismo en el carácter nacional, y lo acertadamente que se ilustra en la literatura picaresca. Sin embargo, sin embargo, no apreciaremos apenas esta característica hasta el siglo XVI.

233 J. Fitzmaurice-Kelly (*Chapters on Spanish Literature*, págs. 1 y siguientes) trata de forma interesante el tema del Cid —a quien, junto con el más idealista Don Quijote, considera los dos héroes nacionales de España— y la literatura que se desarrolló en torno a él. El *Poema del Cid* data de mediados del siglo XII, unos cincuenta años después de la época del héroe, y probablemente se inspiró en la *Chanson de Roland.*

admiradores. Pero hay que señalar que, sin embargo, la admiración de los extranjeros ha sido a menudo más notable por su entusiasmo que por su perspicacia. Lejos de ser la belleza alegremente vestida que acorta sus faldas y coquetea ostentosamente tras su abanico, la típica hija de España es seria, tranquila, infaliblemente digna, sencilla y hogareña, singularmente afectuosa en sus relaciones domésticas.[234] Sin duda puede ser apasionada, pero para una española la pasión es cuestión de vida o muerte, un asunto demasiado serio para jugar con él, y el coqueteo le es desconocido. Este es el secreto de ese porte y habla sencillos y directos de la española, tan libres de la embarazosa conciencia del sexo, que la hace tan encantadora, con un encanto en éste y en muchos otros aspectos tan distinto al de una francesa; y la más humilde de las españolas, por muy encantadora que sea, no tiene dificultad en transmitir la seguridad de que se pertenece a sí misma. El dicho de Pope de que “la mayoría de las mujeres no tienen carácter alguno” no habría sido, en cualquier caso, evidente en España, donde la sensación de autocontrol y de autosuficiencia parece ser la norma entre las mujeres de la población común, quienes a menudo conservan tanto la vitalidad como el encanto de sus modales hasta la vejez. No hay ninguna clase social en la que esto no sea cierto, y quizás menos aún esa clase (al borde del gitanismo) que aún conserva los bailes de la vieja España para el deleite de un círculo cada vez más reducido. En el extranjero, los bailes de España se transforman gracias a la habilidad original de una Otero o una Carmencita (siendo Guerrero la espléndida excepción); en España, los bailes se atenúan en la alta sociedad, son comunes en los cafés cantantes, y desgraciadamente ahora se suprimen por el desconsiderado español.

En Sevilla, casi todos los hogares de auténtico baile nativo están ahora cerrados; en Málaga uno puede creer que lo sabe todo, y sin embargo, nunca ver o escuchar hablar de las Chinitas, con su olor fétido, con la extraña imagen del viejo mundo que presenta en su interior, como la que se ve en las pinturas holandesas del siglo XVII. Aquí a veces se puede contemplar la mejor representación de España. Los bailarines se sientan en fila al fondo del escenario, el guitarrista al frente, y uno a uno, o de dos en dos, los bailarines avanzan, con sus exquisitos vestidos, el hermoso mantón de Manila y la falda que les llega hasta los tobillos, como grandes y hermosas mariposas, mientras se mecen, se doblan y se curvan en esos movimientos lentos y solemnes que caracterizan las danzas españolas más características. En Oriente Próximo, la danza es un ritmo corporal exclusivo; en el Lejano Oriente, la danza se baila con los brazos; en el nórdico, con las piernas. El arte de la danza más antiguo y famoso en Occidente es un movimiento rítmico y armonioso de toda la persona, un movimiento en el que el cuerpo y las extremidades, incluso la cabeza y los ojos, desempeñan su papel mesurado. Es esto, sobre todo, lo que distingue a las danzas españolas como la culminación de la poesía del movimiento. Incluso cuando la danza se convierte, como a menudo lo es en esencia, en la expresión física convencional de la emoción más profunda de la pasión humana, nunca pierde su reserva ni su dignidad en la intensidad añadida de su significado, ni trasciende los límites del arte. Solo España justifica la afirmación de Nietzsche de que la danza es el símbolo supremo de la actividad humana perfeccionada.

Cada melodía de baile en España puede ser la de una canción, y cuando el baile se transforma en canción y escuchamos ese conmovedor y extraordinario canto, en parte morisco, en parte gitano, totalmente español, empezamos a comprender por qué su danza resulta tan peculiarmente atractiva para todos aquellos fascinados por España. En este arte moribundo y olvidado, llegamos al último reducto donde se ha atrincherado el espíritu de la raza. La danza es la encarnación definitiva del genio de España, el epítome de su gran y dolorosa historia.

* * *

Aunque parezca una exageración afirmar que el genio de España se extinguió en el siglo XVII, podemos afirmar que aplicamos a España el mismo criterio que ella estableció. Desde la

234 Es frecuente oír fuera de España que los españoles, y especialmente las españolas, carecen de las virtudes de la sinceridad y la limpieza. Esto es, en su mayor parte, lo más opuesto a la verdad. Quizás se deba a la creencia generalizada de los norteños de que los sureños son falsos y, en cuanto a la limpieza, a las diferencias nacionales en hábitos sanitarios y de otro tipo.

época de Séneca y Marcial hasta la de Cervantes y Velázquez, un período de dos mil años, los grandes hombres de España fueron los grandes hombres del mundo civilizado, y esto no ha sido así desde entonces. En España han surgido figuras nobles y admirables, pero rara vez o nunca han poseído una originalidad fundamental ni una eficacia práctica. Si observamos a los representantes más destacados de la España actual en la literatura y el arte, no encontramos a ninguno que resista la comparación con sus equivalentes de todas las naciones.

Sin embargo, con demasiada frecuencia olvidamos que el genio de una nación no siempre se concentra en las grandes personalidades de especial preeminencia intelectual. Sucede a menudo, y quizás especialmente en las civilizaciones más antiguas, que el árbol muere por la copa, esto es, que una población puede mostrar cualidades individuales que han dejado de apreciarse en su aristocracia social o intelectual. En su desintegración, el espíritu difuso de un pueblo puede seguir siendo noble y hermoso. Se suele manifestar esto incluso en el aspecto físico. Recuerdo el contraste que sorprende al viajero en Rusia y en Polonia. Rusia, un país joven con un futuro inmenso, es una tierra de personalidades fuertes que dominan a una vasta población de campesinos pacientes, feos y descuidados, que siguen siendo mayoritariamente bárbaros. En Polonia, un país de antigua civilización, donde la aristocracia política e intelectual está aplastada o decaída, una cultura instintiva es la herencia de todo el pueblo; incluso el camarero de Varsovia tiene un aire de nobleza, y las mozas del mercado de Zelazna Brama tienen la elegante belleza y el porte de las damas de la corte. De la misma manera, si se desea conocer la España actual, es inútil leer los cables de los corresponsales de los periódicos en Madrid, ni siquiera estudiar la literatura española moderna; es necesario vivir entre la propia gente, que hoy en día es la única que representa, de forma más o menos desarticulada, el genio de España.

Ya he señalado cómo, incluso en algunas peculiaridades menores como la vestimenta, generalmente tan efímera, los españoles de hoy guardan cierta semejanza con los españoles que vivieron antes de la era cristiana. Es uno de los resultados de su conservadurismo racial, razón por la que sólo España, entre todos los países europeos, presenta hoy algo del aspecto de la Edad Media; naturalmente Rusia es una excepción, puesto que aún no ha salido de esa etapa. La piedad de España es medieval; en la catedral de Zaragoza, las actitudes dramáticas y sin afectación de los extasiados fieles pertenecen a una época en la que la expresión religiosa era natural. No menos medieval me pareció cuando, dentro de los muros del monasterio de la Trinidad, en Rusia Central, observé a los campesinos, en un gran día de fiesta, apiñarse en la iglesia como en su propia casa, para descansar, conversar y comer. En el mundo moderno, hombres y mujeres han aprendido a temer tanto a Dios como a sus vecinos, y a entrar en sus templos sagrados con una uniformidad tan decente y autoconsciente, que una iglesia hoy en día es el último lugar donde un amante de la naturaleza humana querría observar a sus semejantes. Son puntos como estos los que indican la profunda diferencia de atmósfera a la que transportan España y Rusia. Tanto en lo sagrado como en lo profano, España se aferra a las viejas costumbres. Por todas partes en España se advierten muestras de las empresas y fábricas británicas (y belgas en los últimos años), pero rara vez de las españolas. Los italianos se han convertido en empresarios, restauradores y camareros, para explotar su país como un cómodo y bien cuidado museo de antigüedades. El español, ni ansioso de atraer ni de repeler al extranjero, mantiene con calma sus antiguas tradiciones, y en sus modales y costumbres aún podemos leer esos rasgos generosos y caballerescos, que nos deleitan, de la España medieval.

En el mundo moderno tal como lo conocemos hoy, y sobre todo en el mundo angloparlante, no hay nada que parezca a la gran masa de la población tan digno de perseguir y tan satisfactorio como de lograr como el progreso, el desarrollo comercial, educativo y político. Entre la gente común de España, estas cosas están muertas o nunca han existido. El comercio, excepto en Cataluña, se ve con indiferencia y desprecio; la educación está tan descuidada que en ningún país europeo hay una proporción tan grande de individuos que no saben leer ni escribir; mientras que la experiencia de muchos siglos ha demostrado al pueblo la inutilidad de la política, y no hay fuerza

capaz de renovar la vida política, como la han renovado otros países en el siglo pasado. Grecia e Italia tenían que luchar por la independencia y la unidad política; Alemania, conmocionada por una gran crisis, tuvo el genio de unos pocos hombres fuertes. No existe nada de esto en España, y una revolución española moderna no es más que una nueva baraja con las mismas cartas desgastadas. La única actividad política que realmente despierta entusiasmo entre las masas no es el socialismo, sino, de acuerdo con el temperamento fundamentalmente libre e independiente del pueblo, una especie de anarquismo moderado. La espléndida energía de los antiguos españoles en la guerra y la religión ha desaparecido sin dar paso al entusiasmo por los objetivos que apasionan al mundo moderno. Así, por ejemplo, Málaga podría ser uno de los mayores puertos del Mediterráneo y uno de los principales balnearios de Europa. Pero aunque es tan antigua como los fenicios y aún conserva el mismo nombre, sus obras portuarias se terminaron ayer, cuando el comercio ya se dirigía hacia otros destinos, e incluso hoy apenas ha dado un paso para atraer con su calor y sol perpetuos a quienes buscan mejorar su salud. El español se contenta con vivir tranquilamente de las tradiciones de un gran pasado, en la esperanza de un indefinido mañana.

Sin embargo, cuando convivimos con los españoles, aprendemos a reconocer que el método moderno de apurar al máximo la prisa febril en el trabajo diario —“por amor a la vida, perder las razones de vivir”[235]— es quizás menos deseable de lo que a veces hemos imaginado. No hay necesidad de apresurarse en pos de la riqueza en una tierra donde los hombres coinciden en que la pobreza no es despreciable y que las mejores cosas no se pueden comprar con dinero. El único fin social digno que se puede alcanzar con dinero es la igualdad democrática, y esta ya se ha logrado con mayor perfección en España que en cualquier civilización más reciente. No hay país nuevo donde la igualdad en las relaciones sociales, la cortesía y la compasión sean más generalizadas entre todas las clases de la población, y donde los hábitos de una buena crianza instintiva se encuentren incluso entre los más pobres. El sentido de la dignidad personal y la consideración hacia los demás ya han adquirido todo aquello que el espejismo de la riqueza sólo promete. Es más, si bien la ausencia de educación es sin duda una verdadera tacha —y ciertamente para quienes miden la civilización de un país por la magnitud de su prensa, España debe ser ciertamente despreciable— ¿es un gran error suponer que no hay educación en España?

Las tradiciones de la antigua civilización, difundidas por todo el país, constituyen una atmósfera en la que cada niño y niña crece de forma natural, y esto no puede de ningún modo ocurrir en la más fuerte y progresista de las civilizaciones, que son más jóvenes pero también más rudimentarias. La mujer que apenas puede escribir su nombre demuestra un instinto infalible en lo que respecta a los principios esenciales de la buena educación; el torero de fibras finas, por brutal que su ocupación nos parezca, no tiene por qué temer la comparación, ni en cualidades físicas ni mentales, con el atleta del mundo angloparlante. Esas risas espantosas que resuenan en el aire nocturno de Londres —tan patéticas en su temeraria vacuidad como cualquier grito de tristeza— jamás se oyen en el barrio más humilde de ninguna ciudad española, no porque no haya alegría o sean reprimidas, sino porque las elegantes tradiciones de una antigua civilización forman parte de la vida de la gente común. Así, en España, a diferencia de aquellos centros donde la civilización ha madurado demasiado velozmente, la vulgaridad y la mojigatería están prácticamente ausentes. Hemos dejado atrás nuestra propia civilización y las virtudes que le pertenecen; pero hemos entrado en otra civilización en la que las virtudes que buscamos vana e ineficazmente son propiedad común del pueblo llano.

Es cierto que echamos en falta nuestra propia civilización y sus virtudes propias; pero nos adentramos en otra civilización en la que las virtudes que ineficazmente y sin resultados perseguimos, son posesión común del pueblo llano.

235 Juvenal, *Sátiras*, VIII, 84. (Nota del editor digital.)

Nota del autor a *El genio de Europa*

Este volumen, como se verá a simple vista, representa los intereses del escritor a lo largo de cuarenta años. Casi todos los ensayos aquí reunidos aparecieron en su momento en revistas y publicaciones, pero ninguno se incluyó en cualquiera de mis volúmenes publicados. El lector podría concluir apresuradamente que son los residuos de mi taller literario. ¡En absoluto! Los dejé de lado no porque pensara que no fueran lo suficientemente buenos como para conservarlos, sino porque los destinaba un futuro volumen que había planeado, pero que ahora veo que ya no podré terminarlo.

Tuve *El genio de Europa* en mente durante muchos años. Me parecía que debía dejar constancia de mis impresiones personales sobre el mundo en el que había vivido, y ese mundo era para mí principalmente el mundo europeo, por muchas partes del cual había sido un viajero bastante observador. Alrededor de la época de la Gran Guerra (1914-18), me dediqué especialmente a este tema. Ese mismo acontecimiento, sin embargo, finalmente disminuyó mis trabajos en este sentido. Parecía probable que mis lectores pensaran que las condiciones europeas habían cambiado tanto que mis observaciones ya no tenían valor. Sin embargo, esa suposición no estaría justificada. No me preocupaban las condiciones temporales y meramente políticas. Era la caracterización psicológica y antropológica de los pueblos europeos lo que me interesaba.

Me apresuro a añadir que este interés era totalmente ajeno a los debates sobre supuestas superioridades e inferioridades “raciales”, que últimamente se han vuelto tan feroces. La palabra “raza”, aunque a veces resulta conveniente usarla, carece de significado para nosotros en un sentido primitivo. Todos somos más o menos mixtos y no podemos establecer ninguna jerarquía de razas europeas. *We Europeans*, de A. C. Haddon y Julian Huxley, autoridades de alto rango, es un estudio de los problemas “raciales” que puede ser provechoso leer en este contexto.

Pero aunque no podemos esperar encontrar ningún carácter “racial” primitivo o exclusivo, debemos recordar que los caracteres de los linajes difieren entre sí por muy mezclados que estén, al igual que las tradiciones hereditarias en las que se desarrollan, y sólo se modifican lentamente, de modo que una nación aún conserva sus propios rasgos específicos, aunque no podamos denominarlos “raciales” en un sentido científico preciso. Me interesaban precisamente esos rasgos nacionales que constituyen lo que podríamos llamar el “genio” de una nación.

Es un tema que sigue siendo interesante y significativo cuando dejamos de lado esos absurdos de la “raza”, que hoy se han vuelto tan trágicos. También consideré que sería ventajoso no intentar actualizar estos ensayos en los momentos en que se han producido cambios políticos. No me ocupaba de condiciones temporales, sino de rasgos que se mantienen relativamente permanentes durante muchos siglos, y es curioso observarlos cuando permanecen inalterados en condiciones políticas muy cambiantes.

Primavera de 1939[236]

236 Havelock Ellis fallecerá el 8 de julio de ese año. Cuando *The Genius of Europe* se publique finalmente en 1950, se incluirán los ensayos referentes a Gran Bretaña, Rusia, Francia, España y Alemania. (Nota del editor digital.)

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*

494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*

444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)

394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario “Ahora”*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*

344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*

294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*

244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*

194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*

144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*

94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*

44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)